

Mariano Lebrón Saviñón

HISTORIA DE LA CULTURA
DOMINICANA

QUINTO TOMO



Santo Domingo, R. D.
1982

BIBLIOTECA

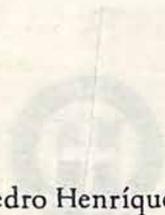


Publicaciones de la
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU)

2011

CULTURA
ANA

OMI



© 1982, Univ. Nac. Pedro Henríquez Ureña
Dirección de Publicaciones
Santo Domingo,
República Dominicana.

INDICE

CAPITULO XXVIII	7
Panorama general de la literatura narrativa dominicana. La novela en Santo Domingo. Otros géneros de la narrativa. La novela moderna en Santo Domingo. Otros narradores. Dos extrañas narraciones. Ultimas promociones de narradores. El buen ladrón.	
CAPITULO XXIX	47
Panora general del teatro en Santo Domingo. Primeros tiempos. Teatro del siglo XX.	
CAPITULO XXX	63
Grandes prosistas dominicanos. Humanistas dominicanos. Pedro Henríquez Ureña. Otros ensayistas.	
CAPITULO XXXI	97
La historia y la elocuencia en la República Dominicana. Historiadores. Otros Historiadores. Genios de la oratoria dominicana.	
CAPITULO XXXII	125
Breve historia de la educación dominicana y del periodismo. Educación. Hostos en la enseñanza. La educación en los días amargos. Escuela de filosofía. Conclusión. Suscinta historia del periodismo. El periodismo en la primera mitad del siglo XX.	

CAPITULO XXXIII	161
La filosofía y las ciencias dominicanas. Los filósofos dominicanos y Armando Cordero. Investigación científica. Matemáticas. Antropología — Geología — Astronomía. Bibliografía de las investigaciones médicas. Revistas y libros de medicina. El derecho dominicano.	
CAPITULO XXXIV	199
La música en la República Dominicana. Época colonial. Ritmos dominicanos. Otras danzas.	
CAPITULO XXXV	235
Cultura musical y músicos dominicanos. Desde la época colonial a la republicana. Instituciones musicales. Orquestas Sinfónica Nacional. Músicos dominicanos del siglo XX. Un maestro de maestros. Interpretes.	
CAPITULO XXXVI	273
Movimiento pictórico en la República Dominicana. Influencias y creadores. Escuelas pictóricas. Pintores modernos dominicanos. Tres pintores en la UNPHU.	
CAPITULO XXXVII	299
Capítulo final: los escultores dominicanos.	
INDICE ONAMASTICO	305

CAPITULO XXVIII

PANORAMA GENERAL DE LA LITERATURA NARRATIVA DOMINICANA



EN los tiempos coloniales no hubo literatura narrativa; el cuento y la novela brillaron por su ausencia.

Lo mismo sucede en toda América, ya que las disposiciones legales de 1532 y 1543 prohibían, en todas las colonias españolas, la literatura de imaginación, en prosa o en versos. El *úkase* decía, de manera imperativa que:

"... ningún español o indio lea... libros de romance que traten materias profanas e historias fingidas, porque se siguen muchos inconvenientes". (1)

De ahí el que durante los siglos XVI y XVII no existiera novela en América. En lo referente a la palabra *novela*, Pedro Henríquez Ureña, nos dice lo siguiente:

"La palabra novela no existía en el castellano del siglo XVI: a las narraciones se les llamaba historias o fábulas. Cervantes, en El curioso impertinente, la inserta en la primera parte del Quijote (1605) y en las Novelas ejemplares (1613) es probablemente el primero que trae de Italia el vocablo, y no lo usa para designar narraciones largas, sino de mediana extensión, como en el país de

origen, entonces y ahora, y en Alemania y en Francia (nouvelle). (2)

La primera novela americana sale a la luz durante la época de la Independencia, y es *El periquillo Sarmiento*, de José Joaquín Fernández Lizardo, llamado *El Pensador mexicano* (3).

A fines de la época colonial, un dominicano, JACOBO DE VILLAU RRUTIA (1757-1833) hizo traducciones al castellano de novelas francesas. Pero su labor cultural es realizada en Europa, a donde fue en 1772, acompañando al séquito del muy encumbrado Cardenal Lorenzana.

Villaurrutia conocía el francés y el inglés, y de este último idioma vertió al suyo materno, las *Memorias para la historia de la virtud*, labor que realizó en 1772 en Alcalá de Henares.

Este distinguido dominicano tuvo un destacado papel en el movimiento cultural de América: en Alcalá de Henares fue corregidor de letras y desplegó notoria actividad intelectual; redactó, en Madrid, durante los años 1786 y 1787, *El correo de los ciegos*, y en el primero de estos dos años hizo publicar los *Pensamientos escogidos de Marco Aurelio y Federico II de Prusia*.

Luego pasó a Guatemala donde fue Oidor en el lapso comprendido entre 1792 y 1804, haciendo vigorosa vida intelectual y dirigiendo *Gacetas culturales*.

Al regresar a México, solar de su formación educacional, y donde también fue Oidor, fundó, en 1805, el primer periódico cotidiano de la América Hispánica, el *Diario de México*. Pero en 1808 conspiró a favor de la independencia de México y tuvo que salir a forzoso exilio. Después de la Independencia volvió a México, y allí murió.

LA NOVELA EN SANTO DOMINGO.

Sorprende que un pueblo con una tradición tan rica, tan henchida de hechos gloriosos, con escenarios tan a propósito, tenga una novelística tan pobre. Poseedor de una lírica exuberante, donde la poesía florece casi sola, el género narrativo

ha tenido pocos cultores de calidad, y muy escasos son, entre esta minoría, los que se han asomado al vasto y glorioso panorama de nuestra Historia. Al ambiente sí, y al fresco encanto de nuestro folclor, como PEDRO MARIA ARCHAMBAULT (1862-1944), con su *Pinares adentro* y FRANCISCO GREGORIO BILLINI (1844-1898) con su *Engracia y Antoñita*.

Santo Domingo no tuvo como México su revolución, pero las escaramuzas fratricidas —algunas asaz cruentas— se multiplicaron y en esas pequeñas orgías sangrientas surgieron hombres que enaltecen el valor; algunos parecen tallados en piedra de leyenda: desde Demetrio Rodríguez, el invencible general de La Línea, cuyo padre tenía oro para colmarle su peso y que prefirió la brega revolucionaria a los viajes por mar, hasta nuestros días cuando se gesta un nuevo destino para la patria.

Cierta vez el general Pedro Santana, en el límite de su poder, cuando disponía a su antojo de la vida de los hombres y había inmolado ya a muchos adalides de las jornadas libertadoras, citó en su Despacho al general Matías de Vargas, temeroso de que fuera cierto el rumor de que conspiraba contra su vida.

—¿Es cierto, general Vargas,— le preguntó —que usted trató de matarme el día en que fui a Las Zurzas del Arpargatal...?

—General Santana, —le respondió— si yo hubiera querido matarlo entonces, lo mataría ahora....

Condenado a muerte junto con su hermano Juan Luis, su hermana Talala se trasladó de Azua a la Capital, y cuando el piquete pasó por su lado les gritó con voz firme a los hermanos:

—Pórtense como los hombres, muchachos....

Y con no menos seguridad le contestó Matías:

—Tú me conoces, Talala— y siguió magnífico y erguido hacia el cadalso. (4)

Otra vez, en la madrugada del 23 de diciembre de 1893, llevaban a fusilar al grupo de los mártires de El Jovillo. (5)

—¿Qué camino es éste? — preguntó confuso, pero sereno, uno de los que avanzaban trágicamente hacia el Calvario.

- El de Las Clavellinas— contestó uno.
- El del Jovillo— apuntó otro, a su vez.
- Ni uno ni otro— afirmó el más destacado de los reos.
- ¿Y, cuál, entonces?
- El más largo, el de la eternidad. (6)

Haremos, por último, una de las historias más definitivas para destacar el valor de aquellos hombres titánicos en cuyo corazón dormía un dios: el general Valentín Pérez es colocado frente a un piquete de fusilamiento. Los soldados son hombres del Sur que conocen al condenado; algunos pelearon con él y supieron de su bravura y generosidad. A la voz de: “¡Fuego!”, del Jefe del pelotón, general Escobosa, continúan rígidos los fusiles, pero mudos. Escobosa se altera; amenaza, pero ningún soldado dispara. A algunos se le humedecen los ojos de lágrimas. Valentín Pérez se conmueve, tinta la faz con la rojez del orgullo, y grita:

-Compañeros, cumplid con vuestro deber. La disciplina os manda darme muerte, y aquí estoy para recibirla;— y lanzando su sombrero al pie del batallón, agregó:

-¡Preparen! ¡Armas! ... ¡Fuego! ...

Los proyectiles no hicieron blanco. (7)

Son fuentes de nuestra Historia, en cuyas aguas pueden beber nuestros novelistas. Pocos lo han hecho, y aun quienes lo han intentado se han desviado del interés propio de la novela.

La trilogía de FEDERICO GARCIA GODOY (1885-1968): *Rufinito*, *Alma dominicana* y *Guanuma* (agonía y muerte de Santana), así como los relatos de MAX HENRIQUEZ UREÑA (1885-1968), de los Episodios Nacionales (*La independencia efímera*, *La conspiración de los Alcarrizos*, *El arzobispo Valera* y *El ideal de los trinitarios*), son más bien historias noveladas, donde el primero combate y el segundo ilustra con elegancia desacostumbrada en nuestros escritores.

En 1879, MANUEL DE JESUS GALVAN (1834-1910) publicó la primera parte de su novela *Enriquillo*, reconocida como la primera novela histórica de la América Hispana, aun por encima de *Cumandá*, del ecuatoriano Juan León Mera.

La obra íntegra (en sus dos partes) se publicó en 1882.

Se ha dicho y es cierto, que Galván es escritor de libro único, como sucede con la gran mayoría de nuestros novelistas. Pero ya se había distinguido por la publicación de artículos periodísticos de carácter político, los que le habían permitido afirmar a Américo Lugo:

“Don Manuel de Jesús Galván era el dominicano de más talento, el primero de nuestros escritores, el príncipe de nuestros diplomáticos, el más reputado de nuestros jurisconsultos, el más galante de los caballeros, el más cariñoso de los amigos. Pertenecía a esa generación, reclinada ya acaso toda en la tumba, que ha dado a la República el más rico florón de hombres ilustres; serie de cumbres que arranca en Meriño y termina en Emiliano Tejera”. (8)

Para apoyar las aseveraciones de Lugo, Pedro Henríquez Ureña nos da el dato que nos confirma la alta estimación que sus contemporáneos tenían para Galván. El nos dice:

“Había crecido, intelectualmente, entre las ruinas de la cultura clásica y escolástica que tuvo asiento en las extintas universidades coloniales de Santo Domingo. De la cultura moderna, sólo se incorporó íntimamente a la que ya circulaba en la España del siglo XVIII. Hasta en la literatura sus límites naturales o a lo sumo contemporáneo de ella; en España, Jovellanos y Quintana; fuera Scott y Chateaubriand. Cuanto vino después, resaltaba en él como mera adición, cosa accidental no sustantiva. Fue por eso, escritor de tradición clásica con tolerancia para el romanticismo; pero su tradición radicaba principalmente en el clasicismo académico del siglo XVIII. Así sucedía en toda América, salvando las excepciones, como Montalvo”. (9)

En 1882, pues, vio la luz *Enriquillo*, obra a la que su autor llama “leyenda histórica”, a pesar de que Galván no pone en su

7

libro nada de legendario ni de fantástico. No hay dudas de que se trata de una historia novelada —bastante ceñida a la verdad— y que no fue acertado Galván al catalogar su libro. Lo que aporta el autor de su imaginación, para embellecer la trama, es contingible en los límites de la verosimilitud.

El estilo de Galván es neoclásico —y clasicismo es sobriedad—, demasiado correcto, tal vez, de una casticidad rayana en lo ortodoxo. (10) Pero apasiona.

José Martí, el apóstol cubano, confiesa que una vez que emprendió la lectura de *Enriquillo*, ya no quiso desprenderse del libro, y lo leyó de un tirón.

El argumento gira en torno a la sublevación del cacique Guarocuya (bautizado al cristianismo con el nombre de Enrique) en las sierras del Batoruco, en demanda de derechos para su raza, y su ulterior pacificación, tras el tratado de paz firmado por el Comisario del Emperador Carlos V. La historia aquí se ajusta a la verdad: la educación del pequeño Enrique por los sacerdotes franciscanos; la benevolencia de los virreyes, Don Diego Colón y doña María de Toledo, y sus luchas con los intrigantes; el matrimonio del cacique con la bella mestiza Mencía; la felonía de Mojica, que exaspera la bondad del indio y lo convierte en rebelde; sus hazañas guerrilleras en las escarpaduras del Baoruco, donde por doce años mantiene a raya a los españoles.

Las páginas dedicadas a la rebelión son epopéyicas. Sin que la quietud estilística se altere, Galván ilumina con fulgores épicos la acción de Enriquillo, saltando de risco en risco, como un verdadero héroe legendario. Leamos:

“Enriquillo, al recibir la noticia (de una derrota infligida por Hernando de San Miguel a uno de sus capitanes), no perdió su extraordinaria presencia de ánimo; envió a Vasa a requerir las tropas que custodiaban los desfiladeros principales, y, poniéndose él mismo a la cabeza de los pocos hombres de armas que tenía consigo, ceñida la espada y seguido de dos jóvenes pajes que le llevaban las dos lanzas como acostumbraba entrar en combate (11), fue

el intrépido caudillo al encuentro de San Miguel, que ya distribuía su gente para dar otro asalto a la nueva posición de Alfaro.

Era de ver aquel anciano y esforzado capitán, con su barba venerable y sus bélicos arreos, el cual, dando ejemplos de agilidad y arrojo a sus soldados, franqueaba los obstáculos como si se hallara en los mejores días de su juventud. Enrique lo divisó de lejos, y, justo admirador como era de todo lo que salía de la esfera común, resolvió no empeñar combate con aquel valeroso anciano, sino cuando el caso se hiciera del todo inevitable.

Ocupó, pues, con su gente una cresta culminante, a corta distancia de otra escarpadura fronterá, por la cual comenzaba a subir el veterano español: entre ambas eminencias había un profundo barranco (12) y por su oscura sima se oía correr, despeñado, un caudaloso torrente.

Hernando de San Miguel reparó en el cacique, desde la cumbre a que trabajosamente acababa de ascender, y permaneció un rato suspenso ante la marcial apostura de aquella inmóvil estatua, que tal parecía Enriquillo, medio envuelto en su lacerna (13) empuñando en la diestra la lanza de refulgente acero, cuyo canto reposaba en tierra; la mano izquierda impuesta sin afectación sobre el pomo de la espada. Tranquilo y sereno contemplaba los esfuerzos que hacía la tropa castellana por llegar al escarpado risco donde estaba su infatigable jefe. El sol, un sol esplendoroso del medio día, bañaba con ardiente luz aquella escena, y prestaba un brillo deslumbrador a los hierros de las lanzas de los guerreros indios y a las bruñidas armas de los soldados españoles.

San Miguel habló con voz sonora, dirigiéndose a la inmóvil figura humana que descollaba a su frente:

—¿Es Enriquillo?

—Enrique soy— contestó con sencillez el cacique.

—Buscándoos he venido hasta aquí ¡Vive Dios! — dijo el viejo capitán con brusco acento.

— ¡Vive Dios, que el que me busca me encuentra! — respondió Enriquillo sin alterarse —Quién sois vos? — agregó.

—Soy Hernando de San Miguel, capitán del Rey, que mandado por su Gobernador, el señor obispo Ramírez, a convidaros con la paz; o a haceros cruda guerra si os obstináis en vuestra rebelión.

—Señor capitán San Miguel— replicó Enriquillo —si venís de paz ¿por qué habláis de guerra?

—De paz vengo, señor Enriquillo— dijo San Miguel suavizando el tono —y Dios no permita que vos me obliguéis a haceros la guerra.

—¿Bajo qué condiciones pretendéis que me someta? — preguntó el cacique.

— ¡Hombre, hombre! — contestó con militar rudeza el castellano —eso es para dicho despacio y ya el sol nos está derritiendo los sesos.

—¿Queréis que nos veamos más de cerca? —volvió a preguntar Enrique.

— ¡Toma si quiero! A eso he venido— contestó San Miguel.

—Pues haced que se aleje vuestra gente; quede tan sólo uno de atalaya por cada parte, y a la sombra de aquella mata podremos hablar con descanso.

—Convenido, cacique,— dijo San Miguel; y pocos minutos después Enrique, al pie del alto risco, apoyándose en su lanza, saltaba audazmente al pie del profundo barranco, yendo a parar a corta distancia del caudillo español.

—Buen salto, cacique ¡vive Dios! — exclamó San Miguel, sorprendido.

—A mi edad vos lo harías mejor que yo, sin duda, capitán— respondió cortésmente Enriquillo— pues os he visto subir y bajar laderas, como si fuérais un muchacho.

—No recuerdo, sin embargo, haber dado nunca un salto como ese— insistió el veterano —Trataremos nuestro asunto.

La vivacidad y elegancia de esta escena, es uno de los ejemplos vivos de la importancia y calidad de la narración.

La obra empieza con una escueta descripción de Jaragua, el reino de Anacaona:

“El nombre de Jaragua brilla en la primeras páginas de la Historia de América con el mismo prestigio que en las edades antiguas y en las narraciones mitológicas tuvieron la inocente Arcadia, la dorada Hesperia, el bellissimo valle de Tempé, y algunas otras comarcas privilegiadas del globo, dotadas por la Naturaleza con todos los encantos que pueden seducir la imaginación y poblarla de quimeras deslumbradoras. Como ellas, el reino indio de Jaragua aparece, ante los modernos argonautas que iban a conquistarlo, bajo el aspecto de una región maravillosa, rica y feliz”.

En la novela hay otros episodios, injertados dentro de la trama principal como hacía Cervantes en su *Quijote* con las narraciones secundarias. “Cede Galván a la costumbre, que Francia difundió, de atribuir a los personajes históricos amores de que la historia no habla” (14), como los amores asaz románticos y puros de María Cuéllar, doncella de doña María de Toledo, y Juan de Grijalva, imberbe y virtuosísimo guerrero, que desmedra de amor cuando su amada es obligada a casarse con el conquistador de Cuba, don Diego Velásquez, a quien Grijalva, por mor de un juramento empeñado no pudo revelarle su pasión: como en los dramas románticos, ella muere de amor frustrado, luego de su casamiento con el Gobernador de Cuba, el recio e incomprendido Velásquez. (15)

También parecen invención de Galván los entroncamientos linajudos de Enriquillo y Mencía, así como el personaje protervo de la novela, Pedro Mujica. Pero fuera de estas transgresiones, aceptables en un novelista, Galván se ciñe con fidelidad a la Historia, según la cuenta Fray Bartolomé de Las Casas, quien aparece en la narración como el santo varón empeñado en mejorar la situación de los indios.

Quienes lo llenan todo con sus personalidades rebeldes y hermosas son Enriquillo y Mencía. Aquél es la firmeza, la nobleza y dignidad; y ésta la fidelidad almenada y pura, símbolo de la abnegación. “¡Qué Mencía casada perfecta —dice José Martí— más que la de Fray Luis!”

Ovando es el gobernante activo y audaz, pero cruel, crudelísimo en sus hazañosas conquistas; Las Casas, el bienhechor hasta la frontera del fanatismo; Juan Grijalva, el conquistador caballeroso y bueno, incapaz de felonía; Diego Colón, el virrey perdido en el mar de las intrigas y, por ende, cauteloso, y Pedro Mujica, el libertino audaz y protervo.

A Galván se le ha criticado, y no sin razón, el empeño que pone en reivindicar la fama de los españoles, justificando algunos de sus desmanes; y se explica: Galván era hispanófilo y fue anexionista, razones por las cuales, aunque su novela es una exaltación épica de Enriquillo, hinche de buenas intenciones a

los virreyes y busca, entre encomenderos y aventureros, uno que otro indicio de buena fe.

El lenguaje clásico de Manuel de Jesús Galván puede fatigarnos a trechos; pero el clasicismo en él no es audacia de limitaciones, sino margen a una búsqueda serena de los secretos del idioma. Por otra parte, como muy bien expresó Max Henríquez Ureña:

“Enríquillo significó, dentro de la literatura indigenista, una reacción favorable respecto al modo de apreciar el papel histórico de España en América. Galván, sin atenuar las responsabilidades que pesan sobre algunos conquistadores y colonizadores, cuya fisonomía reconstruye, evitó incurrir en injustas generalizaciones que convierten los errores y faltas individuales en culpas colectivas. Describió, pues, con gran mesura y no sin cierto estudiado alarde de imparcialidad, el choque de la raza de conquistadores con la raza aborígen. Logró cabalmente su objetivo sin apartarse de la verdad histórica pues hasta el tema que eligió para su novela favorecía su punto de vista conciliador”. (17)

Todo lo cual habla de la gran admiración que concitó Manuel de Jesús Galván en su época y en la que le siguió.

OTROS GENEROS DE LA NARRATIVA

La narrativa indigenista tuvo otros representantes en la República Dominicana, si bien ninguno alcanzó el alto sitial del autor de *Enríquillo*. Antecedente, *La ciguapa*, de Javier Angulo Guridi; ulterior *La eracra de oro* y *Toeya*, de VIRGINIA PEÑA DE BORDAS (18). *La eracra de oro* es un cuento cuyo protagonista es el niño Tamayo que, con el correr del tiempo, viene a ser el lugarteniente de Enríquillo en Batoruco. *Toeya* es la novela de una princesa taína, hija del cacique Urufranex. El estilo de Peña de Bordas es francamente romántico, como sus temas, donde siempre campea el amor, con

su carga de agonía y deleites inefables. De ella dice Sócrates Nolasco:

"La indigenista Virginia de Peña de Bordas, autora de la novela Toeya y de cuentos y novelas cortas... se distinguió sobre todo en el cuento para niños, rama de la literatura que ningún dominicano ha sabido explotar como ella. Con esta fisonomía encantará a los niños, pero ningún adulto de elevación moral terminará leyendo La eracra de oro sin internos sacudimientos, hijo de la emoción estética". (19)

Como hombre probo, como ciudadano ejemplar, como honesto y puro sin pliegues, FRANCISCO GREGORIO BILLINI (1844-1898) ocupó un lugar cimero en la historia de la República Dominicana. Como novelista, si no grandes méritos narrativos, él inaugura la novela ambiental dominicana. El escenario de su *Engracia y Antoñita*, es Baní, sonriente villa, pudibunda y quieta en la esterilidad de las tierras del Sur, estremecidas por frecuentes tiendas civiles. Hay una intriga proterva, un idilio casi eglógico y unos cuantos cuadros de costumbres, en un estilo suelto y claro que por momentos parece modernista. Pero Billini es, ante todo, romántico, con las exageraciones, casi pueriles, de los románticos y de la narrativa folletinesca, lo cual se evidencia, más que nada, en sus dramas.

FRANCISCO CARLOS ORTEA (1845-1899) fue autor de novelas folletinescas, escritas en Puerto Rico entre los años 1887 y 1890, tituladas: *El tesoro de Cofresí*, *La enlutada del tranvía* y *Una novela al vapor*, así como de una "novela rosa" (firmada con el seudónimo de Dr. Franck), titulada *Margarita*.

AMELIA FRANCISCA MARCHENA DE LEYBA (1850-1921) quien fue más conocida por su seudónimo de AMELIA FRANCASCI, llamó poderosamente la atención cuando en 1892 publicó su novela *Madres culpables*, ambientada en Madrid, ciudad que no conocía, por lo que no acertó con su escenario. Pero como la narración era amena —a la manera de los escritores de las novelas "rosa"—, el nombre de Amelia Francasci empezó a sonar como el de una auténtica

novelista, lo que se reafirmó cuando publicó, bajo el título común de *Cierzo en primavera*, tres novelas cortas: *Pepa, Pepe y José*; *La confesión de un joven tímido* y *Mi pretendiente*, cuya trama se desarrolla en La Habana.

Estas obras no le dieron tanta nombradía a Amelia como la que ella conquistó con su trato personal de mujer encantadora (20). Su mejor obra, escrita a altas horas de su edad fue una biografía del gran orador y hombre público Fernando Arturo de Meriño que ella tituló *Monseñor Meriño íntimo*. Otras novelas breves de Amelia Francasci son: *Recuerdos e impresiones (Historia de una novela)*, *Francisca Martinoff* e *Impenetrable*. Los autores españoles influyeron en estas obras, y muy especialmente, Pérez Escrich, de quien copió su propensión hacia el folletín, pero no su depurado estilo.

ULISES HEREAUX (hijo) (1876-1938) fue buen novelista y grato cuentista, que prefería, al suyo, el ambiente de París. Pero se destacó más en el teatro, y muchas de sus obras subieron a escena con relativo éxito. (21)

La novela histórica —haciendo la excepción de *Enriquillo*, que es joya solariega—, la inicia FEDERICO GARCIA GODOY con *Rufinito*, publicada en 1908, y que es la primera de la trilogía que empieza con la independencia y termina con la Restauración y la muerte de Santana, en sus otras dos obras: *Alma dominicana* y *Guanuma*. La primera es la más sólida como novela, por su ambientación y la urdimbre de su trama novelesca. García Godoy es, más que novelista, un recio ensayista de clara mente y espíritu severo.

LA NOVELA MODERNA EN SANTO DOMINGO

Dos novelistas dominicanos aprovecharon, con habilidad, los elementos de la historia turbulenta del país, atormentado por las turbias primacías de caudillos ignaros: Tulio Manuel Cestero y Rafael Damirón.

TULIO MANUEL CESTERO (1877-1956) dio el toque con *La Sangre*, que lleva el subtítulo de *Una vida bajo la tiranía* (22) y que fue, en cierto modo, precursora en su género.

Cuando se publicó, en 1904, significó un gran acontecimiento. La novela de Cestero es fuerte, bien dirigida; su héroe, Antonio Portocarrero, es la encarnación del político frustrado, que lleva sobre sí la desgracia de la honestidad de un ideal que es cosa muerta cuando se vive en época en que los hombres carecen de decoro y buena fe. (23)

Es una de las mejores novelas dominicanas y la mejor entre las escritas por nuestros modernistas. Le resta universalidad el empeño de su autor en detenerse en detalles domésticos y costumbristas que poco importan al plan general. Está escrita en una prosa elegante, muy modernista. No es prosa rubendariana, sin embargo, que tan bien maneja Fabio Fiallo, particularmente en sus cuentos, sino la de Gabriel D'Annunzio, ágil, veleidosa y bella, que es particularmente brillante en sus otras obras como *El jardín de los sueños* (1904), *Citerea* (1907) y *Sangre de primavera* (1908) En *La Sangre*, Cestero es menos dannunziano, pero no pierde esa elegancia modernista que tanto lo caracteriza.

Su otro libro revelador es *Ciudad romántica* (1911) que es una bella crónica del Santo Domingo del 1900. Trata de la época trovadoresca, cuando Eduardo Scanlan era el trovador por excelencia, de su amor pecaminoso y de su muerte por un disparo de escopeta, del esposo agraviado, así como el fusilamiento de éste. (24)

Hay el momento patético y dramático del cadalso, descrito con trazos breves y nerviosos:

“Cuatro soldados, a la voz del oficial, avanzaron encarándose con el reo. La emoción oprime los pechos. El oficial levanta el sable. El pelotón apunta. El sable relampaguea hasta el suelo, y, al mismo tiempo, en el silencio mortal, la voz viril de Miguel Perdomo impone:

—Fuego!

La descarga rompe el cristal del aire. El cuerpo herido se dobla y cae pesadamente. Entonces el oficial avanza, en la

diestra el revólver de ordenanza, pálido y grave, y apoyándose en el cráneo, dispara. El plomo rompe el temporal; la materia gris, como la pulpa de fruto exprimido, salpica la tapia. Un amigo empapa en la sangre un blanco pañuelo; la multitud respira satisfecha. El olor de la sangre satura el espacio ardiente.

—De cuatro derecha...

—De re ...

—De frente...

—Mar... — ordena el Comandante y los capitanes transmiten.

Las tropas retornan al curtel, con avanzada de chiquillos gozosos. La multitud se aleja lentamente..

Ha visto morir un valiente''.

Un fuerte episodio revolucionario se relata en *Sangre solar*, novela corta firmada en Roma-París (1911); contiendas de *bolos* y *colúos*, en la época cruel del caudillismo.

Como hemos dicho antes, Cestero fue uno de nuestros grandes modernistas y engrosó el cenáculo de los amigos de Rubén Darío.

Sin poseer la galanura de la prosa de Cestero, sale más feliz en su labor novelística RAFAEL DAMIRON (1882-1956) con *La cacica*. Es la historia de una mujer del Este, dueña de un ható, que, al influjo de una energía varonil y de una riqueza que aumentaba cada vez con turbias especulaciones, se hace ama y señora de toda una región, zarandeando a su antojo a los hombres. Ama con pasión, con desenfreno sensual y cuando la víbora de los celos muerde sus entrañas, no vacila en matar: sus influencias políticas la salvarán de la justicia.

La cacica (Rudescinda), es una hermana remota de Doña Bárbara, y esta es una circunstancia que ha influido negativamente en la difusión de la obra del dominicano. Empero, en ningún momento Damirón imita a Gallegos: Doña Bárbara es un personaje de ficción; Rudescinda vivió; vieron sus correrías los mismos parajes citados por Damirón y su personalidad controversial cubrió una buena etapa de nuestra historia.

Doña Bárbara —la venezolana de Rómulo Gallegos— es cruel, fría, calculadora y mucha de su fuerza reside en sus artimañas brujeriles. Rudescinda es temeraria, impulsiva, no confía nada a la frialdad calculadora. Le falta a Damirón la fuerza dramática del venezolano, la elegancia del estilo. Si Damirón hubiera insistido en ciertos detalles, si se hubiera detenido más en los diálogos y su poder de sugerencia; si hubiera dejado en rezago, en determinado momento, la verdad histórica, *La cacica* hubiera alcanzado indudable posición cimera en la novelística hispanoamericana.

Aun con estas reservas, en la novela los personajes están bien delineados, sobre todo aquel cura enérgico, piadoso y persuasivo, que es la única persona a quien aquella terrible mujer dará su brazo a torcer en determinada ocasión.

Damirón combatió la intervención yanqui de 1917, con su novela *¡Ay, de los vencidos!*, que recoge muchos hechos ciertos, sobre todo las tropelías de su espesa soldadesca por la tierra del Este; y describe algunos episodios de nuestra historia turbulenta en *Revolución*. (25)

Pero la verdadera imagen de la revolución nos la da JUAN BOSCH (1909) con su novela *La mañosa*. Empero, Bosch, es más cuentista que otra cosa y en este aspecto descuella alcanzando un puesto entre los primeros de nuestra América española. Prefiere narrar la vida sencilla de nuestros campesinos de las Antillas, sus angustias, sus tribulaciones y el atuendo de su existencia mísera, enfocados en sus aspectos más amargos. Ha creado, en el género, personajes definitivos, capaces de pararse con algunos de los de los más connotados representantes de la narración rusa: tal el indio Sicuri. Entre sus cuentos podemos

mencionar los de su libro *Camino real*, escritos en plena adolescencia; *Indios*, leyendas acerca de los primeros aborígenes del país; *Dos pesos de agua*, uno de los cuentos más dramáticos que se han escrito en nuestra América; *Ocho cuentos*, *La muchacha de la Guaira*, *Cuentos de navidad*, etc. (26).

La mañosa más que una gran novela es la novela de un gran escritor. No hay en ella la maestría en el arte de narrar que caracterizó ulteriormente a Bosch, cuando escribe sus cuentos excepcionales. Pero llena su libro con la reciedumbre de su personalidad, perfilada ya en su temprana juventud.

Es novela autobiográfica en la que el autor resalta encendidos recuerdos de su niñez. Evoca una etapa de absurdas revoluciones, de intranquilo trajinar sobre la despertada rusticidad de los poblachos, y en medio de la balumba sonante, la Mañosa, una mula amada y tranquila, serena y evocada como el afelpado y suave Platero de Juan Ramón.

Las escenas revolucionarias, raudas y esfuminadas en los relatos, son crudas y enmarcadas en su verdadero espacio de paisaje desolador. He aquí en veinticuatro palabras tiradas al desgaire, la desgarrada tela de una pintura imprecisa:

"En todo lo que anduvo no había visto un hombre ocupado en trabajo. Solos y silenciosos los potreros, se doblaban bajo el viento de lluvia que subía del río".

Y dice más adelante:

"Los hombres iban abandonando los bohíos, a sus mujeres e hijos, y se marchaban con la noche, o bajo la madrugada, apretando febrilmente el arma recién conseguida. Parecían ir a fiestas lejanas, a remotos convites. Y los firmes de las lomas se iban poblando de tiros y de "quemadas" en las primas noches".

El cuadro se anima, a veces, bajo el candil de un estilo fresco y transparente. Juan Bosch es un escritor con estilo. En

los trazos de sus metáforas, que esmaltan el fluir de su prosa, se hace ameno el relato, y apasionante. Su lenguaje es a veces realista: "Impasible, quieta e indiferente como una piedra, ni soltaba el cachimbo para hablar, ni se tragaba el humo. Restregándose ambas manos, lo sostuvo un instante entre los dedos para lanzar a un rincón un escupitajo negro".

Tiene perspicacia analítica que se manifiesta con un brochazo: "Toda la cara de mi madre era filosa, agresiva. En ese momento se le llenaba con el rejuego de la luz". Esplendores güiraldescos: "... y se quedó con la mirada sucia, como quien piensa en cosas amargas....".

En *La mañosa* no hay protagonistas. Los personajes pasan por la escena con jerarquía igual, hablando lentamente, hostiles y angustiados: Don Pepe, Doña Angela, el viejo Dimas, Mero, el valiente general Fello Macario y el cruel Monsito Peña. Pudiera ser el protagonista el niño tierno y calenturiento que es tan sólo un pretexto de paciencia y ternura a lo largo de la narración. Pero no lo es. Acaso el protagonista es un fantasma: el fantasma desolador de las revoluciones malditas que tiñeron de soledad y de miseria el atuendo aldehuego de nuestros pueblos empobrecidos.

En el ambiente donde la novela dominicana encuentra su mejor escenario es en el verde mar de los cañaverales. El dolor de la explotación que durante mucho tiempo oprimió en los ingenios de azúcar bajo la férula de amos exóticos, es tema interesante al cual nuestros escritores no solían volver los ojos. Fue un médico, pero con grandes dotes de escritor, el primero en asomar sus ojos al campo desolado donde tantos hombres languidecían explotados en una nueva esclavitud. FRANCISCO MOSCOSO PUELLO (1885-1960) con sus *Cañas y bueyes*, abrió el cortinaje que ocultaba el cuadro de desolación. Sin embargo su obra es más bien la inspiración feliz de un pensador que la novela de un verdadero cultor de este género. (27)

La novela definitiva la escribió RAMON MARRERO ARISTY (1913-1960), un magnífico periodista e historiador que había descollado en la literatura por la maravilla de sus

cuentos (*Perfiles agrestes*, *Balsié*). Esa novela fue *Over*, la mejor novela dominicana, gemela de *La vorágine* o *Los de abajo*.

Marrero no usa vestimenta literaria, no busca falsos oropeles para enmascarar la verdad que le tocó vivir; todo está aquí desnudo, como deben ser los gritos del hombre, como debe ser la verdad que no se esconde. No hay galanura en la prosa. No se goza del estilo apasionado y poético de Eustasio Rivera ni las diáfanas imágenes de Ricardo Güiraldes; ni la elegancia sobria de Rómulo Gallegos, ni la hondura de Ciro Alegría ni la fúlgida seriedad de Bosch. Pero Marrero es oportuno en los diálogos, fiel en el relato, veraz en los cuadros y deja al lector el comentario oportuno, sin reticencias ni vacilaciones.

Cuando Daniel Comprés, el personaje central de la obra, es echado de la casa por su padre, que se niega a seguirlo manteniendo, por insinuación quizá, de la madrastra que esconde una sonrisilla de diableja, ya presente el eclipse de la estrella de su destino. ¿Quién ahora lo mirará en el pueblo? ¿Quién lo acorrerá en su infortunio? No, justamente, el obeso señor Almánzar, ni el prestamista Justo Morales, ni aquellos que una vez acudieron a él en demanda de favores. No, nadie lo acoge: sólo un antiguo peón que le deja comer unos guineos de su venta, mientras le martillan en el cerebro las últimas palabras de su padre: "No deseo que turbes más mi paz. Molestas a mi mujer, me molestas a mí; eres una sanguijuela que pretende chuparme la mugre. ¡Vete!". Y se abre para él el infierno verde de los cañaverales, y allí contempla la tragedia del hombre herido en la médula de su orgullo, reducido, apenas, a un guiñapo humano.

Algo parecido se ve en *El papa verde*, del guatemalteco Miguel Angel Asturias; quizá en *La vorágine*. Pero nada nos recuerda tanto este *Over* magnífico como *Viñas de ira*, la novela de los desesperados sin tierra, escrita por John Steinbeck. En ambas novelas gravita un hálito de tragedia y de dolor: el bodeguero que roba al infeliz cañero para no caer en déficit con la compañía, el obrero que corre lleno de esperanza, y atraído por un canto falaz de sirena, a las plantaciones, y se encuentra

con el írrito pago de una labor agotadora, y, al fin, la incógnita, el ¡Qué será! y, ¿a dónde iré?

Cuando Daniel Comprés es exprimido, ahogado su orgullo, maniatadas sus esperanzas; cuando le hacen sentir en carne propia el tiránico poder del *over* (28), ese siniestro invento de los blancos exóticos, entonces lo echan a rodar por el mundo. Pero ya pesa demasiado donde quiera que llegue, como una tonelada de desechos. La cuñada a quien una vez albergó en su desgracia, lo mira con desdén, y hasta su propia mujer le brinda una mirada de desprecio. ¿Qué hacer? Huir. ¿A dónde?

“Comenzó a hablarme una voz:

“¡Eh! ¿Qué piensas? El monstruo todos los días engulle más hombres. (La factoría estaba ahí con sus mil ojos apagados). La historia de tu pueblo, la de tu región, es la de tu caña. Tus hermanos entran en el molino; el molino los tritura, su sangre corre por los canales: es oro, es ganancia, ¡es over!

¡Se va! ... ¡Y de los hombres, aquí en tu tierra, sólo queda bagazo! A ti también te molieron; pero algo quedó dentro de ti que no fue torturado por el engranaje. Creyeron que ya no tenías—sabía tú mismo lo has creído— y te arrojaron. Pero, ¿no queda la duda en tí? ¿No temes confesarte que vas mal, que hay otro camino...? ¿A dónde vas? Y el horizonte. ¿No has visto el horizonte?”. Mi cuerpo, debilitado por el hambre del día, comenzó a temblar. Del pecho me subía una emoción incontenible. La voz seguía: “No te apegues a esto que ya no es tuyo. ¡Tú mismo ya no eres de aquí! Ya diste tu over, ¿qué esperas? Creo que sólo te retiene la obsesión de que no eres nada. Has visto tantos hombres gastados, destruidos: Has visto tanto bagazo...: Que ya no te explicas —no quieres aceptar— que tu no estés igual. Pero ¿no ves el camino? Acecha el sueño del monstruo que ahora duerme y marcha antes que comience la nueva molienda. ¡Vete, hermano!”

Lo último lo oí de pie. La sensación de que era perseguido me impedía caminar. Eché el cuerpo hacia delante y, a pasos largos, inclinado, furtivo, crucé el pueblo”.

Con gesto de desolación se entrega Comprés a sus pensamientos. Pero es que ya es un desesperado y no sabe qué hacer. Hasta pensar se le hace pesadoso... Está solo, desventuradamente solo y herido... Esta sensación de soledad y amargura lo impele a la fuga:

“La noche se fue. abriendo un Boquerón. En el cielo asoma su cara el sol. ¡Se me deshizo aquella oleada de emoción! Si digo que me arrastra una aspiración, una esperanza de volver a ser... imiento! Porque sé que la dicha —la alegría de la vida— se perdió, se quedó atrás. Voy, quizás, obedeciendo a un primitivo instinto de conservación, quizás huyendo de mí: Voy porque siento que algo maléfico me persigue y eso me arrastra —en un supremo esfuerzo— por el camino que se abre ante mí... La brisa pobre se enreda en la melena del último cañaveral. Camino...”.

¿Hacia dónde? Hacá la oscuridad o hacia la luz.

Over es casi una novela-símbolo que todo dominicano debe leer.

OTROS NARRADORES

ABIGAIL MEJIA (1895-1940), culta dama de bien elaborada labor crítica (29) y feminista (30), es autora de obras de imaginación como *Sueña Pilarín*. MIGUEL ANGEL JIMENEZ (1885), es más cuentista que novelista, teniendo, sin embargo, publicada una novela de corte realista que tituló: *La hija de un cualquiera*. SOCRATES NOLASCO (1884) cultivador del cuento criollo, expuesto con cierta alabable dignidad, sobre todo sus *Cuentos del Sur* y *Los cuentos cimarrones*, recogidos oralmente entre la gente de la región del

Sur, es autor de una muy interesante Antología de cuentos dominicanos. Nolasco es uno de nuestros buenos cuentistas, al servicio de cuyas narraciones pone su prosa pulcra y elevada, noble y sincera. Es historiador, autor de una admirable réplica al libro de Historia del haitiano Price-Mars.

JOSE MARIA PICHARDO (Nino) cultivó el cuento nacional (*Pan de flor*), la novela (*Tierra adentro*), y la crónica periodística.

ENRIQUE AGUIAR (1890-1947) intentó escribir una novela histórica donde los personajes fueran nuestros desaparecidos aborígenes (*Don Cristóbal*) y se asomó a la antigua ciudad de Santo Domingo —con los detalles urbanísticos de la Primada en el siglo XIX— con su novela *Eusebio Sapote*.

MIGUEL ANGEL MONCLUS (1893-196...) descuella como narrador (*Cosas criollas, Escenas criollas*) y novelista (*Cachón*).

El cuento modernista tiene su representante en FABIO FIALLO (1866-1942) quien escribió cuentos hermosísimos (*Cuentos frágiles, Las manzanas de Mefisto*) de pura prosa rubendariana. Para Américo Lugo, Fiallo era el primer cuentista dominicano a la fecha de la publicación de los *Cuentos frágiles*, libro que apreció tanto, que pidió se celebrase su aparición como el natalicio de un príncipe.

TOMAS HERNANDEZ FRANCO (1904-1952) escribió cuentos y en ellos puso el sello de su personalidad avasallante. Se adelantó, con mucho, a algunas de las fórmulas del cuento moderno, como en su *Anselmo y Malena*, donde el tiempo se esfuma en una técnica genial.

MANUEL A. AMIAMA (1899), escribió una novela, *El terrateniente*, que parece un episodio real, aunque intrascendente. Ya antes había escrito su novela *El viaje*, donde se asoma a la ciudad con su atuendo aldehuego de otrora.

La novela de la ciudad, empero, se levanta señera y admirable, con CARLOS FEDERICO PEREZ (1913), ensayista y narrador de primera línea. *Juan mientras la ciudad crecía*, es la historia de un muchacho que crece junto con la ciudad, contemplando sin aspayientos, su hipertrofia urbanística. El mismo autor

explica que “en esta novela se pretende delinear la semblanza , doméstica y pública, de épocas sucesivas de nuestra vida urbana contemporánea”. Su ascensión, empero, en este interesante tema la logra con *La ciudad herida*, que es esa misma ciudad creciente, maltratada y rasgada por un violento huracán bravío que la destruye, como un monstruo asolador, y una tiranía cruenta y humillante, que la silencia y arrincona. Al calor de ese brazo potente y homicida, que gravita con fuerza proterva sobre los héroes, la novela alcanza un clima de dramáticas secuencias muy humanas.

Pérez tiene fuerza narrativa y estilo diáfano y correcto, lo que hace amable la lectura de sus libros. *La ciudad herida* empieza con las inquietantes ráfagas del ciclón de San Zenón, que destruye la ciudad de Santo Domingo el 3 de septiembre de 1930. El ciclón se anuncia bajo el escepticismo de la gente:

“Bajo el cielo tenebroso un turbión frenético, enloquecido, lo arrojó todo repentinamente con un abrazo furibundo y dio comienzo a la tragedia. El viento afinó su tétrico silbido y con mil manos se dio a desmenuzar árboles, a levantar techumbres, a conmover muros y poner en peligro la estabilidad de cuanto vehículo y peatón transitaba por las calles. Aceleradamente fue afirmando su furor, hasta hacer de su voz un rugido iracundo, tirando abajo troncos robustos, arrancados de cuajo como briznas de paja, cuarteando muros que se desgajaban o caían con estrépito ahogado, poniendo patas arriba los automóviles mientras los transeúntes, sorprendidos en medio del maremágnum, trataban desesperadamente de encontrar donde asirse antes de que el viento los zarandeara, los arrinconara o los estrellara como a un objeto más.

El mar sumaba su parte a todo aquello encrespando su pecho en estruendosa exhibición de su contextura de atleta gigantesco. Las olas desbordaban los acantilados y trepaban, aullando, hasta las calles próximas, convertidos los copos de espuma en verdaderos espumarajos de rabia. Sus caudales se agregaban a las innumerables toneladas de

agua que en arroyos y alcantarillados arremolinaban muebles, escombros y cadáveres, porque la muerte, sin tardanza, se había apresurado a testimoniar su paso por cada calle, por cada plaza, por cada rincón de la ciudad”.

De ese ciclón destructor —monstruo de fiera estampa desoladora— surge la tiranía, más cruel aún.

Pérez pretende presentar los *más* sobresalientes rasgos de la personalidad de Trujillo, encarnando, en su personaje imaginario, José Dolores Batisterio Ocampo un Déspora de pura estampa tropical. Irrumpe, de pronto, en la noche lóbrega del 3 de septiembre, ya pasado el huracán:

“Apareció en la esquina una caravana de automóviles a velocidad moderada. La precedían patrullas de soldados que iban apartando los obstáculos tirados en la calle. Las luces dieron una profundidad infinita a la vía destrozada. Pareció todo súbitamente como un escenario iluminado para la representación de un drama. Los vehículos se detuvieron poco antes de llegar al centro de socorros. Al descender los ocupantes rápidamente, pudieron reconocer sin dificultad a Batisterio acompañado de varios civiles y un numeroso séquito militar. Vestía uniforme muy ceñido, con condecoraciones y era notorio su acicalamiento como si las huellas de desorden y destrucción de los alrededores nada tuvieran que ver con él. Entre los militares que lo seguían hubo uno que les llamó muy particularmente la atención. Era Polo Batisterio, quien encerraba su figura alta y desgarrada en un flamante uniforme de cadete del ejército.

Los soldados abrieron paso a la comitiva. Su misión, al parecer, incluía también exigir demostraciones de acatamiento y compostura, porque al avanzar unos pasos y advertir que un hombre sentado al borde de la acera, la cabeza entre las manos, se mantenía inmóvil y ajeno a lo

que sucedía, el que comandaba la patrulla voceó imperativamente:

—Eh, tú, levántate, ponte en pie, que viene el Unico, el Presidente de la República.

El individuo permaneció tal cual estaba, como si no perteneciera a este mundo. Entonces, el jefe del pelotón, se adelantó, lo empuñó violentamente por la camisa a la altura del pecho y alzándolo en vilo, le aplicó tremenda bofetada, al propio tiempo que decía:

—“ ¡Despiértate, imbécil! ”

Esto, más que una caricatura fue una realidad grotesca que se fue acentuando a medida que el régimen medraba. El panorama sombrío se espesa cada vez más, a medida que el cerco de la tiranía se hace más estrecho sobre los héroes de la novela. Pero Pérez sabe buscarle, a la postre sin violencias, el final adecuado.

HORACIO READ (1899) escribió acerca de la intervención norteamericana y sus nefastas consecuencias, en *Los civilizadores*; Es autor también de interesantes cuentos (*De la sombra*). (31)

ANGEL RAFAEL LAMARCHE (1900-19...). sentimental, impresionista, admirable y admirado, vivió vida de gran señor, bajo el respeto de la generación de su tiempo que lo ponderaba con cariño impar. Escribió una interesante colección de cuentos que tituló: *Los cuentos que Nueva York no sabe*.

ANDRES FRANCISCO REQUENA (1908-1952) fustigó la tiranía de Trujillo (32) con su noveleta *Cementerios sin cruces*, que le costó la vida a pesar de que los personajes del régimen aparecen bien disimulados. También abordó el serio problema del éxodo campesino a las ciudades en *Camino de fuego*.

FREDDY PRESTOL CASTILLO (1913), es un cuentista criollo que refleja el carácter sereno y bravío de la frontera en *Pablo Mamá*, en que aprovechó su estada por corto lapso en un pueblo fronterizo, durante el gobierno de treinta años de terror, para escribir otra de las buenas novelas con que contamos: *El Masacre se pasa a pie*. Aquí con patéticos y dramáticos trazos trágicos se relata el fiero genocidio perpetrado en indefensos haitianos que pacíficamente invadían el territorio fronterizo de la patria. La novela conmueve por lo insólito de los episodios y la realidad que muestra a través de su memoria, archivo inmovible de vivencias macabras. Lo que hay de válido en esta novela es la sinceridad del relato y la belleza del estilo, hecho para conmover nuestra ánima.

HILMA CONTRERAS es sorprendente y original.

Un cuentista frustrado de buena estampa, a quien la política ahogó fue JOSE ANGEL SAVIÑON (1919) y, más conocido que él, JOSE RIJO (1915), que refleja en sus cuentos cierto encanto poético, (*Floreo*).

NESTOR CARO (1917) se interesó por la gente humilde (*Cielo negro*). ALFREDO FERNANDEZ SIMO (1915) es autor de la colección de cuentos titulado *Guasábara* y J. M. SANZ LAJARA (1949-1960) es el autor de *Cotopaxi*, *Aconcagua*, *El Candado*, y una buena novela de la moderna ciudad de Santo Domingo, *Caonex*.

MARIANO LEBRON SAVIÑON (1922) también ha escrito cuentos (*Los ancianos*, *El vidente*) y una novela en la que fustiga el caudillismo, *El último remolino*.

DOS EXTRAÑAS NARRACIONES

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI, además de una larga labor fecunda e increíble, de investigación y difusión de nuestra historia y nuestra cultura, y de darnos, de vez en vez, filones de su genio universal, se nos presenta con una obra extraordinaria de disquisiciones y ameno lucubrar: *La tertulia de los solterones*. (32)

Se trata de cinco solterones, en el siglo XIX, con escenario en España, que se reúnen a conversar y evocar recuerdos, en el Mesón de Segoviano, entre libaciones de aromáticos vinos superiores. Uno de ellos es don Ramón, que, habiendo sido Cónsul en la República Dominicana, la antigua Hispaniola, retrotrae sus recuerdos del lejano país antillano, y su amistad con uno de sus rancieros caudillos: Buenaventura Báez. Entre esos recuerdos surge el de un personaje del siglo XVI nacido en Santo Domingo, Don Luis Colón de Toledo, hijo del Virrey don Diego Colón y la virreina doña María de Toledo, que, siendo el primer americano en ganar un título nobiliario, muere en su extrañamiento de Africa, donde se le envía como castigo por su delito de bigamia. Los otros solterones son: Don Antonio, el librero; don José, notario público; don Alejo, maestro de escuela y don Sebastián, sacristán. Gran parte de la conversación versa sobre la soltería y sus ventajas y desventajas. El libro está escrito en el estilo sobrio y correcto que es propio de Rodríguez Demorizi. Es amerno, sabio, profundo, solaz de las almas y enseñanza perfecta acerca del arte de envejecer con dignidad.

El otro libro que queremos comentar en este acápite es *Anadel*, la novela *gastrosófica* de JULIO VEGA BATLLE. Anadel es una playa de la bahía de Samaná, donde un grupo de hombres llegan a vacar, guiados por Charles Croiset, un extravagante gastrónomo que en una propiedad confortable pasa los días, deleitándose con el paisaje y preparando platos de exquisitez imponderable. Vega pinta la atracción misteriosa y enervante del mar:

“Se sentía hechizado. La bahía inmutable le atraía con fuerza inexplicable. Quería paladear hasta el fondo, la brutalidad de estas aguas y estas lomas y desentrañar el alma de estas gentes que parecían vivir en un éxtasis perenne, encarcelados en esta bahía conmovida, alucinada por el azul del cielo y el esmeralda de la salvaje vegetación”.

En este ambiente fascinante, los *gastrofóricos*, hombres de mundo, ricos de comprensivos de la vida, van ganando “A...

labriega, agenesia rupestre, monorritmo de agua, anorexia de peculio". Un enervante vigor sexual se les mete por la médula, borrando el barniz de ultracivilizados con que pensaron domeñar la salvaje naturaleza:

"Estaban saturados de mar, de jungla, de flora... El follaje rebullía en sus cerebros con nerviosismo de planta trepadora, con humedad de musgo y herbolario, de zarzales y de breñas... Era, en sus cabezas, una sinfonía de perfumes y colores, de piensos y forrajes, de escamas, de marismas, moluscos, de viscosidades y jaleas, de conchas, de oleajes, de resacas, de entrañas de aves destripadas, de hígados calientes..."

Croiset era el sacerdote de aquel templo pagano, el mesurado preparador de la orgía gastronómica, pero circunspecto y serio, en su papel de anfitrión ideal. Y ella, la sacerdotisa lúbrica, enervada de furor sexual desde el íntimo reclamo de sus células cálidas; la atormentada gula, que lo doblega y lo hace suya, como en un rito salvaje, en el ara roqueña de la bahía insinuante:

"Charles Croiset y yo somos amantes, pero la carne que nos atrae no es de los muslos y los senos y los labios. Es esa que ves ahí. Ponte de pie, Albert de Mess, y mírala. Se llama la Bahía! Los besos que nos damos son castos. Nos une el amor hacia esa Bahía que tienes frente a tus ojos, inquieto, siempre febril, ardoroso, vehemente. Yo lo enseño a quererla y se la he prestado para que la goce como lo hago yo. Esa bahía me pertenece. Su enorme longitud cabe en mis brazos, y la aprieto y la acaricio o la castigo, como el domador a la fiera enjaulada. Ahora tu amigo el profesor Croiset comparte conmigo esa monstruosa posesión. Cuando lo traigo a este cayo nos subimos encima de aquella roca y desde allí nuestras miradas se esparcen sobre toda la superficie del agua y la bahía se estremece, aturdida de placer".

Pero ella, la sacerdotisa del amor enfermo, no se sacia con esa posesión. Quiere ahora el amor puro, salvaje y virgen de Trigaldón, el personaje clave de Anadel, una de las mejores creaciones de nuestra novelística. De cuerpo robusto y bronceo, pelo hirsuto y ojos zarcos, es su vida el mar. Nada como un pez y sirve con mansa fidelidad al patrón del grupo. No hay doblez en su alma, que es virgen también, como su sexo. Y la sacerdotisa se retuerce de amor al verlo, y al contemplarlo un día nadando, como un falo que penetrara en el mar, a guisa de posesión, lo hace suyo, frenética de lujuria y mata en el alma del hombre recio y puro el ingenuo salvaje que había en él. Cuando todos se van, Trigaldón queda sólo, con nostálgica soledad herida en su mar, a cuyo fondo va en busca de vida eterna.

ULTIMAS PROMOCIONES DE NARRADORES

La narrativa ha sido una de las formas más proliferantes en los últimos tiempos, sobre todo el cuento, que medraba a favor de los concursos anuales, que con el patrocinio de una firma comercial celebraba el grupo de *La Máscara*.

El modelo para las últimas promociones de cuentos ha sido Vargas Llosa, cuyo estilo ha sido causa del encumbramiento de algunos valores jóvenes y el derrumbe de otros. También ha habido influencias del existencialismo.

Un novelista de ágil imaginación es RAMON LACAY POLANCO (1915) quien, aunque dedica más tiempo a la poesía, sabe impregnar sus narraciones de un aire de misterio donde la desgana de vivir y la embriaguez permanente de una vida desolada, mantiene a los personajes continuamente inmersos en un mundo de fantasía. Tales son la novelas *El hombre de piedra* y *En su niebla*.

TETE ROBIU (1925) muy joven, nos muestra una enorme sensación de vacío en su vida llena de posibilidades, con mil caminos abiertos hacia la dicha. Ya a los 18 años de edad nos da su primera novela, *La nostalgia de la nada*. Natalio Salinas, el protagonista de esta novela, es un descentrado, un

pobre escéptico sin asidero para la nostalgia de vaciedad, de nadería que florece en su existencia. Es rico y apuesto. Las mujeres lo rodean y buscan en él esos retazos de goce que puede proporcionar. Pero no encuentra en su jocunda juventud esa euforia de vivir que es propia del hombre dichoso. Anhela cosas nuevas, distintas a las que le dan refacción a su asco. Y va a Sonia, porque en el gesto de fastidio que ilumina sus ojos, ve un recuerdo de la nada. Pero ella es la antítesis de lo que él espera; se le entrega fácilmente en su pabellón de la playa sin poner emoción en la suprema embriaguez del espasmo, porque ella es frívola, y, sobre todo, aventurera.

Y hay un choque de miserias del alma. Natalio busca algo más que lo deleznable de la vida, algo más sólido que la sociedad donde vegeta. Su salvación sería Dios, pero Él es el Eterno Ausente. Y Natalio tropieza entonces con su propia existencia: lo primero en él es el existir; lo demás es miseria, asco. Y cuando se da de bruces con ese hondo vacío que hay entre su ansia de nueva vida y la realidad imposible, se suicida.

Parece que hay algo de Teté en este personaje: ese agitarse ante las limitaciones de la vida, la angustia del mundo abismal donde medra. Y su venganza es esa: crear un personaje a quien la primavera se lo ofrece todo; dotarlo de letales melancolías y destruirlo con la única muerte en la que el hombre pone su voluntad: el suicidio. Sin embargo, en Robiou canta la vida y nunca podría asomarse a su alma, con carácter de tentación, el Natalio de su novela.

Otras novelas ha escrito Teté Robiou y algunas de ellas han alcanzado la aceptación general de la crítica, pero *La nostalgia de la nada* sigue siendo su obra modelo.

En RAMON EMILIO REYES la sociedad y el rigor son su norma. Su novela *El testimonio* es una de las mejores que se han escrito en Santo Domingo en los últimos tiempos. Está escrita en un lenguaje de infinitas bellezas pues Reyes es también poeta, y con un sentido profundo. Reyes, antes que todo, es un pensador que sugiere más de lo que dice y nos presenta el problema de Andrés como el de un angustiado perdido por los caminos del alma. Fernández Spencer ha señalado la certeza

de la creación de este personaje, que es un jirón abatido de la humanidad.

"Toda incapacidad física o anímica —dice— busca su justificación al ir, de modo inconveniente, deformando el universo". (33)

Andrés es, pues, un hombre agobiado por la soledad, por esa misteriosa angustia que deviene del sentir de una existencia sin posibilidades, sin un alto motivo por el cual vivir. Otro cuentista descollante lo es Virgilio Díaz Grullón, cuya obra hemos de comentar un día.

EL BUEN LADRON

MARCIO VELOZ MAGGIOLO (1936), emarcado dentro de las más jóvenes promociones del país, es un triunfador. (34) Su novela *El buen ladrón* fue un éxito y se la consideró una de las diez primeras novelas Hispanoamericanas de la década del 60.

El buen ladrón (35). Para los que estiman que la novela es un género estéril entre nosotros les invitamos a leer *Over*, de Marrero Aristy o *La mañosa*, de Juan Bosch. Y aún más, les sugerimos dirigir sus ojos con afán investigador, a una nueva generación en la que descuella Marcio Veloz Maggiolo, que está en plena efervecencia creadora, aportando a nuestra anaquelaría una valiosa obra que honra nuestra juventud.

El buen ladrón es como novela, una obra maestra y de grandes bellezas. No llegamos a darle primacía en otros aspectos, pero no encontramos entre nuestros novelistas, incluyendo a Cestero Burgos, con su estilo asaz apasionado, bellezas como las que encierra en su exiguo espacio, ésta que comentamos.

La desorbitada justeza de los malos apreciadores quiere involucrar al novelista en su obra. No siempre sucede así. Identificar al autor con los personajes que crea es desbarrar. Buscar a Teté Robiou con los caracteres de los personajes de sus

ficciones es un error que debe desecharse. Robiou puede ser todo lo “existencialista” que se quiera, pero su cascabeleante juventud y lo mollar de sus posibilidades le ofrece otras perspectivas en la vida que las de la melancolía. Lacay Polanco es otra cosa. Hay algo de sombrío en el fondo de su ser. Un duende —no demoníaco, pero sí muy travieso— juguetea en sus obras. Pero su *Hombre de piedra* no refleja los verdaderos resquicios de su alma.

Menos que nadie Marcio Veloz Maggiolo se retrata en su creación. Su obra brota de la hontana de la pasión creadora, como del oro luminoso el sol, y al pasar por el arcaduz de su alma —que es un sonoro cangilón de poesías— el agua pura finge un cromado arco de luz, como al herir el sol la vagarosa gota de agua suspensa en el espacio. Y esa es la chispa que ilumina todo un mundo de su fantasía.

Si el diálogo es la esencia de la farandulera novelística, la novela de Marcio se resiente de este aroma. En este sentido ninguna otra novela tiene la fuerza dialogal de *Over*, la novela de Marrero Aristy cimera entre muchas de nuestra América, donde cada personaje se retrata a sí mismo en sus palabras. Así, con maestría, logra etopeyas insospechadas en las chácharas de pobres seres perdidos en la ignorancia.

Pero el diálogo no lo es todo. Hay algo más. Ya para la época felletinesca —que llenó parte del lapso de nuestra pubescencia— cuando en complicidad con el silencio, a altas horas de la noche, arrecidos y soledosos, nos barbábamos, fantasiosos, en una solitaria celda del castillo de If, o paseábamos, en compañía de las ratas, todas las rutas cloacales del altantarillado de París, el argumento era parte esencial de la narrativa, y en él acumulaban las situaciones más absurdas.

El interés de la novela se centra en la manera como nos identificamos con sus personajes y seguimos paso a paso sus peripecias, sudamos con sus tártagos, sufrimos sus angustias o nos alegramos con el espectáculo clangoroso de sus alegrías... Si el novelista logra esto, su obra es perfecta.

Nosotros exigimos más... Toda obra, para que se vierta en el mundo de nuestro interés, debe llevar el germen de una idea

noble, la exaltación de algún valor humano. Debemos encontrar en su trasfondo el celaje de la noble virtud que la inspiró, como en el pliegue marmóreo del manto de la vestal, el recuerdo de la mano modeladora. Y, además de éste, un estilo noble y bello acaba por darle el toque sugestivo, el toque de grata insinuación que le exigimos.

Ideas profundas y poesía florecen a lo largo de *El buen ladrón*.

Tres cosas se le reprochan a Marcio Veloz Maggiolo, que son precisamente las que le alabamos. Hay a lo largo de todo el libro un hondo lirismo, cual corrientes submarinas que son como “ríos en el mar”, del que después de todo no puede prescindir quien es un excelente poeta. Escribir bien y bello no es pecado; es virtud. Las metáforas que vienen de vez en vez, como trazos luminosos en el oscuro tendal de la noche, disfruten este libro, como ajorcas brillantes en las orejas de un etíope. ¿Por qué no ha de ser una novela —y novela de veras— bella como un poema?

La otra virtud es el tema seleccionado. ¿Cuál es la razón de haber escogido un tema tan viejo, y bíblico, por añadidura? Esto nos lo preguntó una jovencita muy inteligente: que Leonidas Andriev agote el tema de Judas, pasa; pero que a esta hora un joven dominicano —Bosch, ulteriormente escribió acerca de Judas y de David— hable del ladrón que murió a la diestra de Cristo... Maravillosa concepción —decimos nosotros— y acertada selección. En la pregunta de la precitada señorita, ¿no hay un tufillo de snobismo? ¡Qué importa el tema si lo que se dice viene remozado, en una novedosa forma de decir; si quien lo trata vuelca su alma y nos traza una ruta, una sola, angosta, pero recta hacia la eternidad!

Y por último, su universalidad. La ausencia de color local no le resta mérito a una obra y, a veces la eleva. Buena trampa —y peligrosa— la del agreste regionalismo. En esencia creemos, y esta convicción nos la han dado los mejores libros del género que comentamos, que lo que importa en la novela, como en toda obra que llene el hueco de nuestra soledad y ocupe la utilidad de nuestro ocio, es el orbe con que enriquecemos

nuestro exangüe acervo. No importa tanto la trama, que es tan sólo la vestidura que cubre la armazón. Es en la ambientación, en los escenarios, donde vemos la importancia de la novela, aunque los personajes se esfuminen en la chafarrinada ambiental. Lo que hace el novelista maestro es convertir ese chafarrinón en un cuadro de pictóricas excelsitudes.

El novelista juega con las vidas: esa es su ventaja y su superioridad, pues puede racionar con usura su simpatía o prodigarla a raudales. El solo puede, con un trazo de su pluma, enturbiar una conciencia pura, penetrar vidas intranquilas y llegar, sin los artificios de Freud ni los ardides de Adler, al fondo de sus conciencias. Pero, ¡cuidado! Debe hacerlo con tiento. Dice la anécdota que un día en que alguien encontró triste al gran embustero de la historia, Alejandro Dumas, éste le explicó que su tristeza se debía a que tuvo que matar, al fin, a su héroe predilecto, D'Artagnan. No hay tal impunidad en el novelista para fungir de jifero con su héroe. Corre el riesgo de que no se lo perdonemos. Y esto es peligroso para su reputación.

El novelista trabaja con la realidad. Se habla de un mundo de ficción. No hay tal ficción —a menos que la fantasía poética meta baza en el asunto, como sucede con Rulfo o con García Márquez—. Todo es contingible. Porque el mundo de la fantasía, ese que se gesta en el trasfondo del yo, es tan real y tan vasto como el mundo de las cosas asibles, en buen grado aparential. El hecho de que Juan Ramón Jiménez viera una sirena en alta mar, el momento de sumergirse en el agua, lo confirma. Puede ser, y es casi verdad, que no existan las sirenas; pero el poeta vio una. Las limitaciones de nuestras retinas deforman muchas cosas que la aquilina rapaz puede atisbar desde sus célicas alturas. Oloraciones se pierden en nuestro ambiente que sólo percibe el sabueso con su húmeda nariz. ¿Qué, si no inútiles aditamentos, en su mundo penumbroso, serían para el muerciélagos los ojos que él sustituye a perfección con su radar? ¿No es mil veces más adecuada para su objetivo la cínife trompa succionadora del hematófago díptero que las más finas agujas hipodérmicas? ¿Hay algo más perfecto que el hueco esqueleto de las aves? Todo lo que es real trasuda fantasía: la organización republicana

de las hormigas, la disciplina militar de las tambochas camino a su objetivo, la pulida voracidad de las pirañas. Todo es posible en este mundo alabado.

Hay una especie de tratado tácito —no escrito, deseado ni sospechado, tal vez— entre el león arrogante y la hiena inmundada. Y es de ver con qué soslayado desdén el monarca selvático devora su sacrificada presa entre golosos rugidos, mientras a pocos pasos la despreciada hiena espera, silenciosa, la hora de gozar los desechos del festín. Pero en horas de hambre y de escasez, el orgulloso enmelenado depone su arrogancia y sigue a la asqueante hiena, zapadora de la selva por mor de un olfato adiestrado para encontrar los cadáveres, que luego le disputa, a punta de afilados colmillos. En esas horas, también el rey de la selva sigue el vuelo imponente de los lúgubres buitres, para llenar su estómago, en un inesperado banquete sobre sobre la podre.

La historia de *El buen ladrón* queda reducida a un breve esquema. Se trata de un asaltante de caminos, Denás, que escucha la cautivante palabra de Jesús, y le toca la gloria de morir crucificado junto a él. Es cosa curiosa que ese Denás tuviera un pesebre por cuna y por comadre pasiva “un buey viejo de ojos vidriados como noche de luna”. Este dato ¿no une, desde la pobre y pajiza cuna los destinos del hijo del azar con la de aquel otro, universal, a quien Góngora vio como un clavel robado por el heno a la aurora, retratando ambos su nacer en la cansada pupila del buey? Denás es un enfermo, casi un inválido. Crisis convulsivas, con momentáneas pérdidas del conocimiento lo hacen inútil para el trabajo, y deviene en asaltante de caminos.

Entiéndase bien: Denás es epiléptico. El espectáculo de las convulsiones del *gran mal* —hermano de los trances luminosos de los presuntos supervidentes— en la antigüedad, movía a las turbas admirativas hacia la creencia de un alto destino. Recuérdese el caso de Mahoma, con sus crisis convulsivas, en el momento de las revelaciones, o la fase de iluminación en los aspavientos místicos de Ramakrichna. (38) El aura alucinante y

la obnubilación total pueden llenar el vacío de la ignorancia con una gran preocupación arrobadora.

Para Denás su destino era otro. La madre presente su futuro cuando a los diez años de su edad, súbitamente, le apresó su primer ataque:

“Presentí entonces —dice— que mi hijo sería un nuevo pordiosero de esos que en los caminos de Bethania y Emaús, siempre llenos de lázaros y tuberculosos, ladran a los transeúntes como perros sin amos que les suministren alimentos”.

Y fue pordiosero, y, como tal, un ladrón, vocación irresistible que le impuso su inexorable ego, cuando gustó el placer de birlar el primer dinero con que amenguar el hambre de su madre y su recién nacida hermana, Midena.

Denás robaba, y su madre lo sabía; pero al saberlo, hay una reacción conviccional en su ignorancia. Decidió no interferirlo con un gesto ni una queja ni un gruñido, porque “cuando un hombre, que se cree inmerso en la inutilidad más terrible, consigue medio para vivir por su propio esfuerzo, lo mejor es dejarlo con sus ideas, porque reprenderle y acusarle sería destrozar su ansia de vivir y su anhelo de superioridad ante las cosas del mundo”.

En cuanto a Midena, fue prostituta, pues “se formó mujer entre risas de hombres grotescos y miradas llenas de maldad”.

El saldo familiar, como se ve, era agobiante. Midena fue engendrada sin amor, en el lecho concupiscente. Un hombre de tez suave, que requiere a la mujer con dulce voz, la conduce por la cadera hacia el lecho y le hinche el vientre. Eso es todo. De ese encuentro viene Midena.

En la orfandad ambiental donde nace Midena ¿qué camino escoger? ¿Son sus tristes limitaciones la justificación para entregarse a la merca en la suciedad del amor? Hay algo sombrío pero verdadero. La madre es ignorante, creyente. Cree en Jehová, el tonante Dios de Israel. Si no creyese, se derrumbaría sin asidero su vida. Pero cree. Tiene razones para

crear. Sólo que esas razones surgen de la misma razón de su miseria. Es por esa rasgadura de conformidad por donde es posible que penetre el bálsamo consolador. Su hijo inválido es un ladrón; su hija marchita una meretriz: pero ambos le allegan medios para su sostén. En ambas actitudes filiales ella ve la mano de Dios, que no abandona a los suyos. Precisamente, sólo presentía un punto oscuro en su vida, présago de tragedias: la aparición de ese vagabundo de dulce voz melódica a quien llaman Jesús.

La figura de Jesús, llena de raros atributos en el ingenuo pensar de la madre, va surgiendo pura y hermosa, lirial y grande, en su verdad. Porque es El quien a la postre conquista a los desventurados conduciendo al Buen Ladrón hasta la cima del Gólgota, donde es una experiencia dichosa la muerte. Porque el martirio —y es lo que no comprenden muchos rencorosos y agresivos ignorantes— es agua milagrosa que borra toda mancha, esfuminando el pasado y sublimando el morir.

No podemos comprender cómo a lo largo de todo el libro, de tema tan serio, puede flotar ese hábito de ternura. Ese carácter es, a nuestro entender, uno de sus grandes méritos. Un ladrón y una prostituta no llegarían a penetrar en el ámbito de nuestra simpatía si sus deliquios y sus trances delictuosos no estuvieran refrescados por el venero de esa ternura, de esa dulcedumbre que corre a lo largo de todo el libro.

Grande acierto fue poner a la madre ignorante, angustiada, dolorida y naufraga en el mar de sus propios asombros, a hacer el relato. Ella, ella con su triste ignorancia, inmersa en una bondadosa complacencia maternal es la que nos hace ceñirle blanca vestidura al asco. Y ya todo esto es alto mérito del escritor, que no podemos escatimarle.

NOTAS DEL CAPITULO XXVIII

(1) Esto, desde luego, provocó una corriente de contrabandos bibliográficos en las colonias, no obstante la minuciosa vigilancia y los registros exhaustivos de las naves provenientes de Europa. Así penetró en América, y circuló profusamente el Quijote. En cambio, las escasas imprentas que había en el Nuevo Mundo se cuidaban mucho de no violar la ley.

- (2) Pedro Henríquez Ureña. "Apuntaciones sobre la novela en América". Conferencia. Nota 3 de dicha conferencia.
- (3) Las primeras obras dominicanas de narración en prosa, se deben a los hermanos Alejandro y Javier Angulo Guridi, llevándose la primacía Alejandro, quien en 1843 escribió una novela, *Los amores de los indios*, que muchos tienen como la primera obra de literatura indigenista en el país.
- (4) Rafael Damirón. "De nuestro Sur remoto". Conferencia. 1947.
- (5) Habían preparado una emboscada para asesinar al general Hereaux, acción que fracasó.
- (6) R. Damirón. Ob. cit.
- (7) R. Damirón. Ob. cit.
- (8) Américo Lugo. "D. Manuel de J. Galván". Antología. Colecc. Pensamiento Dominicano. Santo Domingo. 1949.
- (9) Pedro Henríquez Ureña. "Enriquillo". Antología de artículos y conferencias.
- (10) "Escrita en hermosa lengua y en el noble y castigado estilo de lo clásico de la literatura castellana que como ningún otro dominicano dominó, siendo en ella príncipe y maestro, Enriquillo es aún, al cabo de treinta años, la perla más valiosa y la más alta cima de las letras patrias". A. Lugo.
- (11) En el texto original hay una nota marcada 159, que hace la siguiente salvedad: "histórico".
- (12) En la nota 160 del texto dice: "Según dice Las Casas, parecía tener 500 estados de profundidad".
- (13) "Manto de viaje de campaña de aquel tiempo", Nota del texto.
- (14) P. Henríquez Ureña. Ob. cit.
- (15) De este episodio trajo Gastón Deligne el argumento de su drama "Da. María de Cuéllar", que Pablo Claudio utilizó como libreto para su ópera.
- (16) José Martí. "Carta a Manuel de Jesús Galván". Prólogo a la Edición de Barcelona. 1909.
- (17) Max Henríquez Ureña. "Paranoma histórico de la literatura dominicana" Río de Janeiro. 1945.
- (18) Virginia de Peña de Bordas era nieta del escritor y patricio Don Manuel de Jesús Peña y Reynoso. Además de "Eracra de oro" y "Toeya", escribió otros libros de narración como: "La princesa de los cabellos platinados" (cuentos), "Atardecer en la montaña", "El fulgor de una estrella", "Sombra de pasión", "Magia de primavera" y "La hora del destino".
- (19) Sócrates Nolasco. "El cuento en Santo Domingo". Primera edición.
- (20) Se cuentan cosas admirables de ella, entre otras una cordial amistad epistolar con Pierre Loti.
- (21) A Ulises Hereaux (hijo) se le reputa como un buen compositor de canciones al estilo de la época romántica de los trovadores.
- (22) Se refiere a la tiranía de Ulises Hereaux.
- (23) En realidad se trata del notable escritor Miguel Angel Garrido, enemigo político de Lilís, por lo cual sufrió crueles persecuciones.
- (24) Véase este histórico episodio trágico y romántico, en el capítulo dedicado a la música popular.
- (25) También Rafael Damirón escribió para el teatro: "Alma criolla" (zarzuela), "Mientras los otros ríen" y "La trova del recuerdo", en estilo criollo.

También libros costumbristas como: "La sonrisa del Concho" y "Estampa" (1938), y crónicas políticas recogidas en dos volúmenes: "Pimentones" y "De soslayo".

(26) Ultimamente la colección Pensamiento Dominicano publicó una muestra antológica de sus cuentos, bajo el título: "Cuentos del destierro", y otra complementaria titulada "Nuevos cuentos escritos en el destierro".

(27) Además de un gran cirujano y novelista, Moscoso Puello fue un buen escritor; dejó inédita una Historia de la Medicina, y publicó un libro de costumbres, "Navarijo" (nombre de un antiguo barrio de la capital), y una obra espistolar, "Cartas a Evelina", llena de amargas observaciones y lucubraciones acres.

(28) Over era una tarjeta con que se pagaba en los ingenios norteamericanos, a cambio de dinero, lo que obligaba al cortador de caña a comprar en las bodegas del Ingenio, a precios abusivos.

(29) Es autora de una "Historia de la literatura dominicana" y una "Historia de la literatura castellana e hispanoamericana".

(30) Fruto de esa intensa labor feminista fue su opúsculo "Ideario feminista".

(31) Horacio Read es, además un odontólogo de prestigio y un buen pintor. Su esposa, Ernestina Gómez de Read, se desempeña en la literatura narrativa.

(32) Murió en Nueva York abatido a balazos, según se cree, por asesinos pagados por Trujillo. Posiblemente sea el personaje asesinado en el primer capítulo de la novela "El laberinto" del puertorriqueño Carlos Laguerre.

(32 bis) Rodríguez Demorizi expresa: "Hastiado ya de publicar viejos papeles y largas cosas de historia, escribo este libro para divertirme —y también diría, para aprovechamiento de recuerdos y lecturas, de horas y días que me parecieron ociosos y perdidos— todo a la buena de Dios, como quien se sienta a contar cuentos, salga lo que saliere".

(33) Antonio Fernández Spencer. "Reflexiones sobre el destino de la novela". Prólogo en *El testimonio* de Ramón Emilio Reyes.

(34) Marcio Veloz Maggiolo ganó en 1962 el Premio de Poesía "Gastón F. Deligne" y el Premio Nacional de Literatura. Entre sus libros podemos mencionar: "El sol y las cosas" (poemas), "El buen ladrón" (novela), "El prófugo" (novela) y "Creonte", (drama en un acto).

(35) Ensayo que escribimos para la prensa en enero de 1961.

(36) En el prólogo.

(37) Alusión a "El conde de Monte Cristo" de Dumas y "Los miserables" de Víctor Hugo.

(38) En otro ensayo hemos demostrado que Ramakrisna no era un epiléptico, pues esta enfermedad es incompatible con la iluminación gloriosa del profeta hindú.

CAPITULO XXIX

PANORAMA GENERAL DEL TEATRO EN SANTO DOMINGO

PRIMEROS TIEMPOS



EL teatro de la República Dominicana brilla esplendente en nuestro siglo. Pero desde los días de la colonia se practicaba como diversión favorita de los vecinos de la ciudad de Santo Domingo, para lo cual se representaban obras importadas de España y entremeses y comedias escritas por nativos del país.

La Historia se remonta al célebre entremés de Cristóbal de Llerena, representado en 1588, pues toda otra obra del género, desgraciadamente, se ha perdido, y sólo debido a la feliz circunstancia de la ola de protesta que su sátira despertó se debe el que conozcamos hoy el dicho entremés.

Durante el período francés, que se inicia en 1803, se habilitó para teatro la vieja iglesia de Regina Angelorum, donde el Gobierno del general Ferrand se preocupó por montar funciones teatrales, cosa de la cual hay noticias muy precisas.

Como siempre es Rodríguez Demorizi quien nos ayuda a obtener el dato. En 1846, M. Lemonier-Delafosse publicó en El Havre su libro *Second Campagne de Saint-Domingue* (1), y al referirse al combate anglo-francés en la ensenada de Palenque, el 6 de febrero de 1806, dice:

"Aun aquí se reconoce el carácter francés. Algunas personas sanas entre aquellos pobres náufragos, menos

marineros que sus compañeros, Garnerey, Barré, Ballerant, Gagneux y Viviant, pidieron al general un local para construir en él una sala de espectáculos, con el fin de representar comedias. Esta faltaba a nuestra instalación de la ciudad; jamás se habían representado comedias entre los españoles (2) Olvidando, pues, sus infortunios, aquellos jóvenes representaron. Se les dio una iglesia que pertenecía a un antiguo convento de mujeres, Santa Regina, la que desde mucho tiempo servía de almacén de artillería (para los carros y cureñas).

La santa, en el nicho que estaba sobre el frontispicio, fue reemplazada por la palabra Theatre. Garnerey, que vive hoy en París y es pintor de aquellas acuarelas inimitables firmadas H.G... fue el pintor de todas las decoraciones. Como se quedó en la colonia, fue empleado de la administración, de las sucesiones y vacantes y soldado de una compañía administrativa formada más tarde.

Este espectáculo, aunque muy organizado, pecaba bastante por la incompetencia de sus elementos; todos los actores no eran de fuerza y la mediocridad alejó al público que se negó a dar su dinero. Pero la costumbre de este placer había arraigado tan bien, que llegamos a notar su falta, y nosotros, los oficiales formamos una compañía que hizo representaciones teatrales durante todo el tiempo de nuestra ocupación. Dieciséis oficiales y cinco damas representaban todas las partes, desde los primeros papeles hasta los subalternos. Así fue como después de tanto trabajo sacamos algún provecho de nuestro ocio." (3)

En el interesante documento transliterado, no solamente figuran los Reglamentos que regían estas funciones teatrales, sino las personas que constituían el elenco permanente. (4) En cuanto a Guarnerey, el acuarelista de que habla Lemonier-Delafosse, no se ha podido determinar cuál de los

hermanos que responden a este apellido, e igualmente decoradores de teatro, fue el que pasó por Santo Domingo.

“¿Fue el célebre acuarelista Simón Guarnerey (1783-1858), pintor del duque de Angulema, Director del Museo de Rouen, parte de cuya vida aventurera discurrió en el mar y que sufrió naufragios y prisiones? —Se pregunta Rodríguez Demorizi—. Esperamos esclarecer el caso luego, cuando nos sea dable conocer la obra que acerca de su vida escribió el mayor de los hermanos Guarnerey”. (5)

La obra de la Reconquista, emprendida por Juan Sánchez Ramírez, pone fin a estas actividades.

No vuelven a representarse obras teatrales en Santo Domingo hasta 1843, cuando los trinitarios, bajo la sabia rectoría de Juan Pablo Duarte, fundan la Sociedad Dramática —subsidiaria de la Filantrópica— con el objeto de llevar al teatro los ideales que perseguían. Estas representaciones son parte de la lucha revolucionaria, pero el haitiano no se percató de ello.

Pero el Padre del teatro dominicano —al igual que de muchas de nuestras actividades culturales —puede decirse que es FELIX MARIA DEL MONTE, el primer dominicano independiente que se embarca en esta empresa. Escribió mucho, y si no hay calidad literaria en sus dramas, sí la hay de orden histórico. Entre sus obras hay cuatro dramas de temas exóticos: *El mendigo de la catedral de León*, *El vals de Strauss*, *El premio de los pichones* y *El último abencerraje*; una tragedia nacional: *Antonio Duvergé* o *Las víctimas del 11 de abril (1856)*, que trata del fusilamiento por Pedro Santana, del epónimo héroe insobornable (6), y una leyenda dramática: *El artista Antonio Brito*. Todas estas obras están escritas en versos de factura romántica, y posiblemente era Francia y no España, quien intervenía en el gusto dramático de Del Monte. *El último abencerraje* (1872) está arropado por la sombra de Chateaubriand. A Félix María del Monte se debe también la zarzuela *Ozema o la virgen indiana*.

Detrás de Del Monte viene JAVIER ANGULO GURIDI, quien en los años subsiguientes a la Restauración dio gran impulso a la literatura dramática. En 1867 escribió su drama *Iguaniona*, una tragedia indígena en versos, también de factura romántica. Habla del amor apasionado de un español, Avendaño, por una princesa indígena, que no lo puede aceptar, pues lo mira como victimario de su raza y de sus hermanos, y cuando no tiene más alternativa que caer en los brazos del odiado enemigo, se envenena con el perfume de una flor letal, sumiendo a su enamorado en la más profunda desesperación.

Los versos románticos de Angulo Guridi no alcanzan a darle la suficiente fuerza dramática a la tragedia, pero aun así constituyen una grata lectura como puede verse por este final:

Avendaño.

*¡Oh! Si es preciso que a tu leve planta
la timidez sus ligaduras rompa,
heme ya de rodillas repitiendo
que mi alma ciega en tu virtud adora
y en tu belleza y tu valor. La suerte
que a Guatiguana te robó con honra,
en honra mía y con lealtad te ofrece
la protección que en él perdida llora.*

Iguaniona.

*No es posible sufrir tanta insolencia,
tanta inhumanidad sin que la cólera
levante en lo interior del triste pecho
sus iracundas renegridas olas!
Tú, que enemigo cruel de mis hermanos
teñida con su sangre traes la hoja...
Tú, que el desastre sin temblar me cuentas
y que mi rabia y mi amargura gozas...
Ah: ¿Tú mi protector y tú mi amante?
¡Maldígame el Gran Ser como traidora
si ofendo en aras de tu amor impuro
de Guatiguana la adorable sombra!*

Avendaño.

¡Oh! ¡Cuán injusta en tu dolor me humillas!

Iguaniona.

Aún más merece tu demanda loca.

Avendaño.

Mi dulce adoración.

Iguaniona.

Tu hipocresía.

Avendaño.

Nunca supe fingir.

Iguaniona.

Hasta esta hora.

Avendaño.

Me ofendes.

Iguaniona.

Sal de aquí.

Avendaño.

*Antes escucha
mis últimos acentos, iguaniona.*

Iguaniona.

Es inútil.

Avendaño.

*Confiesa que me amas,
y allá donde nací te haré mi esposa.*

Iguaniona.

¡Oh! ¡Qué tenacidad!

Avendaño.

(Poniéndose de pie y queriendo asirla)
¡Pues ven conmigo esclava!

Iguaniona.

¡Esclava! ¡Cielos!

Avendaño.

Lo manda así Colón.

Iguaniona.

¡Tú mientes!

Avendaño.

¡Hola!

(Entran soldados españoles)
Atad a esa mujer.

Iguaniona.

Atrás, icobardes!

Avendaño.

Os digo que la atéis.

Iguaniona.

*¡Hunde tu hoja
en mi indignado corazón primero!*

Avendaño.

*Fuérame fácil, que yo mando ahora;
mas, sierva has de gemir.*

Iguaniona (Delirando)

*¡Oh, sí! ¡No hay duda!
Del universo por la azul corona
rueda una voz fatídica, estridente....*

*Oíd, monstruos, oíd.. "Huye, Iguaniona,
"huye veloce a los amigos suelos,
"de Cuba o de Carib. Los altos cielos
"irritados están porque ha crujido
"la sacra fruta bajo extraño diente
"y esclavo ha de gemir, y un hondo olvido
pueblo que tal profanación consiente...!"*

Avendaño.

Perdóname, ioh, mi Dios, se ha vuelto loca!

Iguaniona.

*Y yo no quise huir! Pero el destino
por justo premio a mi constancia heroica
me deja libertad...*

Avendaño.

Oh, sí, eres libre!

Iguaniona.

... de hacer una elección que no es dudosa.

(Saca del pecho una flor y la chupa con frenesí)

iLa tumba antes que sierva!

Avendaño. No:

Iguaniona. Yo muero...

*iQué confusión... iEn dónde estoy! ...Las sombras
envuelven mis pupilas... iPatria! ... iHermanos!
Salvé mi libertad! ... iSalvé mi honra!*

*(Entran Bartolomé Colón. Muere. El sacerdote,
encadenados, caballeros y soldados.)*

Avendaño. (Mostrando el cadáver)

Se envenenó, Señor...

Sacerdote.

*El la asista
y no consienta que a la edad futura
se revele el horror de esta conquista.*

Iguaniona fue escrita en 1867, el mismo año en que Angulo Guridi estrenó el juguete cómico *Cacharros y manigüeros*, en lenguaje campesino, con numerosas escenas alusivas a la campaña restauradora. En prosa escribió el juguete cómico *Los apuros de un destierro*, que trata de un desterrado en Curazao, por las turbulencias políticas, por lo cual hay muchos diálogos en *papiamento*, y otro sainete como el que llamó *Don Junípero*.

Aunque en 1868 escribió otra tragedia en versos (*El conde de Leos o La campana del higo*), no alcanzó a superar, ni con mucho, en éxito alcanzado con *Iguaniona*.

Otros intelectuales nuestros que se aventuraron en el género dramático fueron: MANUEL DE JESUS RODRIGUEZ, autor de una tragedia de los tiempos de las guerras restauradoras, titulada *Tilema*; de dos zarzuelas (*La promesa cumplida* y *Amores de dos zagales o Los cálculos de un tutor*) y el drama en versos *La hija del hebreo*. (7). JOSE FRANCISCO PELLERANO (1844-1879) fue autor de la exitosa comedia de costumbres, *El que menos corre, vuela*, estrenada en 1811. CESAR NICOLAS PENSON, tiene un intento satírico no representado: *Los viejos verdes*. FRANCISCO GREGORIO BILLINI, el gran hombre cívico y educador, entre sus actividades literarias tiene incursiones en el teatro, con un drama, *Una flor del Ozama*, publicado en 1867 y un poema dramático, de puro corte romántico, *Amor y expiación* (1882), que recuerda a los dramas de Francisco Camprodón.

Más adelante, a finales del siglo XIX, grandes poetas se aventuran a trajinar en el teatro, como ARTURO PELLERANO CASTRO, quien con ese talento que le era tan peculiar, escribió dramas echegarianos que fueron éxitos completos en sus estrenos, como *Fuerzas contrarias* (1892), *Antonia* (1895) y *De mala entraña* (1902), drama en prosa que conocemos

fragmentariamente y que habla muy bien del autor. RAFAEL DELIGNE, escribió diferentes ensayos dramáticos, y su hermano GASTON DELIGNE, el todavía llamado "príncipe de nuestros poetas", escribió el libreto para la ópera de Pablo Claudio, *María de Cuéllar*.

TEATRO DEL SIGLO XX

Al inicio del siglo XX se estrenó el drama *Consuelo*, que fue un completo éxito. Su autor era un joven, formado en París, y buen conocedor del rico teatro francés: ULISES HEREAUX, hijo. Toda la balumba del teatro de ideas, que iba desde Ibsen a los autores galos contemporáneos del autor, le era conocida; y Hereaux tenía maestría especial para preparar sus tramas y rematarlas con el final adecuado. Por eso, aunque su imaginación era escasa para crear teatro de primera calidad, sus obras: *Genoveva*, *Los inmutables*, *El artículo 291* y *Alfonso XII*, fueron grandes éxitos.

Las verdaderas actividades teatrales puramente nacionales, nacen en el 1946, cuando se funda, por iniciativa del Gobierno, el Teatro Escuela de Arte Nacional, activo propugnador de las cosas teatrales. (8)

Ya antes, un grupo de actores había brillado en el cielo artístico del país: Recordamos a José Solá, Juan José Bravo y Divina Gómez. Solá era puertorriqueño arraigado en nuestro país, donde formó familia, lo mismo que Bravo, español que había pertenecido a una compañía de zarzuelas que pasó por la ciudad de Santo Domingo. En cambio, Divina Gómez es dominicana.

He aquí fragmentos de un ensayo que escribiéramos con motivo de un homenaje que se le rindiera a la actriz Divina Gómez, después de más de cuarenta años de prolijas luchas artísticas:

"Conocí a Divina Gómez a través de su actuación. Se estrenaba en el Teatro Olimpia el drama de Casona Prohibido suicidarse en primavera. Lo recuerdo todavía.

En aquel acontecimiento inesperado hubo actuaciones excepcionales: Un Hans, interpretado por Francisco Grullón Cordero, con una habilidad y una vis cómica que nunca ha desmentido; un Dr. Roda en el que Oscar Iglesias se desempeñó con una sobriedad admirable, etc. Divina Gómez tenía parvo papel en el drama. Era Cora Yoka, una cantante ya madura y decadente, en busca de publicidad escandalosa. Era un papel peligroso, por frívolo, en una actriz en quien el gesto trágico se sublimaba. Era una prueba de fuego que le hacía ponerse la otra carátula, la de Aristófanes, risueña y grotesca. Pero la aparición de Divina fue un acontecimiento. Pasó con pávida frescura por la escena, imprimiéndole a su papel tal sello de realismo, que de seguida comprendí que la fama que de su nombre, pregonera, había llegado a mí, era justificada. Aquella presentación de Prohibido suicidarse en primavera había sido un hito dramático en el acontecer de nuestro adormilado teatro. La parte central del drama se le había confiado a Juan Llibre y Silvia de Crass de Chapusseau (9) y actuaron con la seguridad de una mentida veteranía. Muchas veces he visto a Divina después; muchas veces me deleité con la mágica orquestación de su voz. Ya era emocionando en su papel central de La enemiga de Darío Nicomedi, donde la excepcional actriz característica Aurea Juliao exhibía su histrioanismo admirable; ya como la madre comprensiva de Mi hijo el doctor, en una adaptación dominicana de la obra del uruguayo Florencio Sánchez o ya elevándose, con majestad extraordinaria, al escaño más alto de la interpretación dramática en La casa de Bernarda Alba, del andaluz Federico García Lorca, ese torrente imponderable de trágicas alegrías". (10)

Muchos actores se formaron al calor del Teatro Escuela y de la Escuela de Arte Escénico, la mayoría de los cuales aún se yerguen en constante desafío de sempiterna calidad artística: Jesús Lizán, Rafael Gil, cumbre dominicana del arte escénico; Freddy Nanita —el eterno galán— Marino Hoepelmán, Ana

Gómez, Mary Sánchez, Lucía Castillo y esa Antonia Blanco Montes, viuda Aparicio, (11) así como también doña Carmen Rull, tan nuestra como las demás. (12)

Monina Solá es la eterna dama joven del teatro, por su encantadora figura encendida de gracia y su hermosura y su voz suave y rumorosa como arpegio de arroyo zumbador.

El Teatro Escuela fomentó la pasión y se hizo vivero de dramaturgos:

FRANKLIN DOMINGUEZ (1931) es el más fecundo de todos los dramaturgos dominicanos, y siendo actor, ha logrado que se representen casi todas sus obras. Lo que le falta en intensidad dramática lo llena con su honestidad creadora y la dedicación a un quehacer que realmente lo apasiona. Es autor de *Exodo* (1951), *El vuelo de la paloma* (premio nacional de 1952), *Sin importancia* (1954), *Alberto y Ercilia* (estrenada en 1954), *Extraño juicio* (1955), *Dos en la soledad* (1955), *El punto final* (1956), *Hombres y relojes* (1956), *Tertulias de fantasmas* (estrenada en 1956), *Habitación para mujeres* (1957), *La niña que quería ser princesa* (teatro infantil premiado en 1957), *La farsa de los campesinos infieles* (1958), *El hombre frente al espejo* (1958), *Un amigo desconocido nos aguarda* (estrenada en 1958), *El último instante* y *La broma del senador* (1958).

Todas son comedidas escritas con conocimiento cabal de la técnica, aunque algunas abundan en lugares comunes y trivialidades. Domínguez escribió, casi en la postrimería de la dictadura de Trujillo, un drama serio y angustiante, *Espiga madura*, que fue un mensaje que pasó inadvertido para la gran copia de gentes que lo escuchó y aplaudió con visible emoción. Está aquí presente el problema de la sujeción de la suprema y dura autoridad paterna que se quiebra cuando ésta se torna insoportable, con lo cual el ambiente familiar se hace casi trágico. Es una verdadera revolución que trastorna el hogar. Algunos han querido ver en *Espiga madura* una copia de *La mordaza*, pero es falsa apreciación. Domínguez trató su tema con maestría y en el momento oportuno.

MANUEL RUEDA (1921) es un vigoroso autor teatral que con *La trinitaria blanca* logró un clamoroso éxito en la escena. Su estreno en 1957 inicia una etapa en la literatura dominicana. La obra fue un éxito completo por el problema que planteaba —el de la soltería neurótica— con un personaje central, Miguelina, que nada debe a la *Doña Rosita la soltera* de García Lorca o a *La Frenesí*, de Pyret-Chapuis.

Técnicamente es una obra original encauzada en la escuela de Ibsen, el noruego genial. De esta obra ganadora del Premio de Literatura, dijimos aquella vez:

Lo notable en La trinitaria blanca es la valentía con que se presenta todo, el hondo dramatismo que trasciende de cada personaje y las gotas de elevado humorismo que salpica la tragedia para impedir que se rompan nuestras cuerdas emocionales en tensión". (13)

La tragedia no es la culminación de una muerte valiente o desgarrante, sino la aparente resurrección de una ilusión, cuando la soltera, que sueña, en la orfandad de sus noches, con un grandioso amor que llevarse a la boca, enniebla su mente ante el jardinero, que viene, simplemente, de cortar unas flores —las trinitarias blancas— y absorto oye los aspavientos de una imposible pasión:

Jardinero.

¿Está la señora? Ya he terminado mi trabajo.

Miguelina.

(Incorporándose. Lo mira fijamente, extrañada. Luego sonrío como si lo hubiese reconocido). Entonces. ¿eras tú?

Jardinero.

Verá usted. Yo soy el nuevo jardinero y...

Miguelina.

Te reconozco. Has vuelto como me lo tenías prometido. No has tardado..

Jardinero.

No la comprendo, en absoluto . . .

Miguelina.

Es maravilloso. A pesar de la transformación sé que eres tú, no ya en sueño; tú, en carne y hueso, esperándome con tus brazos fuertes tendidos hacia mí y el ramo de novia en tu mano.

Jardinero.

Acabo de cortar la trinitaria como la señora me lo ha mandado. He venido a decírselo.

Miguelina.

¿Has cortado tú mismo, nuestra hermosa trinitaria blanca? ¿Por dónde te descolgarás, entonces, cada vez que quieras volver a mí...? Ah! Ya veo... ¡Hemos vencido! Cortaremos todas las trinitarias del mundo. Soy tuya. Voy hacia tí... Tú has venido a quedarte para siempre. (El jardinero se mantiene al fondo de la escena como un símbolo. Suelta poco a poco el ramo de trinitaria mientras Miguelina, transfigurada, tiende sus brazos hacia él. Sigue el vals mientras cae el telón final).

Las otras obras dramáticas de Rueda, *La tía Beatriz hace un milagro*, *Vacaciones en el cielo* y *Entre alambradas* no hicieron otra cosa sino afirmar su prestigio y confirmar su primer triunfo. (14)

MAXIMO AVILES BLONDA (1931) buen poeta, escribió un drama de fuerte contenido emocional, *Las manos vacías*, que alcanzó gran éxito durante varias noches. Es una obra ibseniana, profunda y poética.

La mayor parte de las obras teatrales que se han escrito en Santo Domingo ha quedado en los libros sin saltar al escenario para hacerse cosa viva. En un exceso de lirismo, y en otras, dificultades escénicas, han impedido que algunas buenas obras sean conocidas del gran público.

AMERICO LUGO (1870-1952), el magnífico poeta de la prosa y admirable ensayista, publica en 1906 sus *Ensayos dramáticos*, obras para leer, aunque pudieran llevarse a escena con posibilidades de éxito, y donde incluye el drama en un acto, *El avaro*, con pequeñas reminiscencias de Moliere, y los monólogos *Víspera de bodas*, *En la peña pobre* y *Elvira*, donde es destacable la sonoridad de la prosa y la penetración psicológica.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (1884-1946) también a manera de ensayo, publicó una tragedia griega, según el estilo clásico, *El nacimiento de Dionisios*. Henríquez Ureña era un gran humanista, conocedor profundo de los griegos y a todo lo que hizo le imprimió el sello de su indudable personalidad. José Enrique Rodó consideró esta tragedia “una de las cosas más bellas de la nueva literatura hispanoamericana”.

En 1924, el poeta FABIO FIALLO estrenó un boceto dramático llamado *La cita*.

RAFAEL DAMIRON quiso escribir dramas criollos e intentó una zarzuela en la que las partes cantadas llevaran los versos de las *Criollas* de Arturo Pellerano Castro; inconvenientes de última hora le obligaron a hacer sus propios versos, aunque conservando el estilo de las *criollas*. Así, en 1916 estrenó la zarzuela *Alma criolla* (15) y en 1917 llevó a escena *La trova del recuerdo* y *Mientras los otros ríen*. (16)

Otro modernista, EMILIO A. MOREL escribió varias comedias como: *El trino errante* (1917), *La copla triste*, *El domador*, *El pésame* y *Entre nubes*, un ingenuo juguete cómico.

En 1917 APOLINAR PERDOMO estrenó *Cuento de amor*.

ARMANDO OSCAR PACHECO (1902) es otro de los poetas modernistas que han incursionado en el teatro con buenos dramas, como *La góndola azul*, que sirvió de libreto para una zarzuela del maestro Alfredo Max Soler; *Como las demás*,

La mujer que yo amo, Amantista, El amor se va de vacaciones, etc.

JOSE MANUEL GOMEZ DU-BREIL (1926-19..) de las nuevas promociones, escribió un drama moderno y un monólogo ingenioso, antes de su prematura muerte: (17) *La sombra verde* y *La muñeca de trapo*. Se insinuaba como un hábil monologuista.

CARMEN NATALIA, la gran poetisa, también escribió obras dramáticas, algunas para niños, y entre todas una formidable tragedia en versos, *Luna gitana*, que ella calificó como "Drama de cuatro corazones, en tres cuadros nocturnos". Era drama de mágica ensoñación lunar, de misterio y de trágico embrujo de amor. La poesía es misteriosa también y la tragedia honda, con una melancólica exaltación dannuziana.

FRANKLIN MIESES BURGOS (1907-1977) eminente lírico, escribió dos largos poemas dramáticos: *La ciudad inefable* y *El héroe*. HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL es autor de buenas actualizaciones de dramas clásicos (*Prometeo, Filotecte*) y también MANUEL MINIÑO quien incursionó en la tragedia griega con *Destino*, recreación del Edipo de Sófocles.

MARIANO LEBRON SAVIÑON (1922) es autor de varias tragedias y comedias, de las cuales sólo una, *Cuando el otoño riega las hojas* se ha representado; las otras son: *Mirtha-Primavera* (tragedia poética en tres sueños), *El Infierno*, *Don Pedro el Cruel*, *Don Enrique* (todas tragedias en las que se alternan versos con prosa), y las comedias *El inexorable*, *Las luciérnagas del interés*, *La isla de los sueños* y *Sobeya*.

Por último PEDRO RENE CONTIN Y AYBAR (1907) ensayista de buen estilo, escribió un bello drama de conflictos del alma: *Raíz*. (18)

NOTAS DEL CAPITULO XXIX

(1) La obra fue traducida del francés por el Lic. Cayetano Armando Rodríguez, y publicada con notas del traductor.

(2) Afirmación errada de Lemonier, desde luego.

(3) Citado por Rodríguez Demorizi.

(4) Reglamento interior de la Sociedad Dramática de Santo Domingo (1806)

“El telón cae, emperadores y vasallos, todos son iguales y camaradas”. (Favard/- Las tres sultanas).

Art. 1o. Los señores y señoras aficionados, que se han repartido entre sí los diferentes cargos de que se compone el conjunto de una compañía dramática, han aprobado el reparto de la parte indicada en el presente artículo.

Señores: *Vives*, director./ *Funel*, padres nobles sensibles y algunos financistas, director./ *Büisseret*, financista y barítonos, vaudeville. *Darnaud*, galanes jóvenes./ *Evrard*, idm./ *Sachs*, razonadores./ *Cariot*, idm./ *Bardin*, primeros actores./ *Salva*, idm. administrador./ *Druneau*, Segundos actores./ *Lemonnier*, terceros actores, características, grandes utilidades, administrador./ *Delastang*, terceros actores y cómicos subalternos./ *Belté*, terceros actores y cómicos subalternos./ *Melville*, utilidades./ *Clarís*, hijo, idm./*Madame Clarís*, madres nobles, características y sirvientes notables/ *Camboullies*, primeras confidentes y primeras damas galantes./ *Prioleau*, primeros papeles y características nobles./ *Ederne*, segundos confidentes y grandes utilidades./ *Clarís*, hija, niños de cualquier clase”.

(5) Emilio Rodríguez Demorizi. “El teatro en los tiempos de Ferrand”. Cuad. Dom. de Cult. No. 8. Abril de 1944.

(6) Del Monte asumió la defensa de Duvergé, el héroe a quien Joaquín Balaguer llama “El centinela de la frontera”; pero a pesar de sus brillantes argumentos, la muerte del gran hombre estaba decidida por la tiranía, y así se ejecutó.

(7) En la última colaboró Federico Henríquez y Carvajal.

(8) Más tarde se creó la Escuela de Arte Escénico dirigida desde su fundación por Carlos Lebrón Saviñón, hasta el 1971, cuando fue caprichosamente sustituido.

(9) Silvia de Grass era una dama panameña casada con un cantante dominicano muy popular, Negrito Chapuseaux, quien hizo pareja artística con el pianista Simó Damirón, cosechando aplausos por los escenarios de América. Fallecida en 1978.

(10) Mariano Lebrón Saviñón. “Mi homenaje a Divina Gómez”, en el Salón Español del Palacio de Bellas Artes.

(11) Españoles los dos. Don Emilio Aparicio fue el primer Director de los cuadros de comedias dominicanos.

(12) Carmen Rull es española.

(13) Párrafos de una carta que le enviara Mariano Lebrón Saviñón a Manuel Rueda con motivo del estreno de “La trinitaria blanca”. Figura en la primera edición de la obra.

(14) Todo lo dicho de Manuel Rueda pertenece al discurso con que al autor de estas notas lo recibió en la Academia Dominicana de la Lengua.

(15) Estrenada por la Compañía de los Hermanos Recaldez y puesta de nuevo en escena en 1919, por la gran Compañía de Revista Velasco.

(16) Rafael Damirón escribió en colaboración con Arturo Logroño comedias, como “Una fiesta en el Castine”.

(17) Desventurados conflictos de su alma lo llevaron a suicidarse en muy temprana edad de su vida.

(18) Muchos autores jóvenes han surgido a la conclusión de estas notas, entre otros Iván García y Rafael Añes Bergés.

CAPITULO XXX

GRANDES PROSISTAS DOMINICANOS

HUMANISTAS DOMINICANOS



LA República Dominicana puede ufanarse de poseer dos de los más grandes humanistas de nuestra América (Pedro y Max Henríquez Ureña); dos de los más nobles (Américo Lugo y Flérída de Nolasco) y dos de los más elegantes (Fernández Spencer y Joaquín Balaguer).

La abundancia de escritores entregados al difícil quehacer del ensayo haría prolijo este estudio, si no nos decidiéramos tan sólo a consignar aquí a los más connotados, empezando por esa figura ecuménica y orientadora que responde al nombre de Pedro Henríquez Ureña.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

El conocido crítico argentino Enrique Anderson Imbert —uno de los tantos discípulos americanos de Pedro Henríquez Ureña— al tratar del maestro en su *Historia de la literatura Hispanoamericana*, dice:

“... comenzó como crítico — Ensayos críticos, 1905; Horas de estudio, 1910— y ese es el sello más visible de su obra tan medulosa en la investigación filológica, en la historia literaria, en la disquisición en la síntesis de cuestiones generales, en antologías y bibliografías”. (1)

Casi todos los grandes escritores de América se han ocupado de la obra de Henríquez Ureña, por sus altos méritos, que Anderson Imbert resume así:

“Tenía una prosa magistral en su economía, precisión y arquitectura. Fue un humanista formado en todas las literaturas, en todas las filosofías; y, en su curiosidad por lo humano, no descuidó ni siquiera las ciencias. Su obra escrita, con ser importante, apenas refleja el valor de su talento. Dio lo mejor a los amigos, en la conversación, en la enseñanza. Donde viviera, allí creó ambientes, familias intelectuales, discípulos. Tenía preferencias nacionalistas, clásicas; y aun en sus ideas socialistas en favor de un nuevo orden social basado en la igualdad económica y en la libertad de las personas y los pueblos, aparecían esas preferencias por el pensamiento claro y constructivo”. (2)

Uno de los ensayos escritos por nosotros, la mayoría de cuyos párrafos vamos a verter aquí, fue dedicado a Pedro Henríquez Ureña. (3)

Pedro Henríquez Ureña fue un hombre de vasta cultura, de conocimientos profundos. Sus inclinaciones y buen gusto, alimentados bajo el rescoldo hogareño, (4), le nacieron en su temprana muchachez. Nos cuenta Max cómo a los nueve años le preocupaban las lecturas de Shakespeare, y tras de ver representar algunas de sus obras, por una compañía mediocre, quiso comprar sus libros ante el asombro del librero. A esa temprana edad, la lectura de los hermanos Henríquez Ureña estaban, según esto, muy por encima de lo común.

Su madre adoraba a estos dos vástagos maravillosos y adivinaba lo que sería con el tiempo el mayor de los dos. Con estos presentimientos escribió su poema. *Mi Pedro*. (5)

En 1901, Pedro viajó a Nueva York con su padre, con el fin de cursar estudios universitarios. En aquella urbe, entre conciertos, espectáculos operáticos y teatrales, fue empapándose del gran atuendo cultural que impone el movimiento artístico en una gran ciudad. De esta manera los

hermanos Henríquez Ureña medraron su acervo. Luego pasaron a Cuba, donde la personalidad de ensayista de Pedro comenzó a encimarse; su nombre se abrigó con la publicación, en La Habana, de su primera gran obra: *Ensayos críticos* (1905)

En 1906 embarcó a México. México era entonces, como ahora, delantero en el movimiento cultural de los países hispánicos. Pero su personalidad no desmedró en aquel medio de intensa vida; por el contrario, en el grupo literario de la *Revista Moderna de México*, de la que era director el poeta José E. Valenzuela, él fue figura central.

Estaba el *modernismo* en pleno apogeo y en México tenía altas resonancias.

“En casa de Valenzuela se reunían muchos escritores y poetas de significación dentro del movimiento modernista entonces en auge: por allí desfilaron Luis G. Urbina, Balvino Dávalos, José J. Tablada, Jesús Urueta y Efrén Rebolledo, y, a veces, venía de Jalapa Salvador Díaz Mirón, y también concurrían, junto con los hijos de Valenzuela, entre los cuales Emilio solía cultivar el verso, no pocos jóvenes de la nueva generación, que, en su mayoría, se han destacado después tanto en la vida intelectual como en la vida pública de México: Alfonso Cravioto, que había iniciado la publicación de una excelente revista, Savia Moderna, como órgano de la juventud; Antonio Caso, que gozaba ya de extenso crédito en el campo de los estudios filosóficos: Rafael López, Ricardo González Robelo, Abel C. Salazar, Eduardo Colín, Manuel de la Parra, Roberto Argüelles Brigas, Luis Castillo Lendón, Angel Zaragoza, Nemesio García Naranjo, Carlos González Peña, Jesús T. Acevedo, Rubén Valenti, Genaro Fernández Mc. Gregor, Isidro Fabela, Jesús Villalpando, y el benjamín del grupo, Alfonso Reyes, que, tanto en el verso como en la prosa hacía ya galas de las excepcionales dotes que le han consagrado como maestro del pensamiento y artífice de la expresión”. (6)

Fue Alfonso Reyes, precisamente, quien le llamó a Pedro Henríquez Ureña, el Sócrates del grupo, homenaje del gran humanista mexicano al humanista antillano, a quien siempre miró como maestro.

Nuestro humanista fue viajero, huésped ilustre de numerosas universidades. En 1920 lo tenemos en España, donde estrecha amistad con la intelectualidad española que centra Menéndez y Pidal. Más tarde lo tenemos como profesor de humanidades en la Universidad de México, a la cual lo lleva don José Vasconcelos. Luego pasa a Argentina como profesor de la Universidad de la Plata. Allí estableció su residencia en Buenos Aires— hasta su muerte en 1946.

Max Henríquez Ureña nos ilumina los últimos momentos del hombre genial:

“Estábamos ya en 1946. En una mañana de Mayo se dirigía Pedro a la Editorial, según costumbre; (se refiere a la Editorial Losada, donde tenía a su cargo Las cien obras maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal de las que se habían publicado 41 volúmenes) atendió allí diversos asuntos y cuando el presidente de la empresa, Gonzalo Losada, lo apremió para que lo acompañara a un almuerzo que la propia editora ofrecía ese día a distinguidos visitantes extranjeros, se excusó alegando que no podía faltar a su cátedra en La Plata, ya que en la víspera le había sido imposible ir por encontrarse algo indispuerto. Apresuradamente se encaminó a la estación del ferrocarril que había de conducirlo a La Plata. Llegó al andén cuando el tren arrancaba y corrió para alcanzarlo. Logró subir al tren. Un compañero, el profesor Cortina le hizo seña de que había a su lado un puesto vacío. Cuando iba a ocuparlo se desplomó sobre el asiento. Inquieto Cortina al oír su respiración afanosa, lo sacudió, preguntándole qué le ocurría, Al no obtener respuesta dio la voz de alarma. Un profesor de medicina que iba en el tren lo examinó y, con gesto de impotencia, diagnosticó la

muerte. Así murió Pedro: camino a su cátedra en función de maestro". (7)

“Era la muerte exacta para su vida magistral”, apuntó el argentino Angel Mazzei.

Pedro Henríquez Ureña fue elegante en el decir y de una honestidad literaria admirable. Toda su alta virtud le venía de lejos, de un ancestro magnífico. Porque Pedro bebió en los pechos henchidos del estudio la leche generosa de la cultura. Esta refacción animó su vida y le hizo atisbar en los ribazos de su extensión, las mejores florecillas. Ya dimos la clave, pues hemos tocado la cultura de Pedro, su inmensa cultura, crisol donde se modeló su alma. Su lucubrar, su fatigante lucubrar en el estudio, el maravilloso don de la palabra oportuna y límpida. La materia de la cultura es el hombre y si han florecido varias culturas, algunas lejanas de nuestros conocimientos, como dice Spengler, cada una ha impreso en el hombre su propia forma, sus propias pasiones y su querer, su sentir y hasta su propia vida, y, lo que parece más insólito todavía, hasta su propio morir. El hombre va viviendo y desarrollando símbolos que condicionan su vida y, siempre siguiendo a Spengler “la realidad como conjunto de todos los símbolos de un alma es la idea del macrocosmos”. Esos símbolos son corpóreos y están en la extensión, en limitados espacios. Sus límites son el principio y el fin. No pueden ser otros. De modo que el hombre se sitúa en el espacio y la muerte —el abismo y el *no ser* y al despertar de su puericia se hace consciente de esta abisal finitud que lo aísla; ve la muerte de los otros, espera la suya y se siente a *sí mismo*, como *ente* aislado en un mundo extraño y extenso; conoce su inmensa soledad en el Universo y despierta en su corazón el terror cósmico, bajo la forma puramente humana del terror a la muerte, al límite del mundo luminoso, al espacio rígido. Y vuelve así a surgir —ya lo hemos tratado en otras ocasiones— el tema del terror. El terror, en el que está inmersa la cultura actual, con un acusado y constante temor a la muerte.

Pero ahora no se trata del terror. En Pedro Henríquez Ureña florecía como sonrisa de frescura, un optimismo jocundo

y primaveral. Por eso escribió obras imperecederas. Otros intentaron a la sombra de un necio orgullo escribir obras de eternidad, y no lograron sino parir algunas febles y efímeras, como flores de la tarde que se marchitan tan pronto empieza a amanecer.

A Pedro Henríquez Ureña se le han hecho algunos reparos. Se ha hablado de la aridez de su estilo, de su condición de cuasi extranjero, por sus largas ausencias del país, que lo llevaron a olvidar la patria lontana y se ha apuntado una que otra crítica a lo que se ha llamado exageración de españolía. Veremos que son estas falacias, mal intencionadas alteraciones de la verdad.

En primer lugar hablaremos de su gran patriotismo. En todo lo que ha escrito Pedro Henríquez Ureña hay un desgarrante acento de nostalgia. Cuando menciona su patria acentúa el ansión de la melancolía.

"Nadie en el extranjero ha suspirado tanto por su patria como Pedro Henríquez Ureña", nos dijo una vez Américo Lugo.

En su ensayo *Romances en América*, dice:

"En Santo Domingo, mi patria, el pueblo improvisa o repite, recita o canta décimas y redondillas, y también coplas de cuatro versos más comúnmente asonantadas".

Lo que queremos destacar es ese "mi patria", puesto en el párrafo con tal vehemencia devocional.

En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, libro de lo americano, dedica dilatadas páginas a Santo Domingo. Allí dice:

"Nuestra inquietud se explica. Contagiados, expoliados, padecemos aquí en América urgencias románticas de expresión. Nos sobrecogen temores súbitos: queremos decir nuestra palabra antes que nos sepulte no sabemos qué inminente diluvio" (1928)

Este es uno de los libros más serios y templados que se han escrito como ensayo acerca de la expresión americana. Hay envidia y fervor, amorosa pasión serena que brota de la misma

médula del hombre, que conoce su puro entronque hispánico y la hondura de sus raíces.

Hombre de nuestra tierra amada, de esta América dulce y problemática, desde este rincón antillano que es la risueña y convulsa Santo Domingo, madre de ruidosas y proverbiales vehemencias.

Todavía hace esta sagaz observación acerca de lo americano:

"Unas veces con infantil pesimismo lamentamos nuestra falta de fisonomía propia; otras veces inventamos credos nacionalistas, cuyos complejos dogmas se contradicen entre sí. Y los españoles, para censurarnos declaran que a ellos no nos parecemos en nada; para elogiarnos declaran que nos confundimos con ellos".

Innúmeras son las obras en las que nuestro gran humanista habla de su patria: si alude al modernismo, cita como ejemplos versos de nuestros modernistas; si habla de la versificación castellana, nuestros poetas, y muy particularmente Domingo Moreno Jimenes, le ceden ejemplos oportunos; si publica *Cien de las mejores poesías castellanas*, busca entre nuestros poemas los dignos de figurar allí.

Manuel de Jesús Galván, Gastón y Rafael Deligne, Américo Lugo, Federico García Godoy, Arturo Pellerano Castro, Domingo Moreno Jimenes, José Joaquín Pérez: he aquí algunos nombres de dominicanos ilustres que han encontrado espacio en los Campos Elíseos de su obra portentosa.

A Gastón Deligne, a quien elogia con sabio comedimento, le hace el siguiente reparo:

"Se reconoce nacional, sin embargo, en sus defectos. Deligne es más que un poeta correcto y elegante; posee maestría superior; sabe prestar atención a cada palabra y

aun encuentra la palabra única; con todo, a su poesía falta siempre un punto para llegar a ser poesía perfecta”.

Para caer en este altísimo concepto saturado de comprensión:

Pero si no es poesía perfecta la de Deligne, posee excelencias bastantes a colocarlas entre la más dilecta que produce hoy la América española”.

Esto, en 1908. De Américo Lugo dice: “el primer prosador de la juventud antillana”.

Tiene estudios exhaustivos del *Enriquillo*, de Galván, y de la poesía romántica y un poco novedosa de José Joaquín Pérez.

De Moreno Jimenes, sobre todo en el estudio que hace de La literatura de Santo Domingo y Puerto Rico, *en la Historia Universal de la literatura*, de Santiago Prampolini, se extiende en un amplio juicio donde pondera la calidad creadora del *postumismo*.

Otro ensayo destacable es *Vida intelectual de Santo Domingo*, capítulo de su obra *Horas de estudio*, que presenta el cuadro más completo del movimiento cultural de nuestra patria (8), hasta el año 1909. También en *Horas de estudio* figura el capítulo que intitula: *De mi patria: la Catedral*, donde se opone al proyecto de construirle torres a la primera catedral del Nuevo Mundo (9). Dice:

“¡Amad la catedral sin torre! ¡Sabed amar la catedral de Santo Domingo”.

Y agrega:

“Grande, si no austera; solemne si no majestuosa, permanecerá muda, en el abatido orgullo de sus cuatro siglos, si no sabéis admirar su vida profunda”.

No, por Dios. No se le puede poner reparos a su dominicanismo.

La gran obra de Pedro Henríquez Ureña, la que le da matiz patriótico y revive para la América la importancia primigenia de su patria— en los aconteceres de la dura brega colonizadora— es, sin duda alguna, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, publicada en 1936. Obra de investigación prolija y concienzuda que nadie como él —a no ser su hermano Max y, en otras dimensiones, Rodríguez Demorizi y Coiscou Henríquez— ha llevado a efecto con amor tan entrañable. Esto prueba lo que ya dijimos, afirmación de Américo Lugo: que nadie en la ausencia suspiró tanto y amó a su patria, como Pedro Henríquez Ureña.

Por otra parte (10), hemos de recordar que Henríquez era americano y vivió en época en la que se trataba de despertar para el mundo el naciente movimiento cultural del nuevo continente. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* es el libro de esta tendencia americanista. Grandes prosadores como Intenieros, Montalvo, Rodó y Américo Lugo filigranan obras de magistral elegancia; ya se ha escuchado la palabra maravillosa de Bello y Eugenio María de Hostos, como, antes, Sarmiento cimenta la educación americana. El *modernismo* está en pleno apogeo. Se ha escuchado la voz única de Rubén Darío. Y es Pedro Henríquez Ureña portavoz del movimiento. Porque si todavía alguien duda de las excelencias del poeta nicaragüense, el Sócrates americano intuye su grandeza y se hace eco de su poesía polifónica.

Los grandes americanos desfilan por los escritos del humanista dominicano: Rodó, Hostos, Casals, el triste precursor del modernismo; José Martí, apóstol y poeta, prosista y cultor de conciencias; Rubén Darío, cuyo genio fue de los primeros en reconocer; Alfonso Reyes, Bello, Juan Ruiz de Alarcón, José Asunción Silva, Larreta, González Martínez, etc.

De Rubén Darío dijo:

“La leyenda lo pinta como Góngora, desenfrenado y corrupto. Y cuando se busca en su obra el origen del mito, sólo se encuentran doso tres detalles que lo sugieren pero no lo justifican: las innovaciones métricas, saludables en su mayoría; el repertorio de imágenes exóticas, siempre pintorescas, rara vez desproporcionadas; las ocasionales sutilezas de estilo, vagamente simbolistas, y los detalles de humorismo...”, etc.

Y de Hostos:

“Antes que pensador contemplativo, Eugenio María de Hostos fue un maestro y apóstol de la acción, cuya vida inmaculada y asombrosamente fecunda es un ejemplo verdaderamente superhumano”.

Pero tanto como de lo americano, Pedro Henríquez Ureña fue un exaltador de las cosas españolas. Orgulloso de su ascendencia, estudia las grandes figuras del movimiento cultural español: José María Gabriel y Galán, el poeta bucólico y sereno que maneja, en la rusticidad de sus versos, la sobriedad clásica; Marcelino Menéndez Pelayo, el gran humanista en quien se hace particularmente admirable la erudición; Azorín, don Miguel de Unamuno, el extraordinario salmantino de *El sentimiento trágico de la vida*; Miguel de Cervantes y Saavedra, el genio triste del ideal; Juan Ramón Jiménez, el poeta de *Arias tristes*; Adolfo Salazar, el músico que mejor ha enjuiciado la música revolucionaria; Moreno Villa y Federico García Lorca, grandes poetas de nuevas tendencias atrevidas; Ramón Menéndez y Pidal, descubridor de las grandes epopeyas castellanas.

Entre los clásicos españoles son notables sus estudios de Tirso de Molina, Lope y Calderón. También estudia el gran

movimiento romántico. Y dice en el ensayo que en *Horas de estudio* dedica a Gabriel y Galán:

"El temperamento clásico es sereno y el romántico es inquieto; aquél busca la armonía, éste la lucha; aquél busca el alma de la naturaleza difundiéndose en ella y éste pretende arrancarle sus secretos desgarrándole las inagotables entrañas misteriosas".

He aquí un ejemplo inigualable de conocimiento y precisión.

El se une a la falange de los reivindicadores de Góngora, revelándolo como ángel de luz, a despacho de los que veían en él un ángel de tinieblas, fama proterva que le venía sobre todo del movimiento del siglo XVIII cuando, a la sombra de los Moratín, la crítica negativa de los Hermosilla y Gil de Zárate trata con insólita severidad a los genios del siglo de oro español. Dámaso Alonso fue gongorista por excelencia. Por eso Pedro Henríquez Ureña dice de él:

"Dámaso Alonso es poeta exquisito y por eso agudo crítico de poesía; nadie ha interpretado, como él, a Góngora".

Lo cual es verdad. Y hace esta afirmación pese a que Alfonso Reyes, su compañero y discípulo, hizo magníficos estudios del poeta cordobés.

Mas no se queda Henríquez Ureña en el color local. Grandes figuras universales pasan por su mesa de disección: Gabriel D'Annunzio, Ricardo Wagner, Oscar Wilde, Pinero, Bernard Shaw, Shakespeare, Enrique Ibsen, Tolstoi, Richard Strauss, Sudermann, Maurice Maeterlinck, Beethoven, Berlioz, Grieg, Saint-Saens, Comte, Shiller, Goethe...

Afirma:

"Ibsen, Wagner y Tolstoi, los tres máximos artistas morales de la última mitad de la centuria, resultan hoy mejor comprendidos, maestros de energía y de entusiasmo".

De Wagner afirma:

"La obra dramática de Wagner, poética y musical, es como la de Shakespeare, como la de Goethe, como la de Ibsen, obra fundamental en que el genio reproduce, condensados, el pensar y el sentir de la humanidad".

Y en otra parte (*La profanación del Parsifal*) lo llama: "genio sol de la música dramática".

De Richard Strauss, el continuador de Wagner en la tradición dramático-musical, dice:

"A pesar de sus rarezas, Richard Strauss es hoy acaso el más hábil dominador de la armonía y de la polifonía, y tanto en las construcciones como en la invención melódica se muestra original, soberbio, majestuoso a veces, ya delicado, ya doliente".

Esto dicho en una época en la que el músico era despiadadamente combatido.

Lo mismo de Bernard Shaw, cuando aún no había alcanzado su nombradía universal, afirma que "*Cándida* es su más hermosa comedia y una de las más notables entre las contemporáneas."

Y de Gabriel D'Annunzio?

"En el jardín de la poesía contemporánea, D'Annunzio es único; es el ave del paraíso cuyo vistoso plumaje esplende

sin rivales y tornasola los tintes róseos del alba, el oro del mediodía, el azul de la tarde, los violetas del crepúsculo, los reflejos argentinos de los astros nocturnos; aunque se titula campeón de un renacimiento y renunciador de las tradiciones greco-latinas, no es un poeta cuyo mensaje llegará a las multitudes: es un temperamento demasiado temperamental e intenso”.

Y dice bien Pedro Henríquez Ureña.

Ya vimos que nuestro humanista era un gran dominicano que regaba la intensa tufarada de sus evocaciones patrias. Hemos visto cómo su fervor patrio no era parva ambientación terrenal, estrechez aldehuesa que se remansa en el desgarrante temblor de las saudades. También era su patria, América. El no veía la América como “el continente de la esperanza”, idea latente en la vana parlería de quienes exhiben su americanismo como medalla al pecho. América era para él algo hondo, vivo, luminoso, raíz vital en la entraña de la gleba del alma. De modo que, porque era dominicano, amaba hondamente a América. Y es lógico: era un gran americano. Pero porque era americano amaba a España, poniendo grandes ternuras y conatos en la empresa de este amor.

Diversos ensayos muestran la vena de su españolía. Tal su libro *Plenitud de España*, donde vamos aspirando el fresco aroma de la condición rectora de España en la cultura. Pero porque amaba a España, madraza universal, amaba el mundo.

No se quedó su genio estacionario en una limitada geografía. Su espíritu ecuménico le hizo explorar en las más diversas culturas.

Y en cuanto a su estilo pulquérrimo y correcto es de esos que seducen y apasionan. No gustó de los inútiles arrequives; huyó del falso ornamento y de los encajes vistosos, por eso la vestidura de su estilo es bella, pero sobria, libre de las garrambainas que estragan la producción de una buena copia de escritores.

Empero Henríquez Ureña fue antes que nada, y sobre todo, un maestro; maestro ejemplar de generaciones, y no de una generación; porque a través de su obra y de su vida dejó una enseñanza de sabiduría y de sobriedad dignos de imitación.

“Hermano y maestro”, le llamaba Max Henríquez, en una hermosa página de recuerdos, de intimismo conmovedor, en los que acentúan las excelencias de un hogar que regía la primera educadora dominicana. Porque maestro no es quien repite conocimientos adquiridos, labor de enciclopedia, sino quien con el ejemplo transmite actitudes y manera de tratar las cosas, y entregar, en generosos renunciamientos, jirones de su paradigmática personalidad. Así, Pedro Henríquez Ureña, que fue sabio y humilde, entregó tesoros de su espíritu universal.

Sin reticencias, pero comedido de palabras, no impone su personalidad con la facundia sino con la discreción, por lo que pudo decir de él Jorge Luis Borges: “...sé que no era varón de muchas palabras. Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor”.

Pedro Henríquez Ureña, pues, fue un humanista y un esteta. Un artista amoroso de la verdad.

¿Qué otro reparo se le pretende hacer? Ah, sí, ¡la pasión! Fue pasional, y porque amó mucho tiene hoy derecho al recuerdo y a la admiración.

MAX HENRIQUEZ UREÑA (1885-1968) (11)

Una de las experiencias más agradables y reconfortantes era la de conversar con Max Henríquez Ureña. Todo el que se acercaba a él, salía enriquecido con el prodigio de su vasta cultura puesta siempre al servicio de la enseñanza. José Enrique García Aybar, mente privilegiada y expositor de ponderados juicios, nos dice con respecto a él:

“Tuvimos el honor de disfrutar, en las amenas reuniones vespertinas del Listín Diario, de la inagotable y enciclopédica cultura de don Max, así como de su trato bondadoso y comprensivo, alérgico a la más mínima expresión de inquina o malquerencia contra nadie”. (12)

Tal como expresa García Aybar, todo él inspiraba confianza y admiración. Y gozar de su compañía y de su amistad es uno de los privilegios máximos a que era posible aspirar. Todavía García Aybar nos ayuda. Dice:

“Su palabra, reposada y afectuosa, desprovista de esa omnisciente petulancia que suelen usar en nuestro medio algunos intelectuales, llegaba hasta nosotros como un mensaje de sabiduría y experiencia, que nunca podremos olvidar, ya que, al través de ella, tuvimos la oportunidad de aprender muchas de las cosas que nos enseñan los libros, y las cuales representan en la vida un caudal de necesarios y útiles conocimientos”. (13)

Otro escritor, (un filósofo esta vez), Armando Cordero, enfoca la múltiple personalidad del connotado humanista, con firmes trazos. Oigamos:

“Crítico, tribuno, poeta, periodista, catedrático, ensayista literario y diplomático, dedica toda la cultura por él atesorada en esos aspectos de su personalidad para actuar en función de maestro con el cerebro y con el corazón.

Su formación literaria, producto de estudios e investigaciones, iniciados en la adolescencia, constituye en el medio intelectual dominicano una realidad que se identifica con el milagro”. (14)

Ningún escritor dominicano ha venido al mundo con mejores augurios que él. No le besó la frente ningún hada madrina, ni suspendido, como lámpara auroral, ningún lucero agorero trazó sobre los pávidos rostros de los que acudieron a su nacimiento, fulgores diamantinos de fastuosa anunciación. Pero bebió su primer nutrimento de vida en los senos generosos del amor fecundo, y abrevó vida en el agua cristalina de la dignidad erguida. Su madre, Salomé Ureña de Henríquez, le enseñó el amor a una patria que era luz de vida en su corazón; su padre, Francisco Henríquez y Carvajal, le enseñó a abroquelarse en una conducta enhiesta como penacho de palmera. Al lado de su hermano, Pedro Henríquez Ureña, se curtió en los menesteres del humanismo y la docencia, y medró con una indudable personalidad de maestro.

Por su labor extensa, sabia y ponderada, lucubranter, generosa y excepcional, podemos decir que Max Henríquez Ureña es un humanista. Trajo para nosotros una serie de conocimientos que hincharon nuestro acervo. Sin parearse, en este aspecto, con su hermano Pedro, que es un gigante de América, Max Henríquez supo encimar, brillantemente ondeante, la bandera de nuestra grandeza. No sólo se impuso en su patria: muchos países de América lo vieron laborar con afán en una tarea intelectual incansable.

Sus primeros pasos los da como periodista en un periódico dominicano, *La Lucha*, que se publicaba en Santo Domingo en la agonía del siglo XIX.

En 1903 funda en Santiago de Cuba el periódico *Cuba libre*. Y luego pasa a La Habana donde sigue laborando activamente como periodista, con crónicas en las que va imponiendo ya su inmenso talento.

Más tarde, en México, dirige *La Gaceta de Guadalajara*. Convertido luego, como su hermano, en un viajero sempiterno, lo encontramos, llevando siempre el recuerdo de la patria en su

alma y en sus palabras y en el recóndito ámbito de su alma maravillosa:

"He ahí el brillante Max Henríquez Ureña —dice A. Cordero— mitad clásico, mitad romántico, que recorre los caminos literarios de América para robustecer la profundidad intelectual de un apellido que ya su hermano Pedro Henríquez Ureña había comenzado a jerarquizar desde Harvard y Minnesota hasta Buenos Aires y La Plata. (15)

Y agrega:

"Mientras Pedro Henríquez socratiza en las universidades más representativas de América, Max Henríquez Ureña investiga y crea, preciso en la idea, claro en el estilo y delicado en la sensibilidad que atesoró como escritor durante toda su existencia". (16)

Sobre las bases de la cultura firme y profunda descansa la obra de Max Henríquez Ureña, obra dominicanista y universal. Como ensayista fue mentor de intelectuales; como maestro, más de una universidad de América lo recibió en su paraninfo. Cuba le debe mucho. México escuchó repetidas veces su palabra con deleite. Instituciones estadounidenses le han acogido con respeto. Buenos Aires gozó de su presencia gentil y Brasil también.

En la Facultad de Filosofía de la Universidad de Río de Janeiro, Brasil, atendiendo a reiteradas invitaciones de la Rectoría de esta prestigiosa institución, dictó veinte conferencias acerca de la literatura dominicana que fueron recogidas después en su obra, *Panorama histórico de la literatura dominicana*, cuya primera edición se publicó en Río de Janeiro en 1945. Enfoca temas de diversos géneros: literatura, música, historia. En su pluma ágil y elegante se

remozan y renacen grandes figuras de la cultura universal. Pero donde realmente sienta cátedra es en su estudio exhaustivo acerca del Modernismo. No se puede abordar el estudio de este movimiento, netamente americano, sin consultar la obra de Max Henríquez Ureña. El se vuelve en contra de los que menosprecian el *Modernismo* considerándolo movimiento exótico, ajeno al verdadero sentir americano.

De él transliteramos el siguiente párrafo:

“Los poetas que en América española iniciaron el movimiento modernista añadieron al conocimiento íntimo y superior de la edad de oro de la literatura española un repiqueteo armonioso y lejano de gongorismo, de culteranismo... Sólo la ignorancia de los críticos de gacetilla pudo estampar en letras de molde la afirmación de que el modernismo era la guerra contra el clasicismo”.

Uno de los trabajos más loables de Max Henríquez Ureña fue su afán de presentar una forma poderosa de presentar la historia dominicana exaltándola. Para ello creó los *Episodios dominicanos*, intento de retrotraer a la República Dominicana la labor que en el mismo sentido había desarrollado en España el genial isleño de la novelística española, don Benito Perez Galdós. Cuatro de estas novelas históricas llegó a publicar:

- 1o. *La independencia efímera*, en 1938 en París.
- 2o. *La conspiración de los Alcarrizos*, Lisboa, 1942.
- 3o. *El arzobispo Valera*. Río de Janeiro. 1944.
- 4o. *El ideal de los trinitarios*, Madrid. 1951.

Aquí interrumpió su trabajo el humanista. La labor era sumamente ardua; muy prolifas sus actividades y el tiempo no le venía holgado.

Según nos cuenta García Aybar, en cierta ocasión le preguntó a Max si planeaba seguir sus *Episodios dominicanos* en forma cronológica. Dice que don Max, luego de una pequeña pausa, le contestó: “Quisiera hacerlo así: sin embargo, le estoy dando preferencia al volumen relativo al Gobierno de Ulises Hereaux, del cual poseo muchas interesantes referencias, pues si

espero el turno que le corresponde, a lo mejor la muerte no me permite escribirlo nunca". (17)

Y la muerte no se lo permitió; se le anticipó implacable, frustrando este deseo, aunque le abría la puerta a la inmortalidad.

Como Pedro, Max tuvo su propia muerte. Asentado ya en el país, alternaba entre sus crónicas del Listín Diario y sus cátedras de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, siempre en función de maestro. Y en esta lucha, asaz agobiante para sus años, camino a su deber, rodó escalera abajo en su hogar, víctima, quizá, de una hemorragia del cerebro.

¡Digna muerte para quien vivió frente a la vida añorándola, para ganar la eternidad!

AMERICO LUGO. (1870-1952)

Todos están de acuerdo en reconocer en Américo Lugo "uno de los primeros estilistas de América", y un hombre valiente y responsable que mantuvo una actitud noble y altiva, ante todas las contingencias adversas.

Horacio Blanco Fombona le llama: "Héroe civil dominicano, capaz de continuar la inconclusa obra de Martí" (18) y Manuel Fernández Junco dice: "Escritores de la cultura, estilo y valentía de pensamiento de Américo Lugo, bien merecen ser leídos, comentados y estimados por nuestros más competentes pensadores y hombres de letras", (19).

Y Eugenio María de Hostos tiene de Américo Lugo este juicio definitivo:

"Dominicano de los mejores, por la cultura, la doctrina y la razón. Es uno de los mejores hijos del pueblo dominicano. Agrega a la elocuencia de las ideas la de los sentimientos elevados. En sus escritos es de notar que el movimiento, la viveza, la elocuencia, resultan de la correspondencia entre la forma clausular de su estilo y la precisión de sus ideas". (20)

Vetilio Alfau Durán, autor de una Antología de los escritos de Américo Lugo, reúne en las páginas liminares opiniones críticas de cuarenta y tres escritores acerca de este paradigmático humanista. (21)

Américo Lugo (22) volcó en su pluma, la péñola de oro que cultivó en su alma "como tallo de rosas coronado", tantas ternuras y tanta fe, tal gálibo de mágicas esencias, que en horas de solemne meditar pudo decir: "Mi pluma es lo único que hay de amable en mi persona". Mala justipreciación la de don Américo. Todo era amable en él, desde su sonrisa melancólica y pura de ternuras infinitas, hasta el gesto pugnaz de irascibles sublimidades que lo llevó a enfrentar la tiranía cuando le espetó a Trujillo aquella frase: "Mi pluma no se vende". (23) No le arredró la amenaza prebostal, cuando frente a los invasores de 1916, con argéntea claridad gritó el derecho de nuestro pueblo a su soberanía, negándole calidad a sus jueces y rechazando la falacia de un tutelaje no deseado ni merecido. (24)

Américo Lugo es considerado por muchos el más grande pensador dominicano. Difícil es encontrar una prosa más hermosa que la que trae su pequeño poemario *Heliotropo*. Balaguer le hace algunos reparos al decir:

"La prosa en que hizo galas de primores de estilo, a la manera de D'Annunzio y de Albert Samain, es de las que pueden servir para educar el sentimiento estético. Américo Lugo, en efecto, fue escritor de fértil sensibilidad y aunque abusa, a veces, del párrafo de espumoso caudal, de la frase trabajada como obra de orfebrería, de la expresión repujada como un metal precioso, sabe infundir a cuanto escribe, además de un aire eminentemente personal, el fondo que se requiere para que no se reduzca a un simple juego de metáforas el arte de la composición literaria".
(25)

Heliotropo causó gran revuelo en 1903, cuando apareció como un sorprendente poemario. Manuel Arturo Machado

exclamó: "*Heliotropo* no tiene en su género, émulos en la literatura nacional, y puede resistir con ventaja, la comparación con cualquiera obra análoga de Hispanoamérica". Enrique Deschamps dijo: "Es el libro más bello que se ha escrito en la República Dominicana", y Arturo Pellerano Castro, que versificó algunos de los poemas, dijo: "No puedo poner en mis versos toda la poesía que hay en su prosa".

En célebre conferencia que pronunciara Pedro René Contín y Aybar, acerca de la Literatura Dominicana en 1942; dijo:

"A principios de siglo un nuevo libro reanimó nuestra poesía. Era un libro en prosa: Heliotropo... Ningún libro nuestro de poesía contiene tanta corrección, tanta belleza, tal pulcritud. Los poemas de Heliotropo son bellos todos. ¿Preferencias? Las preferencias nacen del gusto personal. Yo selecciono Sor Teresa y Las hojas. Pero Sor Teresa y Las hojas no son las mejores. No hay mejor en Heliotropo".
(26)

Sor Teresa, citado por Contín, es un poema francamente modernista, que, incluso, recuerda a Rubén Darío:

"Sor Teresa ríe y su risa suena como campanas alegres; Sor Teresa ríe, y su risa canta canciones de Beranger; Sor Teresa ríe y su risa es copa en que bebe el deseo; Sor Teresa ríe, franca y fresca, y su risa roba el alma desde lejos; Sor Teresa ríe y su risa sería la risa de las perlas y los corales si corales y perlas reír pudieran; Sor Teresa ríe y su risa es peregrina flor del movimiento, llena de gracia, de aroma y de rubor".

Pero nada puede superar su poema *A mi pluma*, que reproducimos íntegro:

"¡Dulce amiga, amable compañera! Perdona mi larga ausencia de tu lado. Nunca lejos de ti fueron fugaces las

pisadas del tiempo, ni leves ni seguras. Como deja la paloma, por el espacio engañoso, la firme rama, mi mano huyó de ti, y extendida por el aire, imploró en vano una bendición del cielo, una caricia de la tierra. Fuiste a mis ojos grosero tronco ennegrecido; hoy te miro como tallo de rosas coronado. A ti vuelven mis alas destrozadas; a ti vuelve mi canto lamentable. Otra vez colgaré mi nido de tu cuello, dulce amiga, amable compañera.

Escribiré, de nuevo, cartas a mi amada, tiernas como suspiros, persuasivas como lágrimas, hirientes como denuestos. Vestiré de púrpura su nombre con la sangre más pura de mis venas. Arrojaré a sus pies mis postreras ilusiones como un ramo de flores. Herida mi frente con tus agudos picos, la leche de las ideas bañará mi cuerpo y acaso entonces yo aparezca puro ante sus ojos. Mas, si su mirada desdeñosa permaneciera fija ante el misterio de la castidad; si aún prefiere las caricias de su perro a mis caricias y el aliento de las rosas a mis besos, despojaré de mis hombros y colgaré de un sauce el manto de mi juventud para que el frío llanto de la noche marchite sus encajes y el apetito de los buitres lo desgarre.

Errante peregrino, tú serás pequeño bordón que afiance mis pasos. Contigo subiré altas montañas: estamparé sobre sus blancas cabezas mi nombre humilde, y ancho surco abriré para que el agua, sangre de la naturaleza, corra a fecundar las llanuras que gimen sedientas a sus pies. Aumentaré con mis lágrimas el caudal contenido de las nubes y las veré alejarse con fruición, pensando que irán a verter fresco llanto sobre el campo donde mi amada teje, por la mañana, guirnaldas para su cabeza. Y besaré la luz del sol, que da al cielo auroras, salud al pecho de la tierra, lira al ruiseñor.

Contigo bajaré a los hondos valles, hoyuelos que ostenta en su risueña faz, naturaleza. Libarás allí la rica miel de las

abejas; beberás en la corriente de los claros arroyuelos; sobre las frutas maduras tus picos dejarán la golosa expresión del pico de los pájaros; recostarás la cabeza, de botones de silvestres florecillas adornada, al pie de un árbol cuya copa detenga el sol esparciendo grata sombra. Yo tu sueño velaré, pensando en mi amada. ¡Cómo pudiera depositar a sus pies los felices despojos de tu larga peregrinación!

Dispondremos, con frecuencia, a los lugares sagrados, romerías. Las iglesias son lugar de duelo: si esparcen a lo lejos el grato olor de los jardines, es porque en su recinto flota el virginal aliento de María. En la nave recóndita, junto a un muro sombrío, te estrecharé prosternado. La paloma del misticismo rozará con sus alas mi frente, inclinada, como la de un santo monje, ante el misterio.

Hay lugares más sagrados todavía, donde yace sepultada la infancia del mundo; lugares helados donde el misterio florece; lugares de muerte palpitante de las ansias supremas de la vida; lugares callados cuyas voces sofocan de emoción. al peregrino. Una tumba es un asilo: allí encuentra el huérfano, hogar, contento el triste, bálsamo el herido, descanso el fatigado. De los cuatro puntos de la tierra llegan presurosos tributarios cargadas las manos de presentes: el rico lleva su fortuna; el pobre su miseria. Allí vuelca su carro la soberbia; rueda en el polvo la ambición; la vanidad se arrodilla. Todos los ríos de la vida corren desatentados hacia ese océano que ningún viento agita, que ninguna vela cruza. Allí te llevaré también. Posaré mis labios sobre los sepulcros, pondré mi corazón junto a las cenizas que guardan; escucharé su callado acento, sosegarán en mi pecho las pasiones y una luz tranquila inundará mi espíritu. ¡Ven! Estoy sediendo de paz y de verdad.

Entre los libros más serios publicados en el país se cuenta *A punto largo*, donde enfoca problemas trascendentes,

principalmente relativos a la política. Eran los días en que sobre la América inquieta y temblorosa se escuchaban las voces aquilatadas de Ingenieros y Rodó; cuando Montalvo iba a buscar en Cervantes refacción de gloria para sus capítulos olvidados (27).

Lugo escribía con igual vehemencia, con pasión igual, mas también broquelando su estilo ponderado. Su pensamiento era alto. Pero él se despojaba de toda egolatría y desciniéndose el manto de la vanidad, exclamaba:

“Mi pluma es lo único que hay de amable en mi persona; su iridio derrama caudal de tolerancia que sorregando el campo de la crítica, mitiga el calor que lo fecunda y deja que el rosal crezca al lado de la ortiga. Nunca rasgó la tersura, nunca el blancor manchó del papel en que escribe, porque antes de que ella detenga el vuelo sobre el vacío ideal de una hoja en blanco, he colmado el vacío con mi propio corazón. Sus picos no recuerdan el del águila, pero busca, sin embargo, el cielo, y es en lo azul y no en el fango, donde va a perderse el ramo de ensueños, esperanzas e ilusiones que desprendió del árbol de mi vida”.

Manuel Ugarte, el gran ensayista argentino dijo del libro *A punto largo*:

“Es una obra que se sale del nivel general y denuncia en su autor un gran espíritu generoso y alto. Si me entusiasma el fondo, no me agrada menos la forma: ésta muestra un buen escritor, aquél un buen ciudadano”.

En esa obra es donde Américo Lugo expresa una frase definitiva:

“Gobernar es amar, porque gobernar es dirigir la educación de un pueblo, y no educa quien odia, no gobierna quien no pone sobre su cabeza a uno, sobre su pecho a otros y en sus rodillas a la generación naciente”.

La obra de Américo Lugo se puede dividir en: 1o. poemática (*Heliotropo, Ensayos dramáticos*) y 2o., ensayos críticos (*A punto largo y Bibliografía*). En la primera hay un formidable ensayo que titula: *De política*, escrito a raíz de la muerte de Ulises Hereaux y trabajos jurídicos. Acaso lo mejor salido de su pluma sea el ensayo *Flor y lava*, escrito para la selección antológica de los escritos de José Martí.

Como historiador acumuló una gran copia de documentos del *Archivo general de Indias (Colección Lugo)* y es autor de una *Historia de la isla de Santo Domingo* (desde 1556 hasta 1608) y de una *Recopilación diplomática relativa a las colonias francesa y española de la isla de Santo Domingo*.

FLERIDA DE NOLASCO (1891-1976)

Esta maravillosa mujer no es solamente una humanista de la que la patria se ufana, por su acrisolada dignidad y patriotismo, tan sólo comparable al de Salome Ureña de Henríquez, sino que es uno de los talentos más equilibrados del país. Poseía una de las culturas mejor administradas, y, como dijera Joaquín Balaguer, "Es una de las plumas femeninas más pulcras de la literatura hispanoamericana". (28)

Un gálibo primaveral lanzaba frescos fulgores de aroma sobre su prosa sobria y alta, de una corección casi mágica. Modelaba sus ensayos como Fidias sus divinales creaciones marmóreas; lustral brillantez ática viene de la sonoridad de un castellano de esencias cervantinas.

Más de una vez nuestra alma fue en busca de refacción al célico reposo de este temperamento ideal, a quien la gloria no pudo borrarle el *doña* que antepeníamos a su nombre, para llamarla tan sólo "doña Flérida", como a Américo Lugo llamábamos "Don Américo".

Doña Flérida, don Américo, dualidad de amor y de grandeza en el espíritu de los que todavía creemos en la eternidad del arte y en la verdad de la belleza.

Y ella, mujer extraordinaria, es un símbolo del que nosotros, los dominicanos, debemos ufanarnos.

Su vocación por el ensayo, su inquieto lucubrar en el campo de las investigaciones, la han llevado a regalarnos obras interesantísimas como *La música en Santo Domingo y otros ensayos* y *La poesía folklórica en Santo Domingo* que revelan una fina y penetrante sensibilidad artística. También ha publicado, *De música española*, y muy numerosos ensayos donde los genios seculares de la música son encimados a sus olimpos de inmortalidad.

Bach, el padre de la polifonía; Beethoven, el genio de la desesperanza que con los oídos tapiados escuchó las armonías celestes brotadas de la lira universal, pulsada por el propio Dios; Chopin, el romántico de la dulce quejumbre mélica, y otros, los cuales se asoman, admirables, en su libro *Grandes momentos de la historia de la música*, que fue galardonado con el Premio Nacional de obras didácticas "Luisa Erciná Chevalier", en 1957.

Gran concedora de los clásicos, buscó en *Las cantigas de Alfonso el Sabio* "la clave del origen y antigüedad de los ritmos antillanos", e hizo aportes definitivos a nuestra cultura con sus ensayos acerca de la historia colonial, sobre *Tirso de Molina en Santo Domingo* y el más extenso y ponderado sobre Pedro Henríquez Ureña, cumbre americana del humanismo. Flérida de Nolasco honra su patria y honra a la mujer dominicana.

JOAQUIN BALAGUER (1907)

Más que poeta (29) es un pensador de profundas y límpidas proyecciones. Es ensayista y crítico literario, exteriorizando sus ideas y conceptos en una prosa bella. Y fue maestro, antes de aventurarse en la política, en la que ha sido un triunfador. Principalmente se ha dedicado a la crítica de la literatura dominicana y a las lucubraciones filológicas. Ante todo le ha preocupado exaltar muchos talentos dominicanos olvidados o rezagados en un rinconcito de la indiferencia. De ahí han nacido sus innumerables obras, entre otras: *Azul en los charcos* (Bogotá, 1941), *Apuntes para la historia prosódica de la*

métrica castellana, En torno a un pretendido vicio prosódico de los poetas iberoamericanos, La liberación financiera de la República Dominicana, (Bogotá, 1943), *Letras dominicanas, Guía emocional de la ciudad romántica* (Santiago, 1944), *Semblanzas literarias* (Santiago, 1944), *Semblanzas literarias* (Buenos Aires, 1948), *El Cristo de la libertad* (México, 1948) y *Los próceres escritores* (Buenos Aires, 1950).

El Cristo de la libertad es una biografía de Juan Pablo Duarte, el Padre de la patria, escrita con entrañable amor; también tiene una biografía de Antonio Duvergé, titulada *El centinela de la frontera*.

Uno de los mejores ensayos salidos de la fecunda pluma de Joaquín Balaguer es el titulado *Precursor literario*, que se refiere a los arrebatos románticos de Cristóbal Colón, frente a la exuberante naturaleza americana, y su influencia en algunas de las manifestaciones románticas de Europa.

OTROS ENSAYISTAS.

Uno de los primeros ensayistas dominicanos es ANTONIO FERNANDEZ SPENCER, de quien ya hemos hablado exhaustivamente en su triple personalidad de poeta, filósofo y ensayista. (30)

Otro citable es MARIANO LEBRON SAVIÑÓN (31) de quien Fernández Spencer dijera:

"Esta casa recibe recocijada al poeta Mariano Lebrón Saviñón, y lo recibe con alborozo, pues que a su indudable talento y a su laboriosidad fecunda le han de ser deudas de gratitud las letras dominicanas. Y yo me siento orgulloso de adelantarme al encuentro del amigo que es para mí el primer ensayista de la generación que constituimos los hombres que nos estamos acercando a los cincuenta años". (32)

FEDERICO GARCIA GODOY (1857-1922) estudió con cierta habilidad los fenómenos de la evolución del pueblo

dominicano. Su primer ensayo fue *La paz en la República Dominicana* (1915) donde enjuicia desde un punto de vista sociológico las repetidas guerras civiles dominicanas, concluyendo que fueron factores económicos los que movieron el caudillismo revolucionario en nuestro país, negándole la importancia que algunos pensadores americanos, como Sarmiento, dieron a la educación en el desencadenamiento de tantas contiendas civiles. Otro ensayo, al que algunos le han visto ribetes de genialidad es, *La alimentación y la raza*, de José Ramón López en el que el humanista muestra perspicacia y habilidad para tratar el tema. Principalmente enfoca el hambre del campesino dominicano que, en su concepto, ha resultado embrutecedora.

ABIGAIL MEJIA (1895-1940), de amplia bibliografía, fue profesora de Literatura en la Escuela Normal Superior y de allí salieron sus dos interesantes obras: *Historia de la literatura castellana e hispanoamericana* (1906) e *Historia de la literatura dominicana*, que tiene el mérito de ser el primer trabajo integral que se publicó sobre la literatura dominicana. “La obra se resiente de algunas deficiencias que su autora no llegó a rectificar cuando la sorprendió la muerte en 1940”. (33)

Como ensayos publicó *La mujer y el amor en la obra de Lope de Vega, Tirso y Calderón*, (conferencia, 1927) y una *Biografía de Meriño*, que fue Primer Premio del certamen celebrado en 1933, con motivo del centenario del ilustre tribuno.

ULISES FRANCISCO ESPAILLAT (1823-1878) además de un probo ciudadano —el primer ciudadano que llegó a la presidencia de la República, aunque la abandonó presto, acosado por las pasiones— fue un buen escritor de reconocidos méritos. Publicó la mayoría de sus artículos políticos con el seudónimo de *María*, dándole a su estilo, entonces, una frivolidad femenil con el objeto de esconder mejor su identidad. Eran artículos enjundiosos donde juzgaba severamente las veleidades de la política, en la cual su probidad no tuvo cabida.

Para Manuel de Jesús Galván, Espaillat se parecía notablemente a Bejamín Franklin, y sus dotes intelectuales

evocaban la recia personalidad del gran intelectual y diplomático estadounidense.

“En efecto – asevera Max Henríquez Ureña– si su rostro evocaba la imagen del austero patriota y moralista norteamericano, también encontramos en uno y otro la misma pureza moral, la misma precisión del razonamiento, la misma clarividencia práctica de las cosas, el mismo don del buen sentido. Un espíritu como el de Franklin no habría desdeñado hacer esta observación que formuló Espaillat ante el propósito ingenuo de los que pretendían atraer la inmigración a un país que por las condiciones anómalas en que vivía, no podía ofrecer entonces perspectiva de paz y sosiego: “La inmigración la tenemos aquí mismo. Enseñemos a trabajar a nuestros campesinos. No debemos pretender gobernar cuatrocientos mil almas mientras no separamos hacerlo con las doscientas mil que componen nuestra población”. (34)

Desde su limpio escaño de ciudadano y hombre de bien, Espaillat moralizó, sembró semilla de patriotismo, actuó siempre con los ojos fijos en el lejano candil del ideal. Su paso por la presidencia fue un fulgor, pero célico, irradiado por el iris de los dioses.

Otro ensayista que honra la pluma e iluminó el papel donde escribió, fue FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL (1848-1951) identificado, entre los dominicanos, con el título honorador de *El Maestro*. Como Américo Lugo, como Espaillat, la trayectoria de *El Maestro* ha sido despejada y pura. Nonagenario, todavía, como Presidente de la Academia de la Historia, daba ejemplos de dignidad y lucidez. Su patriotismo se manifestó en la cátedra, en la tribuna, en el periodismo y en el rescoldo hogareño donde su figura patriarcal fue ejemplo de nobleza. Todos se ufanaban de contarle como amigo: José Martí le llamó “hermano”, y cuantos se le acercaban salían aromados con un nuevo sentido de la vida y la belleza. Su obra

es vasta y abarca poesías, ensayos, narraciones y artículos didácticos. (35)

MIGUEL ANGEL GARRIDO (1867-1908) es el escritor panfletario por excelencia y ardiente opositor de las tiranías. Por eso luchó contra Lilís, a quien combatió con su pluma destiladora de fuego de indignación. Su única obra, *Siluetas*, es de acérrimo análisis donde se goza a la par que de las vivencias de un alma viril, hecha para la lucha, de un estilo capaz de apasionar por la sinceridad que emana de esta hombría responsable y sonora. Garrido se hace eco, en sus disecciones de figuras públicas, de opiniones generales, diciendo de ellas lo que los demás callan.

Muchas figuras egregias son estampadas en estos rápidos retratos de Garrido, algunas con breves pinceladas fulgurantes y otras con bocanadas de lava ardiente. En general, de Miguel Angel Garrido puede decirse que fue un escritor elegante, pulcro, intransigente y responsable.

MANUEL ARTURO MACHADO (1870-1922) fue otro de los estilistas, distinguiéndose, antes que nada, en la oratoria, donde puso la majestad de una elocuencia poco común. Fue también periodista. HERIBERTO PIETER (1884-19...), gran clínico, era un ensayista de estilo definido y hasta poeta. (36) Como escritor el Dr. Heriberto Pieter-Bennet ha publicado páginas magníficas, no sólo en el campo de la medicina, sino también en el difícil género del ensayo. En exhaustivos estudios ha sustentado la tesis de que William Shakespeare no es el autor de la obra colosal que se le imputa, sino Christopher Marlowe. La querrela es vieja y fue mantenida con alta vehemencia por el ensayista. Tiene escritos también —en una prosa diáfana y correcta— algunos ensayos dramáticos, incursionando con pasos seguros por los campos de la literatura universal. Entre sus obras publicadas tenemos: *La querrela Shakespereana*, *El caso médico de Franz Peter Shubert*, *Apolónida* (poesía) y una magnífica y sincera *Autobiografía*.

RAFAEL DIAZ NIESE (1897-1950) médico siquiatra, ensayista y crítico de arte, publicó *La alfarería indígena* y *Paul*

Valery. Fue el primer Director de la Dirección General de Bellas Artes. (37)

MANUEL DE JESUS GOICO CASTRO (1916) Es uno de los más talentosos escritores de su generación y además de ensayista es historiógrafo, volcando toda su pasión en un esfuerzo por reivindicar, para la historia, el nombre del general Pedro Santana, recopilando todos esos artículos en su libro *En torno a Pedro Santana*. Se le reconoce gran talento aunque su producción no va en consonancia con la cultura que atesora. Lo mejor que se conoce acerca del teatro dominicano es su opúsculo *Literatura dramática dominicana* (38) que abarca todo lo que se ha escrito en Santo Domingo en el género desde el 1558 al 1944.

VIRGILIO HOEPELMAN (1915) poeta de factura neoclásica, ha escrito *Nuestra vida exterior*, acerca de la historia diplomática dominicana.

El PBRO. OSCAR ROBLES TOLEDANO (1912) es uno de los hombres más cultos que ha tenido el país, y el más culto de los que han vestido hábito sacerdotal en Santo Domingo. Además de orador sagrado es un notable ensayista y ha dado luz las siguientes obras: *José Enrique Rodó, su estética y Rasgos y perfiles de la cultura española en los siglos de oro*.

ANGEL RAFAEL LAMARCHE (1900-19. .) de prosa impresionista y sentimental, escribió un breviario en prosa poética, bajo el título de *Siempre*, donde recoge algunas impresiones de viaje.

CARLOS FEDERICO PEREZ (1913) es de los que toma la literatura en serio, y aunque su prosa no es galana, es correcta y pulcra. A él se debe una *Antología* —comentada— de su ilustre abuelo, el poeta José Joaquín Pérez y una *Evolución poética dominicana* (ganadora del Premio Nacional de Literatura en 1956), *La naturaleza en la novela Hispanoamericana* (1943) y *Experiencia de Martín Fierro*.

MIGUEL ANGEL MONCLUS. (1893-1964) publicista ágil y correcto, autor de *Escenas criollas* (en dos tomos) y *El caudillismo en la República Dominicana*.

JAIME JULIO JULIA (1921) inteligentísimo joven mocano, generoso y bueno, que se ha distinguido como gran impulsador de la cultura. No mentimos al decir que Julia es el primer mocano en el ideal de la cultura, en la fe y en la generosidad literaria.

Uno que empieza a encimarse es FRANK ROCA FRIDHEIM, autor de apasionantes biografías. Y, por último, JUAN PADILLA BISONÓ, más poeta que prosista, le imprime un aroma místico a todo lo que escribe.

Otros prosistas notables han sido tratados en otros aspectos del quehacer cultural al que se han dedicado.

NOTAS DEL CAPITULO XXX

(1) Enrique Anderson Imbert. "Historia de la Literatura Hispanoamericana". II. Epoca contemporánea. Fondo de Cultura Económica. México Buenos Aires.

(2) E. Anderson Imbert. Ob. cit.

(3) Mariano Lebrón Saviñón. "Pedro Henríquez Ureña, un humanista hispánico". Aula No. 1. Vol. 1. Santo Domingo, 1973.

(4) Era hijo de la eximia poetisa Salomé Ureña de Henríquez y del connotado ciudadano Dr. Francisco Henríquez y Carvajal; hermano de Max y Camila Henríquez Ureña, y nieto de Nicolás Ureña.

(5) Del poema "Mi Pedro", de Salomé Ureña de Henríquez son los siguientes cuartetos: "Así es mi Pedro: generoso y bueno;/ todo lo grande le merece culto;/ entre el ruido del mundo irá sereno,/ que lleva de virtud germen oculto./ Cuando sacude su infantil cabeza/ el pensamiento que le infunde brío,/ estalla en bendiciones mi terneza/ y digo al porvenir: te lo confío".

(6) Max Henríquez Ureña. "Hermano y maestro". En la Antología de P.H.U. Colección Pensamiento Dominicano.

(7) M. Henríquez Ureña. Ob. cit.

(8) Las tres personas que más han luchado por la difusión de nuestra cultura son: Pedro Henríquez Ureña, Emilio Rodríguez Demorizi y Pedro René Contín y Aybar. En otra dimensión, Flérida de Nolasco.

(9) Fue un loco proyecto que, afortunadamente, fracasó, por las innumerables protestas que provocara.

(10) Los asteriscos corresponden a capítulos del ensayo original.

(11) Todo lo que sigue a continuación son párrafos de nuestro ensayo: "Meditaciones acerca de Max Henríquez Ureña".

(12) José Ernesto García Aybar. "Temas nacionales". Recordando a Max Henríquez Ureña. Listín Diario. 31-1-78. Santo Domingo.

(13) J. E. García Aybar. Ob. cit.

(14) Armando Cordero. "La personalidad literaria de Max Henríquez Ureña. Listín Diario. 31-1-68. Santo Domingo.

(15) A. Cordero. Ob. cit.

(16) A. Cordero. Ob. cit.

(17) J. E. García Aybar. Ob. cit.

(18) Vutilio Algau Durán. "Algunas opiniones de críticos dominicanos y extranjeros". En "Américo Lugo" Antología. Pensamiento Dominicano. Santo Domingo.

(19) Ibid.

(20) Ibid.

(21) He aquí la lista: Pedro Henríquez Ureña, en "Horas de estudio" (París, 1910), en el Listín Diario (19-V-32), en "La cultura y las letras en Santo Domingo" (Buenos Aires 1940) y "El español en Santo Domingo", (Buenos Aires, 1940); José D. Corpeño, L. E. Villegas, Arturo R. de Carricarte, Max Henríquez Ureña, Tulio M. Cestero, Félix E. Mejía, Miguel Angel Garrido, A. R. Nanita, Manuel A. Peña Batlle, Carlos Thomson, Federico García Godoy, Manuel Arturo Machado, Luis Armando Abreu, Manuel Fernández Junco, Jacinto López, Eugenio María de Hostos, Manuel Montefiore Waxman, Enrique Henríquez, Juan José Llovet, F. X. Amiama Gómez, Gabriel B. Moreno del Christo, Osvaldo Bazil, Gustavo Adolfo Mejía, Manuel de Jesús Goico, Domingo Moreno Jimenes, Emiliano Tejera, Manuel M. Waxman (de nuevo) en "A Bibliography of the belles lettres" of Santo Domingo (Harvard University Press, Cambridge, Massachussets), 1931, Elwin Water Palm, Mons. Adolfo A. Nouel, José María Chacón y Calvo, Eugenio María de Hostos (otra vez), Manuel Ugarte, Contreras Ramos, Manuel Arturo Machado, Federico Henríquez y Carvajal, Pedro René Contín y Aybar, Eugenio Deschamps, Arturo B. Pellerano Castro y Mariano Lebrón Saviñón.

(22) A partir de aquí, todo lo que sigue son párrafos de nuestro "Homenaje a Américo Lugo", leído en el Ateneo Dominicano, el 24 de abril de 1964, en el acto dedicado al eximio escritor.

(23) Trujillo había expresado públicamente que, por mor de un contrato que Américo Lugo había firmado con el Estado para escribir la Historia dominicana, éste era su historiador oficial. Lugo, que se había comprometido a escribirla sólo hasta el Gobierno de Ulises Hereaux, le escribió al tirano una carta aliva renunciando a su misión. En ella le decía que no podía escribir la Historia contemporánea, porque él, Trujillo, sujeto aún a las olas de las pasiones, no podía ser juzgado imparcialmente. Al rescindir el contrato declaró enfáticamente: "Mi pluma no se vende". Como los periódicos se negaron a publicar la carta, ésta circuló profusamente en hojas mimeografiadas. Lugo fue hostilizado inmisericordemente por la tiranía, pero murió sin doblegarse.

(24) En otro capítulo hablamos de la actitud de Américo Lugo frente a los yanquis.

(25) Joaquín Balaguer. "Historia de la literatura dominicana". Librería Dominicana. 1958.

(26) Hemos dedicado algunas páginas a esta conferencia de Contín Aybar.

(27) Uno de los mejores ensayos de Américo Lugo es dedicado a los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, de Montalvo, y viene inserto en su libro "Bibliografía".

(28) J. Balaguer. Ob. cit.

(29) Entre los libros de poesías de su temprana juventud podemos mencionar "Salmos paganos" (1922), "Claro de luna" (1922), "Tebaida lírica", 1924.

(30) Las obras críticas de Antonio Fernández Spencer, además de numerosos

ensayos diseminados en periódicos, revistas, prólogos, etc., son sus libros: "Nueva poesía dominicana" (Madrid 1953) y "Caminando por la literatura hispánica", 1964.

(31) Mariano Lebrón Saviñón, además de sus numerosos ensayos publicados en diarios y revistas, tiene los siguientes libros: "Luces del trópico" "Cartas de un joven médico a un profano", "Notas para la Historia de la cultura" (inédita, posiblemente en 6 tomos), "La locura de Alonso Quijano el Bueno", "España la gran civilizadora", "Literatura dominicana" y "El drama trágico".

(32) Antonio Fernandez Spencer. "Discurso de respuesta del Dr. Antonio Fernández Spencer, Secretario de la Academia". Bol. de la Acad. Dom. de la Leng. Santo Domingo. No. 8 y 9. 1970.

(33) Max Henríquez Ureña. "Panorama histórico de la Literatura Dominicana". (Nota No. 351). Río de Janeiro. 1945.

(34) Ob. cit.

(35) Federico Henríquez y Carvajal ha publicado, entre otras, las siguientes obras: "Martí en la Primada de América" (conferencia), "Vida cívica de Máximo Gómez" (conferencia), "El ideal y la epopeya" (discurso ante la tumba de Martí, reproducido en su libro "Cuba y Quisqueya"), "Duarte, próceres, héroes y mártires de la Independencia", "Todo por Cuba" etc.

(36) He aquí algunas estrofas del poema "Larmes, toujours larmes":
"Lágrimas! las filtra el alma/ con júbilo grande o pena,/ tanto en iras como en calma,/ con cuitas propias y ajenas. ¡Lágrimas! Las vi fingir/ para ocultar un desvío/ y apaciguar el mugir / de un espíritu bravío. Lágrimas de la inocencia/ acusada y sin escudo./ Lohengrín faltó en la audiencia/ y el castigo fue el más rudo. Lágrimas de la flaqueza/ en criatura agotada / cuando falla la entereza/ y el ánima es derrotada. Lágrimas ayer vestidas/ por algo que nos sonroja, / nunca fueron bien sentidas; / se escurrieron sin congoja./ Lágrimas que se derraman / por amor de un gran amor. / A veces, fluyendo, traman,/ cruel desgracia y dan dolor. — Lágrimas, por suelo, amargas/ como el ay! que las provoca/ son la huella de una carga/ que injustamente nos toca. ¡Lágrimas! Filtro constante / del alma. Que sufra o ría/ el hombre que lllore o cante, / serán suyas algún día.

(37) Trabajos fragmentados en los "Cuadernos Dominicanos de Cultura", rocen las impresiones de sus viajes por Africa y Europa, bajo el título de "L a vida itinerante".

(38) También Jaime Lockward escribió un buen bien documento opúsculo "Teatro dominicano: pasado y presente.

CAPITULO XXXI

LA HISTORIA Y LA ELOCUENCIA EN LA REPUBLICA DOMINICANA

HISTORIADORES



El primer historiador dominicano, nuestro Heródoto (aunque este título se le haya reservado a José Gabriel García), es, sin duda alguna, ANTONIO DELMONTE Y TEJADA, pues fue el primero a abordar la difícil empresa de reunir en un voluminoso libro muchos episodios y aconteceres de la historia de nuestro país. Y aunque su estilo era seductor y claro, la falta de documentación llena de lagunas su Historia.

De modo que el Padre de la Historia dominicana es JOSE GABRIEL GARCIA (1834-1910), que se aventuró, en su *Historia de la conquista*, más allá de la colonización, abarcando los primeros días de la vida independiente. Nadie ha trabajado en una historia con más seriedad que García, quien invirtió cuarenta años de su vida en esta obra colosal. Primero dio a la estampa un pequeño *Compendio* para uso escolar, que luego amplió en dos tomos (1879-1882), donde exponía, mediante el método de las preguntas y respuestas, que desechó al ampliar su obra en 1900, en tres tomos plenos de noticias, aunque conservó el título de *Compendio de la Historia de Santo Domingo*. Al agregarle, en 1906, un cuarto volumen que llega hasta el 1876, esto es, la caída del gobierno de Espallat, entonces llamó a este último volumen, *Historia moderna de la República Dominicana...* Para la parte colonial José Gabriel

García contaba con lo que había escrito Delmonte y Tejada; pero a partir de la Independencia Efímera, en 1821, no se había escrito nada y todo tuvo que ser creación suya, esfuerzo extraordinario de no escaso mérito, pues, aunque su estilo es desordenado, se ocupó más de ordenar su cronología y evocar sus recuerdos, con lo cual solía sustituir el documento inexistente.

Testigo presencial de la mayoría de los hechos historiados, su testimonio se resiente cuando aparece la pasión o donde se distorsiona el recuerdo evocado. Es una historia que escasamente señala sus fuentes de consultas, pero va en su abono el patriotismo ardiente que colmaba su alma.

No se puede hablar de José Gabriel García sin pensar en los grandes héroes dominicanos, con Juan Pablo Duarte en su cima de grandeza.

Como historiador, José Gabriel García realizó investigaciones prolijas, fruto de las cuales son sus obras: *Rasgos biográficos de dominicanismos célebres*, *Coincidencias históricas*, *Nuevas coincidencias históricas* y *Memorias para la historia de Quisqueya*.

En la vida pública y en la política, José Gabriel García se mantuvo inmáculo. Vale la pena repetir el juicio que a Joaquín Balaguer le merece este historiador a quien llama "padre de la historia nacional":

"La historia dominicana de la época moderna no es sólo hija de José Gabriel García, por haber sido él su creador hasta 1876, fecha de la caída del gobierno de Espaillat, sino también porque el estado de opinión existente en torno a los grandes sucesos de la vida nacional es, en gran parte, obra de este investigador extraordinario. García ha formado conciencia, al parecer definitiva, sobre muchos acontecimientos y sobre muchas figuras de nuestra historia moderna; sus juicios acerca de los creadores de la nacionalidad y acerca de Santana, así como acerca de muchos sucesos posteriores a la fundación de la República,

permanecen aún vigentes, y conservan en la mayoría de los casos, carácter de fallo irrevocable". (1)

De los hijos de José Gabriel García siguieron sus huellas en el campo de las investigaciones históricas: ALCIDES GARCIA LLUBERES (1888-1969), investigador de la vida de Duarte y otros próceres de la independencia; el otro, LEONIDAS GARCIA LLUBERES (1884-196...), fue el iniciador de los estudios acerca de José Núñez de Cáceres. Muchas de las generaciones que hoy peinan canas, aprendieron historia en un *Resumen de historia de Santo Domingo*, de que es autor MANUEL UBALDO GOMEZ (1857-1951), publicado en 1919 y que tiene el valor de ser un libro eminentemente didáctico, hecho para la comprensión de párvulos. Al año siguiente de su resumen publicó Gómez un libro de narraciones y hechos anecdóticos dominicanos, que tituló, simplemente *Recuerdos*.

El historiador de la Restauración lo es indudablemente PEDRO MARIA ARCHAMBAULT (1862-1944), quien en su *Historia de la Restauración*, publicada en 1938, destaca el papel histórico de algunos héroes de aquellas jornadas gloriosas, principalmente Santiago Rodríguez y Benito Monción, así como el desventurado Pepillo Salcedo. Es un libro valiosísimo para la valorización de muchos hechos epopéyicos de estas jornadas gloriosas.

Pero los documentos, a nuestro entender, más valiosos, de aquellos hechos épicos son las *Notas autobiográficas y apuntes históricos* del máximo restaurador, GREGORIO LUPERON (1839-1897), llenos de ardiente pasión y redactados con el descuido propio de quien, sin ser escritor profesional, escribe de pronto, afanoso de apresar todos los datos que se agitan en su cerebro, para aquietarlos en el papel. Pero si no era un escritor domeñador del lenguaje y dueño de un estilo propio, sustituía los elementos que le faltaban para este menester, con una poderosa intuición.

Joaquín Balaguer, a quien debemos un hermoso volumen acerca de los próceres que se han dado a la tarea de escribir, apunta la distancia que va, como escritor, de Luperón a otros

héroes dominicanos, como Espaillat y Del Monte. Hace, sin embargo un paralelo entre el glorioso dominicano y Páez, el llanero venezolano que se le parece. Dice:

“El guerrero dominicano procede de cuna montaraz y plebeya, como Páez; pero mientras el llanero del Apure, hábil como un centauro para conducir a sus lanceros, especie de caballería ligera de la revolución, es sólo una máquina de guerra forjada para el heroísmo e insuperable en la matanza hazañosa, (2), el héroe nacional no es insensible a la belleza literaria y termina, ya en la madurez de sus días, redactando proclamas y esculpiendo en estilo de arena páginas llenas de profunda emotividad en que las voces, algo abruptas, no parecen arrancadas de las canteras del idioma sino del pensamiento vivo. Esta dircunstancia permite incluir a Luperón, si no en la categoría de los próceres humanistas, como Zea o como Francisco José Celás, sí en cambio entre los libertadores que se convirtieron después en estadistas y que no resultaron en esa nueva labor indignos de las togas proconsulares”. (3)

Desde luego que Luperón, aunque militar, con temperamento caudillista, tenía un amplio concepto de las libertades y la dignidad humana, y se rodeó siempre de elementos valiosos, especialmente el poeta Manuel Rodríguez Objío (que fue su Secretario, y escribió una biografía de su ídolo) y siempre, aún en el fragor del combate, le acucia el deseo de ilustrarse, para lo cual lee las obras de Plutarco. (4) Por eso en sus viajes cultivó amistades egregias, como la de Víctor Hugo, en París, y otros románticos de aquellos cenáculos encantadores.

Siempre prefirió, pues, el tono heroico, el relato vívido, la noble elevación y la veracidad teñida de pasionales irisaciones. Como los antiguos generales escritores, siempre se alude en tercera persona. Veamos un ejemplo:

“Cuando Luperón llegaba a la sabana del Cementerio, ya

las columnas del general Suero la estaban abandonando y al general Gaspar Polanco, que se había batido más de tres horas como pantera, acababan de arrancarle de las manos el último cañón, e iban con algunos que seguían por una zanja; pero él no oía nada. Había peleado con inaudita furia e iba aturdido". (5)

Habla con nobleza sin igual del enemigo, no escatimándole méritos cuando éstos se acumulaban en la figura de un hombre controversial, pero de indudable valor patriótico, como Pedro Santana:

"Sin la imponderable entereza del general Santana —dice— es casi probable que la naciente nacionalidad dominicana hubiera quedado confundida como el resto de la isla, bajo el terrible azote del despotismo haitiano". (6)

De Núñez de Cáceres, el calumniado autor de la Independencia Efímera, dice:

"Todos los que se ocupan en asuntos históricos conocen la penosa historia de la dominación haitiana en Santo Domingo, desde 1822 hasta 1844, debida, no a la ambición y mal genio del ínclito José Núñez de Cáceres, como torpemente lo declaró el general Santana en su proclamación del 18 de marzo de 1861, sino a la lucha de los franceses y también a las emigraciones del pueblo dominicano y a su falta de confianza en sí mismo, para el sostenimiento de un gobierno propio". (7)

Y no se quedaba horro de sus elogios, ni aún el crudelismo general español Buceta, de quien dijo que era "tan valiente como déspota". Si le reconocía valor al español que combatió fieramente por su afán de tutelaje inoportuno, no tuvo, en cambio, los mismos miramientos para el haitiano.

Así se refiere a la guerra de independencia:

“La lucha que sostuvo el pueblo dominicano contra Haití no fue una guerra vulgar. El pueblo dominicano defendía más que su independencia; defendía su idioma, la honra de sus familias, la libertad de su comercio, la moralidad del matrimonio, el odio a la poligamia, mejor destino para su raza, mejor suerte para su trabajo, la escuela para sus hijos, el respeto a la religión, la seguridad individual y la facultad de poder viajar al extranjero. Era la lucha solemne de costumbres y de principios diametralmente opuestos, de la barbarie contra la civilización, de la luz contra las tinieblas, del bien contra el mal”. (8)

Luperón, igual que Mella, como Sánchez y Duvergé, es un héroe de talla semidivina, como los legendarios personajes homéricos. Aunque fue líder de un caudillismo rampante y se maculó con las pasiones políticas, que es el rejalgar con que se envenenan los dominicanos, mantuvo un gesto de nobleza en sus acciones y su pasión partidaria no fue en desmedro de su estatura de héroe. Por eso es veraz y dramático en la descripción de las grandes batallas restauradoras. En ninguna de las descripciones busca empequeñecer al español, para encimarse, sino que se coloca en un punto objetivo, con justeza admirable.

Aquí y allá hay amontonadas, en su bella prosa, frases altivas y nobles que parecen dictadas por un gran espíritu.

Otro autor de un *Resumen de historia patria* es BERNARDO PICHARDO (1877-1924). Se trata de un manual escrito en un estilo literario tan agradable, que se puede leer de un tirón, pero no lo hace recomendable como obra didáctica. La vehemencia de este historiador y su pasión, no le permiten darnos una historia muy asequible al aprendizaje de un escolar. Mayor calidad hay en sus *Reliquias históricas de La Española*, descripción, con gran alteza estilística, de los monumentos históricos del país. Es también autor de un poemario en prosa titulado *Minutos literarios* y unas *Lecciones de instrucción moral y cívica*.

LUIS E. ALEMAR (1882-1945) es el historiador de la ciudad Primada de América, siendo insustituibles sus

monografías *Fortificaciones antiguas de Santo Domingo* y *La catedral de Santo Domingo*, así como *Santo Domingo* que trata de las calles y rincones familiares de la vetusta ciudad antillana. En 1926 escribió una atinada biografía de Gregorio Luperón que tituló *Grandezas dominicanas*.

MAXIMO COISCOU HENRIQUEZ (1896-197..), además de un buen ensayista y un periodista combativo, es un historiador e investigador de los archivos históricos y atesoró la llamada *Colección Coiscou*. Es uno de nuestros historiadores que han tenido el concepto cabal del método histórico. A él se debe el mayor acopio de documentos relativos al período de la España Boba y los aconteceres de la Independencia Efímera. Valiosa y Henchida es su *Historia de Santo Domingo*, escrita entre los años 1938 y 1943, donde la mayoría de los datos devienen de una documentación desconocida; pero como escritor de criterio personal, pone sus propias ideas y su mejor acervo crítico al servicio de su historia. Coiscou, por encima de todo esto, era un escritor esencialmente polémico.

RAMON MARRERO ARISTY, el novelista de *Over*, escribió dos voluminosos tomos de una historia que tituló *La República Dominicana, el pueblo cristiano más antiguo de América*, en los que se vale de una copiosa bibliografía para darnos una obra densa y de muy útil contenido. Con rápidos trazos, de quien es zahorí en el periodismo, Marrero, que es más cuentista que periodista, y más periodista que historiador, logra imprimirle a su historia un interés especial. Un tercer tomo de historia Contemporánea, no llegó a publicarse, afortunadamente.

EMILIANO TEJERA (1841-1923), hombre y ciudadano ejemplar, pertenece a la categoría patriarcal de los que orlan su vida con clara lumbre de dignidad y de grandeza. Américo Lugo le admiraba y decía de él:

"Su austeridad es insigne, solidaria y altísima. Sus yerros son desaciertos de la mente, más no abdicación de su índole. Flaqueza tuvo nuestro immaculado Duarte, el más rígido de nuestros próceres. Sinónimo de severo es así mismo el nombre de Catón, y, sin embargo, el antiguo

ensor romano anduvo enredado con mozuelas a altas horas de su edad. No recuerdo en la dilatada vida de Tejera, eclipse de la fuerza y claudicación de su ánimo. Su conversación fue siempre para mí poderoso reconstituyente moral. La juventud actual debería imitar su ejemplo, beberle la doctrina, revolucionar su nombre, en vez de envolverlo en el desprecio con que ella mira su pasado, y que es inequívoca muestra de decaimiento moral. El pequeño tesoro que forma el patrimonio dominicano es herencia acumulada por el trabajo, el estudio y los sacrificios de nuestros predecesores. Para la tierra humana agostada por la edad, la juventud, como la aurora, trae un mensaje de esperanza, rocío, trinos, rosas; pero entendámonos, no toda niñez es alba, ni el hombre empieza a ser joven sino cuando aprende a agradecer". (9)

La admiración de Lugo por Emiliano Tejera buscaba refugio en la grandeza ciudadana de éste. De suma importancia —y asaz irrefutables— son las monografías con las que trata de demostrar la autenticidad de los restos de Colón yacentes en el monumento que se eleva en la Catedral Primada de América y que titula: *Los restos de Colón en Santo Domingo*, y —continuación de ese primer libro— *Los restos de Colón exhumados en la Catedral de Santo Domingo en 1795 y 1877*, así como varios trabajos de investigación histórica. (10). Todos estos trabajos fueron emprendidos con una solemne seriedad, que avala el crédito que le damos a todo lo que viene de su pluma.

Emiliano Tejera visitó a Duarte en Caracas y estuvo junto a su lecho de muerte y de miseria. Luego escribió una de las más conmovidas y conmovedoras semblanzas que se han publicado del Padre de la Patria. Se ocupó con patriótico afán de las cuestiones de límites fronterizos (*Memorias*) y nos dejó como joya filológica una colección de *Palabras indígenas*, que han servido para esclarecer la toponimia nacional y el léxico armonioso y raro de nuestros antepasados.

Todo lo escrito por este ciudadano ejemplar tiene el sello de una noble personalidad, acrisolada y pura, de la que los dominicanos debemos ufanarnos.

La Iglesia dominicana tiene su historiador, CARLOS NOUEL (1833-1905), quien nos regala una obra útil y agradable en su *Historia eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, sencilla y elegante, y aportadora de muchos datos desconocidos hasta entonces. Nouel es severo, y, aunque justo, al enjuiciar a determinados jerarcas de nuestra clerecía se hace eco de algunas leyendas que da como ciertas... Salpica los episodios de una que otras incidencias políticas, ayudando a esclarecer a la luz de la vigencia de la Iglesia muchos hechos fundamentales de nuestra Historia.

Por su parte, APOLINAR TEJERA (1855-1912), que abandonó el sacerdocio, puso un riguroso talento crítico sobre todo en sus *Rectificaciones históricas*.

Un sacerdote español, FRAY CIPRIANO DE UTRERA (1886-1958) ha hecho una formidable labor de investigación que abarca gran parte de la historia dominicana. La obra de este sacerdote es extensa, útil, rica, responsable, desprendida, de entrañable amor para una patria que lo veía como uno de sus hijos. Son notables sus monografías: *Don Rodrigo de Bastidas*, *La familia de Máximo Gómez*, *La catedral de Santo Domingo*, y, la más documentada de todas: *Universidades de la isla Española*. Pero su bibliografía es realmente interminable. (11)

Igual podemos decir de MANUEL PEÑA BATLLE (1902-1954) uno de los más señalados ensayistas dominicanos de todos los tiempos, polémico y muy notable por sus controversias con el escritor haitiano Price-Mars, defendiendo antes que nada, nuestra españolía, como fórmula que hicieran perdurables nuestras tradiciones, que es lo mismo que decir nuestro dominicanismo. Peña Batlle era orgulloso, porque tenía conciencia absoluta de ese orgullo que hundía su raíz en la gleba de la patria. Su vida pública no puede concitar reproches, frente a la diafanidad de su orgullo terrenal. Toda su labor literaria lo llevó a justificar la lucha titánica sostenida por el pueblo

dominicano frente a la injustificadas y repetidas invasiones haitianas.

Discípulo de Hostos, guardó fervorosa fidelidad al Maestro, compartiendo esta admiración con la de Américo Lugo, con quien le unía respetuosa amistad. A despecho del encono provocado entre los escritores haitianos, elevó el pendón étnico para probar lo imposible de la fusión entre los dos pueblos — el dominicano y el haitiano— y que la más alta y sólida frontera entre ambas naciones la constituye la solidez del sentimiento de dominicanidad.

Sus dos obras, *Historia de la cuestión fronteriza dominico-haitiana* y *Orígenes del estado haitiano*, son esencialmente polémicas.

Otras obras históricas de Peña Batlle, que hoy resultan fuente perenne de consulta, son: *La rebelión del Bahoruco*, *Las devastaciones de 1603 y 1606* y *La isla de la Tortuga*.

Fundamental es no olvidar que Peña Batlle, siquiera por los valores que exaltó al calor de este dominicanismo que fue asidero de su vida, es digno de que se le recuerde. Pocos dominicanos han replicado tan altivamente los alegatos de Price-Mars para desmembrar nuestra patria y mortarla con amenazas y discrímenes.

Además de este desmentido de Peña Batlle al publicista haitiano, conocemos la conferencia que leyó el 18 de junio de 1955 en el Club Santiago, el notable Sócrates Nolasco y *El caso dominicano* (Ed. Montalvo— *separata*) de Carlos Augusto Sánchez y Sánchez, quien es uno de los grandes internacionalistas dominicanos.

Entre los historiadores e historiográficos dominicanos que se han distinguido últimamente, podemos mencionar a VETILIO ALFAU DURAN (1910), compilador del *Ideario de Duarte* y a quien se deben obras de investigación histórica acerca de la municipalidad de Higüey, entre otras: *Contribución de la común de Higüey a la independencia nacional*, *Sobre el origen de Salvaleón de Higüey*, *Notas para la historia del santuario de Higüey* y *Leyendas y tradiciones higüeyanas*.

GUIDO DESPRADEL BATISTA (1909-1960), médico y músico, además de historiador fue autor de una *Historia de la Concepción de La Vega* (1938) y dejó inédito un rimero de datos para una historia de la medicina dominicana.

CESAR HERRERA (1910) es compilador de útiles datos para la confección de una historia definitiva.

RAFAEL MIRANDA. (-1968) escribió una *Historia de la Medicina*, cuya segunda parte está dedicada a la historia de la medicina dominicana; es una importante obra en lo que respecta a la valorización de nuestros médicos y hace un generoso aporte al conocimiento de la medicina entre nuestros primeros aborígenes. Otro tanto hicieron Ramón M. Soto y Rafael Kasse Acta con la odontología dominicana.

MARINO INCHAUSTEGUI CABRAL (1908-196..) es de los historiadores más acuciosos con que contamos. Publicó en 1953, *El plan antillano de Cromwell*, que forma parte de una historia más amplia que se intitula *La gran expedición inglesa contra las Antillas Mayores* y una *Historia dominicana*, en dos tomos, que abarca desde el 1492 hasta el 1955 (12). Para uso de las escuelas tiene un resumen de historia y otro de geografía, eminentemente didácticos.

También han escrito resúmenes de historia dominicana: E. H. ASHTON (*Resumen de la historia de Santo Domingo*, 1910); FIDEL FERRER (1883-1918) (*Introducción a la historia de Santo Domingo*, 1912), ARTURO LOGROÑO (*Compendio de historia patria*, 1912), GUSTAVO ADOLFO MEJIA, uno de los escritores dominicanos más trabajadores, autor de una extensa *Historia de Santo Domingo*, en varios tomos y otros libros de investigación, etc.; JACINTO GIMBERNARD, el notable concertista del violín, publicó una *Historia dominicana* para estudiantes, de la que se han hecho varias ediciones.

MANUEL DE JESUS TRONCOSO DE LA CONCHA (1878-1955) comparte con César Nicolás Penson el mérito de haber salvado para la posteridad muchas de las narraciones tradicionales de nuestro país. Su estilo sencillo permite al lector adentrarse en un pensamiento claro y bien ordenado, imprimiéndole gran interés a todo lo que escribe. Es autor de un

copioso *Anecdotario dominicano* (13) y de unas *Narraciones dominicanas* (1946) donde recoge vívidos relatos como el de *La virgen de las Mercedes y los dominicanos*, que alude a un presunto milagro de esta virgen, cuando Toussaint Louverture planeaba el degüello de los habitantes de Santo Domingo, reunidos en la plaza de Colón, y al tocar en el hombro a doña Felipa de Muñiz, la indignada dama protestó airadamente; en ese momento se desató una tempestad que salvó a los dominicanos del degüello. Otro magnífico relato al que Troncoso de la Concha da vida es el titulado *Un ahijado del Santísimo*.

Otras obras históricas de Troncoso son: *El brigadier Juan Sánchez Ramírez* (1944), *Elementos de derecho administrativo con aplicación a las leyes de la República Dominicana* (1939) *La ocupación de Santo Domingo por Haití* (1942) y *La génesis de la convención domínico-americana* (1941).

Por último CAYETANO ARMANDO RODRIGUEZ (1865-19...) es autor de una muy bien documentada *Geografía física, política e histórica de la isla de Santo Domingo o Haití*, precedida de nociones de cosmografía, de geografía general y de una ligera reseña de las otras islas del archipiélago antillano, publicada en 1925, con prólogo del profesor Luis Weber. Se trata de una obra profusamente ilustrada y llena de datos interesantísimos. Tradujo y comentó libros de interés histórico como: *Diario histórico de la revolución de la parte Este de Santo Domingo*, por Gilberto Guillermin y *Descripción de la parte española de Santo Domingo* por Moreau de Saint-Mery.

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Posiblemente a nadie debe tanto nuestra patria en los aspectos de la investigación histórica como a este infatigable trabajador a cuya paciencia y prolija búsqueda entre infolios, papeles añejos y en un bosque de anaqueles atiborrados de libros, se ha debido, esencialmente, el esclarecimiento de muchos episodios gloriosos de nuestra historia, y más que eso, gracias a su esfuerzo, nos ha sido dable aspirar los puros aromas

de nuestras cosas más entrañables. Acaso no hay actividad, dentro del noble quehacer de la cultura, donde no aparezca su mano taumaturga.

Su labor es tan vasta que parece casi imposible concebirla.

Hacer un recuento, aun breve, de la obra de Emilio Rodríguez Demorizi, es tarea ímproba. Algo daremos en estas breves notas, como homenaje a este gran dominicano excepcional.

Una de las primeras obras que conocimos de Rodríguez Demorizi fue *Relaciones históricas de Santo Domingo*, donde nos trae valiosos documentos, y entre ellos los manuscritos de Luis Gerónimo Alcocer, minuciosa reseña geográfica e histórica de la isla de Santo Domingo, con noticias de su flora y su fauna. El manuscrito fue hallado en la Biblioteca Nacional de Madrid. Muchos otros documentos igualmente valiosos incluye nuestro gran historiógrafo en sus *Relaciones*.

En Historia, Emilio Rodríguez Demorizi, además de haber hecho investigaciones interesantes acerca de cosas tan fundamentales como nuestra historia colonial, nuestros músicos, el periodismo, los refranes, él tiene sus preferencias definidas.

Poesía popular dominicana esclarece muchas cosas acerca del romancero, las décimas y las costumbres de nuestro pueblo, a través de los poetas populares y su música.

Con sapiencia y seguridad absoluta nos dice cómo se desbordaba la musa popular en los días tortuosos, cuando se ennegrecía nuestro panorama con las angustiosas contingencias políticas augurales de un destino fatal. Entonces se escuchaban ovillejos (14), cuartetas amargas y décimas, porque al acercarse la hora de la ocupación francesa, se llevan los que se creyeron restos de Colón (15) del país, y *ensaladillas* pintorescas donde aparecen los nombres de varias personas populares de la época:

*A Puerto Rico van
varias mozas a casar.
Trata de matrimoniar
con una Román Saldá.
Doña Faustina Solá*

*tiene también su cortejo,
no dice si es mozo o viejo,
sólo sé que es bachiller
y que a mademoiselle Garnier
le suele hacer sus camorras.
Tienen caras de cotorras
las hijas del doctor Faura.
Una mona es doña Laura
cuando se viste de seda.
A todo el mundo lo enreda
doña Pepita Logroño.
¡Qué bien se cuida su moño
la Tomasina Bernal!
Tiene epíteto de leal
la Jaúrregui por constante.
Cada mes se echa un amante
de las Rochas la Antoñita.
Priva mucho de bonita
la doña Rosita Adrián.
Viven en continuo afán
por casarse las Delvalle. etc.*

Estas *ensaladillas* estuvieron muy en boga en toda América en el siglo XVIII y Rodríguez Demorizi las analiza, dando noticias de los personajes que figuran en ellas.

Otra colección que desentraña este hombre incansable, es la de los escasos romances que medraron en la colonia, los cuales vienen en su libro *Del romancero dominicano*.

La poesía que floreció durante el período haitiano, algunas de combate, otras de adulación al usurpador, son también analizadas por él, incluyendo muchas que se escribieron en francés. Haitianos y dominicanos escribieron elogios a Boyer, y de José María Caminero es un brindis servil dedicado el Déspota haitiano, escrito en un francés muy pedestre. (16)

En su trabajo *De la poesía francesa en Santo Domingo*, se refiere a algunos franceses y haitianos que escribieron en nuestra

patria en el lapso que va del 1822 al 1844, con especial análisis de *La Gregorienne*, de Napoleón Chevrement D'Albigny, que circuló en folleto, en el 1831, y que Rodríguez Demorizi reproduce íntegro.

Otras poesías reproduce el genial historiógrafo, incluyendo el poema *Profanación*, del cual hizo César Nicolás Penson un relato en sus *Cosas Añejas*, que Rodríguez Demorizi describe como sigue:

“La narración se resume así: en una noche de febrero de 1840, cuatro jóvenes se dirigen al ruinoso monasterio de San Francisco. Son Alcuis y Altidor Pontieux, “jóvenes presumidos y elegantes”; Monsieur C. y Joseph Salvador, que van en son de orgía (17). Bajo las rotas bóvedas inician el más insólito y profanador festín. Ya en desmedida ebriedad, Alcuis Pontieux recita esta irreverencia: (18)

*Salid del polvo por un instante
monjes que dormís en estos sitios.
La noche envuelve el antiguo monasterio.
Venid a tomar parte en el festín.*

*Estos cenicientos muros y góticas arquerías
testigos fueron de vuestros dulces placeres.
Salid, salid de vuestros vetustos sarcófagos.
Franciscanos, a vuestra salud.*

*Decidnos cuántas veces estas celdas
velaron vuestros amores.
¡Cuántas bellas candidas
os agradaron en esos deliciosos ratos!*

*¡Oh! , que sin duda el choque de vuestros vasos
y de cien frascos de armonioso glú glú,
respondía lisonjero el eco de estos sitios abandonados
franciscanos, a vuestra salud!*

Brindis por Haití "uno e indivisible" sellan la orgía, y los jóvenes calaveras abandonaron las ilustres ruinas.

Hasta aquí la narración de Penson. Pero, ¿fue Alcuis Pontieux el autor de los versos? Quizás puedan atribuírseles a su hermano Altidor, autor de la composición poética "Haití en 1853" dedicada a Soulouque, escrita en Gonaive el 28 de diciembre de 1852 y publicada en Le monitor haitien (Port-au-Prince, 29 de enero de 1853).

El versificador que en la orgía de San Francisco brindaba "por Haití uno e indivisible", Altidor Pontieux, fue uno de los firmantes de la guarnición haitiana de Santo Domingo, el 28 de febrero de 1844. Era el último que en nuestra Patria, bajo la afrenta de la bandera extraña, escribirá versos en el extraño idioma de Moliere". (19)

De la misma época histórica son las noticias que Rodríguez Demorizi nos da en su trabajo *El teatro en la época de Ferrand*.

Muchos documentos ha acumulado Rodríguez Demorizi para allegar noticias esclarecedoras de un pasado asaz desconocido antes de que él lo desentrañara en una labor tan prolija como valiosa. Pero él es más que un mero compilador de documentos: su norma es el ideal patrio y su afán de iluminar con su aporte maravilloso las mejores páginas de nuestra historia, le ha impelido a encimar, al Tabor de las glorias personalidades egregias dominicanas. Principalmente sale valedero el general Pedro Santana (*Papeles de Santana*), retratándolo con su espada libertadora, su reciedumbre de triunfador, su acerina voluntad y la indudable honestidad, idealizada. Su santanismo ponderado lo lleva a justificar el hecho de la anexión a España y atemperar algunos de sus crímenes. Su apreciación es objetiva y no le obceca la pasión. Presenta la documentación justificativa, con notas de una seriedad absoluta. Su actitud puede resultar controversial, y de

hecho lo es. Pero nadie lo acusará de amañar la historia, ni amurallarse en la falsedad. Si bien encima a Santana, no rompe pedestales —como hacen otros—, sino que pone a cada quien en su propia constelación.

Para el Padre de la Patria su admiración es casi devocional. Juan Pablo Duarte es el Apóstol intocable, y hay pureza en su obra, en su vida, en el catecismo de su ideario. Para Emilio Rodríguez Demorizi uno de los aspectos más interesantes de la personalidad de Duarte, es el de su romanticismo. Los trabajos que ha escrito en este sentido para el Instituto Duartiano (*Duarte romántico*) no sólo son un valioso aporte, sino que revelan en el historiógrafo sentimientos superiores. Otros héroes muestran en las revelaciones de este gran hombre, facetas lustrales de su alma.

Así, Gregorio Luperón fue amigo de Eugenio María de Hostos, a quien no sólo le prestó su amistad y protección (*Luperón y Hostos*), sino que lo comprendió, siendo admirador de su limpio apostolado.

Sobre la participación de Simón de Portes en la independencia de Cuba, nos regala su: *Simón de Portes, precursor de la independencia de Cuba*, publicado el 8 de mayo de 1934 en el *Listín Diario*.

Tomás Bobadilla aparece con siete piezas oratorias (*Discursos de Bobadilla*) donde este político veleidoso, que alguien llamó el Fouché dominicano, se presenta a sí mismo, a través de su elocuencia.

Hostos en Santo Domingo trae muchas notas reveladoras de la labor educativa y ecuménica de este antillano ejemplar.

En fin, si siguiéramos acumulando su bibliografía, estas notas se harían interminables.

Pero lo dicho da una idea, aunque pálida, de una labor que solamente se concibe mayor en un hombre de la capacidad de trabajo de un Menéndez Pelayo. No es sólo un mero colector de documentos; es el verdadero pedestal de la historia moderna dominicana en todos sus aspectos.

Rodríguez Demorizi es un escritor correcto, de un estilo atractivo. Sus prólogos, sus notas, sus pequeños exordios vienen

en un lenguaje pulcro, claro. Es un escritor con cultura, con elegancia. Su *Juan Isidro Pérez, el ilustre loco*, biografía del vehemente trinitario, es una de las mejores que ha salido de pluma dominicana, y es una nueva concepción de la Historia y una nueva forma de iluminar la vida. Juan Isidro Pérez aparece como un Hamlet decidido, sin vacilaciones; es la suya la enajenación de un Hamlet y la decisión de un Orestes que van a culminar en la tragedia de este héroe homérico de nuestra historia.

Su narración *La tertulia de los solterones*, amena obra de excepcionales fragancias, es una de las obras mas fascinantes que se han escrito en los últimos tiempos en nuestro país.

Para Emilio Rodríguez Demorizi tenemos los dominicanos una deuda de gratitud impagable. Y nadie podrá emularlo jamás.

OTROS HISTORIADORES

Muchos otros historiadores fulgen en el panorama de nuestra cultura, unos con harta cultura, unos con suficiente nombradía para dejar de mencionarlos, otros poco conocidos por falta de un obra pregonante que los inclinen a la fama. Todos laboran con pasión, apegados al brillo de nuestras glorias; otros, desgraciadamente, escépticos, poco deslumbrados por los timbres de que nos ufamamos como hijos de esta tierra.

JOAQUIN SALAZAR, por ejemplo, es de los que se asoman a nuestra historia con orgullo, con profundo amor. No es que calle nuestras miserias o las exalte con insensata vanagloria, pero cree que nuestro pasado epopéyico es digno de luminosa exaltación. Ha preparado una magnífica cronología del lapso que va del 26 de enero de 1813 al 16 de julio de 1876, esto es, el tiempo mortal de la vida de Duarte.

MANUEL DE JESUS GOICO CASTRO incursiona en la Historia con pasión muy definida y sostiene una tesis según la cual sin Santana no hubiera habido independendia.

JOAQUIN BALAGUER y PEDRO TRONCOSO SANCHEZ son los biógrafos de Duarte, y han puesto gran

cuidado en presentar su inmaculada figura en su exacta dimensión. Otro tanto han hecho, con menos pretensiones, ENRIQUE PATIN VELOZ, MARIANO LEBRON SAVIÑON y CARLOS FEDERICO PEREZ.

Otros que han escrito obras de historia son: RAMON DIDIEZ BURGOS, JUAN JACOBO DE LARA, VICTOR GARRIDO y E. O. GARRIDO PUELLO.

Palabras aparte merece FRANK MOYA PONS, el más joven y uno de los más connotados historiadores de nuestra patria. Su hermosa juventud se ofrece, no como una promesa, que ha dejado de serlo, sino como una espléndida realidad que da frutos henchidos de sapiencia y de un poder analítico admirable. Es Moya Pons persona paradigmática que honra nuestra cultura.

GENIOS DE LA ORATORIA DOMINICANA

La admiración mantenida y el consenso general coloca a FERNANDO ARTURO DE MERIÑO (1833-1906) en la más alta cima de la oratoria dominicana. Arzobispo Metropolitano, su fuerte era la oratoria sagrada, pero como político activo, encaró, con valentía impar, situaciones difíciles, en las que siempre mostró gran responsabilidad.

En su obra *Los próceres escritores*, dice Joaquín Balaguer:

"Fernando Arturo de Meriño es el tipo del orador auténtico, del hombre verdaderamente arrebatado por la embriaguez del verbo. Es, entre todos los próceres de la República, el que más terminada nos ofrece la imagen del orador antiguo: una oración de Meriño, en efecto, es una fábrica donde todo denuncia orden y equilibrio; no hay en ella líneas que disuenen, ni ornamentos excesivos, ni detalles superfluos, ni falta de proporción o de armonía en el conjunto majestuoso.

Pero eso sí, la fábrica, aunque carezca de fasto exterior, es una inmensa catedral, resonante de himnos y poblada de

arcángeles vengadores. Allí, bajo las bóvedas multisonoras, se elevan con vuelo incontenible apóstrofes que invitan a la venganza y a la cólera, voces de perdón o de amenazas, ruegos que ablandan el pecho de los hombres, oraciones que serenar el cielo". (20)

Su verbo era poderoso, no era el orador de antisonancias románticas, sino el tributo clásico preocupado por las palabras y el estilo, pero que sabe ensartar, en un collar de elocuencia, apóstrofes violentos, apocalípticos, como los de un profeta indignado ante la corrupción del pueblo escogido; tales los que le endilgó a Buenaventura Báez el 8 de diciembre de 1865 al tomarle el Juramento para la presidencia de la República.

Sus Cartas pastorales son páginas antológicas donde la sencillez hace contraste con las citas eruditas.

Si sus cartas pastorales son doctas, sus mejores discursos son los incendiarios, es decir, los que produjo en su trajín político.

Esa fuerza imaginativa que le caracterizó, ese poder polémico, es lo que hace de Meriño un orador temible y apasionante. Su potencia dialectal hacía apabullante su elocuencia; a esto se agrega una memoria prodigiosa y una empatía especial, que hacía seductora su figura en la tribuna.

A pesar de su hábito sacerdotal escaló la Primera Magistratura del país.

A su patriotismo agregaba un espíritu decidido y una valentía arraigada.

Días antes de la Anexión, a la que Meriño se oponía, aconsejando a Santana que no consumara acto tan detestable, escaló el púlpito de la Catedral en el Te Deum celebrado el 27 de febrero de 1861, y le espetó al caudillo, que lo escuchó pálido de iracundia:

"La nación os mira como el caudillo de la libertad; sostened, pues, con honor, el glorioso pendón de la independencia".

Y al consumarse la anexión, abandonó el país, pasó a España, luego a Puerto Rico, y, por último, a Venezuela, donde sus dotes de orador le hicieron ganar dilatada fama. Cuando Báez escaló la presidencia, después de la anexión, a despecho de que había sido anexionista y aceptó del Gobierno español un título de Mariscal de Campo, produjo aquel osado discurso:

“¡Profundos e inescrutables secretos de la Providencia! ... Mientras vagabais por playas extranjeras, extraño a los grandes acontecimientos verificados en vuestra patria; cuando parecía que estabais más alejado del solio y que el poder supremo sería confiado a la diestra victoriosa de algunos adalides de la Independencia... itienen lugar en este país sucesos extraordinarios! ... Vuestra estrella se levanta sobre los horizontes de la República y se os llama para ocupar la silla de la primera magistratura. ¡Tan inesperado acontecimiento tiene aún atónitos a muchos que lo contemplan”.

Báez, aunque sorprendido, se mantenía impérrrito. (21)
Meriño continuó:

“Empero, yo, que sólo debo habaros en el lenguaje franco de la verdad; que hesido, como vos, aleccionado en la escuela del infortunio, en la que se estudian con provecho las raras viscisitudes de la vida, no prescindiré de deciros que no os alucinéis por ello; que en pueblos como el nuestro, valiéndome de la expresión de un ilustre orador americano: “tan fácil es pasar del destierro al solio, como descender del solio ante la barra del Senado”.

En esto, el general Juan Bautista Paradas, incondicional de Báez, gritó: “Viva el presidente Buenaventura Báez, vitalicio!” Y el prelado se volvió a él indignado, exclamando con voz de trueno: “No, vitalicio no; temporal, alternativo y responsable”. (22)

De la tribuna salió hacia el destierro.

Tres de sus piezas oratorias más importantes son: *Apoteosis de Juan Pablo Duarte*, con motivo de la traída de los restos del Padre de la Patria, desde Venezuela, en 1884; *Centenario del Descubrimiento de América*, el 12 de octubre de 1892, y la pronunciada en 1895, con motivo de la instauración del Instituto Profesional.

Pero lo mejor de Meriño se ha perdido en el cesto sin fondo de sus improvisaciones.

No fue un pensador profundo, pero sí un buen escritor, fluente y castizo, aunque muy dado a la erudición. La medida clásica limita a veces la elocuencia, pero siempre aparecerá como modelo de buen gusto y uno de los mejores escritores dominicanos:

“Todas las cartas pastorales de Meriño —dice Joaquín Balaguer— se hallan enriquecidas por innumerable aparato de citas, no sólo de autoridades eclesiásticas sino también profanas. En la “Carta pastoral sobre el cristianismo y las enseñanzas de la iglesia católica”, el autor hace un verdadero alarde de su erudición asombrosa. Pero lo admirable es que ni en esa ni en ninguna otra de las páginas que escribió, mientras ejercía el gobierno eclesiástico de Santo Domingo, hace una sola exhibición de sabiduría que nos parezca ociosa. El insigne prelado, el hombre más docto de cuantos han ocupado hasta hoy la silla que honró un día Alejandro Geraldini, es tan oportuno y tan sagaz en sus citas que hasta cuando mayor número de autoridades invoca y hasta cuando más empapado se muestra de literatura patriótica, nos transmite la impresión de que no hace un simple despliegue de conocimiento sino más bien de que realiza un esfuerzo para dejar la materia en torno a la cual discurre completamente agotada”. (23)

El Arzobispo Meriño ha pasado por nuestra literatura como prototipo de la elocuencia. Generalmente se acepta que es el mejor orador dominicano de todos los tiempos.

En cambio en la arena política, en la fogosidad combativa, en el ímpetu polémico, nadie supera a EUGENIO DESCHAMPS (1861-1919), cautivador de multitudes, sin ser orador de barricada. Por el contrario, sus discursos son piezas filigranadas, escritas con un despliegue de erudición, metáforas sonantes y restallantes como trompetas del alba. Puede decirse que fue orador romántico, a la manera huguesca y combativo como Castelar. Paladín del periodismo: comió el amargo pan del ostracismo, combatiendo la tiranía de Ulises Hereaux. Y el tirano nunca recibió anatema mayor que el que le lanzara Deschamps, cuando le llama en su folleto *Réprobo*, “la torva personificación de la ignominia”.

Su mejor pieza oratoria fue la que pronunció como salutación a Máximo Gómez cuando, tras realizar la independencia de Cuba, el glorioso libertador volvió a pisar su patria. El orador avanzó al encuentro del héroe y exclamó:

“La epopeya no había muerto. Había reclinado cargada de lauros, la cabeza, y dormía sobre las gloriosas tumbas de Bolívar y de Páez. La vía, empero, trazada por Miranda y San Martín, estaba ahí, cuajada de abismos, salpicada de cráteres, y, cual la espada de la leyenda, era imposible tocarla a quien no sintiera en sí la titánica musculatura del león llanero, o no tuviera la pujanza del águila que fue de cumbre en cumbre tocando dianas gloriosas a lo largo de los Andes.

De pronto soliviantáronse los pueblos. Sonó el clarín y brilló el machete al sol. Era que había despertado la epopeya, que salvó el mar, que saltó, reciente y trágica, a la faja de tierra a que se habían arremolineado la sombra en derrota, y ascendiendo el volcán de las batallas, y haciendo surgir las abnegaciones estupendas, y resucitando con grito formidable los heroísmos magníficos, y cruzando, a nado, con la espada entre los dientes, el horrible mar de sangre que entre ella y el triunfo arrojó, desesperada, la insensatez del error, traspuso el monte, llenó el valle iy cerró con el

buril de la victoria el fulgurante ciclo heroico del continente libre! Tú, ¡oh, paladín, eres la resurrección de la epopeya! ¡Ave Hatuey! Al sentirse hollada por tí, se estremece de júbilo la tierra. Acepta, héroe, sus viriles y ruidosos entusiasmos.

Al saludarte, al festejarte, al glorificarte, orgullosa y altiva el alma de la patria, saluda y festeja y glorifica en tí el hondo sentimiento del heroísmo y de la gloria; saluda y festeja y glorifica a Cuba, libre al término de sus espantosas décadas sangrientas; festeja y saluda y glorifica la radiosa trinidad que ha de alzarse triunfadora, en el rebelde piélago Caribe; saluda y festeja y glorifica a América, arrojando intrépida, la carga de sus épicos dolores y de sus nefandas servidumbres, y acercándose a los siglos, sin amos, libre, heroica, próspera, ubérrima, íntegra y gloriosa! ”.

Las contingencias políticas lo arrojaron en su vorágine. Su voz era rugido contra la corrupción y contra el aluvión tormentoso que amenazaba con envolverlo todo. Pero tenía fe, ¡fe en la patria y en el porvenir! Por eso en el 1915, cuando el líder de la deseada independencia de Puerto Rico, José de Diego, vino al país, lo saludó con este otro discurso, pieza antológica también:

“Llegas a esta tierra cuando soplan sobre nosotros rachas furiosas de huracán... Cómo si de nada les valiera a los hombres los latigazos del destino, como si hubiéramos de ser perpetua presa de desatentada y de irremediable insensatez; como si de la acción de la vida y de la reacción de la catástrofe no derivaran los hombres otra cosa que el desparpajo del cinismo y la despreocupación de la inconsciencia en el instante en que huellas este suelo sintiendo estamos todos como que asistimos, consternados, al agonizar de la República....

Quisqueya te saluda. Esta es Quisqueya. Ahora pareciera

que vamos a morir. ¿Morir? ¿Dije morir? Pues habría de ser cuando las minorías desfachatadas y las camarillas imprudentes continuaran haciendo gravitar sus insolencias sobre el destino del pueblo. Pon tu mano en la frente de esos hombres. La volcanizan las ideas. Aprendieron, en el fondo de la historia, el pensamiento capital de los héroes y los pueblos, y el motivo de las grandes revoluciones de los siglos fueron y son, y serán perpetuamente el triunfo de la personalidad de las naciones. Entre nosotros es el mal la vil enredadera que trepa hasta el ramaje del árbol corpulento. Es Mercurio y es Moloc, construyendo con cartón el centelleante casco de Minerva. Arrima tu corazón al de esa inmensa multitud y mira cómo es cráter de pasiones por la libertad y el ideal. Esa cabalgó aquí mil veces en el bridón tempestuoso de Bolívar. Esa cruzó el mar y sopló en la trompa a cuyos ecos despierta, erizada de rayos, la epopeya. Esa te dará corazones y cabezas que te ayuden a plantar en la nueva encrucijada de las civilizaciones, la trinidad egregia del Caribe”.

Toda la obra de Deschamps, de combate y admonición, se concreta en una serie de opúsculos cuyos títulos son los siguientes: *Réprobo* (Puerto Rico, 1897), *A las sociedades políticas* (Monte Cristi, 1888), *Ecos y notas* (Puerto Rico, 1897), *Notas y reflexiones sobre nuestros límites occidentales* (Monte Cristi 1888), *Esbozo de una idea* (Monte Cristi, 1888) y *Contra Roosevelt* (Nueva York, 1911). Sus discursos fueron agrupados en un libro titulado *Ecos tribunicios*, publicado en Puerto Rico, y en una autobiografía (*Mis destierros*) de la cual sólo llegó a publicar fragmentos.

Otro elocuente y responsable orador del pasado fue MANUEL ARTURO MACHADO (1870-1922), mago de la improvisación y responsable expositor de nobles ideas.

ADOLFO ALEJANDRO NOUEL (1862-1937) fue otro de los arzobispos que llegaron a escalar, en momentos conflictivos para el país, la presidencia de la República. Era un buen orador, “de frase tersa y estilo castigado”. Aunque era un escritor culto

y un orador elocuente, no resiste, ni con mucho, la comparación con el Arz. Meriño. Sin tener la elocuencia de éste, gustaba de abusar de las citas, que llegaban a hacerse cansadoras. No obstante, siempre era agradable, sobre todo en el púlpito, donde su pálida y hermosa faz resaltaba dentro de un halo místico.

Otros oradores famosos fueron: LUIS CONRADO DEL CASTILLO (1888-1927), prototipo del héroe cívico y del orador espontáneo a quien las frases elocuentes le fluían como perlas, para esmaltar de joyante esplendor las alhajas de sus piezas oratorias. Fue orador público de voz tonante, teatral y valiente. Probablemente ha sido el orador más amado por las muchedumbres.

ARTURO LOGROÑO (1891-1949) es el representante en la tribuna del barroquismo, con el uso de metáforas que se repetían incansablemente, alusivas siempre a las cosas egregias y entrañables. Apasionó a los públicos, aun cuando el idioma brotaba anárquico en sus discursos. Para muchos, Arturo Logroño fue la encarnación del verdadero orador triunfante, tipo barriacada. También orador de barricada fue ALBERTO FONT BERNAL, aunque no dejó un libro de discursos que nos permita presentarlo más que como un simple recuerdo. RAFAEL C. CASTELLANOS (1875-1934), ARISTIDES FIALLO CABRAL (1871-1931), JOAQUIN BALAGUER, a quien muchos consideran el primer orador dominicano de las últimas décadas; RAFAEL ESTRELLA UREÑA, JOSE DOLORES ALFONSECA (1878-1933), JACINTO R. DE CASTRO (1876-1929), JUAN JOSE SANCHEZ (1884-1943), GERMAN SORIANO (1889-1950) y otros.

NOTAS DEL CAPITULO XXXI

(1) Joaquín Balaguer. "Historia de la Literatura Dominicana", Librería Dominicana. St. Dg. 1958.

(2) Aquí Balaguer pone esta nota: "Páez, aunque llegó a cultivar, hasta un punto increíble, su espíritu, sobre todo durante su estancia en Estados Unidos, no alcanza jamás el grado de sensibilidad poética que se advierte en Luperón, alma abundantemente dotada, no obstante su rudeza, de aptitudes literarias no vulgares".

(3) Joaquín Balaguer. "Los próceres escritores". Buenos Aires. 1947.

(4) Luperón leyó las "Vidas paralelas" de Plutarco, en la biblioteca de su amigo y protector Pedro Eduardo Duboc, comerciante de jamao, poseedor de alguna cultura.

(5) Gregorio Luperón. "Notas autobiográficas y apuntes históricos". 2a. edición. Santiago 1939. Citado por J. Balaguer.

(6) Citado por Balaguer.

(7) *Ibidem*.

(8) *Ibidem*.

(9) Américo Lugo. "Emiliano Tejera" Antología. Colecc. Pensamiento Dominicano.

(10) Entre otros, Emiliano Tejera escribió: "El palacio de Don Diego Colón en Santo Domingo" y "Gobernadores de la isla de Santo Domingo".

(11) He aquí las obras de Fray Cipriano de Utrera: "Donde nació Colón", 1915; "Agustín Franco de Medina", 1929; "Don Juan de Padilla Guardiola y Guzmán", 1939; "Don Rodrigo de Bastidas", 1930; "El mapa más antiguo de la isla de Santo Domingo", 1930; "Dilucidaciones históricas: "Santo Domingo", 1925; II "La catedral de Santo Domingo", 1929; "La familia de Máximo Gómez", 1929; "Aniversario de Santiago de la Paz y de Santo Tomás de Aquino y Seminario conciliar de Santo Domingo en la isla Española", 1932; "Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de la República Dominicana", 1932; "Heredia", 1939; "Nuestra Señora de la Altigracia (histórico documento de su culto y su santuario de Higüey)", 1933; "In apostolatus culmine", 1938, y otros.

(12) La historia de Inchaustegui constituye los tomos 13 y 14 de la "Colección Trujillo".

(13) Publicado en la prensa bajo el seudónimo de Juan Buscón.

(14) He aquí uno de esos ovillejos: "¿Cuándo pensé ver mi grey/ Sin Rey? / ¿Cuándo mi leal y fiel porte/ Sin norte? / ¿Y cuanto, ioh, pena feroz! / Sin Dios? / Lloro yo mi suerte atroz/ Pues me veo en un instante/ A la que era tan amante/ Sin Rey, sin norte y sin Dios."

(15) Una de las estrofas que se cantaban con tal motivo, decía: "Llorar corazón, llorar/ Los restos del gran Colon./ lo sacan en procesión/ Y los llevan a embarcar".

(16) Los malos versos de José María Caminero decían: "Buvons un coup a sa santé,/ buvons en deux a sa villance,/ Buvons en trois a sa bonté/ buvons en queatre a sa clemence,/ buvons en cinq a ses bienfaits,/ buvons en six a son genie;/ si nous buvons tous seis hauts-faits/ nous serions ivres pour la vie..."

(17) En el texto de Rodríguez Demorizi hay la siguiente nota: "Alcius y Altidor eran hijos de Entienne Pontieux, de Cabo Haitano, quien nació en 1792. Desde antes de 1843 era Administrador principal del Distrito de Santo Domingo. Por lo menos era alto empleado público desde 1828, año en que figuraba en la Logia de esta ciudad. Alcius fue diputado por Santo Domingo en 1842, y fue elegido en las agitadas elecciones del 24 de marzo de 1843. Altidor nació en Puerto Príncipe: en 1842 era empleado del Gobierno, en Santo Domingo.

(18) Rodríguez Demorizi trae el texto en francés y la traducción. He aquí el primero: "Pour un instant sortez de la poussiere/ Momies qui dormez en ce lieux,/ La nuit plane sur ce vieux monastere/ /enez vous meler a nos jeux./ Ce mursbrunis, ses arcades gotiques,/ Virant vos plasir le plus doux;/ Sortez, sortez de ces caveaux antiques,/ Franciscains, nous buvons a vous/ Ah, dites nous que des fois ce cellules/

Ont elles caché vos amours: /Que des beauté candides et credules/ De ves loisirs charmaient le cours. /Ah, oui, san doute et le choc de vos verres/, de cent facons le glou glou/ Charmaient l'echo de ce lieu solitaire;/ Franciscains, nous buvons a vois'.

(19) Emilio Rodríguez Demorizi. "De la poesía francesa en Santo Domingo" Cuad. Dom. de Cult. No. 18 Santo Domingo. Dic. 1944.

(20) Ob. cit.

(21) Observación de Max Henríquez Ureña.

(22) "Este discurso, aplaudido con entusiasmo por unos, censurado con acritud por otros, pero escuchado con interés por todos, fue, como era natural, la nota más saliente del acto de inauguración de la nueva era, por cuanto sirvió de pretexto a los gobernantes para iniciar más pronto de lo que pensaban, los procedimientos arbitrarios que a la postre debían provocar rozamientos y desgracias". José Gabriel García. "Historia moderna de la República Dominicana".

(23) Ob. cit.

CAPITULO XXXII

BREVE HISTORIA DE LA EDUCACION DOMINICANA Y DEL PERIODISMO

EDUCACION:



A conquista de La Española se inicia con la fundación de las primeras escuelas que ya aparecen en 1502, y se hacen patentes tres años después, cuando se crea el Colegio en el Convento de la Orden de San Francisco (1505) en la recién fundada ciudad de Santo Domingo. El ejemplo de los padres franciscanos va a ser secundado por otras órdenes sacerdotales, así como por grupos seculares que se preocupaban por la intensificación de las cosas educacionales. En la Verapaz los franciscanos se dedicaron a educar los indios, previamente bautizados, y este es el caso del cacique Enriquillo.

Con el advenimiento a la isla de Sebastián Ramírez de Fuenleal, en su triple condición de gobernador, presidente de la Real Audiencia y arzobispo, aprovechando la ardua labor que en la brega educacional despliegan franciscanos, dominicos y mercedarios, la educación en la época colonial alcanza su más alto nivel.

Consuelo Nivar, una de las ilustres educadoras contemporáneas, apunta:

“Cuando el Obispo Ramírez de Fuenleal le expone a la Reina la necesidad de educar la niñez —que es uno de sus propósitos educativos— toca la fibra sensible del

instinto maternal, y la Reina accede a la petición que le ha sido formulada. Por cédula del 22 de diciembre del año 1529, queda fundado el Colegio de la ciudad de Santo Domingo; de Arcos, racionero de la Catedral, es el primer maestro designado. Es, además, un docto y virtuoso sacerdote". (1)

En el colegio fundado por el ilustre arzobispo se erigirá, en breve lapso, una Universidad. Merced a la enseñanza temprana fue medrando un conglomerado de alta cultura, y ya el 28 de octubre de 1538 se fundaba en la ciudad de Santo Domingo, la Universidad de Santo Tomás de Aquino, la primera del Nuevo Mundo. Y para mediados de siglo había dos universidades en dicha ciudad. (2)

En el siglo XVII entran en escena los bravíos sacerdotes de la Compañía de Jesús. Imitando a Hernando de Gorjón, que donó parte de sus bienes para la fundación del Colegio de Gorjón, prontamente convertido en Universidad de Santiago de la Vera Paz, otro acaudalado de la ciudad de Santo Domingo dona parte de sus bienes para la fundación de un colegio que regenteen los jesuitas. Este acto de donación se realizó el 8 de julio de 1648. Ya en el 1649 estaban en la isla, procedentes de la provincia de Granada, Damián Buitrago y Andrés Solís, dos ilustres jesuitas. Dependientes del Colegio de Gorjón y tras larga labor magisterial, se les autoriza a los jesuitas, en el 1701, abrir un colegio de párvulos y más luego se hacen cargo de la Universidad de Santiago de la Paz. Surgen, entonces, rivalidades entre dominicos y jesuitas, que terminan cuando éstos son deportados de La Española, expulsión que da al traste con el Colegio de Gorjón.

El siglo XVIII fue decadente en todos los aspectos de la cultura. La educación desmedró notablemente en medio de todas esas calamidades que asolaron al país. Después de los días luctuosos de la lucha contra Francia, y tras la Reconquista viene el período de la España Boba. Entonces, bajo la Rectoría del Lic. José Núñez de Cáceres, reabre sus puertas la Universidad de Santo Tomás de Aquino, pero por corto tiempo, pues durante la

ocupación haitiana, horrible, una sábana de nieblas compactas lo cubrió todo. Los haitianos cerraron la Universidad y las escuelas, creando lo que el intruso llamó colegios nacionales, servidos por haitianos mediocres, poco más que analfabetos, aunque más tarde vinieron algunos como Augusto Brouard, que mostraron capacidad para la enseñanza. A partir de 1830 la juventud dominicana pudo gozar de un auténtico maestro en el poeta francés NAPOLEON GUY CHEVREMONT D'AVIGNY, que escribió varios poemas en nuestro país en su idioma original, entre otros la *Gregorienne*, una elegía en memoria del abate Henry Gregorienne.

El movimiento educacional dominicano lo inicia, a su regreso de Europa, Juan Pablo Duarte, quien en el almacén de su padre enseñaba a sus compañeros filosofía, matemática y otras disciplinas, enseñanza completamente gratuita, según hemos dicho en otro lugar.

Algunos sacerdotes extranjeros se encargaron de encender candiles en la noche de la ocupación haitiana. Uno de ellos fue el peruano, nacido en Lima, por lo cual le llamaban *El Limeño*, GASPAS HERNANDEZ (1798-1858) quien fue maestro de muchos de los trinitarios —incluyendo a Duarte—, y aunque los haitianos lo extrañaron del país, al regresar, ya consumada la Independencia, obtuvo la ciudadanía dominicana y fue, en el 1852, Preceptor del Colegio Nacional y profesor de Filosofía, Cosmogonía y Matemáticas.

Otro sacerdote, FRAY PEDRO PAMIES (1809-1843) era un decidido adversario de los haitianos a quienes combatió desde el púlpito, por lo cual lo desterraron.

Otro atisbo de enseñanza fue el que produjo la reapertura, por parte del Arzobispo TOMAS DE PORTES E INFANTE (1783-1858), y ya consumada la Independencia, del Seminario. Por Ley del Congreso Nacional se crea, en 1845, una clase de latinidad de la que fue docente Idelfonso Ten.

Fue el presidente Buenaventura Baez quien en 1852 estableció el Colegio de *San Buenaventura* que se constituyó en el primer centro de enseñanza superior, donde se formaron intelectuales de la talla de Fernando Arturo de Meriño, Eugenio

Perdomo, José Gabriel García, Carlos Nouel, Manuel Rodríguez Objío y otros que, pasando el tiempo, serían también grandes intelectuales o connotados ciudadanos en el desenvolvimiento cultural del país.

El primer Rector del Colegio de San Buenaventura fue Manuel María Sanchez Valverde, y el Dr. Elías Rodríguez su primer vicerrector. Dictaron cátedras allí el Pbro. Gaspar Hernandez, Alejandro Angulo Guridi, Félix María del Monte y Tomás Bobadilla.

El proyecto de anexión de la República a España entorpeció toda labor educativa y, sobre todo, la de la Universidad de Santo Tomás de Aquino que el General Pedro Santana había reabierto en 1859, sin resultados positivos.

Después del período de la anexión, en lugar del Colegio de San Buenaventura empezó a funcionar el Seminario Conciliar que reabre su puerta en 1866, por iniciativa del entonces presidente General José María Cabral. Para ocupar su rectoría viene del exilio, ya con rango de Arzobispo, el notable Fernando Arturo de Meriño, que le imprimió un carácter laico y de alta cultura. Junto con él estuvo, como vicerrector, don Emiliano Tejera. En esta institución se formaron personas tan notables como Federico Henríquez y Carvajal, Pedro Tomás de Mena y Portes, Francisco Xavier Billini, Juan Velázquez, José del Carmen Betancourt, Marcelino Borbón y Peralta, Francisco Gregorio Billini, Rafael Lluberés, Juan Tomás Mejía, Joaquín M. Pérez, José Santiago de Castro, Luis Caminero, Ildefonso Pina, José Joaquín Pérez, Miguel Antonio de Mena, José Llaverías, Manuel María de la Concha y Antonio Brea (3).

En 1866 se funda el Instituto Profesional, convertido en centro de fecundas actividades culturales, pues allí se podían estudiar profesiones liberales. Este Instituto es convertido, en 1914, en la Universidad de Santo Domingo.

En ese mismo año el Pbro. FRANCISCO XAVIER BILLINI fundó el Colegio de San Luis Gonzaga (10 de agosto de 1866) siendo presidente de la República (con el título de Protector), el General José María Cabral. El mismo Padre Billini era el Director de este Colegio donde se formaron los hermanos

Gastón y Rafael Deligne, José Joaquín Pérez, Arturo Pellerano Castro, Tulio Manuel Cestero, Américo Lugo y algunos extranjeros radicados en el país, como el poeta José Lebrón Morales.

Este colegio, de grata recordación histórica, era profunda fuente de saber, con una Academia de Náutica, que se incorpora en 1869 (4) y las primeras clases de lenguas extrañas: latín, griego, inglés y francés. Consta también, que ya en 1879, el Padre Billini introduce en su colegio la enseñanza musical a cargo de selectos compositores como Celito García, Geraldo Mena y Fermín Cuevas.

“En su afán de difundir la cultura en un radio que tuviera la mayor amplitud posible —dice C. Nivar— para que alcanzara a los más, Billini instala, el 19 de julio de 1871, la escuela nocturna del Colegio San Luis Gonzaga, cuya matrícula llega a la cifra de 1971 discípulos. Funda también, el 21 de mayo de 1872, la escuela dominical de artesanos. Es la primera escuela de artes y oficios creada en la República Dominicana. Las clases están a cargo de maestros en zapatería, en sastrería, en carpintería y otros oficios; allí va a aprender o perfeccionarse en los mismos, y las labores de la institución estuvieron en plena actividad hasta el año 1876”. (5)

A la muerte del Padre Billini, ocurrida el 8 de marzo de 1890, se hizo cargo de la dirección del Colegio, Francisco Gregorio Billini.

En 1867, la notable educadora MARIA NICOLASA BILLINI (1838-1903), hermana del Padre Billini, fundó el colegio para niños, *El Dominicano*. De enseñanza femenina fue el colegio *La Altagracia*, fundado por SOCORRO DEL ROSARIO SANCHEZ (1899), hermana del héroe de la Puerta del Conde y mártir de San Juan.

Todas las instituciones mencionadas tuvieron su sede en la capital, pero también en Santiago de los Caballeros hubo inquietud por la enseñanza cuando, tras su regreso de Cuba

—donde había luchado en la primera guerra separatista— el poeta MANUEL DE JESUS PEÑA Y REYNOSO (1884-1915) fundó el Colegio *La Paz*, y abogó desde su periódico *El dominicano*, porque se crearan escuelas nocturnas, formadoras de maestros de los que tan urgido estaba el país.

Peña y Reynoso, además de poeta y periodista combativo, fue un verdadero educador. A él se deben algunas de las obras destinadas a la enseñanza como *Nociones elementales de retórica* y *Lecciones de análisis lógico y gramatical*, así como unas *Nociones de historia de la pedagogía*.

El paso gigantesco en lo que se refiere a educación, lo constituye la llegada al país del gran educador antillano, nacido en Puerto Rico, Eugenio María de Hostos.

HOSTOS EN LA ENSEÑANZA

El primer contacto de Hostos al llegar por primera vez al país en 1875, por Puerto Plata, fue con el General Gregorio Luperón.

Luperón era, entonces, ferviente propugnador de la Independencia de Puerto Rico y era amigo de otro gran puertorriqueño, Ramón Emeterio Betances, radicado en aquella ciudad de la costa atlántica.

En Puerto Plata el educador hizo intensa labor periodística y, después de algunos azares, se ausentó del país.

A su regreso, en 1879, fijó su residencia en Santo Domingo, donde fundó, en 1880, la Escuela Normal de Maestros y acometió la magna obra de reformar la enseñanza de acuerdo con los cánones más avanzados en la materia. Lo animaron y protegieron en esta labor, el padre Fernando Arturo de Meriño, usufructuante, entonces, de poderes, y el General Luperón.

Hostos era un positivista spenceriano, aspecto éste de su formación, que estudiaremos oportunamente.

Sus alumnos tomaron apuntes de sus lecciones que sirvieron para la publicación de su *Derecho constitucional*

(1887) y *Moral social* (1888), que vieron la luz en Santo Domingo, así como una *Sociología* que fue obra póstuma.

Los alumnos de Hostos lo amaban a tal extremo que le secundaron y lucharon a su lado defendiéndolo de avatares y maledicencias. En enero de 1880, como paso previo a la fundación de la Escuela Normal, la fecunda Sociedad "Amigos del país", movió a un grupo de jóvenes a fundar la *Escuela Preparatoria*. Los dirigentes de esta actividad fueron: Francisco Henríquez y Carvajal y José Pantaleón Castillo, y junto con ellos, una verdadera pléyade de inteligentes jóvenes como Emilio Prud'honme, Alberto Zafra, Gerardo Jensen, José Dubeau, José Santiago de Castro, Domingo Rodríguez Montañó, Ignacio Lavastida y Manuel de Jesús Gorbea. Con este grupo compacto y laborioso, egregio y pertinaz, se entrega Hostos a la magnífica empresa de crear la Escuela Normal, cuya fundación era ya impostergable.

Las enseñanzas de Hostos, eclécticas y humanísticas, concitaron una corriente de protestas, al grito dogmático de: "la escuela sin Dios". (6)

Pero al cabo de un tiempo el educador vio el triunfo de su obra, cuando el 28 de septiembre de 1884, se celebró la Investidura de los primeros maestros normales, que fueron: Francisco José Peynado, Félix Evaristo Mejía, Arturo Grullón, Lucas T. Gibbes, José María Alejandro Pichardo y Agustín Fernández.

Cuando Hostos abandonó el país, a causa de sus desavenencias con la tiranía de Hereaux (7) se vieron los primeros brotes lozanos de las semillas que había sembrado.

Muchos de sus discípulos siguieron su obra educacional. Emilio Prud'honme, que fue por siete años profesor de la Escuela Normal Preparatoria y del Instituto de Señoritas, fundó en Azua, en 1887, la escuela *Perseverancia*, verdadero crisol de maestros.

El "Instituto de Señoritas", fue obra de la gran poetisa Salomé Ureña de Henríquez.

"En la formación de maestras, que es ímproba labor,

prestan a Salomé Ureña meritísima colaboración, Francisco Henríquez y Carvajal, José Dubeau, Emilio Prud'honme, Carlos Alberto Zafra, César Nicolás Penson, Pantaleón Castillo y Federico Henríquez y Carvajal. Los cursos correspondientes a la enseñanza primaria están a cargo de Valentina Díaz —que está emparentada con Salomé Ureña— y las señoritas Ana Josefa Puello, Altagracia Henríquez Perdomo, y demás alumnas que, antes de haberse graduado, hacen las veces de maestras”.
(8)

Profunda fuente de cristalinas aguas culturales, fundado el 3 de noviembre de 1881, el Instituto se inauguró con 14 alumnas solamente, y la dedicación de Salomé a su escuela fue tan ardua —a trueque de la ruina de su salud— que Hostos pudo decir de ella que “la mujer quisqueyaná no ha tenido reformadora más concienzuda de la educación de la mujer”.

La primera investidura del Instituto se celebró en abril de 1887, y ese primer núcleo de maestras normales estaba integrado por: Leonor Feltz, Mercedes Laura Aguiar, Luisa Ozema Pellerano, Altagracia Henríquez Perdomo y Catalina Pou.

Hostos pronunció en aquella memorable ocasión uno de sus más bellos discursos:

“... venís preparadas —dijo— por esfuerzo de la razón hacia lo verdadero, por esfuerzo de la sensibilidad hacia lo bello, por esfuerzos de la voluntad hacia lo bueno, por esfuerzo de la conciencia hacia lo justo”.

Y Salomé Ureña, que había hecho enmudecer la fuente de sus versos, rompió entusiasmada su silencio, y conmovió de nuevo las musas, con un poema escrito para tan solemne ocasión:

*iHace ya mucho tiempo! Silenciosa
si indiferente no, patria bendita,*

*yo he seguido la lucha fatigosa
en que llevas de bien tu ansia infinita.*

Después de la Investidura, este primer núcleo de maestras ayudó a Salomé, cuya salud se arruinaba a la carrera, en las penosas tareas de la enseñanza.

Una de las biógrafas de Salomé Ureña, Da. Silveria R. de Rodríguez Demorizi, expresa:

"Cuando el Dr. Henríquez regresó de Europa, el 6 de julio de 1891, encontró tan desmejorada la salud de su esposa y tan agotadas sus fuerzas, que poco tiempo después la convenció de que necesitaba descansar. En diciembre de 1893 fue clausurado el memorable Instituto de Señoritas. Su historia se recuerda con cariño: fue fragua en que se formaron las maestras más ilustres que ha tenido la República. La mayoría de las maestras dominicanas de hoy han sido discípulas de aquéllas que se formaron a la sombra de Salomé Ureña.

El Instituto permaneció cerrado hasta enero de 1896, en que fue nuevamente abierto. La reapertura se debió a las hermanas Luis Ozema Pellerano y Eva Pellerano Castro.

Después de muerta la poetisa, sus discípulas le dieron al Instituto el nombre de Salomé Ureña". (9)

En San Pedro de Macorís, Anacaona Moscoso de Sánchez, discípula de Salomé Ureña, fundó un nuevo Instituto de Señoritas.

Otra discípula de la gran poetisa educadora, ANA JOSEFA PUELLO (...-1866) fundó una escuela infantil, en tanto que ALTAGRACIA HENRIQUEZ DE COISCOU (1868-) dirigió en San Carlos, una escuela primaria, lo mismo que LEONOR FELTZ (1869-) y CATALINA FRANCISCA POY Y ARVELO (1870).

Una de las más dignas sucesoras de Salomé Ureña fue MERCEDES LAURA AGUIAR (1872-1958), de quien dice Max Henríquez Ureña que fue “modelo de maestras, para quien el magisterio ha sido un sacerdocio al cual ha consagrado su vida” (10); alcanzó el grado de maestra normal a la temprana edad de quince años (11). Al lado de ella, egregias y puras, estaban otras mujeres maravillosas de nuestra vida educacional. (12)

Muerta su maestra, Mercedes Laura siguió laborando al lado de Luisa Ozema Pellerano y Eva Pellerano, en el que entonces se llamó “Instituto de Señoritas Salomé Ureña”, consagrándose como maestra de acrisolada abnegación, siempre señora, siempre pura, altiva y maravillosa en entrega total a su noble apostolado. (13)

En Puerto Plata podemos mencionar a DEMETRIA BETANCES, meritoria educacionista puertorriqueña, establecida en esa ciudad desde 1890 y profesora de las hermanas Antera y Mercedes Mota.

A la siguiente generación perteneció una de las mujeres más valientes que pasó por el magisterio, ERCILIA PEPIN (1886-19..), quien en plena adolescencia, a la edad en que las mujeres viven añoranzas e ilusiones, fue nombrada directora de la Escuela de niñas de Nibaje, (14) pequeña colectividad rural, serena y eglógica. No obstante su juventud, quiso revolucionar la enseñanza, aplicando los entonces olvidados métodos pedagógicos de Hostos, y fue, en tiempo sucesivo, Directora del Colegio de Señoritas (1920) y de la Escuela México, de Santiago de los Caballeros.

Ya era conocida ampliamente en los círculos intelectuales por sus conferencias (*Juan Pablo Duarte y Eugenio María de Hostos*), sus artículos y por la vehemencia con que defendió los métodos pedagógicos más modernos por ella propugnados.

Fue una capacitada escritora y una ardiente patriota a cuya iniciativa se debió el que volviera a celebrarse la histórica fecha del 30 de marzo.

Fue una feminista convencida. Publicó las siguientes obras: *Por la patria y por la escuela, Feminismo, Mi homenaje a las*

madres, Mi homenaje a los héroes y los mártires de la Barranquita y Guayacanes., etc.

Aversa a la tiranía de Trujillo, murió alejada de los menesteres docentes que tanto amó.

LA EDUCACION EN LOS DIAS AMARGOS

Durante la ocupación norteamericana, que se inicia el 29 de noviembre de 1916, la educación no desmedró, si bien experimentó una reorganización lógica, creándose una Junta Directiva de Estudios con sede en la ciudad de Santo Domingo, y Juntas Provinciales. Ya para 1919 se crearon las Sociedades Populares de Educación, de labor prolija y fecunda.

Con el objeto de darle impulso a la Educación se nombra Superintendente General de Enseñanza, al Dr. Julio Ortega Frier. Colaboró con él en la reorganización del plan educacional, adaptando planes conocidos a las necesidades propias de nuestro país, una Comisión de ciudadanos ilustres que formaron el Arz. Alejandro Adolfo Nouel, Pelegrín Castillo, Jacinto R. de Castro, Manuel Ubaldo Gómez, Manuel de Jesús Troncoso de la Concha y Federico Velázquez y Hernández. (15)

Así se creó la *enseñanza obligatoria* para los niños en edad escolar, medida esta que contribuyó al medro de la educación y a disminuir, en parte, el alto índice de analfabetismo que existía. Esta enseñanza primaria de imposición obligatoria, se dividió en: elemental y superior. Una comisión formada por los señores: Pedro Pablo Bonilla, Parmenio Troncoso de la Concha y Matilde García se encargó de la confección de los programas. Se instituyó, entonces, para el segundo ciclo de la enseñanza, la que se llamó Escuela Normal Práctica.

Es necesario afirmar, aunque constituya un elogio amargo, que la Ocupación norteamericana, tan nefanda y desgraciada en otros aspectos, se preocupó especialmente de la educación durante su no deseado mandato.

Consuelo Nivar afirma:

"Durante el período de la Ocupación Militar Norteamericana es aumentado el sueldo a los empleados de

la sección de educación y muy especialmente el de los maestros. En enero de 1919 se aumenta el sueldo de los maestros de las Escuelas urbanas. También se persigue el estudio tendiente a mejorar la situación económica del maestro rural, y en mayo de 1920, se aumenta el sueldo de los maestros y directores de las escuelas rurales, de acuerdo con lo que dispone la Orden Ejecutiva Número 387 de fecha 17 de enero de 1920". (16)

En cambio, se desmedra notablemente la calidad de las instituciones ya creadas, como sucede con el Instituto Salomé Ureña.

"La Enseñanza Secundaria —dice C. Nivar— no conoce la misma suerte de la Enseñanza Primaria Elemental. El Instituto Salomé Ureña, quizá la más prestigiosa institución docente de carácter privado que existe en el país, es despojada del derecho de otorgar títulos de Institutriz Normal o de Maestro Normal. Le ha sido arrebatado del derecho de que gozaba en virtud del Código de Educación Común, como reconocimiento y premio merecido por la benemérita labor que dicha institución había realizado en el curso de varios lustros. No es éste el solo vejamen que sufre el Instituto Salomé Ureña; pronto se ve rebajado a la categoría de escuela graduada, y sometido a los dictados antojadizos de la Dirección de Enseñanza. Este Centro docente que tantos beneficios aportó al país se ve coartado en su libertad de acción". (17)

Al fin amanece el día feliz de la desocupación y se instaura lo que se ha dado en llamar la Tercera República. Ya la educación no peca en un casi abandono. Aunque el caudillismo reaparece, con todas sus secuencias negativas, con la ida de los yanquis, el Gobierno, cuya presidencia estaba en manos del General Horacio Vásquez, se estabiliza más o menos.

Un hábil educador aparecía en el 1920 con el cargo de Inspector Técnico de Instrucción Pública: Alejandro Fuenmayor. Es Superintendente General de Enseñanza el Sr. Arístides García Mella, quien entiende que la organización de la enseñanza rural no debe ser rígida, sino elástica, de acuerdo con las necesidades del medio. Fuenmayor toma esta idea y redacta su célebre plan de organización de la enseñanza primaria. La población estudiantil aumenta de tal manera que se hace indispensable la construcción de 201 locales para escuelas, cifra apreciable entonces.

En el año 1930, con la ascensión al poder del General Rafael Lonidas Trujillo Molina, se inicia una larga tiranía de treinta y un años, en la que se imponen severas restricciones al libre vuelo del pensamiento. Hay progreso educacional, pero frenado, a cada instante, por la suspicacia del régimen.

El primer Superintendente General de Enseñanza de este período lo fue Ramón Emilio Jiménez, uno de los buenos poetas y educadores del país. Pero al año siguiente ocupa ese cargo Max Henríquez Ureña, quien se hunde en el problema socio-económico del país, que no se puede perder de vista si se quiere impulsar la enseñanza. Es obvio que los maestros, en un alto porcentaje, tienen una preparación muy pobre para cumplir su misión, por lo cual el nuevo Superintendente propugna una mejor revalorización del personal docente, su inamovilidad y mejor remuneración. También pide que el nombramiento del maestro de enseñanza superior se haga con criterio selectivo. Especialmente se organiza la Escuela Normal Superior, que da título de Bachiller y de Maestro.

Al final del 1931 llega al país el gran humanista y educacionista Pedro Henríquez Ureña, y de seguida sustituye a su hermano en la Superintendencia General de Enseñanza. Nadie en el país estaba más capacitado para instituir reformas fundamentales en la educación. Sigue las normas de su hermano Max y las mejora. Crea en enero de 1932 una nueva etapa de las prácticas pedagógicas, que funciona en el local de la Escuela Normal Superior, y a cuyo frente pone a la notable pedagoga Consuelo Nivar (quien dirigió las prácticas).

Henríquez Ureña ha creado una Escuela Modelo —y así la llama— con lo cual pretende darle características egregias a la enseñanza. Esa Escuela Modelo se amplía con la creación de la Escuela Primaria Anexa a la Normal— una especie de Liceo Experimental— con cuatro cursos y una constelación de maestros formada por Carmen Adolfinia Henríquez Almánzar, Victoria Eugenia Garrido Ramírez, Josefa Penson Nouel y Atala Cabral Ramírez. (18)

La Escuela anexa se creó el 17 de enero de 1938, siendo Secretario de Estado de Educación el Lic. Víctor Garrido. Funcionaron dos escuelas de esta categoría, una en Santo Domingo y otra en Santiago de los Caballeros.

Empero, Pedro Henríquez Ureña se asfixiaba en este medio de restricciones y su liberalidad chocaba con el muro de acero de la tiranía; y un día se fue del país dejando inconclusa su obra magistral.

ESCUELA DE FILOSOFIA

La Escuela de Filosofía es uno de los tantos pasos positivos que se deben a esa era luctuosa —que de vez en vez encendió candiles— que se llamó de Trujillo. Pero se debió también a iniciativa de Pedro Henríquez Ureña. Este crea lo que se llamó la Facultad Libre de Filosofía y Letras, el 8 de febrero de 1932, que luego se incorpora a la Universidad de Santo Domingo.

“Pedro Henríquez Ureña concibe en Plan de Estudios para la Sección de Filosofía, Letras e Historia. Invita a un grupo de intelectuales a cooperar en tan altos propósitos como miembros del profesorado y distribuye entre ellos las asignaturas de la siguiente manera: a Andrejulio Aybar, el Castellano; al P. Francisco Javier Ruiz, el Latín; a Max Henríquez Ureña, la Literatura de Europa Medieval; a Américo Lugo Romero, la Historia del Arte (cátedra que continuó luego Máximo Coiscou Henríquez); a Viriato Fiallo, la Introducción a la Filosofía; y se reservó para sí la

cátedra de Historia de la Literatura Española, en la Edad Media". (19)

Desgraciadamente, tan noble empeño se desvaneció. Las desavenencias del humanista con el tirano, arrastraron también sus iniciativas. Al año siguiente esta Escuela de Filosofía muere. Aunque Ramón Emilio Jiménez vuelve de nuevo a la Superintendencia no osa levantar lo que ha caído.

No es hasta el 1938 cuando, siendo Rector de la Universidad de Santo Domingo el Dr. Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, se crea la Facultad de Filosofía, de fecunda y encomiable labor, pese el freno a que estaba sometido el pensamiento.

Desde unos meses antes venía funcionando una Escuela Libre de Filosofía, Letras e Historia en el Ateneo Dominicano (20), donde se reunió uno de los grupos más distinguidos de docentes que darse pueda en nuestro país: Pedro Troncoso Sánchez, historiador y filósofo; Fabio Mota, médico humanista; Manuel Amiama, abogado, novelista y periodista de bien asentado prestigio; Carlos Sánchez y Sánchez, jurista, internacionalista y escritor de espíritu polémico; Francisco Prats Ramírez, Aquiles Nimer, Jesús María Troncoso, Oscar Robles Toledano, atildado escritor y eminente teólogo; Virgilio Díaz Ordóñez, tan buen prosista como poeta, y el fecundo historiador Gustavo Adolfo Mejía.

Este grupo egregio fue incorporado a la Facultad de Filosofía, además de los españoles Constancio Bernardo de Quiroz, Laudelino Moreno, Vicente Llorens Castillo y Fernando Saínz.

La Facultad de Filosofía fue un real vivero creador de grandes conciencias (21) y sus ecos se han dilatado, sonoramente, por los ámbitos de la Patria.

CONCLUSION

Muchos educadores podemos mencionar, pero se haría prolija esta enumeración. Algunos, sin embargo, acuden a nuestros recuerdos:

ARISTIDES GARCIA MELLA (1872-1929) fue Director de la Escuela Normal Superior, profesor de la Facultad de Ciencias Exactas y Superintendente General de Enseñanza. Como escritor fue humorista y publicó obras didácticas como *Conocimientos esenciales del idioma castellano* (París, 1926).

FELIX EVARISTO MEJIA (1866-1945), fue uno de los más distinguidos discípulos de Hostos, a quien reemplaza en la dirección de la Escuela Normal en 1890, cuando sólo contaba veinticuatro años de edad.

Otros profesores que recordamos: Pilar Constanzo, Oscar Cucurullo, Osvaldo García de la Concha, Enrique Martí Ripley, José Domínguez, Fernando Silié, Aliro Paulino, etc.

SUCINTA HISTORIA DEL PERIODISMO

La Imprenta apareció tarde en Santo Domingo. Hacía setenta y nueve años que en los Estados Unidos se publicaba *The Boston New*, fundado en 1704, primer periódico que vio la luz en nuestro continente, cuando apareció en Santo Domingo la primera imprenta (1774). Pero no fue hasta el 5 de abril de 1821 cuando se publicó el primer periódico dominicano, en la Ciudad Primada, *El Telégrafo Constitucional*, del cual fue Director Antonio María Pineda, un canario radicado en nuestro país, y donde colaboró activamente el Lic. José Núñez de Cáceres, quién para ese entonces gestaba la liberación de la patria del tutelaje español. De este periódico sólo llegaron a salir diez y siete números, el último del 26 de julio de 1826, en plena ocupación haitiana. Era un *periódico de información*, donde aparecían los decretos del Gobierno, noticias breves, aunque a veces insertaba opiniones de Núñez de Cáceres, las cuales expresaban ideas que anticipaban la independencia efímera en la que ya laboraba. (23)

Por la misma época el Lic. José Núñez de Cáceres dio a la luz un periódico que se llamó *El duende*; era dominical y fue un *periódico de opinión* donde su director (24), fiel a los ideales de libertad que atesoraba, publicó artículos polémicos y editoriales

doctrinarios. Incluso hubo, pese a la amistad personal de sus directores, polémicas entre ambos periódicos.

“El Telégrafo Constitucional y El Duende, que nacieron casi a un tiempo y se editaron en la misma imprenta, tenían el mismo tamaño, no más que un par de folios (aunque algunos números de El Duende no pasaron de un folio). La pequeña imprenta de que disponía el Gobierno —probablemente la misma que regentó Blocquest (25) y que al irse dejaron los franceses— no daba para más, y apenas podía satisfacer el contagioso afán de publicidad que provocó la libertad de imprenta proclamada por la Constitución”. (26)

Proclamada la República, un año después, esto es, en 1845, aparece el primer periódico de la República Dominicana, *El dominicano*, fundado por Pedro Antonio Bobea, junto con los poetas patriotas Manuel María Valencia, Félix María del Monte y el trinitario José María Serra. Era un periódico principalmente dirigido a actividades literarias. El periódico tuvo vida efímera.

La primera Constitución de la República, votada en San Cristóbal el 6 de noviembre de 1844, aunque se promulgó bajo la presión despótica y torva del General Pedro Santana, consagró en su artículo 23, *la libertad de expresión* —que nunca se cumplió—, la cual permitía publicar noticias y artículos sin censura previa y establecía, por mandato de la misma Constitución —6 de mayo de 1846— la libertad de imprenta. Esta ley tenía artificios de interpretación, pues la complementaban varias restricciones, no obstante no establecer *autorización ni censura previa*, y fue analizada ampliamente por el Lic. Manuel de Jesús Camarena Perdomo en su folleto *La libertad de imprenta en la República Dominicana*. Era una ley que autorizaba la suspensión de los periódicos.

En 1875, a iniciativa del presidente Ignacio María González, se dictó una ley que dio potestad al Gobierno para suspender cualquier periódico que ofendiera a una nación

amiga. (27) De esta manera se daba satisfacción a España, atacada especialmente por la prensa puertoplateña, afecta a la independencia de Cuba.

Y llegaron los años de feroz tiranía. El árbitro de los destinos del país era el protervo y feroz Ulises Hereaux, quien, como todo tirano, se dispuso a amordazar la prensa. Para el efecto, en 1899 propició una ley que puso fuertes trabas a la fundación de nuevos periódicos. De esta manera sólo los apegados al régimen podían gozar del privilegio de ejercer el periodismo. La prensa —como luego sucedió en la llamada era de Trujillo— estaba silenciosa y de rodillas.

En el año 1851 se fundó la *Gaceta del Gobierno*, *La Española libre* y *El correo del Cibao*; este último vio la luz en Santiago de los Caballeros. *La Española libre* fue dirigida por Manuel María Gautier (1827-1897), José María González y Nicolás Ureña. Gautier fue un periodista de combate (28), rudo en el ataque y de una frialdad absoluta en el análisis político.

En el año 1853, Nicolás Ureña, ya separado de *La Española libre*, fundó *El progreso*, y al año siguiente (29) *El porvenir*, con la colaboración de Alejandro Angulo Guridi, en calidad de redactor y encargado de las cosas políticas, en tanto que Ureña se ocupaba de las cosas literarias. Ambos trabajaron unidos por mor de una amistad que nació de una violenta polémica (29 bis). En el periódico colaboraban, además, José María González, Manuel María Gautier, Félix María del Monte y Antonio Delfín Madrigal.

Nicolás Ureña, aunque no era escritor polémico, sino tan sólo un poeta un tanto bucólico, y, como periodista, conciliador, aunque de temperamento firme, aun así, combatió a Santana, que ya mostraba la garra de su intención anexionista, y en 1855, éste, que había escalado el poder una vez más, lo expulsó del país. Con su ausencia y la muerte de las libertades, desapareció *El porvenir*.

En el mismo año en que naciera este periódico aparecieron otros dos: *El oasis* y *El orden*. Fueron también periódicos de vida efímera. *El oasis* desapareció dos años después.

También en ese año *El dominicano* tuvo su segunda época, pero ya al año siguiente había desaparecido de nuevo.

En el 1856 dos nuevos periódicos ven la luz pública: *El eco del pueblo* y *La República*. Este último fue fundado por Angulo Guridi, quien poco tiempo después tuvo que abandonarlo, porque fijó su residencia en Santiago de los Caballeros, donde José Desiderio Valverde, líder de una revolución en contra de Buenaventura Báez, había instalado un Gobierno provisional opuesto al de Santo Domingo. El país vióse en la insólita situación de tener dos presidentes: uno en Santiago y otro en Santo Domingo. El Gobierno del Cibao confió a Angulo Guridi la redacción de la *Gaceta Oficial*, en tanto que él fundaba el periódico *La Reforma* donde defendió a Buenaventura Báez, que era la negación de las cosas en las que aquél creía.

También en ese año fundóse en Santiago de los Caballeros el periódico *El Cibaëño*, que dirigió Manuel de Jesús Peña y Reynoso.

Los trabajos de Angulo Guridi en *La Razón* traían siempre el sello de una fogosa personalidad y propugnaban una reorganización política que permitiera al país desencallar el barco de su destino, dolorosamente atrapado en la roca de las pasiones desbordadas. De modo que cuando en 1858, el Congreso Constituyente, reunido en Moca, votó la nueva Constitución, él la combatió, señalando algunos errores fundamentales en su contenido, y luego, de motu proprio, redactó un proyecto de Constitución que publicó en la *Gaceta Oficial*.

Pero los días venían negros para él. Tras Buenaventura Báez vino Pedro Santana. Y al realizar éste la Anexión a España, Angulo Guridi tuvo que abandonar su patria, a la que no regresó hasta 1875. En cuanto al *Eco del pueblo*, apenas duró un año (1856-57). En 1857 también se fundó en Santiago *El Cibaëño*, y en 1859, en la capital, *Flores del Ozama*.

El otro Angulo Guridi, Javier, ardiente patriota que alcanzó el grado de coronel en la guerra restauradora, fundó *El progreso*, en 1861, en Santiago de los Caballeros; *El tiempo*, en 1866, y *El sol*, en 1868.

En 1862 vio la luz pública *La Razón*, cuyo director fue el notable escritor Manuel De Jesús Galván, quien ejerció el periodismo desde su temprana juventud. (30)

Durante la guerra restauradora el órgano de difusión existente se llamaba, simplemente, *Boletín*.

El año de 1865 fue el de *El Patriota* y *La Regeneración*; y el 1868, el de *El Tiempo* y *El sol*, dirigidos, como hemos dicho, por Javier Angulo Guridi. (31)

En el año 1867, el poeta Manuel Rodríguez Objío publicó en Santiago de los Caballeros el periódico *La voz del Cibao*, y en 1870, *El laborante*, el cual duró dos años.

En 1872 tiene Puerto Plata su primer periódico, *El porvenir*, de larga y fecunda vida. También en ese año se publicó *El dominicano* dirigido en Santiago de los Caballeros por Manuel de Jesús Peña y Reynoso, poeta y maestro. El hizo activa vida cultural desde la sociedad "Amantes de la Luz", para la que publicó, en 1874, el periódico *Ecos del Yaque*.

Peña y Reynoso era un polemista agresivo, y a su iniciativa audaz se debió la formación de *La Liga de la Paz*, como reacción contra las turbulencias políticas, y luego presentó ante el Congreso Nacional una serie de acusaciones al Presidente Ignacio María González, quien renunció, no obstante haberlo liberado el Congreso de culpabilidad. Lo indujo a la renuncia un grupo de ciudadanos ilustres, entre ellos: José Joaquín Pérez, Emiliano Tejera, Francisco Xavier Amiama, Mariano Antonio Cestero y otros. Fue cuando Peña y Reynoso lanzó aquella frase, que emulaba a la de Montalvo: "Yo he derribado un gobierno con la pluma".

También del 1874 son los periódicos *El orden* (publicado en Santiago de los Caballeros) donde aparecieron los artículos políticos y patrióticos del ilustre Ulises Francisco Espaíllat, bajo el seudónimo de *María*; y *La Opinión*, órgano de la sociedad *La Juventud*, que dirigió el Maestro Federico Henríquez y Carvajal, muy joven entonces. En este periódico inició el Maestro una larga y gloriosa carrera periodística. También del 1874 fueron los periódicos: *El nacional*, que duró dos años hasta el 1876, *El centinela* y *La paz*.

El año 1875 en Puerto Plata se hacía campaña activa en favor de la independencia de Cuba, lo que concitaba airadas e indignadas protestas de la representación diplomática de España en el país. Esta campaña se hacía desde el periódico *Las dos Antillas*, fundado por un emigrante cubano de nombre Enrique Coronado, quien extendió su campaña a la idea de la independencia de la isla de Puerto Rico, para lo cual econtraba la activa cooperación de un ilustre puertorriqueño, Ramón Emeterio Betances. Con la llegada a aquella ciudad del gran educador americano Eugenio María de Hostos, se acrecentó la campaña. Este, en su calidad de redactor de *Las dos Antillas*, defendió, sin ambages, la causa cubana, por lo cual el Presidente González cerró el diario.

Entonces Hostos fundó *Las tres Antillas*, donde los ataques a España fueron más solapados, y al clausurarlo el Gobierno, fue sustituido por otro periódico que se llamó *Los antillanos*, que duró hasta 1876, cuando el eximio educador abandonó el país.

Otro periódico de aquel año fue *La idea*, dirigido por César Nicolás Penson, el cual tuvo una mantenida actividad cultural, como órgano de la Sociedad *Amigos del adelanto*. Del mismo año son: *El correo del Ozama* y *El orden* (Santiago de los Caballeros). Por aquellos años se publicaron *El observador* (1877), *El país* y *La patria* (1877) de vida efímera, así como *El pueblo* y *El sufragio*. (1878)

En 1879 el ilustre ciudadano Francisco Gregorio Billini fundó el periódico *El eco de la opinión*, que representó, según el Lic. Manuel A. Amiama, "el más notable avance del periodismo". (32) Este periódico, que tuvo una vida activa durante diez años, se convirtió en diario en 1895, pero las penurias económicas lo redujeron de nuevo a un semanario, bajo la eficaz inspiración de su fundador, quien murió en 1899. Para que no sucumbiera el periódico, empuñó su dirección Juan Elías Moscoso, hijo, quien apenas lo pudo sostener un año más. Dada la acrisolada personalidad de Billini, el nombre que tuvo su periódico fue el más acertado.

En el 1883 este paladín del civismo fundó *La primera Sociedad de prensa*, y un año después escaló el solio presidencial

de la República. Pero Billini era un lirio florecido en el pantano de un malezal. Entre las muchas medidas que tomó, la de otorgar la total libertad de prensa y amnistiar a todos los exiliados, lo enfrentó con el desborde de las pasiones. Los hombres que lo llevaron al poder le exigían el frenar la prensa, que lanzaba dardos envenenados contra el propio presidente. “¡Qué puedo hacer —decía Billini con gesto desolado— si la prensa es el cuarto poder!”.

Ya sabemos cómo este hombre puro, escritor y periodista por vocación, tuvo que renunciar la presidencia, acosado por las intrigas, y al retirarse a la santidad de su hogar, tuvo que hacer un préstamo para allegar fondos con qué atender la diaria pitanza de su casa.

Los otros periódicos fundados en 1879 fueron: *El estudio* (1879-81) y *La Actualidad*. En 1881 apareció *El mensajero*, que desapareció en 1890, pero tuvo fugaz reaparición de un año en 1899, y *Auras del Ozama*.

Fue en el año 1882 cuando apareció el primer diario del país, *El telegrama* (33) siendo presidente de la República el Arz. Meriño, su fundador fue César Nicolás Pensón. Este periódico, que salía también los días festivos, alcanzó gran prestigio, gracias a la colaboración de los intelectuales, compañeros de Pensón, de la sociedad *Amigos del país*, entre otros: Pablo Pumarol y Francisco Henríquez y Carvajal, y alguna vez la de Eugenio María de Hostos. Pero, desgraciadamente, fue breve la vida de este periódico, y ya a los cinco meses había desaparecido.

Ese mismo año se publicaron *El maestro* y *El volteriano*. Este último era, en realidad, una hoja suelta de un grupo de jóvenes de la Escuela Normal, y trataba de asuntos culturales. Como su nombre lo indica, el ídolo de sus dirigentes era Voltaire, encarnación para ellos del pensamiento audaz y el alma combativa.

El año 1883 fue el de la Asociación de prensa y se publicaron *La alborada* y *El Repúblico* en Santiago de los Caballeros, *La revista científica, literaria y de conocimientos*

útiles; *El teléfono*, *El diario del Ozama*, *El quisqueyano* y *La República*.

Al desaparecer *El telegrama*, que apenas duró cinco meses, César Nicolás Penson publicó *El diario del Ozama*, otro cotidiano que solamente dejaba de publicarse los lunes y los subsiguientes a un día de fiesta. Penson era un gran periodista; para él, un periódico, más que una tribuna, era una cátedra. Escribió siempre con altura orientadora. Pero a pesar de que sus dos periódicos tuvieron corta vida desilusionante, en 1885 sacó *El eco de la opinión*. Puede decirse que César Nicolás Penson es el intelectual que sienta las bases del periodismo nacional.

Un gran periodista, JOSE JUSTINO CASTILLO (1861-1933) colaboró en la mayoría de los periódicos nacionales y se inició en el periodismo con *El repúblico*. Fue maestro normal y abogado.

El poeta modernista FABIO FIALLO, se inició en el periodismo en el 1894 en una revista literaria, donde hicieron sus primeras aventuras culturales muchos poetas y escritores dominicanos, y que se llamó *El hogar*. Fue un verdadero portavoz del modernismo en Santo Domingo. Ayudó a Fabio Fiallo en estas labores, el escritor y novelista Tulio Manuel Cestero, quien luego fue director de la revista. Fabio Fiallo era un periodista combativo y un político de agresiva oposición.

El periodismo religioso hace su aparición en ese mismo año con el *Boletín eclesiástico*, que duró veinticinco años, en su primera época. Era órgano de la Arquidiócesis de Santo Domingo y se publicó bajo la iniciativa del Arz. Metropolitano, Mons. Fernando Arturo de Meriño, hombre ecuménico de recio perfil patriótico. A la muerte de Meriño, el Boletín dejó de salir hasta su reaparición, esta vez por iniciativa de Mons. Nouel.

En años sucesivos del siglo XIX siguieron saliendo periódicos de vida efímera, pero fuertemente vinculados al movimiento cultural del país.

En 1888 salió *El santiagués*, revista de un año, que como su nombre lo indica vio la luz pública en Santiago de los Caballeros. Fue dirigido por el eminente ciudadano Ulises Franco Bidó, ayudado por sus hermanos, todos buenos

periodistas; y al año siguiente, 1889, se publicó el más importante de los periódicos dominicanos, *El Listín Diario*, todavía activo. Fue fundado por ARTURO J. PELLERANO ALFAU y JULIAN ARTILES. Al principio el periódico no era tal sino una simple hoja informativa del movimiento del puerto, donde se enumeraban en una pequeña lista (o listín) los buques que entraban y salían. Después se fueron publicando noticias de otra índole, se le incorporaron artículos y el periódico se hizo diario. Cambió luego su formato y se convirtió en un periódico moderno tan vinculado a la vida del país, que por mucho tiempo *listín* pasó a ser sinónimo de periódico entre nosotros (34).

Fue un periódico combativo, pero también hizo labor cultural a través de lo que se llamó los *Lunes del Listín*. Esta era una página hebdomadaria que dirigía Enrique Deschamps (1872-1935) y donde colaboraban las principales personalidades del mundo cultural dominicano. Colaboraba asiduamente en los Lunes del Listín, el poeta José Joaquín Pérez. Poco después la página fue dirigida por Bartolomé Olegario Pérez, y más tarde por Luis Emilio Garrido. La página sufrió una interrupción hasta que en 1905 volvió a aparecer orientada por José María Bernard.

El *Listín Diario* fue cantera formadora de buenos periodistas, que todavía están en plena labor fecunda; entre otros podemos mencionar a: Manuel Amiana uno de los verdaderos periodistas dominicanos y editorialista de primera calidad; Rafael Herrera, actual director del periódico y escritor de juicios nobles y ponderados; José Angel Saviñón, director después del periódico *República* y de *El tiempo* de New York, etc.

Contingencias políticas de insólitas intolerancias ahogaron económicamente al *Listín Diario*, que tuvo que cerrar sus puertas en 1942. Después de la muerte de Trujillo volvió a salir, y llena un gran cometido social y cultural en nuestros días.

Las primeras noticias que se publicaron en el país, cuando el *Listín* se convirtió en diario, provenían del Cable Francés. "El Cable Francés permitió al periodismo vernáculo un alto grado

de progreso. Fue el *Boletín Comercial* el primer periódico que ofreció las noticias de los sucesos que ocurrían en el extranjero. La fuente del Cable Francés fue la única hasta 1911. Los adelantos de los diversos tipos de prensa, desde las Marinoni y los linotipos hasta las rotativas, son pasos de avance en el periodismo nacional. Hoy las noticias extranjeras son emitidas por Agencias o Sindicatos por Radiotelegrafía". (35)

En el año 1891 tiene lugar la célebre controversia histórica entre Manuel de Jesús Galván, desde *El eco de la opinión* y José Gabriel García, desde *El teléfono*. Galván era un escritor de claro estilo, casi un purista, pero de ideas muy especiales. Su hispanofilia lo llevó a apoyar la anexión y combatir tenazmente a los restauradores. García era todo lo contrario, y aquella polémica tornóse ácida en extremo.

En ese año vio la luz pública *El día* (1891-02) en Santiago de los Caballeros y *El lápiz* (1891-02) en Santo Domingo. *El día* fue dirigido por Ulises Francisco Bidó; por su parte *El lápiz* fue fundado por uno de los connotados intelectuales de la época, el fogoso orador Manuel Arturo Machado. Esta fue una revista demasiado atrevida en medio de una tiranía como la de Hereaux y en ella colaboraron José Otero Nolasco y Andrés Julio Montolío.

Otro que combatió a Lilís (36) fue el ilustre ciudadano Federico Henríquez y Carvajal, a quien se identifica tan sólo como El Maestro, y que fundó en 1892 la revista quincenal *Letras y ciencias*, junto con su hermano, el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, padre de los hermanos Pedro y Max Henríquez Ureña. Esta revista estuvo saliendo hasta la muerte del tirano cuando don Federico volvió a publicar *El mensajero*, que había sido clausurado por el gobierno tras apresar a su director, a causa de un comentario acerbo que no fue del gusto del déspota. Los otros periódicos de ese año fueron: *La prensa* (1892-97) de Santiago de los Caballeros y *El cable*, de San Pedro de Macorís. *La prensa* fue dirigida por el historiador Pedro María Archambault, durante cinco años (1892-97) y *El cable*, uno de los periódicos mejor redactados, aunque sólo subsistió hasta 1898, fue fundado y dirigido por Luis Arturo Bermúdez.

En 1894, la juventud maniatada por el régimen férreo de Ulises Hereaux, buscaba ventanales por donde desfogar su odio y su impotencia. Las revistas literarias servían muy bien para este fin. Luis Atístides Fiallo Cabral y Eduardo Matos Franco sacaron un periódico al que llamaron *El Volteriano*, nombre que le dieron recordando una hoja que años antes se publicaba en la Escuela Normal Superior. Con el mismo fin y con el mismo formato se publicó en Puerto Plata la revista *El estudio*, que dirigían los jóvenes profesores Ramón Álvarez Blanco y José María Rodríguez Arrezón, y que fue órgano de difusión donde la intelectualidad puertoplateña desfogó sus vehemencias inquietantes. En esa publicación, un intelectual de la generación anterior, FIDELIO DESPRADEL (1865-1925) escribió un ensayo sobre Rubén Darío, con ocasión de publicarse la falsa noticia de su muerte. Hay que hacer notar que el ensayo de Despradel tiene la importancia de que cuando se publicó, el modernismo no había penetrado en Santo Domingo. El poema *Mi vaso verde*, de Altagracia Saviñón, se publicó en 1900 y la *Virgínea*, de Valentín Giró, en 1902.

También en San Pedro de Macorís, Luis Arturo Bermúdez, contando con la colaboración de Rafael Deligne, dio a la luz la revista literaria *Prosas y versos* (1894-1894). En 1896 salió otra revista, *Ciencias, artes y letras* (1896-1897) dirigida por Rafael Justino Castillo, que pretendió ser enciclopédica y donde escribieron asiduamente Luis A. Weber y Andrés Julio Montolío.

Nuevas publicaciones aparecen en 1898, esta vez la *Revista ilustrada* (1898-1900) dirigida por Miguel Angel Garrido, quien, perseguido por Hereaux, por su fogosa oposición al régimen, y obligado a forzoso silencio, buscó refugio en la literatura. Esta fue una magnífica publicación de alta categoría, solamente comparable a las grandes revistas literarias, de que ya hemos hablado, publicadas a partir de la década del 40. Garrido es uno de los grandes escritores dominicanos, combativo y de estilo florido y luminoso.

También en ese año se publicó en La Vega, *El ideal* (1898-1906).

El periodismo dominicano se había agazapado ante las trabas puestas a la libre expresión.

En el año 1899, en que se funda *La bandera libre* (1899-1905, 1915-6), *Lilís* votó, sin ningún empacho, una Ley de mano dura en contra de la expresión del pensamiento, según la cual, para fundar un periódico se necesitaban tales requisitos, que solamente las personas muy adictas al régimen podían hacerlo. Gajes de la Dictadura.

EL PERIODISMO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Al iniciarse el siglo, la prensa estaba amordazada. Pero en 1905, siendo presidente de la República Carlos Morales Languasco, se derogó la Ley mordaza de Lilís. Fue esta una decisión heroica por cuanto el periodismo conoció privilegios de que no había gozado antes.

En 1908 se llevó directamente a la Constitución un artículo que consagraba taxativamente, la libertad de prensa. Entonces la prensa se hizo lenguaraz, y, por momentos, hasta soez, por lo cual en 1928, y siendo presidente el general Horacio Vásquez, a quien se le habían endilgado toda clase de improperios, se llevó al Congreso un proyecto reaccionario de Ley. La prensa liberal levantó entonces un clamor de protestas y la ley se engavetó.

Empero, duró muy poco la euforia de libertades. En 1930 se inició el régimen del general Rafael Leonidas Trujillo Molina, el más férreo y despótico conocido, y durante tres décadas los periódicos fueron serviles portavoces de falacias destinadas a exaltar el régimen.

Actualmente la libertad de palabras y de pensamiento está consagrada en el Art. 6 de nuestra Constitución. (37) El Congreso, y en su defecto el presidente, podrá suspender este derecho cuando esta libertad sea ocasión de alteración de la paz.

La prensa dominicana goza de privilegios especiales que es necesario destacar. Por ejemplo, las imprentas que se destinan a

la impresión de periódicos, no pagan patentes, ni los periódicos pagan impuestos por la importación de papel y tinta; su tarifa telefónica es privilegiada, y goza de franquicia postal. Pero la Ley, como democrática, impone sanciones también, cuando se cometen los llamados "delitos de prensa": "pena correccional para los periodistas que propicien e inciten al crimen; a los sacerdotes que por medio de pastorales censuren los poderes públicos; pena contra los que provoquen la rebelión; fuerte pena para los que por la prensa ultrajen a la autoridad o a otra persona; pena para los que divulguen por la prensa secretos ajenos". (38)

De modo que la prensa goza de amplia libertad, pero con las limitaciones que la Ley impone. (39)

En el año 1900 fue fundado el periódico *Nuevas páginas* y en el 1901, el periódico *Páginas*, y la revista *El álbum*, en Santiago de los Caballeros, dirigida por Amado Franco Bidó, perteneciente a esa familia de periodistas santiaguenses que tanto se distinguió en estos menesteres; revista que tuvo una vida de siete años (hasta 1907). La *Revista literaria*, fundada por Enrique Deschamps, aunque tuvo un solo año de vida, dio valiosos frutos; también se publicaron en ese año *El normalismo* (1901-2) y *La época*, de Santiago (1901-2). En 1902, *El diario* de Santiago de los Caballeros, tuvo formato moderno, aunque de escasas páginas, lo mismo que *El iris*, de la misma ciudad (1902-3).

En 1903 salieron *La época* (1903-5) y la revista *Cuna de América*, dirigida por Miguel Angel Garrido, en plena revolución contra el Gobierno de Horacio Vásquez, circunstancia por la cual había serias censuras para la prensa, las cuales fueron violadas por Garrido cuando, aplastada la revolución, murió su jefe, Sebastián Emilio Valverde, y uno de sus partidarios, Manuel Omendi, fue ejecutado sumariamente. Con ese motivo, Garrido se atrevió a insertar en su periódico una nota cronológica, conmovedora y en estilo noble, que no concitó persecuciones contra él.

En 1904 se publicó, por primera vez, el *Boletín de Educación Pública* y se votó una ley por medio de la cual

quedaban libre del franqueo interior todas las revistas de interés general que se publicaran en la República. (40)

En 1905 se publicaron los periódicos *El dique*, *La campaña* y *El pensamiento*, de Santiago de los Caballeros. En 1907 se publicó el periódico *Mefistófeles* (1907-12), dirigido por Luis Eduardo Betances, periódico humorístico que siguió la misma línea de *El cójanlo* (1904) de Francisco Sanabia, que trajo como gracia principal secciones de duras críticas a personas distinguidas y chismes libelosos en contra de las familias de la ciudad. (41) Ulteriormente, el periódico pasó a las manos de Oscar Delanoy, periodista combativo que había sufrido persecuciones políticas; la acritud de su periódico cuadraba muy mal a la tiranía de Trujillo y un día sus áulicos llevaron a Delanoy a las afueras de la ciudad dándole una golpiza a garrotazos de la que por poco no murió. Delanoy, valientemente, se mantuvo al margen del régimen, cosa que era considerada pecado en aquella dura opresión. Después Francisco Sanabia publicó un diario que llamó *Nuevo Diario*, matutino como el *Listín*.

En 1908 se publicó *El dominicano*, que dirigió José Ramón López y la revista geográfica *Blanco y negro* (1908-13) que volvió a publicarse después de haberse clausurado en 1925, durando entonces poco menos que un año.

En el 1909 se imprimieron *Osiris* (1909-11) *Cupido*, en Santiago de los Caballeros y *El tiempo* (1900-21).

En 1910 fue un año pródigo en publicaciones; en libros de poesías, ensayos y narraciones, en periódicos y revistas. Entre los periódicos vieron la luz pública: *El Ateneo*, órgano del Ateneo Dominicano, primer centro cultural de Santo Domingo, en aquella época, y fecundo crisol de intelectuales; revista que dirigió el Maestro Federico Henríquez y Carvajal; *La voz del pueblo* (1910-12) que veía la luz en Monte Cristi; *Patria* (1910-11), en La Vega, fundado por Federico García Godoy, donde dio cabida a sus artículos valientes y doctrinales; la *Revista escolar* (1910-12) y en Santiago de los Caballeros, *Minerva*, órgano de la Asociación de alumnos y antiguos alumnos de la Escuela Normal.

En 1911 salió la revista *La Cuna de América*, en su tercera época; en Santiago de los Caballeros, las revistas *Amantes de la cultura* y *Pluma y espada*, dirigida también por José Ramón López y que volvió a publicarse de 1921 a 1922; en La Vega se publicó *El progreso* (1910-12); en Santiago, *Amantes de la Luz*, órgano de esta prestigiosa y centenaria sociedad; *El estudio* (1911-13) dirigido por el orador y eminente hombre público Luis Conrado del Castillo y *El nacional*, que dirigió de nuevo José Ramón López.

En 1912 se publicó la *Revista de Educación*, que tuvo tres épocas (1912-16, 1919-21 y de 1929 en adelante) y en 1913, en Valverde (Mao) salieron *La pluma* y *Universal*; en 1914 *El progreso* (1914-15) y la revista *Quisqueya*. En 1915, además de *Ideal*, revista de La Vega, y *Renacimiento*, de Santo Domingo (1915-20) aparece uno de los grandes diarios que empezará a compartir el diarismo con el *Listín Diario: La Información*, de Santiago de los Caballeros, que dirigió un hombre de recia personalidad dentro del periodismo: Rafael Vidal. Este diario sigue publicándose aún, rindiendo una labor de primera línea, ahora bajo la dirección de Luis Franco.

En 1916 se publicaron *El heraldo dominicano*, *Ecos del valle*, muy ligado a la vida social de Baní; *Alpha*, en San Francisco de Macorís y *Mundo antillano*, en Santiago de los Caballeros. En 1917 las revistas *Letras* y *Primada de América*, y el periódico *Mercurio*. En 1918, *La semana* (1918-19) en Santiago de los Caballeros.

1919 es el año de las revistas: *Arpas*, *Cosmopolita* y *Pensativa*, de San Pedro de Macorís esta última. *Cosmopolita* fue fundada y dirigida por Bienvenido Gimbernard (1890-1970), de quien dice Max Henríquez Ureña: "periodista incisivo, de agudo ingenio y honrada sinceridad. Es, además, caricaturista intencionado" (41). Gimbernard se distinguió como un caricaturista que tendía poco a lo grotesco. Su revista se imprimía con gran pulcritud, cuidándose, sobre todo, de la limpidez de los grabados. Durante mucho tiempo estuvo saliendo esporádicamente y sólo dejó de ver la luz pública con la muerte de su fundador.

En 1920, Tamboril tuvo un periódico, *Omega* (1920-21) y en la capital, *L...* (1920-21) así titulado: una letra y puntos suspensivos.

En 1921 salieron los periódicos *Patria* y *Pluma y espada*, en su segunda época. En San Juan de la Maguana, E. O. Garrido Puello publicó *El Cable*, que vio la luz pública el 5 de febrero de 1921, y fue un periódico combativo, de maravilloso historial, que luchó en contra de la ocupación norteamericana. Dirigido por un admirable ciudadano, *El cable* rindió una labor realmente encomiable. Antes existieron, en aquella población, *Ecos de Santomé* y *El correo del Sur*, que fue realmente el primero con otro nombre, lo que obedeció al deseo de "liberar al periódico de limitaciones locales, dándole amplitud regional", según Garrido Puello, quien agregó que "el Sr. Eduardo Romero Matos dirigió ambos periódicos".

El año 1922 fue otro de gran actividad cultural en el país. (43) En ese año se publicaron las revistas *Claridad* (1922-23), *Sangre Nueva* (1922-23), en La Vega; *La opinión* y el periódico *El siglo*. (1922-27).

La Opinión fue una revista gráfica, social e informativa, que dirigió el inteligente periodista Abelardo René Nanita. Esta revista tuvo vida efímera como tal, pero en 1927 se convirtió en periódico y pasó a ser propiedad de un francés nacionalizado dominicano, René Lepervanche. Se convirtió en un diario vespertino de formato moderno, que compartía con el *Listín Diario* la labor informativa de primera línea. A su sombra se formaron muchos buenos periodistas, entre otros Francisco Prats Ramírez, verdadero panfletista de recia personalidad, a quien se deben los formidables folletos *Bajo la fuerza yanqui* y *Por mi patria*; Ramón Marrero Aristy, José Angel Saviñón y otros. Durante el régimen de Trujillo, *La opinión* adoptó una línea más o menos discreta bajo la dirección de Ramón Stella; pero cuando se permitió alguna crítica al régimen firmó su sentencia de muerte. Fue ahogado económicamente y desapareció en la década del 40.

En 1923 aparecieron la revista *Panfília* y el periódico *Anarkos*, de Santiago de los Caballeros. En 1925 el mensual *X*

(equis); en 1926 la revista *Cromos* (1926-28) y el periódico *La Voz*. En 1928 *El mundo* y en 1929, *El Ateneo sanjuanero*, vocero cultural de la ciudad de San Juan de la Maguana y *El día estético*, pequeña revista de Domingo Moreno Jimenes, y que fue vocero del *postumismo*. Moreno publicó su revista en varias poblaciones (44) y su aparición era muy esporádica.

En el 1930 se publicó la revista *Bahoruco* (1930-36), un verdadero bastión de cultura y dignidad, dirigida por un exiliado venezolano que formó familia en nuestro país, Horacio Blanco Fombona. *Bahoruco* fue la revista que le dio cabida en sus páginas a los jóvenes poetas vanguardistas con gran escándalo de los tradicionalistas sempiternos. Otro periódico literario de primera calidad en lo selecto de su material fue *Analectas* (1933-35), que dirigió Enrique Apolinar Henríquez, gran batallador y escritor de dilatada elegancia. En el 1933 se publicó la revista *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, que dirigió, hasta edad nonagenaria, don Federico Henríquez y Carvajal.

En 1934 apareció la revista *Alma dominicana* (1934-35), *Hélices* (1934-35) en Santiago; y en 1936, *Renovación*, en La Vega; *Recta*, en San Pedro de Macorís y *República*, valiente periódico de defensa a la causa republicana, durante la guerra civil española, dirigido por José Angel Saviñón, cuyos editoriales desafiaban la tiranía imperante en el país.

En 1937 apareció *La cueva*, órgano de la agrupación que orientaba Enrique Henríquez y donde se destacaron intelectuales de la calidad de Rafael Américo Henríquez, Juan Bosch, José Angel Saviñón, José Rijo, Luis Heriberto Valdez, Pedro René Contín Aybar, y otros. También se publicaron en ese año: *Antillas*, *Anales de la Universidad de Santo Domingo* y la revista *El Caribe*.

En 1939 se publicaron: en Santiago, el periódico así llamado — *Santiago*— y en 1940, con formato nuevo e impreso en rotativa ultramoderna, el diario *La nación*, vocero del régimen imperante, que dirigieron sucesivamente: Rafael Sánchez Lustrino, Rafael Vidal, Francisco Prats Ramírez y Manuel Amiama. El último en usufructuar su propiedad fue

Ramón Marrero Aristy. A la muerte de Trujillo el diario desapareció y en sus talleres se editó el periódico *El tiempo*, desde el 4 de septiembre de 1967. (45)

En 1941 se publicó la revista *Ozama*, dirigida por el exiliado hispano Baltasar Miró; en 1942, *Atalaya* (1942-43) y en 1943, *La Poesía Sorprendida* y *Cuadernos dominicanos de cultura*, revistas de las que nos hemos ocupado ampliamente, ponderando el gran papel que representaron en el movimiento cultural del país.

Otros periódicos que queremos destacar antes de poner fin a este capítulo son: *El caribe*, fundado el 14 de abril de 1948; *La tribuna*, diario meridiano dirigido por César Tirado; *El índice*, periódico eventual de información y pequeño formato; *Ultima hora*, dependiente del *Listín Diario*; *Humor y Comercio*, periódico cultural petromacorisano, que fundó y dirigió Homero Curiel; la revista *Renovación*, del valiente periodista luchador Julio César Martínez; la revista *Ahora*, de Rafael Molina Morillo, fundado el 15 de enero de 1961, y de la que depende la revista *Eva*, de asuntos femeninos; El periódico *Nacional de Ahora*, dirigido por el poeta y periodista Freddy Gatón Arce y la interesante revista *Babeque*, de Ramón Marrero Aristy, de la cual se publicaron tres números. (46)

NOTAS DEL CAPITULO XXXII

(1) Consuelo Nivar. "Sistema educativo en la República Dominicana" Ed. El Taller. Santo Domingo. 1975.

(2) Ya hablamos de las dos universidades en los capítulos dedicados a la cultura colonial.

(3) Federico Henríquez y Carvajal. "Páginas liminares" en el libro de Emiliano Tejera "Los restos de Cristóbal Colón en Santo Domingo"

(4) Esta Academia tuvo vida efímera, pues en el 1872 ya no existía.

(5) C. Nivar. Ob. cit.

(6) Ya hablamos del papel representado por el Padre Billini en esta campaña.

(7) Hostos decidió pasar a Chile llamado por el Gobierno de aquel país para organizar la educación.

(8) C. Nivar. Ob. cit.

(9) Silveria R. de Rodríguez Demorizi. "Salomé Ureña de Henríquez". Cuad. Dom. de Cult. No. 4 Dic. 1943.

(10) Max Henríquez Ureña. "Panorama histórico de la literatura dominicana". Rfo de Janeiro. 1945.

(11) Se graduó el 17 de abril de 1887.

(12) Luisa Ozema Pellerano, Ana Josefa Puello, Leonor Feltz, Altagracia Henríquez y Catalina Pou.

(13) En el año 1950 Mercedes Laura Aguiar fue elegida por el Consejo Nacional de Mujeres, "Mujer de América".

(14) En el año 1901.

(15) Revista de Educación. Santo Domingo. No. 13. 1941.

(16) Ob. cit.

(17) Ob. cit.

(18) C. Nivar. Ob. cit.

(19) C. Nivar. Ob. cit.

(20) Allí se ofrecen las siguientes materias: Historia de la Filosofía, hasta Sócrates; Sicología, Literatura, Historia General de la Literatura Universal, Lengua y Literatura griega, Historia de las religiones, Historia del Arte e Historia de los pueblos antiguos.

(21) He aquí la primera promoción de Licenciados en Filosofía, graduada el 28 de octubre de 1943: Efrida Varonesa Ricart Llubes, Fernando Escobar Hurtado de Mendoza, Consuelo Olivier de Germán Ariza, Julia Amelia Fiallo Bonetti, Carmen Mireya Báez y Báez, Dolores Aminta Díaz y Díaz, Lus del Alba Saldaña Sepúlveda, Fabiola Caminero Guerrero, Juan Francisco Sánchez y Sánchez, Pablo María Yusti González, Miguel Antonio Guerrero Peynado, Altagracia Consuelo Muñoz de Molinuevo, José Rafael Rodríguez Peguero, Francisco Herrera Mejía, Dolores Patiño Ureña, Jaime Antonio Guerrero Avila, Isidro de Miguel Pérez, Rafael David Henríquez Méndez y Consuelo Nivar Ramírez.

(22) En el momento en que escribimos estas notas existen cinco universidades en el país, varias extensiones de las existentes e instituciones con categoría de universidad. Tres de esas universidades están en la ciudad de Santo Domingo: la estatal o Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) y el Instituto Tecnológico (INTEC); una en Santiago de los Caballeros: la Universidad Católica Madre y Maestra (UCAMAIMA) y la Universidad Central del Este (UCE).

(23) "Hay dos clases de periódicos: el periódico de opinión y el periódico de información, que es el típico de nuestros días, donde se combinan con frecuencia los dos tipos. Hay también el tipo de periódico personalista, controlado por una persona o familia para representar sus ideales y plataforma, y, por último, el tipo de periódico de empresa anónima o sociedad por acciones". (Manuel A. Amiama. "Resumen del cursillo de periodismo dictado en la Universidad de Santo Domingo", Agosto, 1941. Tomado por la Dra. Gladys de los Santos y corregido por el autor).

(24) Véase supra. (Nota 23)

(25) Se refiere al francés André Josef Blocquerst, a quien el Gobierno francés le dio en 1799 el usufructo de la imprenta.

(26) Max Henríquez Ureña. Ob. cit.

(27) Esta medida obedeció a las quejas que el Cónsul español presentó al Gobierno dominicano contra el periódico "Dos Antillas", dirigido por el refugiado

cubano Enrique Coronado y que defendía la libertad de Cuba y Puerto Rico, haciendo alusiones duras y adversas a España.

(28) Fue también un político activísimo que en 1887 llegó a ser Vicepresidente de la República.

(29) En la cronología periodística estamos siguiendo muy de cerca la "Tabla cronológica de un siglo de cultura dominicana" preparada por Pedro René Contín y Aybar, con motivo del Centenario de la República. Cuad. Dom. de Cult. No. 7. Marzo 1944.

(29 bis) "La amistad entre ambos se había forjado al calor de una agria polémica que sostuvieron dos años antes con motivo de una crítica zumbona publicada por Ureña en "La Española Libre", sobre la poesía de Angulo Guridi: "Una noche de luna en alta mar". Ureña censuró, entre otras cosas, el empleo de la palabra "pechuga". "Que juzga a la de un ave/ con la pechuga en el mar", había escrito Angulo Guridi, quien replicó a Ureña en forma un tanto destemplada. Contrarreplicó Ureña, a su vez, con el artículo "Reinar después de morir", en "El Eco del Ozama", por haber desaparecido "La Española libre". La dúplica de Angulo Guridi no se hizo esperar y la polémica terminó en "El último pechugazo", en que Ureña brindó un ramo de olivo a Angulo Guridi diciéndole: "echemos a un lado rivalidades que a nada conducen... estoy pronto a aceptar su amistad y a colocar mi mano entre las suyas", Max Henríquez Ureña.

(30) Había fundado en 1850 el periódico "El oasis", órgano de la sociedad santiaguense Amantes de la Luz.

(31) "El Sol" fue el órgano de la Sociedad El Paraíso.

(32) Ob. cit.

(33) "El Telegrama" llevaba este nombre porque publicaba las noticias en forma condensada.

(34) Aunque el periódico se llamaba Listín Diario, habitualmente se le llamaba tan sólo Listín. Cuando alguien decía: "Dame el listín", se refería a este periódico o a cualesquier otros.

(35) Manuel A. Amiama. Ob. cit.

(36) Recuérdese que Lilífs era el apodo con que habitualmente se citaba a Ulises Hereaux.

(37) Cuando gobernaba el presidente Francisco Gregorio Billini se dictó una ley que subvencionaba a los periódicos para impulsar el florecimiento de la prensa y entonces aparecieron, en la capital solamente, catorce periódicos.

(38) M/ Amiama. Ob. cit.

(39) En el año 1914, durante la presidencia del Dr. Ramón Báez, se dictó un decreto que escribió de puño y letra el Lic. Jacinto Bienvenido Peynado, el cual decía que no hay crimen ni delito cuando el periódico publique una difamación sobre funcionarios públicos, siempre que pueda probarlo ante la justicia. Los periodistas gozan del privilegio de que no se les puede dictar autos de prisión preventiva. Entran en prisión después de sentenciados.

(40) Ley de "franquicia postal" que se ha hecho extensiva a entidades científicas y culturales.

(41) La misma línea siguieron después un periodicucho llamado "Pica-Pica" dirigido por un haitiano residente en el país que se hacía llamar Juan del Pueblo y "La Ponzona", de Porfirio Golivart. También Juan del Pueblo dirigió "La Bruja".

(42) Max Henríquez Ureña. Ob. cit.

(43) Fue el año de los Juegos Florales Hispano-Dominicanos, cuyos resultados se publicaron en un hermoso Album.

(44) Hasta salieron números en San Juan de Puerto Rico.

(45) Este periódico desapareció también. Lo dirigía Tomás Reyes Cerda.

(46) Después de escritas estas notas han salido nuevas y muy serias publicaciones, como la revista "Aula" de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, la UCMM de la Madre y Maestra de Santiago y el periódico La noticia.

CAPITULO XXXIII

LA FILOSOFIA Y LAS CIENCIAS DOMINICANAS

LOS FILOSOFOS DOMINICANOS Y ARMANDO CORDERO



El historiador de la filosofía en Santo Domingo, lo es ARMANDO CORDERO (1), acucioso, trabajador y muy dedicado a los menesteres de la cultura. Su libro *Estudio para la historia de la filosofía en Santo Domingo*, nos servirá de pauta para la primera parte de este capítulo.

Las personalidades más destacadas en el movimiento filosófico son: Andrés Avelino, (2) el más caracterizado de todos; Pedro Troncoso Sánchez, Fabio Mota, Juan Francisco Sánchez y Salvador Iglesias. Queda rezagado Miguel A. Piantini, harto conocedor de los movimientos filosóficos vigentes, porque desgraciadamente, no llegó a escribir ningún ensayo exhaustivo sobre filosofía.

El verdadero movimiento filosófico en Santo Domingo, se inicia en el año 1940, cuando Andrés Avelino (1899-1970) publicó su *Metafísica categorial*, en la que crea una nueva concepción filosófica: la categorial del valor. Esa concepción va a desembocar en *Prolegómenos a la única metafísica posible* (1941), *Esencia y existencia del sér y de la nada* (1942), *El problema de la fundamentación del cambio y la identidad* (1944), *Une lettre a Maritain* (1944), *Filosofía del conocimiento* y *El problema antinómico de la fundamentación de una lógica pura*.

Avelino critica el existencialismo al uso, estragado por haber dado la espalda a la actitud metafísica teológica del padre de esta doctrina, Kierkegaard, y afirma después que hasta ahora ninguna filosofía ha logrado situarse en el realismo absoluto, pues considera las existentes a la vez realistas e idealistas. Estas metafísicas pretenden hallar *el sér en sí mismo*, partiendo de un *modo de ser*; pero el *sér*, no puede encontrarse mediante una búsqueda, sino por la gracia de la revelación.

Sólo Dios puede ser el *sér* que se ve emerger desde la cumbre religiosa. A este respecto afirma Armando Cordero:

“Andrés Avelino realiza también una verdadera epopeya de trabajo intelectual al combatir el sistema kantiano y la concepción relativista de lo suprasensible en que incurren Bergson y Hedeigger. Los sistemas de categorías enunciados por Aristóteles, Kant, Hertmann, Windelban y Whitehead, los considera mal fundados, puesto que para él se manifiesta lo categorial a través de lo eidético y de lo síquico. Juzga a Husserl como un positivista utópico, y asegura que la ciencia, la ontología y la fenomenología o ciencia de la esencia, obtiene su validez fundamentándose en la metafísica”. (3)

Así Avelino se sitúa en una quinta esfera (agregándole una más a las ontologías contemporáneas) para organizar categóricamente los objetos. Y entre los objetos sitúa la realidad divina.

Esas cinco esferas son: 1o. la de los objetos reales sensibles; 2o. la de los objetos trascendentes; 3o. la de los objetos imanes (síquicos); 4o. la de los objetos reales ideales (también trascendentes) y 5o. la de los objetos valentes. (4)

La *Metafísica categorial* de Avelino no es una obra clara; es densa y profunda, de difícil lectura, por lo que es sólo accesible a minorías muy apretadas. La prosa es bella, porque Avelino, como buen filósofo, es poeta. Pero por la misma razón de la seriedad con que está escrita, está recargada de términos del acervo filosófico. No puede ser leída sin detenerse reitera-

damente a meditar sobre sus conceptos. Es una nueva metafísica de los valores a la que el filósofo ha dedicado largas horas de su vida.

El filósofo rechaza valiente y decididamente las teorías de filósofos alemanes que se han dedicado al problema de los valores. Particularmente discute a Kant. El valor, según él, está determinado por "un impulso de sentido o un *a priori* a toda realidad".

Por último, es justo afirmar que Andrés Avelino es la más vigorosa personalidad filosófica nacida en la República Dominicana.

Otro dominicano preocupado por las cuestiones filosóficas es PEDRO TRONCOSO SANCHEZ (1904) quien dedica enjundiosos estudios a la filosofía de la cultura. Se ha ocupado también de la labor pedagógica y filosófica de Eugenio María de Hostos. (5)

Pedro Henríquez Ureña, al presentarlo en el Paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, dijo, entre otras cosas:

"Une Pedro Troncoso Sánchez a sus méritos de hombre público, demostrados ante todo en su obra de progreso como intendente de la capital del país, sus talentos como hombre de leyes, formado a la sombra de su ilustre padre, el ex-presidente de la República, Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, y junto a su brillante hermano (6) Jesús María, hoy embajador en Washington, y su vocación filosófica. Ha sido hasta el momento de partir para Buenos Aires, profesor decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Santo Domingo, donde su ejemplar consagración ha dado excelentes frutos. De esta vocación suya es excelente muestra el libro Bosquejos filosóficos publicado en 1943; ensayos escritos en prosa pulcra, de buena cepa castellana; de cepa castellana es también su preocupación esencial, el problema de los valores. Su orientación espontánea es idealista, y así se manifiesta en el interesante ensayo que intitula

Introducción al más pulcro idealismo... Pero no se detiene en la teoría; su doctrina es 'una virtualidad que tiende a la acción (según frase de Varona), en pro a la acción moral'. Su íntimo sentir —dijo además el maestro— le dicta la aspiración al predominio del espíritu en la vida de la humanidad y su esperanza en la armonía, en 'la inmensa, múltiple y callada obra de amor que se realiza constantemente en toda la Tierra', oponiéndose a la obra de odio, su esperanza en la conquista —o la reconquista, dice él, con sentido alegórico que le es grato— del estado de perfección". (7)

Troncoso defiende la posición de los filósofos metafísicos frente a la de los positivistas que se solidarizan con los hechos que se pueden probar científicamente.

La ciencia no puede desplazar la Metafísica. Y en la metafísica de Troncoso se pueden distinguir siete posiciones fundamentales que Cordero señala así:

1o. La *metafísica del realismo natural* o ingenuo (o *realismo natural*), en el que el hombre, en la búsqueda de la verdad, no plantea problemas porque lo verdadero es lo que se percibe. Es, en cierto modo, una posición cómoda de ver las cosas, una ingenuidad filosófica muy del gusto de los filósofos antiguos.

2o. La *Metafísica del realismo crítico* que lucubra ya aceptando que el sujeto altera el objeto y se aleja mucho del realismo natural.

3o. La *metafísica del realismo subjetivo*, que es el *idealismo metafísico*, el cual afirma que las cosas son el producto de nuestra propia conciencia. Las verdades no son absolutas, sino según el sujeto.

4o. La *metafísica del realismo gnoseológico*, que se amalgama con el realismo metafísico, donde hay una separación de la conciencia individual y los objetos externos.

5o. La del *realismo gnoseológico* que se confunde con el idealismo metafísico o pluralismo, que hace posible la

coexistencia de un mundo y un sujeto individual admitiendo que existe el *yo* supraindividual.

6o. El idealismo *gnoseológico* junto con el *idealismo metafísico* que afirma que la conciencia individual está contenida en la conciencia universal, y los objetos en ambas conciencias.

Pedro Troncoso Sánchez es un fino ensayista y acucioso investigador de la Historia. Su obra filosófica, *Bosquejos filosóficos*, incluye los siguientes temas: *Bosquejos para un ensayo de concepción de la historia*, *Análisis filosófico-histórico de la invasión haitiana*, *El americanismo de Sarmiento*, *Introducción al más puro idealismo*, *Meditaciones de Hans Castorp*, *El Universo en el hombre*, *Glosas al Evangelio de San Juan* y *La vida al revés*.

Otro consagrado a la filosofía fue JUAN FRANCISCO SANCHEZ (1902-197...), a quien preocupó la filosofía existencial, la filosofía del arte y la filosofía como esencia de la historicidad. De ahí los títulos de los ensayos: *Estructuración y esencia de la historia* (1947), *Libertad o determinación?* (1947), *Las enseñanzas de Krisnamurti*, (1948) *Sí y no al existencialismo sartreano*, (1950) *Un mundo en crisis*, (1951), *La "verdad" en el arte* (1955) *Filosofía española en el siglo XIV* (1955) *Filosofía, psicología y realidad humana* (1955) y *De la métrica de Rubén Darío* (1955).

Sánchez es de los pocos intelectuales iberoamericanos que se preocupan "filosóficamente" del existencialismo, encontrando en él una fuerza transformadora semejante a la que animó la filosofía griega, cuando tuvo que subordinarse desde la cultura antropocéntrica a la cosmocéntrica. Hace una crítica a la filosofía existencial en la cual muestra simpatía por Heidegger, rechazando el epifenomenismo de Sartre.

FABIO MOTA (1891-1975), médico, filósofo y lingüista (8). Es un ecléctico. Puede considerarse pionero del movimiento filosófico dominicano. Su formación ha sido, esencialmente, humanística, con gran fervor por las cosas griegas. Gran admirador de Hostos, a él se debe uno de los mejores ensayos

que hemos leído acerca del gran sociólogo y educador puertorriqueño.

SALVADOR IGLESIAS B. (1917) es un neoescolástico con influencias tomistas. Realizó estudios de psicología en las universidades de Michigan, Columbia y en Roma, y al optar al título de Doctor en Filosofía, en la Universidad Gregoriana, discutió una tesis intitulada: *La experiencia en Suárez* (24 de abril de 1942).

La más alta figura del pensamiento dominicano es PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (1884-1946) a quien algunos consideran el primer humanista de América. Dejó en sus publicaciones indudables pruebas de su gran talento y su sapiencia extraordinaria. Anderson Imbert, su discípulo, define así su personalidad:

“Comenzó como crítico —Ensayos críticos, 1905; Horas de estudio, 1910— y ese es el sello más visible de su obra, tan medulosa en la investigación filológica, en la historia literaria, en la disquisición y en la síntesis de cuestiones generales, en antologías y bibliografías. Pero era también un escritor de imaginación y sensibilidad: versos de sabor modernista, prosas poemáticas, descripciones de viajes; El nacimiento de Dionisios (1906) “ensayo de tragedia a la manera antigua”, hermosos cuentos... No escribió en esta vena lo bastante para incorporarse a una historia puramente literaria. Sin embargo, su sentido de la forma artística se estampó en todo lo que escribió, aun en sus trabajos de rigor técnico. Tenía prosa magistral en su economía, precisión y arquitectura. Fue un humanista formado en todas las literaturas, en todas las filosofías; y en su curiosidad por lo humano no descuidó ni siquiera la ciencia. Su obra escrita, con ser importante, apenas refleja el valor de su talento. Dio lo mejor a los amigos, en la conversación, en la enseñanza. Donde viviera, allí creó ambientes, familias intelectuales, discípulos. Tenía preferencias racionalistas, clásicas; y aun en sus ideales socialistas en favor de un nuevo orden social basado en la

igualdad económica y en la libertad de las personas y los pueblos, aparecían esas preferencias por el pensamiento claro y constructivo". (9)

La obra de Pedro Henríquez Ureña puede ser juzgada desde estas tres facetas: 1o. estudio y conocimiento científico de la lengua española, con especial dedicación al habla hispanoamericana; 2o. Críticas literarias y filosóficas; y 3o. educación integral.

En filosofía se enfrenta a Comte, al criticar el *positivismo*, cuando dice:

"El uso negligente y arbitrario de los términos metafísicos, filosofía y ciencia, lo lleva a creerse libre de la primera, con echar a un lado la explicación de causas, y capaz de construir la segunda con nociones puramente científicas". (10)

Y agrega luego:

"No podría decirse que la crítica ha llegado a un acuerdo sobre la actitud de Comte en el problema de la unidad. Pensaba él que los filósofos deben descubrir la unidad (científica) de las cosas por la reducción de las leyes, pues así será más perfecta la filosofía positiva; pero a veces parecía declararla asequible, a veces inaccesible, y en general sólo admite como realizada, como necesaria y urgente, la unidad lógica gracias al método (11).

Al enjuiciar el comtismo critica, con ponderado espíritu de justicia, el pensamiento de Caso, representante de dicho comtismo en México. También critica el *positivismo independiente* de Stuart Mill, y luego el pragmatismo.

Pero lo que realmente preocupó al gran humanista dominicano fueron las ideas estéticas, a las que dedicó gran espacio de su tiempo, desplegando una labor y una seriedad tales, que todavía asombra la magnitud cualitativa de su obra.

Conoció todas las literaturas (la china, la hindú, la hebrea, etc.) y las comparó. La cultura griega fue, sin embargo, su refacción y a ella debió gran parte de su formación intelectual.

Estudia también las literaturas universales (inglesa, italiana, francesa, rusa) y de ellas saca motivos para ideas muy elevadas.

Después de todas estas cosas, Pedro Henríquez Ureña fue un eminente educador. México, Argentina y Estados Unidos gozaron de su fuerza didáctica, sobria y orientadora.

El ensayista argentino Juan Mantovani dice, refiriéndose a él:

“Poseía intenso amor al saber y a la juventud, bases espirituales y morales de su vocación educadora y de su influencia decisiva y perdurable de maestro... Era un educador sincero, con un dominio excepcional de las ciencias que impartía y un fervor poco común por la enseñanza... La muerte lo ha sorprendido corrigiendo, con su inseparable lápiz rojo y azul, los trabajos de sus discípulos adolescentes y jóvenes, que despertaban su estímulo certero al mundo de las letras y el pensamiento... Le debo, desde los días en que desempeñaba funciones directivas en la instrucción pública de mi patria, sugerencias y criterios valiosísimos, particularmente en lo que se refiere a la formación literaria de los adolescentes y jóvenes, materia en la que sobresalía con claro y seguro dominio”. (12)

Vale la cita, porque prueba que Pedro Henríquez Ureña fue maestro de maestros. Por eso sus textos han tenido dilatada aceptación.

Otros pensadores dominicanos que incursionaron en la filosofía son: FEDERICO GARCIA GODOY (1857-1924), cubano de nacimiento, pero dominicano por su formación intelectual y a quien cabe el honor de haber defendido, en todo momento, el acervo de la cultura dominicana. Su cultura tuvo un cariz francamente humanístico. Hizo labor de crítico y

enjuició aconteceres de nuestra Historia en obras narrativas que fueron muy apreciadas.

MANUEL MARIA GUERRERO es autor de un ensayo titulado *La tragedia de la filosofía*. (1949)

GUSTAVO ADOLFO MEJIA, además de su fecunda labor como historiador, publicó ensayos filosóficos como: *El pragmatismo de Nietzsche* (1925), *El triunfo del positivismo* (1929) e *Identidad del pensamiento contemporáneo* (1929).

RICARDO SANCHEZ LUSTRINO fue afecto al nietzscheanismo.

JAIME COLSON, tío del egregio pintor del mismo nombre, fue autor de: *XXX Capítulos y moral filosófica* (1947), *La religión del derecho* (1919) y *Procivilismo* (1919) (13)

JOAQUIN SALAZAR (1915) profesor de filosofía e historiador de equilibrado pensar, ha publicado interesantes trabajos acerca de Antonio Caso y Alejandro Korn, y también de las ideas aristotélicas.

ENRIQUE PATIN VELOZ es autor de agudas observaciones acerca de la sicología del pueblo dominicano. En una época se apasionó por el pensamiento oriental, especialmente el hindú, con su rico acervo.

MANUEL A. PEÑA BATLLE es una recia personalidad política y jurista de hondas convicciones a quien debemos obras fundamentales en defensa de nuestra dominicanidad, cuya raíz profunda es el hispanismo más puro. He aquí los títulos de algunas de sus obras: *El descubrimiento de América y sus vinculaciones con la política internacional de la época* (1913), *Enriquillo o el germen de la teoría moderna del derecho de gentes* (1937), *Transformaciones del pensamiento político* (1942), *El sentido de una política* (1942) *La rebelión del Baoruco* (1948) y *La isla de la Tortuga* (1951), obras donde fulgen sus conceptos de la teoría del derecho.

CARLOS SANCHEZ Y SANCHEZ, apasionado de la filosofía práctica, en sus obras *La independencia Boba de Núñez de Cáceres ante la Historia y el Derecho Público* (1937), *Los problemas de seguridad continental de América* (1941), *Curso*

de *Derecho Internacional público* (1943) y *La intervención a distancia* (1951).

OSCAR ROBLES TOLEDANO (1912) uno de nuestros sacerdotes de más vasta cultura, autor de *José Enrique Rodó, su estética* y *Rasgos y perfiles de la cultura española del siglo de oro*.

Otros que se distinguen por sus conocimientos filosóficos de buena pasta, son: Federico Henríquez Grateaux, una rica, riquísima juventud puesta al servicio del buen sentido y el hondo lucubrar; Máximo Coiscou Henríquez, César A. Herrera y Antonio Fernández Spéncer, acucioso ensayista y excelente poeta que entre nosotros representa la elegancia y el pensar profundo y claro. (14)

INVESTIGACION CIENTIFICA

La fauna y la flora del país siempre han sido objeto de especial curiosidad por aquello de la "exuberancia tropical" de que tanto se ha hablado.

La aparición del mundo americano, sorprendente realidad, casi milagrosa, fue objeto de una amplia literatura en los siglos XVI y XVIII, donde fantasía y realidad, mito e historia se mezclaron.

Cristóbal Colón, con su fantasía pasional, provoca todo un movimiento romántico, en la cumbre del cual está el hombre inmerso en la inocencia de la naturaleza, virgen. Poetas, narradores y pintores llenaron sus obras de cosas americanas, aunque cayeron, a veces, en garrafales errores. Nos lo dice Pedro Henríquez Ureña:

"Algunos animales y plantas de América se adaptaron tan bien a otras tierras y climas que en ocasiones ha llegado a olvidarse su verdadero origen. El opulento pero insaciable Oriente se apropió del pavo y aun de su nombre (turkey, en inglés) —fueron los europeos quienes enseñaron a los turcos a criarlos—; y del maíz —el trigo indio— que los italianos llamaron gran turco. Víctor Hugo, engañado por

la transferencia, atribuye campos de maíz a Caldea en su poema sobre la estela de Mesa (Inscripción en La leyenda des siecles); Flaubert, tras todas sus fatigas arqueológicas para ofrecer, en Salambó, una reconstrucción impecable de Cartago, adorna inadvertidamente el paisaje africano con nuestro cactus espinoso, que es allí recién llegado.

Hoy día hemos de atribuir a un capricho de humor de Jean Giradoux (Electra) sus tomates en plena Grecia antigua. La pintura europea adoptó nuestras plantas y nuestros pájaros desde los primeros tiempos como puede verse en los dibujos para tapices de Rafael. El cactus, después de su traslado al Viejo Mundo, no tardó en hacer su aparición en los cuadros sobre la vida de Cristo. Así, Skelton llama al papagayo "un ave del paraíso". Cuando Rubens copió el cuadro del Tiziano, que representa a Adán y Eva en el jardín del Edén, puso entre los árboles una guacamaya, un papagayo color de fuego. Alguien ha observado que comparando el original del Tiziano con la copia de Rubens vemos cómo el arte del Renacimiento se transforma en el barroco. Muy adecuadamente el símbolo de ese cambio trascendental en la historia del arte es un papagayo de las fantásticas selvas de la América tropical".
(15)

En su *Diario*, Colón afirma la variedad y cantidad de pájaros y flores que se encuentran en los bosques de La Española; las aves canoras son tantas "que parece que el hombre nunca se querría partir de allí", y principalmente conmueve — y hay alusiones repetidas a él— el canto del ruiseñor. (16)

Pero lo que realmente despierta sus nostalgias, conmovedoramente dulces, es el aroma de las flores que embalsaman el aire, (17) lo que él pondera por sobre toda cosa. (18)

Más científicas son las observaciones del médico sevillano DIEGO ALVAREZ CHANCA, deteniéndose en detalles antropológicos de los indígenas, de una notoria exactitud,

después confirmados por observaciones más profundas. Las más exactas enumeraciones de ejemplares de la fauna y de la flora se deben a este culto médico.

Pero los primeros estudios científicos de la flora dominicana se hacen en los siglos XVIII y XIX. Gran parte de lo que podemos decir a este respecto se lo debemos al gran naturalista dominicano Rafael María Moscoso Puello.

CARLOS PLUMER, que acompañó al Dr. J. D. SURIAN en 1869, a las Antillas, y volvió en 1893 y 1895, hizo seis mil dibujos de ejemplares de la flora americana.

El Padre JUAN BAUTISTA LABAT, en 1700, visitó nuestras tierras, y publicó en 1722 una obra acerca de la flora y costumbres de los habitantes de América.

A. MIGUET, quien vivió en Haití de 1698 a 1722, estudió la flora de la isla y reconoció, tras estudios minuciosos, un bejuco conocido hoy con el nombre de *l'iane a Miguet*.

En el siglo XVIII, el sueco OLAUS SWARTZ, profesor de Estocolmo, pasó un año en América (1784-85), y redactó el mejor aporte al conocimiento de la flora insular hecho hasta entonces, dándoles nombre a varias importantes especies de leguminosas de La Guayana y el Brasil.

El más notable estudio acerca de la flora dominicana realizado en el pasado siglo, se debió al sempiterno viajero dinamarqués, ENRIQUE FRANCISCO ALEJANDRO, BARON DE EGGERS, gran botánico, quien llegó al país en 1887, entrando por Puerto Plata. (19)

Moscoso dice al respecto:

"Eggers estuvo varios días en las costas puertoplateñas. Ascendió la notable montaña de Isabel de Torre (750 m.), cuya flora estudió, así como la de sus alrededores (Los Jameyes, Jamao, Río Camú, San Marcos, Río Muñoz, Guainamoca, el Batey etc.). El 2 de mayo salió para Santiago de los Caballeros, colectando en toda la ruta a esta ciudad (cuesta de San Marcos, 360 m), Río Bajabonico (100 m.), Llanos de Pérez, Altamira (325 m.), La Cumbre (670 m.) y Las Larvas". (20)

En sus excursiones científicas no escatimó esfuerzos, y en jornadas, a veces muy calamitosas, logró estudiar y clasificar muchas de nuestras plantas. En Jarabacoa estudió el nogal antillano (*Juglans jamaicensis*); a la vera pedregosa de los caminos montanares estudió la *Fuchsia triphylla*, que ya había estudiado Plumier, de hojas bermellón, y otras más.

El Barón de Eggers permaneció mayor tiempo en las frágiles regiones alteñas de Jarabacoa y Constanza, siguiendo un camino "que hace muchas eses —según afirma él mismo—, tan estrecho y con laderas tan pendientes a ambos lados, que uno se imagina que va andando por la cumbre de un bohío. Afortunadamente las pendientes están cubiertas de pinos muy próximos los unos a los otros, desvaneciendo un poco la sensación de vértigo que producen aquellos precipicios". (21)

En Constanza, Eggers engrosó su colección de plantas con ejemplares de valiosísimas especies tropicales, entre otras: zarzamoras de diversas especies. En el lugar denominado El Helechal (1500 mts. de altura), estudió la "cola de caballo", (*Pterio, equilina*), muy abundante allí. Más adelante (a 1770 mts, de altura), colectó helechos, musgos, peperomís, orquídeas, licopodios, bromiliácea, fuscia e inúmeras flores.

En sus viajes por las Antillas, Venezuela y el Ecuador, el Barón de Eggers hizo un riquísimo acopio de especímenes botánicos, que diseminó por los museos de Europa y sirvieron para estudios ulteriores de la flora antillana.

EL DR. ALEJANDRO LLENAS (1846-1904) fue, además de médico y publicista, un naturalista apasionado. Entre sus actividades se cuentan la historia, la geografía y las ciencias naturales. La gran mayoría de sus trabajos de historia y geografía se perdieron, pero dejó una magnífica traducción de la obra del Barón de Eggers. En 1891 publicó en francés un muy comentado trabajo acerca del descubrimiento, en Santo Domingo, de un cráneo perteneciente a un ciguayo.

Otros naturalistas que han contribuido a los estudios de Historia Natural en Santo Domingo son: JOSE ABAD, que publicó en 1888, por cuenta del Gobierno dominicano, para la Exposición de París, un libro titulado *La República Dominicana:*

reseña geográfico-estadística, con notas acerca de la flora del país. CARLOS FEDERICO MILLSPAUGH, botánico de Chicago, estuvo en el país en el invierno de 1898-99 (22) e hizo acopio de plantas.

RICHARD RANKRAW, Director del Jardín Botánico de Copenhague; NORMAN TAYLOR, el sacerdote español MIGUEL FUERTE (1871-1926) y otros, vinieron a Santo Domingo con el objeto de hacer minuciosos estudios de las plantas dominicanas. En cuanto a Fuerte, se radicó en Santo Domingo, donde vivió hasta su muerte, e hizo grandes estudios botánicos de gran utilidad.

El sueco ERIK LEONARD EKMAN (1883-1921) fue autor de muy interesantes observaciones de la botánica del país.

Otro que vino al país fue el Prof. IGNATZ URBAN (1893-1931) autor de muy interesantes observaciones en esta disciplina. Urban era Director del Museo y Jardín Botánico de Berlín y sus trabajos acerca de nuestras plantas, publicados en el Volumen VIII de *Flora Dominicensis*, trae lo mejor acerca de las Espermatofitas dominicas, catalogando 3,000 especies, de las cuales 983 son autóctonas. Más tarde el Prof. Urban elevó el número de especies a 3080, de las cuales 1048 eran de país.

Luego, en 1925, el botánico norteamericano E. C. LEONARD vino a la isla, y, por último, el DR. WILLIAM ABBOTT de quien leemos en Moscoso Puello:

"El Dr. William Abbott, quien hizo las más importantes observaciones y colecciones en Historia Natural en la Hispaniola, vino a Santo Domingo por primera vez en el mes de julio de 1883, desembarcando en Sánchez, bahía de Samaná, en cuya península de este último nombre hizo una notable colección de aves que presentó a la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia. En 1916 volvió Abbott a Samaná donde comenzó nuevamente a recolectar aves, hasta el mes de septiembre, dirigiéndose luego al valle de Constanza. En esta expedición reunió Abbott numerosos ejemplares de pájaros poco o nada conocidos hasta entonces. De regreso a Sánchez con tan rica colección

embarcó para su país a fines del mismo año. A principio de 1917 vino de nuevo a la isla el ya notable explorador, pero en esta ocasión fue la República de Haití el campo de investigaciones... A principio de 1919 vino a nuestro país y después de permanecer en la península de Samaná unos dos meses en investigaciones ornitológicas, volvió al valle de Constanza, el 6 de abril. Desde Constanza hizo varias excursiones a las montañas vecinas, y regresó a Sánchez a fines de mayo, villa que dejó en los primeros días de junio en viaje a Estados Unidos. En el mes de agosto del mismo año volvió Abbott a Santo Domingo por el puerto de Sánchez. En esta nueva ocasión el infatigable investigador viajero colectó en el extremo oriental de la península de Samaná hasta el mes de septiembre, a fines del cual se dirigió a las islas Saona y Catalina, en la costa sureste de la Hispaniola, donde colectó aves acuáticas... En noviembre de 1921 vuelve por sexta vez a Santo Domingo el Dr. Abbott. Explora nuevamente la península de Samaná y el valle de La Vega Real, como se ha dicho más arriba y regresa a su país el 7 de mayo de 1922, por Puerto Plata. Al siguiente año vuelve Abbott a la República Dominicana. En esta ocasión estuvo en las provincias de Samaná, Barahona y Duarte, regresando a Estados Unidos en el mes de junio. Por último, en 1923 hizo el Dr. Abbot dos viajes más de exploración a Santo Domingo recorriendo la región septentrional de la provincia del Seibo y parte de la de Samaná, península ésta donde terminó sus importantísimas investigaciones relativas a la Historia Natural de la Hispaniola". (23)

Todo este acopio y sus propias investigaciones le permitieron a RAFAEL MARIA MOSCOSO PUELLO (1874-1951) publicar su *Catálogo de la flora dominicana*, en latín y castellano, que él tituló *Catalogus floraе Domigenesis*, el cual dedicó a Hostos (24) y publicado por cuenta de la Universidad de Santo Domingo. (25) Consta de 732 páginas y es la más valiosa de todas las obras de este género escritas en la

Isla. Es, sin embargo, la primera parte del fruto de la gran labor desplegada por este ilustre investigador. Los ejemplares están catalogados según su especificación latina, dando luego los nombres vulgares que reciben en las diferentes regiones del país, donde predominan. Antes había publicado *Las familias vegetales representadas en la flora de Santo Domingo* (1897). Era la primera vez que se publicaba una obra exhaustiva y disciplinada acerca de nuestra flora. Enumeró, en esa ocasión, 600 especies de alrededor de 800 que colectó entre los años 1890 y 1896, en Santo Domingo, San Pedro de Macorís, Santiago de los Caballeros, San José de las Matas, etc.

Para publicar su célebre *Catálogo de la flora dominicana*, recorrió todo el territorio nacional, escalando alturas casi inaccesibles y bajando a simas casi imposibles.

El *Prólogo* de su Catálogo, que hemos citado en este capítulo, es un magnífico ensayo científico-histórico de un imponderable valor.

Otros trabajos que se deben a Moscoso son: *Las cactáceas de la flora de Santo Domingo*, publicado en 1941 por la Universidad de Santo Domingo; *Las palmas dominicanas* (1945), *Botánica sistemática* (notas taxonómicas) y una serie de ensayos titulados: *Botánica y botánicos de la Hispaniola*, *El presbítero Miguel Fuerte y Lorena* y *El doctor Ekman*, biografía del notable naturalista sueco que sirvió en nuestro país y fue buen amigo del investigador dominicano. De este Dr. Ekman hay dos trabajos interesantes, que muestran la inquietud de Moscoso: *En busca del monta Tina* (1930) y *Excursión al Nord-Oeste de la República Dominicana* (1930).

Discípulo de Moscoso Puello fue el Dr. JOSE DE JESUS JIMENES (1905), quien ha hecho numerosas investigaciones a lo largo del país, preocupándose de darle a cada especie científica de los herbarios, el nombre vulgar conocido en cada región. Su obra fundamental en este sentido es: *Plantas nuevas para la ciencia, para la Historia y para la República Dominicana*, 1954. (26)

Otro que se ha distinguido en numerosas actividades, que incluyen el estudio de la fauna dominicana, es el Dr. MIGUEL

CANELA LAZARO (1977) quien estudió las virtudes curativas de muchas plantas a las que el empirismo alaba por sus cualidades terapéuticas. Es un botánico que ha dedicado largas y fecundas horas a estos estudios, para lo cual viajó a través de toda la República realizando, incluso, alpinismo activo al escalar y medir el pico Duarte. El Dr. Canela estudió Anatomía en París, disciplina a la que hizo notables contribuciones, al lado del Prof. Rouviere, acerca de los linfáticos pilóricos. Descubrió el ligamento *peróneo-astrágalo-calcáneo*, llamado ligamento *Rouviere-Canela*.

También como naturalista puede mencionarse a OSCAR CUCURULLO, hijo (1923), geógrafo y zoólogo. Tiene una maravillosa colección de mariposas, minuciosamente clasificadas. Sus aportes a la topografía antillana son magníficos. Ha publicado: *Criterio para desechar observaciones dudosas*, 1946, *La hoya de Enriquillo*, 1949, y otras más.

También posee una buena colección malacológica el eminente y humilde naturalista JOSE E. MARCANO, quien ha clasificado innumerables plantas dominicanas para la Universidad de Columbia.

Algunos médicos dominicanos se han ocupado de estudiar las virtudes terapéuticas de nuestro herbario. EL DR. FERNANDO ALBERTO DEFILLO, buscó, en colaboración con el DR. POMPILIO BROWER, el principio activo de la *Petivera aliácea*, generalmente conocida como *anamú*, planta a la que se le han reconocido virtudes curativas de diversas enfermedades. Sus experiencias con la *anamusina* en el tétano no llegaron a resultados positivos, pero sirvieron para el conocimiento pleno de esta planta de hojas fétidas, a la que nuestros campesinos atribuyeron la curación de muchas afecciones del hígado. Defilló fue un reputado histólogo dominicano que sirvió esta docencia en la Facultad de Medicina de la más vieja Universidad de América. Su palabra era clara, su método directo. En todo momento cultivó los modales refinados y el buen decir. Es autor de un importante estudio acerca de *La lepra en la República Dominicana*, que publicó *La presse medicale* de París en 1926; descubrió la *Monialisis* en

Santo Domingo, y fue el primero en estudiar el *Necator americano*, en nuestro país. Entre sus experiencias se menciona el hallazgo de las aguas muertas del *Cicluos coronatus* "así como el relativo al empleo de las vaporizaciones de aceites esenciales de canela, tomillo y clavo, para los fines de desinfección; novedad confirmada treinta años después por los estudios del prof. Simón Rissler en sus estudios de las *ambiotoxinas*." (27)

MATEMATICAS

En Matemáticas hay algunos nombres que se pueden mencionar, pero el más notable de todos es el de OSVALDO GARCIA DE LA CONCHA (1870-1930), profesor de carrera y vocación y eminente matemático que escribió una *Cósmica* en la cual se explica una teoría de la relatividad que se separa, en sus puntos capitales, de la de Einstein. Empero, su teoría, apasionante, al extremo de haber provocado curiosidad universal, no viene demostrada a plenitud en su obra. Apenas publicó algunos capítulos sueltos. Después de su muerte, su discípulo, Andrés Avelino, ordenó los capítulos y explicó la complicada teoría.

También matemático fue ADAM REYES (- 1905) quien publicó una brillante tesis que tituló *Independencia entre la aritmética particular, la general y la geometría* (1898). El ingeniero OCTAVIO A. ACEVEDO (- 1933) publicó obras de gran importancia técnica, como *Tópicos técnicos, Vías de comunicación*, 1910, y *Canal de Panamá*, 1913.

Magníficos problemas de matemáticas han sido planteados por el eminente educador Enrique Martí Ripley y por el ingeniero Leonte Bernard Vásquez, considerado uno de los primeros calculistas del país.

ANTROPOLOGIA. GEOLOGIA. ASTRONOMIA

Muchos se han dedicado, especialmente en los últimos años, al pasado del hombre dominicano.

EL ING. EMILIO BOYRIE DE MOYA (1903- 195..) ha hecho exhaustivos estudios de las culturas primitivas de la Isla, especialmente del taíno y sus manifestaciones culturales. Su obra más notable en este sentido es *Monumentos megalíticos y petroglifos de Chacuey, República Dominicana*.

LUIS A CHANLATTE Y FERNANDO MORBAN LAUCER, estudiosos de la cultura de nuestros aborígenes, han hecho a la misma aportes generosos, así como el ARQ. JOSE ANTONIO CARO —director del Museo del Hombre— poseedor de una valiosa colección de objetos pertenecientes a la cultura taína. Caro, además de ser propietario de una buena cultura, es generoso en las cosas del arte.

Al pintor JOAQUIN PRIEGO debemos un importante libro dedicado a nuestros aborígenes: *Cultura taína*.

Pero el libro más importante, en este género, que se ha publicado en la República Dominicana es *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*, del Dr. MARCIO VELOZ MAGGIOLO, poeta y novelista, y doctorado en arqueología en Madrid.

Sobre Geografía de la isla escribió importantes trabajos de investigación, NARCISO ALBERTY BOSCH (1859—1932) en sus *Apuntes de la prehistoria de Quisqueya*.

RODOLFO CAMBIASO SOSA publicó en 1916, *El período glacial; ensayos de estudios sobre la isla de Haití*, y en 1912 *Elucubraciones sobre el lenguaje indoantillano*.

Al Dr. ARISTIDES FIALLO CABRAL (1871-1931) se le reconoce un talento casi prodigioso que va desde el acervo científico de su profesión de médico, hasta el conocimiento más o menos importante de Astronomía. De él dice el Dr. Héctor Read Barrera:

“Abarcó campos tan diversos como la Astronomía y las Matemáticas, la Medicina y la Biología, la Filosofía y la Pedagogía, las Letras y las Artes. También fue poeta y dibujante.

Orador fogoso, sus lecciones acaparaban la atención de todos los estudiantes, cual que fuera la facultad, y de muchos de los profesores. Lo mismo manejaba el telescopio sideral que el microscopio de inmersión en naftalina. Fue también profesor de la Facultad de Filosofía y Letras.

Enseñó en la Facultad de Medicina, Fisiología y Física Médica, Bacteriología y Patología General". (28)

Gran conferencista y brillante orador, su elocuencia lo hizo descollante. Es autor de un *Cuadro sinóptico de una nueva teoría de la gravitación universal*.

POMPILIO BROWER se ha dedicado, además de a la Medicina, a los estudios geológicos, con particular tendencia a la minería. Posiblemente nadie conozca la riqueza minera del país como él. Posee una valiosa colección de ámbar nacional, reputado como uno de los mejores del mundo.

BIBLIOGRAFIA DE LAS INVESTIGACIONES MEDICAS

La bibliografía médica es escasa entre nosotros, por causa de las dificultades editoriales. No obstante, la medicina dominicana se ha encimado para colocarse a la altura de la de nuestra América.

Nosotros recordamos ahora a LUIS MANUEL BETANCES, cuya obra de alta valía fue realizada en París. Era hematólogo y prestó útiles servicios a la comunidad donde vivió.

En cierta ocasión escribimos, refiriéndonos a él: "El Dr. Luis Manuel Betances fue el creador de las *técnicas precisas en Materia Analítica*, utilizadas en los laboratorios franceses, y sus investigaciones en Anatomía Patológica han sido puestas más de una vez a contribución por los cirujanos de Europa. (29)

"Sus teorías y conocimientos en el orden hematológico causaron verdadera sensación en el mundo y, fiel a su tesis, va a discutirla con Jolly, el más grande hematólogo de su época, sosteniéndola con honda convicción. Su tesis es,

entonces, considerada una de las páginas histológicas más brillantes. El propio Jolly dedica encendidos elogios al joven dominicano...

"Esa tesis, publicada en francés, trata de Las granulaciones azurófilas y es defendida con entusiasmo por las cumbres de la Histología española y francesa: Sabrazés, Rieux, Río Ortega, Henneguy. Luego publicó una obra de Dermatología, considerada como un monumento en la materia". (30)

En 1910 es confirmada la teoría de las granulaciones azurófilas y es felicitado por la Sociedad Médica de París.

Betances fue siempre humilde y muy dominicano. Cuando se le quiso hacer Profesor de la Universidad de París, máximo honor a que le era dable aspirar, lo rechazó, porque se le exigía adoptar la ciudadanía francesa, cosa que reñía con sus propios sentimientos. En su funeral, dijo Río Ortega: "Bien hizo la muerte en llevarse una vida de la que estaba celosa". Sus restos reposan en París.

París fue, a principio de siglo, vivero de formación de médicos dominicanos.

"Cargados de ideales —nos dice Read Barrera— y alentados por la fuerza de la juventud —refiere el Dr. Miranda— llegaron de París los renovadores.

"En el año 1895 regresaba el Dr. Ramón Báez; al año siguiente arriba el Dr. Salvador B. Gautier. En el año 1897 viene el Dr. Rodolfo Coiscou y después el Dr. Octavio Pozo y luego otros más". (30)

Entre esos médicos de que trata el Dr. Read Barrera es digno de mención el Dr. RAMON BAEZ MACHADO (1896-1938). Era hijo del muchas veces presidente de la República, Buenaventura Báez; pero no heredó sus instintos tiránicos. Por el contrario, cuando él mismo fue presidente, no

sólo gobernó con justicia, sino que también hizo mucho por la cultura. El fue quien transformó el Instituto Profesional en la Universidad de Santo Domingo. (32) Más que como médico se le recuerda por sus altas virtudes civilistas.

El Dr. SALVADOR BIENVENIDO GAUTIER (1868-1938) fue del Cuerpo de Profesores de la Escuela de Medicina, tras la reapertura de la Universidad. Fue un acucioso investigador y de los primeros en identificar el *hematozoario de Laveran* en el país, y el primero en avistar la *Spiroqueta* de la sífilis y la de la buba entre nosotros.

“Fundó la cátedra de Parasitología. Antes se cursaba zoología médica en la Facultad. Fundó también el Laboratorio de Histología de la Universidad (el Conde y 19 de marzo) donando su microscopio gran modelo Nachet y muchísimo material de su laboratorio propio, en 1919. (Entonces fui su preparador). Fue asimismo el primero en los trabajos de Hematología: publicó varios artículos acerca de las masas nucleo-alveolares de la sangre, en la Revista Dominicana. Fue aprovechado discípulo de M. Ranvier”. (33)

El Dr. RODOLFO COISCOU CARVAJAL (1867-1933) y el Dr. OCTAVIO DEL POZO Y VICIOSO (1868-193..) también formaron parte de una gloriosa constelación de profesores de medicina.

Otro hematólogo y genetista, JOSE DE JESUS ALVAREZ PERELLO (189..-1977) ha hecho aportes de primera calidad a la genética dominicana. Sus trabajos son repetidamente citados por Wiener, a quien muchos consideran el primer hematólogo del mundo. En su exhaustivo trabajo *Aplicaciones legales y antropológicas de los grupos sanguíneos de la República Dominicana*, publicado en 1951, dice lo siguiente acerca de los componentes raciales del pueblo dominicano:

“... está comprobado que cuando dos razas se mezclan con fórmulas sanguíneas diferentes, los mestizos de estas dos

razas tienen un porcentaje de los grupos sanguíneos de cada una de las razas componentes... Según Berstein ha como ha demostrado Wiener, si se sabe que una población dada proviene del cruce de dos razas, se puede predecir la frecuencia de los grupos sanguíneos en ella, si se conoce la frecuencia de los grupos de las razas originales y la proporción de los individuos de cada raza que entran en el cruce.

Otro hecho demostrado en Genética es que cuando dos razas se mezclan se establece un equilibrio de los grupos sanguíneos después de una generación y ese equilibrio persiste indefinidamente de acuerdo con la Ley de Harding Winberg, mientras otra raza no rompa el equilibrio establecido, o que aparezca una mutación...

Esto explica que al establecerse una proporción determinada en la repartición de los grupos sanguíneos en una población mezclada, esta proporción se conserva a través de las generaciones, lo que permite descubrir en la sangre actual de nuestro pueblo la influencia de UNA RAZA DESAPARECIDA HACE MAS DE CUATRO SIGLOS...

En las estadísticas que voy a presentar he practicado en cada caso una tipificación completa usando los grupos A, B y O, los M y N y los Rh, Hh, etc.

Ahora veremos cuáles son las características serológicas de las razas componentes de la población dominicana, es decir, de la raza blanca, sobre todo la española, de la negra africana y de la india americana.

En los españoles notamos la alta frecuencia del grupo A, que osciló de 45 por ciento a 51 por ciento y pequeña proporción del grupo O...

En la raza negra, en cambio, se encuentra el grupo B, relativamente muy alto en comparación con los españoles, con una cifra que oscila entre 20 y 29 por ciento y el elemento A en mucho menores proporciones, encontrándose el grupo O alrededor del 45 por ciento. .

En los indios americanos la característica racial es la enorme proporción de elementos del grupo O, considerándose que el indio primitivo de América pertenecía casi totalmente a este grupo, a excepción de los indios de Montana (Blackfeet, Bloods).

Como vemos, las tres razas que han podido tomar parte en la población dominicana tienen características serológicas que las diferencian netamente las unas de las otras; podemos decir que la alta proporción de A, de Rh1 y de rh, y la baja proporción de B (factor predominante negro, agregamos) caracterizan el elemento blanco. La raza negra se caracteriza fundamentalmente por la alta proporción de B y de Rho, con un descenso de A. Para estas dos razas, los tipos M y N guardan proporciones similares.

En cambio las características indioideas son la enorme frecuencia de O, con alta proporción de M, la cifra elevada de Rh1 y del tipo 1-Rh2, con la ausencia virtual de rh.

Los resultados obtenidos en la distribución de grupos sanguíneos en los dominicanos se pueden comparar con las cifras que arrojan estos cálculos, pudiendo observar cómo las cifras que se deberían obtener de acuerdo con la segunda hipótesis son sorprendentemente similares a las encontradas en la población dominicana.

En la estadística que presentamos de los grupos A, B y O clásicos, en 9084 dominicanos, lo primero que llama la atención es la alta proporción de los individuos pertenecientes al grupo O. Evidentemente, si las razas

componentes, cual que fuera la proporción de una y otra, fueran la blanca y la negra, sin ningún otro elemento, la cifra del grupo O no debería pasar de 45 por ciento, puesto que en ninguna de estas razas encontramos este grupo en una proporción mayor, encontrando en cambio en los dominicanos, 52.75 por ciento; esto hace pensar que un componente de otra raza con una alta frecuencia de O, ha hecho elevar este grupo en los dominicanos, y precisamente la india aborígen tiene esta característica; en cambio, en el mulato neto baja el O y sube el B (factor negro dominante, aclaramos), por la mayor dosis del componente negroide y la disminución de la sangre india.

En los factores M y N encontramos cifras semejantes en las razas blanca y negra... en cambio, en los dominicanos encontramos este tipo (el M) en una proporción elevada de un 40 por ciento, lo que indica la mezcla con otra raza en la cual este factor se encuentra en altas proporciones y justamente es en el indio aborígen en donde encontramos una gran frecuencia de elementos del tipo M.

Observando la frecuencia del gene "m", encontramos que en los españoles se encuentra este gene en una incidencia de 51.87 por ciento y en los negros 53.20 por ciento, mientras que en los indios americanos, tomando la estadística de Navaho en Nuevo México, según aparece en la obra de Boyd, que es la más completa que hemos podido obtener para estos factores, en esta raza alcanza la elevada cifra de 91.8 por ciento; en los dominicanos el gene "m" se encuentra en una incidencia de 63.25 por ciento apartándose considerablemente de las cifras de los españoles y africanos, lo que indica claramente la influencia de la mezcla con otra raza de alta incidencia de este gene como lo es la india aborígen". (34)

Como se ve, la importancia trascendental del trabajo de Alvarez Perelló prueba que, aunque escaso, hay un factor

indígena en el dominicano, descartando, por tanto, la errónea idea de que esta raza se extinguió totalmente. En sus estudios acerca del Rh (Rh1, Rh2) el autor llega a idénticas conclusiones.

“Como se ve en este análisis, la alta proporción del grupo O, del grupo M y Rh1 Rh2 en la población dominicana indica claramente la presencia, en nuestro pueblo, de un componente indio que no tiene nada de extraordinario si pensamos en las posibilidades biológicas de la mezcla del conquistador español con el elemento aborigen”. (35)

Los trabajos de Alvarez Perelló tienen un alcance insospechado. Después amplió sus investigaciones con otros grupos poblacionales, reafirmando su tesis primera.

Otro que ha trabajado con la sangre, es el Dr. Gilberto Gómez Rodríguez, uno de los médicos más talentosos con que ha contado el país, y se dedicó, hasta el momento de ocurrir su muerte, a la investigación.

En la Patología la figura cumbre es MARIO RAVELO BARRE, autor de un *Atlas de Anatomía Patológica* y un *Atlas de Histología*. Ha dedicado su vida a la enseñanza, seguido muy de cerca por su hijo, Mario Emilio Ravelo Marchena.

En cancerología la máxima figura es HERIBERTO PIETER BENNET, (1884-1972) quien además de un clínico eminente, es un ensayista de estilo depurado. Como médico dirigió la Liga del Cáncer y a su esfuerzo y a su aporte se debió, en gran parte, la creación del Instituto de Oncología que hoy lleva su nombre.

Del magnífico libro de Rafael Miranda extractaremos los siguientes párrafos:

“Imposible sería hablar del Dr. Pieter sin tratar de la lucha contra el cáncer en nuestra Patria, a la cual ha consagrado gran parte de su vida y de la que es digno precursor en nuestro medio.

Con la anuencia del Superior Gobierno... surgió la Liga Dominicana contra el Cáncer, y este hombre, a más de ser distinguido médico, magnífico profesor, eminente científico y culto escritor, ahora agrega un galardón más a su vida meritoria para convertirse en verdadero filántropo, poniendo todos sus empeños en la fundación del Instituto Oncológico. En un pequeño anexo del Hospital Padre Billini, situado en la calle Sánchez de esta ciudad, al lado del Asilo La Amiga de los Pobres, nació a la caridad pública en el año 1943, aquel centro, que, aunque con muy poca capacidad, gozó del prestigio que le imprimieron los médicos que allí trabajaban.

Médicos competentes prestaron su cooperación estimable para su mejor conocimiento y entre ellos recordamos al Dr. José G. Sobá, Alberto Paiewonsky. Dr. Mario Ravelo Barré y Dr. Luis Lithgow Ceara.

El éxito alcanzado en esta primera etapa sirvió de aliento a sus organizadores y fue poderoso acicate para que en conjunto armónico trabajaran febrilmente. Con la ayuda del Estado y la cooperación del público y un gran aporte en metálico del Dr. H. Pieter se edificó un moderno establecimiento para alojar el Instituto de Oncología Milagro de la Caridad, (36) inaugurado el día 8 de mayo de 1949, dotado de todos los adelantos modernos y con una capacidad de 140 camas (37) donde trabajan cirujanos de gran experiencia, cancerólogos muy capacitados, entre los cuales recordamos a los profesores Dr. Alejandro Capellán y Oscar Espaillat (38), bajo la rectoría del Dr. Pieter, quien dedica gran parte de su tiempo en pro de tan noble institución". (39)

En el homenaje que la Sociedad Pro Cultura dedicó al Dr. Pieter, dijimos lo siguiente: "Es de nuestros viejos médicos (se graduó el 26 de octubre de 1906). Gran clínico, sin que sea necesario para su ponderación el superlativo. Su cultura

humanística, su formación intelectual depurada, su acervo de emociones vividas, hacen de él ese gran médico que ha venido regando sapiencia y dando pan de salud a través de generaciones. No se puede, de ninguna manera, ser clínico verdadero sin un caudal de conocimientos, sin esa luminosa intuición, sin ese chispazo de luz que Anatole France llama “ojo clínico” y que Osler considera el principio de toda sabiduría. Al azarbe del conocimiento clínico tienen que desembocar las zarbetas de los diferentes conocimientos, caudal inigualable que forman el tesoro de una cultura verdadera. Porque en él tiene que hacerse poderosa verdad el repetido aforismo de Letamendi: “Aquél que sólo sabe medicina, ni medicina sabe”. La severidad con que a veces trata a sus pacientes —raro contraste con su terneza— nace de las mismas convicciones que le impone su condición de médico. Gregorio Marañón, cumbre de la medicina española, dice en *Profesión y ética*:

“Tiene el médico que tratar con severidad y aun con dureza algunos enfermos de esos, ahora más frecuente que nunca, engreídos por la abusiva frecuentación de los consultorios gratuitos, que se permite, no objetar —lo cual es lícito— sino discutir al médico de tú a tú o tratar de hacerlo encubridor, con una receta, de sus ideas arbitrarias o erróneas acerca de lo que padecen o de lo que deben hacer. En esto el médico no debe transigir; por lo menos, yo no transijo nunca.”

No se trata tan sólo de transigir, sino también de sembar en el alma un árbol de piedad, que a veces, como cosa insólita, da su fruto de esperanza. Llevar al alma yerma por el sufrir, el riego bienhechor, aunque ello haga necesario la flor de la “mentira piadosa”, tan propia de los médicos.

Tal dice Pieter en la conclusión de uno de sus poemas:

*En los cánones de Hipócrates
hay pasajes compasivos
que nos dicta la conducta*

de los casos desahuciados.
Vil delito es ignorarlos,
omitirlos es crueldad.
La mentira es sacrosanta
cuando sirve a la piedad.

A ese afán de servicio debemos el Instituto Oncológico, nacido a su impulso, y que tanto servicio ha prestado desde 1949, año de su fundación. Por eso, con la convicción del deber cumplido, el Dr. Heriberto Pieter puede sentirse satisfecho, pues, como reza el proverbio noruego: "Una buena conciencia es la mejor almohada". (40)

El Dr. Pieter es autor de varios artículos que tratan de cancerología y de un volumen, que lleva varias ediciones, titulado: *Prontuario de cancerología*.

El Padre de la Pediatría dominicana es el DR. RAFAEL MIRANDA (- 1968), director durante mucho tiempo del antiguo Hospital infantil "Ranfis", convertido luego en el magnífico Hospital Robert Reid Cabral, que es hoy una institución modelo. A su lado se formó el primer grupo egregio de pediatras dominicanos. Nos citamos: "Como médico escribió una hermosísima página en la Historia de su patria. Fue el primer pediatra del país, cronológicamente hablando. Antes de él, los médicos trataban niños como una necesidad en el normal atuendo de su ejercicio profesional. El, en el viejo Hospital Ramfis -cuna de la Pediatría dominicana- que es la moderna Clínica Infantil Robert Reid Cabral de hoy, se inició, junto con el inolvidable Alberto Peguero (41), en el trajín de la especialidad paidológica". (42) Sus aportes a la Pediatría dominicana son múltiples y entre ellos se cuenta un muy útil *Prontuario de pediatría*.

Entre otras cosas Miranda era un incorrecto, pero vehemente, escritor. "Entre cuentos apasionados y prosa delirante, Miranda escribió una *Historia de la Medicina*". (43)

Todos los médicos dominicanos figuran allí. Falta uno. El más generoso, uno de los más puros; él mismo: Rafael Miranda". (44)

El homenaje que Lebrón Saviñón dedicara a Miranda, termina así: "Vivió para la dicha y menosprecio del dolor. Esa es otra lección que nos enseñó el Dr. Miranda: la del estoicismo, la del dolor callado, la del llanto hacia adentro, hacia el alma, que no deja en la piel del rostro la salobre humedad; la de sacar refacción de vida de las propias flaquezas, la de la execración de la quejumbre. Y otra más, la única y verdadera: la de morir, cuando llega el tiempo de morir, serenamente, como los viejos patriarcas de la fe". (45)

EL DR. FRANCISCO MOSCOSO PUELLO, eminente cirujano y novelista, dejó inédita una *Historia de la Medicina*, lo mismo que Elpidio Ricart y Guido Despradel Batista.

REVISTAS Y LIBROS DE MEDICINA

La primera sociedad de medicina de Hispanoamérica fue fundada en Santo Domingo, el 24 de octubre de 1891, gracias a la iniciativa y al esfuerzo del Dr. MANUEL DURAN (46); entidad que aún se mantiene en pie.

El primer órgano de difusión médica publicado en Santo Domingo fue la revista *Tribuna médica*, que fundó y dirigió el Dr. Viriato Fiallo. Más tarde apareció la *Revista médica dominicana*, dirigida por el Dr. Sixto Inchaustegui Cabral, uno de nuestros médicos más destacados. (47)

En 1899 quedó instalada la *Sociedad de estudios médicos*, integrada por los doctores Fernando A. Defilló, Luis Manuel Betances, Luis Heriberto Valdez, José Román, Darío Contreras y Melitón Castillo.

Hoy hay en Santo Domingo muchas sociedades médicas —y hasta una *Academia dominicana de medicina*— cada una con su órgano de difusión científica. En Santiago de los Caballeros la Sociedad Médica tuvo su *Revista de la Asociación Médica*, dirigida por el Dr. Sergio Bisonó, un activo pediatra santiaguense de merecida reputación.

"En los primeros meses del año 1949, los doctores Jaime Jorge, Alberto Peguero, Rafael Santoni, Aquiles Rodriguez

y Rafael A. Miranda se reunieron para dejar instalada la *SOCIEDAD DOMINICANA DE PEDIATRIA*, que tuvo gran actividad durante varios años, celebrando interesantes sesiones científicas en el salón de actos del Hospital de niños "Ranfis".

El último de sus presidentes lo fue el Dr. Mariano Lebrón Saviñón (48), quien con su dinamismo habitual fundó la revista Paidós (49) de la cual fue director". (50)

Otras publicaciones que podemos citar son: *Revista militar*, dirigida por el Coronel del Cuerpo Médico, Dr. Wenceslao Medrano, hijo; *Revista de la Cruz Roja Dominicana*, *Revista odontológica*, y boletines de las sociedades de Ginecología, Pediatría, Dermatología, de la Academia Dominicana de Medicina, etc.

He aquí un resumen bibliográfico de asuntos médicos:

Luis Manuel Betances:

"Las granulaciones azurofilas", (En francés)

"Contribución al estudio de la sangre de algunos lamelibranquios", (En Francés)

Luis E. Aybar:

"Diez años de cirugía en el Hospital San Antonio"

Rafael A. Cohen:

"Cuestiones obstétricas"

"Cartillas de Puericultura"

José A. Polanco Billini:

"La clínica y la electrografía"

"Sífilis de la aorta"

Mario Ravelo Barre:

Atlas de Anatomía Patológica" "Manual de Histología".

Heriberto Pieter:

"Prontuario de cancerología"

"La naturaleza del cáncer"

Fabio Mota:

"Lecciones de Psiquiatría"

Federico Garcia Godoy:

"Investigaciones odontológicas"

"Odontología infantil"

Arturo Damirón Ricart:

"Manual de Anatomía para enfermeras", etc. (51)

Aunque hoy hay una gran actividad bibliográfica entre nuestros médicos (Emil Kasse Acta, Guarocuya Batista del Villar, etc.) el Dr. Miranda en su *Historia de la Medicina* se duele de la pobreza de nuestra bibliografía médica y agrega en uno de sus párrafos:

"Nadie podría discutir, nadie osaría negarle calidad al Dr. Arístides Fiallo Cabral, dotado de una inteligencia singular; al Dr. Fernando Defilló, consagrado investigador; al Dr. Salvador B. Gautier, clínico eminentísimo; al Dr. Ramón Báez, tocólogo experto, al Dr. Octavio del Pozo, médico distinguido, ni al Dr. Pedro de Marchena, clínico brillante, ni a los doctores Coiscou, médico de gran experiencia. Todos ellos hubieran podido escribir más de una obra y nada nos dejaron a no ser consejos sabios y experiencias valiosas que sólo fueron aprovechadas por los que tuvimos la suerte de ser sus discípulos; que si hubieran quedado en el libro serían tesoro perenne y puente de ilustración inagotable para todas las generaciones". (52)

Lo mismo pudiera decirse de Félix Goico, excepcional anatomista y dotado de las manos más maravillosas para la cirugía; Alejandro Capellán, quien a través de más de treinta

años al frente del Instituto de Anatomía (de la Universidad de Santo Domingo, primero, y de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, después), ha adquirido técnicas impecables para la cirugía, y ha descrito más anomalías anatómicas que las que dicen los libros; Nicolás Pichardo, a quien algunos consideran el más inteligente entre los clínicos del país; Abel Gonzalez Massenet, cumbre de la Urología dominicana; Francisco Hernández, magnífico cirujano de habilidad impar, y otros muchos.

Poco sabemos, en el país, de ilustres médicos dominicanos que laboran en el extranjero, como JUAN TAVERAS, que algunos consideran uno de los más destacados neurorradiólogos del mundo; SERGIO BENCOSME, patólogo de técnicas electrónicas en el Queen Elizabeth Hospital, de Canada; NILO HERRERA y otros.

DEL DERECHO DOMINICANO

Abundantes son los abogados que han honrado esta disciplina en el país. Empero, pocos pueden figurar en un manual de Historia de la Cultura dominicana, por no haber dejado obras que perpetúen su nombre. La materia de la jurisprudencia no es el derecho, sino la cultura; de aquí que sólo quienes la poseen han podido destacarse. Mencionaremos, por tanto, a JOSE LAMARCHE (1857-1916) buen escritor de conocida cultura. Toda su obra quedó diseminada en periódicos y revistas, a excepción de dos pequeños opúsculos: *Los fundamentos de la moral*, y la tesis con que optó, en la Universidad de París, al Doctorado en Derecho, titulada: *Algunas palabras sobre la Constitución americana*, escrita en francés.

El Dr. MANUEL DE JESUS TRONCOSO DE LA CONCHA, fino escritor, ex presidente de la República, escribió, para que sirviera de texto a los estudiantes de Facultad de Derecho, un libro titulado: *Elementos de Derecho Administrativo en aplicación a las leyes de la República Dominicana*.

Por su parte, CARLOS SANCHEZ Y SANCHEZ, uno de los más grandes internacionalistas nacidos en nuestro país, escribió un *Curso de Derecho Internacional Público americano*, donde mantiene la tesis de la dominicanidad frente a nuestras sempiternas controversias con Haití. Sus conceptos defensores de nuestro patrimonio étnico, cultural y religioso, produjeron airados desplantes de cólera en escritores haitianos, y muy especialmente en Price-Mars, que pasó de las lindes de la ecuanimidad. Entonces Sánchez y Sánchez hizo la separata de sus capítulos principales, que tituló *El caso dominico-haitiano*, un portento de ponderación orientadora que todo dominicano está en el deber de leer.

El también jurista GUSTAVO ADOLFO MEJIA, uno de los intelectuales dominicanos más trabajadores, publicó una *Historia general del Derecho* y una *Historia general del Derecho dominicano*, especialmente didácticas.

Uno de los más afamados abogados dominicanos, presente siempre en el recuerdo de todos sus colegas, es HORACIO VICIOSO (1880-1932), por mucho tiempo profesor universitario, y que publicó dos interesantes libros, modelos en la materia: *Casos jurídicos* y *Crónicas jurídicas*, de publicación póstuma.

FEDERICO ALVAREZ publicó *Ideología política del pueblo dominicano* (1929).

Uno de los juristas más notables y apreciados en el país fue FROILAN TAVAREZ, quien publicó *Elementos de derecho procesal*, posiblemente la más apreciada y consultada entre las obras de derecho dominicanas.

Otras obras de esta índole son: *Capacidad dominicana y Economía social americana*, de ENRIQUE JIMENEZ; *La intervención americana*, de Pelegrín M. Castillo, y *La mujer ante el derecho*, de Angel María Soler.

NOTAS DEL CAPITULO XXXIII

(1) Es autor de las siguientes obras relacionadas con la filosofía: "Intuiciones del pensamiento filosófico", 1934; "La filosofía y la seguridad social y su aplicación en

la República Dominicana", 1953, "Estudio para la historia de la filosofía en Santo Domingo", 1955, "Panorama de la filosofía en Santo Domingo" (dos tomos), "El pensamiento filosófico de Joaquín Ulises Alfau", 1966, etc.

(2) Su nombre completo es Andrés Avelino García Solano.

(3) Armando Cordero. "Estudio para la Historia de la Filosofía en Santo Domingo". Sto. Dgo. 1955.

(4) Para Joaquín Balaguer, "Andrés Avelino ha realizado, en el campo de la crítica filosófica, una labor equivalente a la que, dentro de la misma generación, cumplió M. A. Peña Batlle en el de la crítica histórica".

(5) Pedro Troncoso Sánchez es un duartista convencido y de los más altos conocedores de su obra patriótica. El ha dado particular impulso al Instituto Duarteano.

(6) Jesús María Troncoso Sánchez (N. 1902) es escritor y poeta y estuvo ligado al movimiento postumista.

(7) Citado por Armando Cordero.

(8) Fue, hasta su muerte, presidente de la Academia Dominicana de la Lengua y del Instituto Dominicano Andrés Bello.

(9) Enrique Anderson Imbert. "Historia de la Literatura Hispanoamericana". Tomo II. Epoca Contemporánea. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires.

(10) Pedro Henríquez Ureña. "El positivismo de Comte" en "Horas de Estudio", 1910.

(11) Ob. cit.

(12) Citado por Cordero.

(13) Jaime Colson es autor de tres truculentas sátiras casi folletinescas: "El general Babieca y Patricio Flaquenco" grotescos Quijote y Sancho dominicanos; y el cabo Chepe.

(14) Mariano Lebrón Saviñón tiene un largo ensayo filosófico titulado "El hombre y su destino".

(15) Pedro Henríquez Ureña. "Las corrientes literarias de Hispanoamérica". México-Buenos Aires.

(16) "Los aires eran muy dulces y sabrosos, que diz que no faltaba sino oír el ruiseñor, y la mar llana como un río", C. Colón. "Diario".

(17) "Los aires muy dulces como en abril en Sevilla, que placer estar en ellos; tan olorosos son" Diario.

(18) "Y llegando aquí, a este cabo, vino el olor tan bueno y suave de flores a arboles, que era la cosa más dulce del mundo", C. Colón. Diario.

(19) R. M. Moscoso P. "Botánica y botánicos de la Hispaniola". "El Barón de Eggers", Anal, Univ. de Sto. Dgo.

(20) R. M. Moscoso P. "Catalogus Florae Domingensis" Pbl. de la Univ. de Sto. Dgo. New York. 1943.

(21) Barón de Eggels. Citado por Moscoso.

(22) Millsbaugh, a bordo del yate Utowana, colectó plantas de Bermudas, Puerto Rico, Saint Thomas, Culebra, Santo Domingo, Jamaica, Cuba, etc.

(23) Ob. cit.

(24) Dedicado: "Magistro Carissimo Eugenio María de Hostos. Viro Illustrissimo Educatori at que filosofo eminenti factori benevolentissimo. Hoc opus animo gratissimo. Auctor D.D.D.

(25) Prefacio: El presente Catálogo de la Flora de la Isla de Santo Domingo ha sido preparado de 1935 a 1941, y su publicación se hace ahora posible por disposición de la Universidad de Santo Domingo y con el patrocinio del Glismo. Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Presidente de la República Dominicana.

Con tal motivo el autor se complace en dejar aquí consignado su sincero agradecimiento.

(26) Jimenez es un distinguido médico dedicado, en Santiago, a la cancerología.

(27) Joaquín Balaguer. "Historia de la Literatura Dominicana". Lib. Dominicana. Sto. Dgo. 1958.

(28) Héctor Read Barreras. "Maestros de la Medicina". Segunda Edición. Acad. Dom. de Med. 1957.

(29) Citado por Fernando Defilló.

(30) Citado por Fernando Defilló.

(31) Ob. cit.

(32) Había nacido en Mayagüez, razón por la cual el tramo 102 de la carretera lleva su nombre.

(33) H. Read. Ob. cit.

(34) Citado por Carlos Sánchez y Sánchez en su obra "El caso dominico-haitiano". Separata.

(35) Loc. cit.

(36) Hoy se llama Instituto Oncológico Dr. Heriberto Pieter Bennet.

(37) Ulteriormente fue ampliado, siempre por iniciativa del Dr. Pieter.

(38) Actualmente dirige el Instituto Oncológico el eminente cirujano Dr. Arturo Damirón Ricart.

(39) Rafael Miranda. Historia de la Medicina. Ed. Handicap. Sto. Dgo. 1960.

(40) Mariano Lebrón Saviñón. "Mi homenaje a Heriberto Pieter Bennet". Publ. Listín Diario.

(41) El Dr. Alberto Peguero se hizo un magnífico cirujano infantil, pero después, al organizar el primer Banco de Sangre del país, se alejó de la Pediatría.

(42) Mariano Lebrón Saviñón. "El personaje que falta en la Historia del Dr. Miranda". Listín Diario. Sto. Dgo. 18-IV-68.

(43) La "Historia de la Medicina" fue prologada por el Dr. Mariano Lebrón Saviñón.

(44) Lebrón S. Ob. cit.

(45) Ob. cit.

(46) R. Miranda. Ob. cit.

(47) El Dr. Sixto Inchaustegui Cabral es tisiólogo y alergólogo, y uno de los más activos investigadores, sobre todo en lo concerniente a las alergias.

(48) Presentó varios trabajos de investigación pediátrica: los primeros casos de salmonelosis diagnosticados en niños; trabajo realizado en colaboración con el bacteriólogo Dr. José de Jesús Ravelo de la Fuente, y el primer caso de Hodsking infantil en el país (con Vinicio Febles, Rafael Miranda y Mario Ravelo Barré).

(49) Junto con el notable paidodontólogo Dr. Federico García Godoy, uno de los pocos odontólogos investigadores en nuestro país, y el pediatra Dr. Luis Hernández.

(50) R. Miranda. Ob. cit.

- (51) "El Dr. Mariano Lebrón Saviñón tiene inédito un "Manual de Pediatría".
R. Miranda. Ob. cit.
(52) Ob. cit.

CAPITULO XXXIV

LA MUSICA EN LA REPUBLICA DOMINICANA

EPOCA COLONIAL



Al aludir a la América, en su libro acerca de la música, Nicolás Sloninsky expresa:

“El primer músico nacido en el hemisferio occidental, también lo fue en Santo Domingo, organista de la Catedral de Santo Domingo, a fines del siglo XVI, Cristóbal de Llerena”. (1)

Se apoya Sloninsky en aportes de dominicanos ilustres que han estudiado a fondo la música colonial de América.

Los españoles trajeron a América sus canciones y melodías y aquí se transformaron, y, ya con nuevos aires, se pasearon por Europa. Desde fines del siglo XVI los bailes americanos invadían, como una inundación melódica, las regiones de España.

Entre esos aires que se bailaban y cantaban en España y allí se abrieron, como una granada, por Europa, podemos mencionar, el *capuchino*, el *zambalo*, el *zarandillo* y la *chacona*, “que daría —según Pedro Henríquez Ureña— sus flores perfectas de otoño en manos de Bach y de Rameau”. (2)

América, pues, dándole nuevas intenciones, nuevos ritmos, nuevos tonos y nuevas alegrías a las canciones que España le regalara, iniciaba de este modo un primer intento de conquista

espiritual de los viejos genitores a través de sus aires populares, henchidos de nostálgicas melancolías. Aragón y Castilla iban a recibir, sin conocerla, su propia potación mélica.

“A partir de 1580 —dice Pedro Henríquez Ureña— aproximadamente, abundan en la literatura española y en los documentos de la metrópoli las referencias a los bailes que se tomaban de América: la gayumba (3) que sobrevivió en las Antillas hasta el siglo pasado (y el nombre que se le sigue dando allí a un instrumento musical); el zampalo, quizá emparentado con las modernas zambas; el zarandillo, el retambo, la chacona, que cruzó los Pirineos y llegó a ser una forma clásica desde Lully, Purcell hasta Rameau y Gluck. La chacona era el más popular de todos estos bailes y a menudo se menciona su origen. El son de las Antillas pertenece a este primer período y existe todavía, pero no pasó a Europa hasta época reciente, por lo regular confundido con la rumba, que originalmente no tenía relación alguna con él. En el siglo XVIII la Guajira (y el tipo de canción llamada guaracha) se importó de Cuba, como en el siglo XIX la habanera, vanguardia de la inundación de música americana, procedente tanto del norte como del Sur, que se difundió en el XX. Las canciones brasileñas que pasan a Portugal, especialmente las modinhas, parecen haber sido parciales antecesores del fado”. (4)

En Santo Domingo la música tiene orígenes egregios —sin descartar los densos ingredientes africanos que contribuyen a darle calidad. Flérida de Nolasco la remonta mucho más atrás del esplendor hispánico (5), y se acerca a las *cantigas*, pero sin su singular refinamiento; es en la canción juglaresca del rico medioevo español, sobreviviente aun después del Renacimiento, donde hay que buscar el fecundo origen de gran parte de nuestra música. (6)

La cultura que predominaba en Santo Domingo, que nace desde la llegada a La Española de los primeros dominicos,

vivero de cultura y educación, se acentúa con la creación de las primeras universidades del continente y se va a hacer extensiva, en el siglo XVIII, a la música también. Bajo las bóvedas pétreas de los nuevos templos que van estructurando su armazón de cal y cantos, se desgranán las notas de los primeros órganos, y, en armonías hieráticas, se oyen los primeros coros en el joven y casi virginal continente.

La Catedral rige la noble aristocracia nativa de los primeros organistas, y en el sobrio boato del Alcázar se bailan los primeros saraos y se cruzan las primeras sonrisas galantes, a los pasos rítmicos del minuet.

En 1580, según asegura Laureano Fuente Matons, vivían en Santiago de Cuba (7) dos negras libres nacidas en Santo Domingo y expertas en tocar bandola. Una era Teodora Ginés; la otra, Micaela Ginés. Micaela se trasladó a La Habana, donde la vamos a encontrar en 1598, siendo uno de los cuatro músicos que entonces vivían en la capital de Cuba. Pero Teodora permaneció en Santiago de Cuba, donde debió alcanzar gran preponderancia, a juzgar por la canción donde se la nombra:

¿Dónde está la ma Teodora?

Rajando la leña está.

Con su palo y su bandola.

Rajando la leña está.

¿Dónde está que no la veo?

Rajando la leña está.

Laureano Fuente dice que “si examinamos las sentidas notas musicales con que se hace la pregunta “¿Dónde está la ma Teodora?”, se advierte que una inspiración divina las dictó”. (8)

Una buena copia de cantares españoles, con muy ligeras variantes, pasaron a nuestro folclor.

Las vicisitudes que sufre La Española en el trágico lapso calamitoso que va del 1786 al 1822, afecta la música y provoca, en cambio, una hemorragia migratoria que va a influir notoriamente en el movimiento cultural de Cuba, pues, como

dice Fuente Matons "las familias dominicanas... como modelos de cultura y civilización nos aventajaban mucho entonces". (9) y a tal extremo es esto así, que el primer piano de concierto que sonó en Cuba fue llevado por un médico dominicano, traído de París en 1810: el Dr. Bartolomé Segura y Mises. Otro que se distinguió en Cuba por aquella época fue el compositor dominicano Victoriano Carranza, quien impartió enseñanza de música religiosa, contribuyendo a la cultura del país. (10)

Durante la época colonial hubo un mantenido entusiasmo por el baile. Sabemos que en el efímero virreinato de Diego Colón y doña María de Toledo se quiso reproducir en la pequeña Antilla todo el fasto de la corte real de España. Hermosas damas principales formaban el cortejo de la Virreina y en los salones del Alcázar se tejieron romances, mientras arpas y guzlas derramaban el incontenido perlar de sus notas.

Fue, precisamente, a la llegada del Virrey en 1509, cuando se realizó el primer baile europeo en América. (11)

Para entonces había en la colonia buenos vihuelistas, entre otros Ruy González, quien vino acompañando a los virreyes, con "una vihuela y cuerdas" y Fernando de Morales, poseedor de dos vihuelas.

Las noticias que se tienen dicen que entonces en la colonia se bailaba mucho. Ni las iglesias se salvaban de esta pasión por el baile. Un padre mercedario del siglo XVII, citado por Fray Cipriano de Utrera, refiriéndose a las fiestas que se celebraban en las Mercedes, dice: "dura la solemnidad ocho días continuos en que hay muchas danzas, saraos, comedias, máscaras, toros... Y todas las noches hay saraos y danzas en la Iglesia, toda de gente principal. Vienen también danzas de hombres y mujeres cubiertas, y con mucha gala y bizarría, por ser uso de la tierra..." (12)

En 1780 el Fiscal de la Real Audiencia protestaba de la incansable propensión al baile entre los estudiantes de la Universidad, asentando que con motivo de las fiestas anuales del 28 de enero, se excedían en "máscaras, mojigangas, refrescos y bailes", que se prolongaban por algunos días.

Los dominicanos siempre han sido afectos al baile y así era hasta en las guerras de independencia y en las contiendas revolucionarias.

Dice Rodríguez Demorizi que "mientras Santana iba camino del Sur al frente de su glorioso ejército, en Santo Domingo se 'bailaba sin descanso' según le informaba a su Gobierno el Cónsul francés Saint Denys". (13)

De todos estos bailes, el más antiguo es el *fandango*. El *fandango*, hoy sinónimo de fiesta jacarandosa, de bullicio y trapatiesta, es un antiguo baile andaluz, que se cantaba acompañado de guitarra, castañuelas y hasta con platillos y violín; de movimientos vivos y apasionados.

Los españoles introdujeron el baile a lo largo de todas sus colonias hispánicas, de manera que se escucharon sus notas, entre controversias de adeptos y combatientes, en los virreinos de México y La Plata. La inusitada alegría despertada provocó iras, sobre todo, de parte de una clerecía intransigente.

En la penúltima década del siglo XVIII, Moreau de Saint-Mery en su *Descripción de la parte española de Santo Domingo*, escribirá:

"Los españoles bailan, pero a la moda morisca, acompañados de una guitarra... o simplemente con el sonido de una calabaza o maraca que agitan... Hay también lugares donde se ha introducido una moda que desdice muchos de las buenas costumbres y la decencia. Me refiero a un bailecito llamado fandango, en el que una joven, casi siempre bonita, comienza a bailar en medio de un corro de espectadores que le arrojan sucesivamente sus sombreros a los pies. Ella los recoge, los coloca en la cabeza, bajo los brazos o forma con ellos un montón en el suelo. Al concluir el baile, la joven va a devolver cada sombrero y a recibir del respectivo dueño una mezquina retribución, cuya cuantía la fija el uso, y que es descortés rehusar, o insultante, si se exceden". (14)

El Padre Juan Puigbert, también se refiere al *fandango*:

"Hay una costumbre muy antigua de hacer en estos días —de la fiesta de Nuestra Señora de la Concepción— un baile, o sea fandango, conocido con el nombre de sortija, el que toman a su cargo generalmente las mujeres; su objeto es reunir alguna limosna para costear la celebración del día principal. A este fin ponen una mesa con queso, dulce, una especie de horchata criolla y también algunos licores, destinados para los concurrentes, que dejan en el plato un tanto señalado, como dicen ellos, por limosna... No puedo decir que se cometan en estos días abusos o vicios que deben corregirse, si bien es verdad, que como en todas las diversiones de entre años, no faltan una que otra vez, pleito y disturbio desagradables a causa de la inmoderación de las bebidas". (15)

El *fandango*, al introducirse en las extensiones rurales nativas fue perdiendo gran parte de su aroma primigenio y transformándose, con lo cual aparecen nuevos aires, ramajes desgajados del árbol hispánico, pero ya renuevos autóctonos. Así, en 1856, afirma Pedro Francisco Bonó en su novela *El montero*, que el *fandango* pasó a llamarse en algunos parajes *sarambó*, y en otras *guarapo*.

Los negros esclavos, a quienes estaban vedados, por un absurdo *Código negro*, algunas de las diversiones de los blancos, entonaban sus propios ritmos. Entremezclaron sus nostalgias del Africa lejana con los aires que escuchaban, y algunas de sus guturaciones atávicas se dulcificaron con el azúcar tibio de las canciones escuchadas. A veces ponían ritmos de melancolía plañidera en su canción.

Pero siempre le infundían a sus danzas enervante furor sexual.

Uno de esos bailes africanos que acompañaban con su rústico *bongó* y sus *quijongos*, es el llamado *bomba*. Sus grandes fiestas se llamaban *Bachata*, africanismo que se conserva todavía para designar una fiesta de poca monta, donde se toca

desordenadamente y se baila con desenfreno, y con anárquicas y repetidas libaciones de ron. Una *Bachata* es una *cumbancha* y *cumbanchero* es el negro muy dado a las libaciones alcohólicas. Cuando la bachata culmina en un mayúsculo desorden se dice que aquello fue un *jolgorio*.

De esta mezcla se formaron nuestros ritmos, mezclas de aires africanos y melodías españolas.

RITMOS DOMINICANOS

La danza-canción tradicional de la República Dominicana es el *merengue*. Es necesario detenernos en el hecho de que en otros puntos de América existe el nombre de “merengue” para designar danzas que nada tienen que ver con la nuestra. (16)

El merengue dominicano es un aire alegre de simétrica construcción en dos secciones de 16 compases, y cada una en 2/4. La primera sección generalmente está compuesta en modo mayor y la segunda en *la menor* relativa “con un retorno al modo original indicado en la cadencia”. (17)

Tomando como ejemplo un merengue moderno de uno de los grandes compositores del género, *Compadre Pedro Juan*, de Luis Alberty, tenemos:

Primera sección:

*Compadre Pedro Juan, baile el jaleo,
Compadre Pedro Juan, que está sabroso;
aquella niña de los ojos negros
que tiene el cuerpo flexible
bailará de empalzá. (18)*

*Compadre Pedro Juan, no pierde tiempo,
Compadre Pedro Juan, saque su dama,
se acabará el merengue
y si no andas con cuidao
te quedarás como un perico atrapao. (19)*

Segunda sección:

Baile:

Compadre Juan.

Baile:

De aquí p'allá.

Baile:

De medio lao, etc.

El ritmo se caracteriza por una síncopa moderada.

El verdadero merengue consta de una introducción muy breve, que se llama *paseo*, porque, mientras se ejecuta, las parejas se pasean por el salón, e interludios que se llaman *jaleo*.

En cuanto al origen del merengue y a su autenticidad, vamos a tropezar con encontradas opiniones. Hacia el 1850 se cantaba en el Sur un merengue con estas letras:

Merengue, papá Camilo,

Merengue, papá Tomás.

*Al golpe de la tambora
o te compone o te va.*

Parece, con efecto, que el merengue procede de la mitad del siglo XIX. Según Pedro Henríquez Ureña, este ritmo apareció como canto típicamente dominicano en el campo de batalla de Talanquera. (20) Se empeñaba una batalla entre haitianos y dominicanos; el empuje de aquéllos fue tal, bajo el mando del general Cayemite, en el paso de Macabón, que los dominicanos retrocedieron desordenadamente. De pronto se vio al abanderado dominicano, Tomás Torres, huir sin causa justificada, con el estandarte en alto. Cuando sobrevino, poco después, el contrataque dominicano y con él la victoria, no hubo bandera ondeante con alegre flotar de triunfo. Y, a la noche, al resplandor del fogaril del vivac, se elevó una melodía de burla al fugitivo.

Tomá juyó con la bandera,

Si juera yo, yo no juera.

Tomá juyó de Talanquera.
Tomá juyó con la bandera. (21)

Eran los aires del merengue, melodía que se adueñó del gusto popular.

Hoy el merengue se impone como nuestro ritmo más generalizado. Pero no siempre gozó de total aceptación. Al sustituir a la *tumba*, que era la melodía popular por excelencia, toda una corriente de adversas opiniones se enseñoreó.

En la primera mitad del siglo XIX nadie lo menciona. Es el 26 de noviembre de 1854 cuando se hace la primera mención de la danza. Bajo el seudónimo de *Ingenuo*, el escritor Eugenio Perdomo le hace una acerba crítica en el periódico *El Oasis*. Describe la danza como una serie de movimientos grotescos y detestables. El 7 de enero de 1855, en el mismo periódico *El Oasis*, un tal Eliodoro escribe una misiva a Ismenes, criticándolo en términos más o menos parecidos a los de Perdomo. Termina con estas duras palabras:

“Yo estoy dispuesto a, si se continúa bailando de ese modo, no volver a salas de bailes ni permitir a ninguno de mi familia que vaya. Así, querido Ismene, unamos nuestros esfuerzos, tú con tus preguntas, el crítico con sus críticas y yo con mis quejas, para ver si desterramos este detestable baile de tan poco gusto”. (22)

En otros números de *Oasis* salieron nuevos artículos de Eugenio Perdomo, siempre bajo el seudónimo de *Ingenuo*, y doliéndose de que la *tumba* hubiese sido desplazada por el *merengue*.

Muchos otros se unieron a la campaña. El magnífico prosista Manuel de Jesús Galván, atacó el merengue en unos versos malos, así como Manuel de Jesús Heredia y Pedro de Castro, hijo. A la melodía se le sacaron los trapitos al sol: unos decían que era de origen haitiano y que por eso la repudiaban.

* Se sabe que posiblemente se cantaban merengues por los años 1844 a 1855. Pero, ¿cómo nació?

“Los orígenes del merengue —afirma Rodríguez Demorizi— siguen, pues, en la niebla. No parece que pueda atribuírsele origen haitiano. De haber tenido esa oscura procedencia no habría gozado de boga alguna en 1855, época de cruentas luchas contra Haití; ni los que en ese año repudiaban el merengue habrían dejado de señalar tal procedencia como suficiente motivo para su repudiación definitiva. Tampoco la señala Ulises Francisco Espaillat en sus escritos contra el merengue en 1875”. (23)

En las crónicas de Puerto Rico consta que en el 1849 las autoridades españolas prohibieron una danza de nombre *merengue*. ¿Era dominicana o puertorriqueña? O para hacernos la misma pregunta que Rodríguez Demorizi. ¿Es el merengue condenado en Puerto Rico en 1849 el mismo que los dominicanos repudiaban en 1855? ¿El *merengue* nació en Puerto Rico, en Cuba, en España o en Santo Domingo? Algunos autores puertorriqueños, como Salvador Brau y Rosa Nieves opinan que no sólo el merengue es dominicano, sino que la danza puertorriqueña se deriva del mismo (24), tesis, a nuestro entender, insostenible. La danza puertorriqueña —a la que otrora fueron muy adictos los dominicanos— parece más una habanera que un merengue.

Brau afirma que el merengue fue llevado a Puerto Rico en 1843 por cubanos. Esta tesis no sería aceptable después de la teoría de que el merengue nació en el campo de Talanquera en 1844.

Pero Esteban Peña Morell aporta valederos argumentos para probar que el merengue es anterior al 1844, señalando que, según la tradición, el padre de la música dominicana, Juan Bautista Alfonseca, a la edad de dieciocho años, esto es, en 1820, escribió los primeros merengues o danzas merengues, combinando al nombre de merengue el de la danza francesa (o contradance), entonces predominante. (25)

El músico Juan de Mena y Cordero, rival de Alfonseca, también compuso merengues.

Eran, entonces, los días luctuosos de la invasión haitiana, que ocurrió en 1822, y muchas familias dominicanas emigraron a Cuba y Puerto Rico, durante los veintidós años de ocupación, sobre todo en 1843, cuando Charles Herard inició las tremendas persecuciones contra los mejores dominicanos.

También en el año 1849, año del bando contra el merengue por el Gobernador Pezuela de Puerto Rico, hubo otra corriente migratoria hacia esta isla, con motivo de la caída del presidente dominicano Manuel María Jimenes y la nueva exaltación al poder de Pedro Santana.

El escritor puertorriqueño Dueño Colón, citado por Rodríguez Demorizi, afirma:

“Posteriormente –año 1840 en adelante– se introdujo en la isla la danza cubana (26) o habanera (no hay que confundirla con el actual danzón) y ya no necesitó más para acabar de una vez con la contradanza. Unos compositores de aquella época comenzaron a escribir danzas a imitación de las cubanas. Más adelante aumentaron algo la extensión de la segunda parte, a la que alguien llamó merengue, así como la primera parte se llamaba paseo. Dichos merengues iban cada vez tomando mayores proporciones hasta el punto de que en 1830 los había de 40 compases”. (27)

Párrafo al cual el infatigable investigador dominicano hace la siguiente observación:

“Es de advertir que, según la anterior información, Dueño Colón da a entender que el nombre de merengue surgió anteriormente a la llegada a Puerto Rico de la danza cubana o habanera, de donde se hace derivar el merengue. Esta tardía designación aumenta la posibilidad del origen dominicano del merengue aparecido en Puerto Rico con las mismas características y en las mismas circunstancias sociales que en Santo Domingo”. (28)

Fernando Rueda, en una serie de artículos que publicó en 1928 en el *Listín Diario*, afirma que Alfonseca creó el merengue en 1844, y que a él se debe la muy popular *mangulina* que, según éste, tenía ritmo de merengue y letra de sátira política.

Para concluir transliteraremos lo que dice Pedro Henríquez Ureña:

“A Peña Morel el Merengue le parece derivado de la mangulina; de ella procederían igualmente la nina de Azua y el carabiné o cabinier del sudoeste. El Merengue campesino se divide en tres partes: introducción, copla cantada (el merengue propiamente dicho) y comentario y jaleo. Sobrevive en el Cibao y particularmente en el noroeste. Ejemplo típico es el juangomero”. (29)

Este merengue juangomero que persiste en el gusto urbano y rural, dice:

Las muchachas de Juan Gómez (30)
son bonitas y bailan bien,
pero tienen un defecto:
que se ríen de to el que ven.

El merengue tuvo un ligero eclipse y, relegado a remotos parajes agrestes, abandonó los salones y aun las áreas urbanas, hasta que el genial Juan Francisco García lo resucitó en 1922, “en compás de dos por cuatro, de movimiento moderado, consta de una corta introducción, dos partes repetidas y un trío”. (31)

García hizo más: incorporó las melodías del merengue a su magnífica *Sinfonía Quisqueyana*.

Detrás de García escribieron merengues otros compositores de alta jerarquía como Esteban Peña Morel, Juan Espínola y Emilio Arté. (32)

Por fin, Julio Alberto Hernández le dio una forma muy especial, según el siguiente modelo: *paseo* (moderato) de ocho compases repetidos; *jaleo* (alegretto) de ocho o dieciséis

compases; *merengue*, propiamente dicho (parte cantable); vuelta al *jaleo*; *trío* (con variaciones rítmicas y tonal), *jaleo* y *coda* (piú moso).

He aquí como describe Enrique Deschamps la fiesta campesina:

"... de las clases inferiores puede decirse que todo el baile es... una sola danza... el rústico merengue... Apenas hay intervalos entre una y otra pieza. Forman la orquesta un acordeón, un güiro y una tambora; y como la ejecución en estos instrumentos primitivos no demanda esfuerzo... los músicos suelen estar tocando dos y más horas seguidas".

(33)

Esto fue verdad hasta hace poco. Nuevos instrumentos se le han agregado a la rústica orquesta del merengue, como saxofón, y el campesino, antes que improvisar, canta merengues de conocidos compositores.

La MANGULINA (34) que cuando se ejecuta rápidamente semeja una tarantela, según Esteban Peña Morel, es la verdadera música del país y nació en el sudeste de la isla (en Hicayagua); de aquí se extendió por toda la República, penetró en Haití y llegó a Cuba, dando, según se ha afirmado, origen al *son* cubano.

(35)

Peña Morel fue autor de varias mangulinas que gozaron otrora de gran boga. (36)

Al referirse a esta danza, doña Flérida de Nolasco dice:

"Vivió también en nuestro país con fisonomía nacional, aunque con menos vitalidad y fortuna que el merengue".

(37)

Otros afirman que la mangulina debe su nombre al de una mujer que vivía en el Seibo, que debió ser gran bailadora y que es nombrada en una copla:

*Mangulina se llamaba
la mujer que yo quería*

*y si no se hubiera muerto,
Mangulina todavía. (38)*

En otra versión que escuchamos de boca del trovador Porfirio Golivart, se dice que en un principio el nombre de esta danza evocaba la flor del mango o *mangolina*, bajo cuya fronda se cantaba y danzaba. Fradique Lizardo tilda de poco serio a quienes tal afirman. (39). Nosotros disentimos del connotado folclorista; quienes tal afirman pueden estar equivocados —porque la fuente de su aserto sea menos precisa que aquéllas donde él ha bebido— pero no poco serios. Gentes dignas y preocupadas han hecho tal afirmación, y ésta, como todo lucubrar en el campo de las investigaciones, merece respeto.

Félix María del Monte en su poema *El banilejo y la jibarita*, afirma que la gente de Paya, población del valle de Peravia, junto al Cucurucho, es hábil en el baile de la *mangulina* (que llama *mamangulina*):

*Los portentos sobrehumanos
que preconizar escucho
diera por el Cucurucho
que allá en Peravia domina
y por la mamangulina
en que el payero es tan ducho.*

Una antigua mangulina dice:

*Esta noche llueve
agua colorada
por las habichuelas
que tengo sembradas...*

Por el 1906 se bailaba en demasía la siguiente mangulina:

*Morales se fue pa'l monte
creyendo que iba a ganar,*

*le salieron los soldados,
los serenos y la rural...*

Pedro Henríquez Ureña afirma que “como el *son* cubano, la mangulina de Santo Domingo presenta caracteres arcaicos”, (40) y le asigna una antigüedad de casi doscientos años, basado en la afirmación de Peña Morel, de los *aguinaldos* y *jaleos* de las islas Canarias, ya que las grandes migraciones de esos isleños a nuestro país ocurrieron en el siglo XVIII.

En los tiempos actuales hay una revalorización de la *mangulina*. Uno de los que más ha hecho por revivirla es Papito Rivera en sus representaciones de espectáculos folclóricos y el músico Rafael Solano a quien debemos las más bellas mangulinas modernas. También es justo mencionar, en este sentido, a Bienvenido Brens.

Otros aires se han escuchado en nuestro país, de pura estirpe popular y algunos de infinita belleza.

El *punto cibaño*, propio de las provincias del Cibao, como lo indica su nombre, es similar al merengue, pero está escrito en forma ternaria, de modo que se repite la primera sección. (41)

Más importante es el *carabiné*, al que se le atribuye origen haitiano. Se dice que fue traído por las tropas haitianas de Dessalines que hacia 1805 sitiaron la ciudad de Santo Domingo, y llamado así porque los soldados bailaban en el campamento de Gaillard (42) con la carabina colgada de la espalda.

Tenga origen haitiano o no, su ritmo nos recuerda mucho al del zapateado puertorriqueño; es danza del Sur y nunca tuvo auge en el Cibao.

He aquí cómo Rouzier, escritor haitiano, relata el nacimiento del *carabiné*:

“El 6 de marzo de 1805 el ejército del Emperador Dessalines, marchando sobre Santo Domingo, llegó a mediodía. El Emperador instaló allí su Cuartel General... Fue en el Cuartel General de Gaillard donde nació el carabiné, la danza tan amada por los haitianos. Los haitianos la danzaban con gracia; los oficiales la ejecutaban

llevando la carabina a la espalda. Una de las amantes del Emperador, Eufemia Daquilh, había venido a encontrarle en Gaillard. Joven, bella, plena de gracia, ella daba la señal de la fiesta, y componía aires que tocaban los músicos...”
(43)

¿Así, tan simplemente, por la sola acción de una ignara mujer, nació esta hermosa y apasionante danza? Flérida de Nolasco lo duda, y basa su escepticismo en razones valederas:

“... inventar un ritmo —afirma— es hallazgo genial de maestros y ese no es el caso de Eufemia Daquilh”. (44)

Fradique Lizardo le encuentra a esta danza similitudes con la *isa canaria*, y afirma:

“1.— Que de las ocho figuras y variantes recogidas por nosotros del carabiné coinciden con la isa las figuras 1 al 4, 6 y 7 y las variantes 1 al 3, 6 y 7, teniendo, pues, exactamente el carabiné las 11 figuras coincidentes, mientras que cualquier otro baile existente en cualquier país vecino y que pudiera pensarse ha sido origen del carabiné, no presenta analogía más que en 4 ó 5 figuras a lo sumo.

2.— Dado que los mismos haitianos aseguran que nació en Galá y siendo completamente imposible que lo inventaran, tenía que ser un baile existente aquí.

3.— Haciendo nada más que 40 años que habían venido los últimos canarios (45) y viviendo una parte de ellos aislados en San Carlos, debían de conservar sus tradiciones en el estado más puro posible.

4.— Tomando en cuenta la proximidad de San Carlos, que era una población fundada y habitada por canarios y cuya calle principal aún hoy se llama Los Isleños, y dadas las

semejanzas entre ambos bailes, no es nada arriesgado suponer que los haitianos vieron bailar a los moradores de San Carlos, prisioneros suyos o no, el baile típico canario y al agradecerles, quisieron aprenderlo.

5.— ... *se pueden practicar los pasos del carabiné con la música de la isa, y viceversa*" (46)

De todas maneras, el *carabiné* prendió entre nuestra gente del Sur y, recordando o no el pasado de agresiones haitianas, se ha bailado durante mucho tiempo con exquisita gracia.

El poeta Víctor Garrido, que por ser capitaleño, radicado por mucho tiempo en San Juan de la Maguana, conoce el baile muy bien, lo describe con harta donosura:

"Como las casas o bohíos son de salas poco espaciosas, los bailes se celebran en enramadas preparadas para este fin con adherencia a uno de los frentes del bohío. La música generalmente la forman un balse, un acordeón, un güiro y un pandero. Las piezas bailables son el carabiné o ron y la mangulina. Para bailar el carabiné los bailadores toman su pareja con la mano derecha y al son de la música describen un círculo caminando rítmicamente sobre la misma mano; luego, ese mismo círculo se mueve hacia la izquierda; cada bailarín suelta su pareja y baila por delante de su vecina de la derecha que hace lo mismo; le da una vuelta tomándola de la mano y vuelve sobre su pareja a formar la cadena armoniosa del baile; luego se deshace de ella y baila con todas las parejas hasta volver a la suya; vuelve sobre la izquierda describiendo idénticos movimientos, y, cuando cada uno ha reconquistado su pareja, termina la pieza, tomándose todos los bailarines de las manos circularmente. Este baile es dirigido por un bastonero que lo organiza por número determinado de parejas. Uno de los bailarines indica, con un canto, cuándo debe hacerse cada movimiento. Los hay encantadores por la gracia de sus cantos. Hay asimismo bailarines muy

divertidos y figureros. El baile en sí es animador y excitante y si los músicos son buenos y cantan a la vez que tocan las piezas, el entusiasmo se hace delirante.” (47)

El más conocido de los carabinés, que se sigue cantando tradicionalmente, es el de la *Cara Sucia*, que dice:

*Cara Sucia compra jabón
pa que laven su camión.*

Donde se insinúa alguna de las figuras del baile:

*A bailar el carabiné
a bailar con la punta el pié.*

Que es el mismo carabiné que el músico Luis E. Mena incluye en su suite *Recuerdos de infancia*.

También el Coronel Alfonseca escribió carabinés, recordándose aquel que citaba don Federico Henríquez y Carvajal:

*Tre golpe de San Antonio
tre golpe na ma.
dale p'alante
dale p'atrá,
tre golpe na má.*

Hemos repetido, haciendo cita de autoridades, que el *merengue* sustituyó, con repetidas protestas, a la *tumba*. Sobre todo el periódico El Oasis se hizo ferviente defensor de la *tumba*, en su afán de que no fuera desplazada por la danza que tan vehementemente impugnaba.

Hasta 1859 se sabía que la danza nacional era la *tumba*. Poco sabemos de esta danza, no ya rezagada, sino enterrada definitivamente, y es oportuna la reproducción que Rodríguez Demorizi nos hace del artículo que bajo el título *Une visite chez*

Soulouque publicó, en París, Paul Dhormoys a su regreso de Santo Domingo:

Es un singular espectáculo el de los bailes dominicanos. La cuadrilla, el vals, la polka, no les son desconocidas. La flor de la juventud dominicana se permite hasta una mazurka de fantasía; pero la danza de su predilección, a la que se entrega con frenesí, es la tumba.

He aquí en qué consiste la danza nacional:

Todos los danzantes se colocan en fila de dos en dos, como colegiales que se han llevado de paseo; los hombres de un lado, las mujeres del otro. Desde que la orquesta da la señal, ellos operan un cuarto de conversión y se dan el frente. En ciertos momentos indicados por las variaciones del clarinete, el bailaror danza con su compañera o los dos, el uno frente al otro, se entregan a poses y balanceos que en uno de nuestros bailes públicos haría erizar los mostachos de los guardias municipales y poner a los ejércitos en el violón. Terminada así la primera figura, cada joven deja a su caballero para tomar a aquel que se encuentra más cerca de ella.

Cuando cada mujer ha bailado sucesivamente con todos los hombres presentes, la tumba ha terminado, con sentimiento general, a menos que no se repita, es decir, que no se comience por segunda vez. Cada figura dura por lo menos un minuto. Por poco que haya una cuarentena de coplas se puede imaginar en qué estado se encuentran los bailarores al fin de la tumba. El sudor corre por todos los semblantes; el enladrillado del pavimento, hecho polvo, se propaga por toda la atmósfera. Feliz en este momento aquél que, al venir a ver un baile dominicano, se ha provisto de un frasco de agua de colonia. En Francia se dice que el baile carece de opinión. No es así en la República Dominicana. Cada baile de confianza es una

manifestación política. Se invita a bailar en honor de tal o cual personaje (para congratular a Fulano) y es por esto sin duda que la invitación (sic.) no es necesaria para ser admitido en un baile.. Todo individuo que pase por la calle puede entrar, bailar, tomarse el refresco, si lo hay, y marcharse sin haber saludado siquiera a los dueños de la casa". (48)

Nosotros hemos dicho que la tumba ha desaparecido, opinión muy generalizada. Sin embargo, Fradique Lizardo asevera que la ha visto bailar, al afirmar con rotundidad:

"La Tumba sólo la hemos encontrado en una aldeuela al sur de Jarabacoa, llamada Pinar Quemado y en los suburbios de la misma Jarabacoa". (49)

Y agrega más abajo sin deponer su tono:

"Con este trabajo damos un mentís a los muchos que copiándose los uno a los otros afirmaron, categóricamente, que este baile había desaparecido a mediados del siglo pasado". (50)

No van muy desacertados los que afirman su desaparición, si un baile, que en la primera mitad del pasado siglo apasionaba al consenso del pueblo dominicano (al extremo de que su desplazamiento concita airadas protestas) se confina tan sólo a un remoto y reducido paraje y a los suburbios de un pueblo montañoso del Cibao, tal como reafirma el autor al decir:

"Por más que hemos investigado, no hemos podido encontrar dicho baile en ningún otro sitio". (51)

Otra cosa que hay que averiguar es si la tumba que él vio bailar en Pinar Quemado es la misma que Dhormoys describe en su visita a Soulouque.

La *media tuna* fue el paraíso de los copleros. Pugna poética de amor, de lucha, de pasiones, de hábiles improvisadores. Juglares de mentes privilegiadas, aptos para la copla audaz, respuesta rimada que el improvisador lanzaba ante el premio de aplausos a su ingenio. Más que juglares diríanse trovadores del mundo árabe medieval.

“La media tuna —leemos en una crónica— se intercalaba como parte primordial en los programas musicales de las grandes fiestas de Santiago de los Caballeros, y era una especie de torneo, o justa lírico-musical que se prolongaba durante varios días y de la cual salía triunfante quien se quedaba solo cantando por haberse agotado el material lírico del contrincante”. (52)

De modo que un tunero lanzaba una copla desafiante —generalmente eran décimas y no coplas— y otro le contestaba en aceptación del reto poético.

Cada tunero tenía su público particular presto a aplaudir sus audaces improvisaciones.

Queda, pues, perfectamente definido lo que es la *media tuna* y lo que son los *tuneros*. El excelente músico y ensayista Enrique de Marchena, nos dice:

“Tuneros. Cantadores de coplas. Cuando nuestros campesinos solían irse de tuna en tuna —más siendo de poca duración de sábado en sábado o domingo—, gallo en mano y caballo enjaezado, le llamaron media tuna a la canción que alegraba el paseo que decía el motivo del mismo”. (53)

Y agrega con profunda convicción:

“La media tuna, principio esencial de nuestra canción homófona, es, pues, la fuente melódica de nuestra nacionalidad en su carácter propiamente emotivo”. (54)

Por lo regular el instrumento con que se acompañaba la media tuna era el cuatro.

¿A qué melodía se parece la media tuna? Según Rafael Damirón, a la *petenera andaluza*, ya que soporta “en su estrecha gama rítmica cuantas coplas sean improvisadas en redondillas” (55). A veces se acompañaba con el tiple. (56).

Otra cosa es la *criolla*, especie de arrullante barcarola surgida como flor de exquisitez popular en la época trovadoresca, cuando el romanticismo se enseñoreaba y el amador expresaba sus quejas, sus angustias y esperanzas en las notas de la canción. Es un ritmo lento, melódico, predominante en Santo Domingo y Cuba. Los cubanos tuvieron gran predilección por los ritmos de la *criolla* dominicana, hasta el extremo de que la *Dorila*, obra del buen compositor de criollas Alberto Vásquez, se le atribuyó por mucho tiempo al compositor cubano Sindo Garay (57). Según el folclorista cubano Sánchez de Fuentes, la *Dorila* era una guaracha popular, en Cuba hacia el año 1904 y Sindo Garay, lentificando el ritmo, la convirtió en *criolla*. (58)

Pero estas mismas razones expuestas por el ilustre cubano nos hacen robustecer nuestra idea de que la nostálgica canción de románticas melodías es dominicana, aunque se crea procedente de Cuba y aun derivada del *bambuco* colombiano. Ese mismo ritmo se ha escuchado en Cuba y en algunos compositores mexicanos.

Julio Alberto Hernández tiene su propio criterio:

“Su ritmo fue creado por nuestros músicos populares y llevado al pentagrama por los músicos cubanos... La criolla dominicana se escribe en compás de seis por ocho, con movimiento moderado y sobre un mismo ritmo. Cuando tiene dos partes repetidas, si la primera se escribe en modo menor, la segunda se escribe en mayor; cuando tiene tres partes, la primera se escribe dos veces, pues la segunda regresa a dicha primera parte, que se modula antes de exponer (tercera parte).

La criolla, al contrario de las demás formas de músicas tropical, casi nunca termina en su primer motivo". (59)

Los compositores de criollas son poetas que filigranan poemas, casi siempre madrigalescos.

Gran criollista fue el venezolano Eduardo Scalan, elegante estampa de trovador en la ciudad señorial, que se llamó romántica, y bordó su propia tragedia en torno a sus criollas (60), como aquella popular en una época, *La mariposa*, que escribió a la que parecía un imposible amor:

*Sé que soy para ti cual flor marchita
sin atractivos ya
y tú la mariposa que desprecias
esta flor al pasar.*

*Sé que soy como lago de agua escaso
bajo el ardiente sol
y tú gallardo cisne que alza el vuelo
a otro lago mejor.*

*Sé que soy para tí cual ese polvo
que huellas con tus pies
y yo envidio ese polvo y lo he besado
más de una vez. (61)*

Pero casi siempre los trovadores musicalizaban, en tiempo de criollas, versos románticos y madrigales de otros poetas. Tal, la celebrada *criolla Lucía*, del compositor santiaguense Max Guzmán, que aprovechó un bello madrigal de Joaquín Balaguer:

*Tan lánguida, tan leve y tan sublime
cual de la luna el tímido temblor
es su pie, que parece, cuando oprime,
que no tiene más peso que una flor*

*En una flor debió de haber nacido,
y a veces se diría que su piel*

*en su pelo traslúcido, tendido
sobre su fino cuerpo de clavel.*

*Y a través de su carne transparente,
como a través de un vaso de cristal,
se mira dilatarse la corriente
de su sangre de púrpura ducal. (62)*

El madrigal, a veces, se convierte en quejumbre, a causa de la pasión romántica, y un poeta, Manuel Patín Maceo, le da tema a un juglar, Porfirio Golivart, para filigranar una bella criolla: *Sálvame*:

*Como la negra noche de tus pupilas;
como las negras noches de tus ojeras:
son estas largas noches tan intranquilas,
son estas noches huérfanas de quimeras.*

*Mira la ronda negra de mis angustias,
mira la ronda negra de mis pesares,
mira de mis jardines las flores mustias,
mira mis dioses muertos en sus altares.*

*Yo no sé qué me pasa pero tú tienes
el amor que yo busco feliz y bueno.
Sálvame del suplicio de tus desdenes!
Bríndame la ternura que hay en tu seno! (63)*

Pero a veces se entalla una maravillosa *criolla* con un tema ajeno al romanticismo, como Julio Alberto Hernández con el poema *Feliz eres labriego*, de Ramón Emilio Jiménez:

*¡Feliz eres labriego! , le dije esta mañana,
porque cuando amanece primero entra el sol
por entre la rendija de tu choza de cana
que por la blanca puerta del altivo señor.*

*Y si de noche mientras descansas en el lecho
impiadosa la lluvia te moja alguna vez,
puedes mirar, en cambio, por entre el duro techo
alguna estrella amiga que te besa en los pies.*

*Descalzo vas hollando la tierra, mas, camina
satisfecho y sonriente de saber con amor
que si al hombre descalzo lo hiere alguna espina,
también es perfumado cuando pisa una flor. (64)*

Todavía se escriben criollas y se escuchan con deleite, como sugerencia de amor y de esperanza en la dulzura de la brega romántica.

El *aguinaldo* es una especie de movido villancico dominicano.

En cierta ocasión apuntamos: “Los pueblos americanos celebran las navidades con canciones o villancicos que adquieren nombres y ritmos locales, pero que recuerdan siempre al primitivo español que le sirvió de madre: *adoración*, en Bolivia; *gualichada*, en Perú; *esquinazo*, en Chile, y *aguinaldo*, en Santo Domingo.

*En aquella esquina
veo una paloma
con los pies de plata
y el pico de aroma.*

En las frías madrugadas navideñas, loco intento invernal que el trópico rechaza, se escuchan estos versos gongorinos que nos traen a la distendida nariz roja alegría de manzana y frescura de vid, que hacia las navidades invaden las vitrinas de los comercios poniendo típico encanto de fragancias magníficas. Es el *aguinaldo* que ya desde principio de diciembre puebla la radio, las calles, los parques, los campos. Y el 24 de diciembre, en medio de la alegría, una voz ebria, quebrada a trecho, grita:

*Esta noche es nochebuena,
noche de nadie dormir,
que la Virgen está de parto
y a las doce ha de parir.*

Hay un aguinaldo a lo divino que se acompaña de panderetas gitanas, y que por lo general armoniza las *misas de aguinaldos*, así llamadas porque preceden al día de navidad, y del cual son las siguientes estrofas:

*Venid, pastorcitos
venid a adorar
al rey de los cielos
que ha nacido ya.*

*Dicen los pastores
que vieron bajar
una luz del cielo
derecho al portal.*

Pero indudablemente, el más popular de todos, repetido una y otra vez, es el célebre aguinaldo de las arandelas:

*Alabemos todos
al niño Jesús
que nació en Belén
y murió en la cruz.*

Indudable y necesario en todo baile y en toda reunión de los últimos días del año" (65). Los versos son de Juan Antonio Alix y la música de Julio Alberto Hernández.

Los aguinaldos que hasta ahora se han recogido y anotado, están en compás de 2/4 y, esporádicamente, en 6/8 y 3/4, en modo mayor.

Los villancicos religiosos, que hemos llamado aguinaldo a lo divino, se cantan por lo general en las iglesias, ocasión en que es permitido percutir y vibrar la pandereta en el templo; en

tanto que el aguinaldo, propiamente dicho, se acompaña con guitarra, güiro o güira, pandero, maracas y triángulo.

El *zapateado* o *zapateo* que se baila en muchos de nuestros campos, tiene notable diferencia con el de Panamá, Cuba o Puerto Rico. Esto le ha permitido afirmar a César Nicolás Penson, que se trata de una danza nacional (66). Según Peña Morel, descende directamente del zapateado español. Se le llama también *zapateo montuno*. Ramón Emilio Jiménez, poeta y folclorista, lo describe así:

"... el zapato dominguero repiquetea en el suelo barrido adrede para la tranquilidad festiva. La música, en un compás de 2/4 excita, turba, enloquece. Lo baila una pareja: él, terciado el sable de rojo ceñidor de lana sobre la camisa nueva, suelto el pie para emprender un salto sobre la cabeza de la dama y caer del otro lado sin tocarle en el pelo abundante sujeto por un lazo de cinta, y todo ésto sin perder el compás; ella, airosa y ágil, entre los dedos la falda abigarrada abierta en forma de abanico, nerviosa como agua golpeada por un guijarro, mostrando, a veces, cuando más picado es el movimiento, las piernas que sólo así podrían mostrarse..." (67)

Julio Arzeno, por su parte, habla de un zapateo escrito en 6/8, del cual hace la siguiente descripción:

"Las parejas... se atraen y se rechazan, se llaman y se alejan, mientras los pies marcan el preciso movimiento; la mujer audaz y tímida; el hombre, reposado, rudo y decidido; aquélla lo desea y lo evita, se acerca y huye de él; éste le hace la rueda, cediendo, a veces, a sus caprichos. Todo este baile no simula más que una amorosa persecución". (68)

Algunas variantes de este baile vimos en una fiesta de Elías Piña, ciudad fronteriza.

En una de las estrofas de su decimero *Un guajiro en Bayaguana*, escrito en 1856, Nicolás Ureña alude al zapateo:

*Por donde quiera se oía
la voz de la animación,
por doquiera un galerón (69)
y del cuatro la armonía.
En el fandango lucía
sus zapatos el guajiro
y alegre siempre en el giro
de su inocente recreo,
repicaba el zapateo
al son del tiple y del güiro.*

Por último hablaremos del *bolero*, aire español de dulce balanceo y que se canta en toda América, de uno a otro confín. El bolero dominicano es idéntico al cubano, en compás de 2/4. (70). Arraigó primitivamente en las Antillas, pero de todos los bailes que vinieron en la dulce añoranza de la voz de los conquistadores, fue el bolero el de más tardío arribo. Fue también el que gozó de más pronta popularidad.

A Cuba, según Sánchez de Fuentes, llegó en el año 1810, y es una de las formas musicales que ha alcanzado más depurada evolución.

En el mismo año 1810, un inglés, testigo presencial de las gloriosas jornadas de la Reconquista y de las hazañas épicas de Sánchez Ramírez, William Alton, publicó en Londres un libro que al que dio el largo título de: *Estado presente de las colonias españolas incluyendo un particular reportaje de la Hispaniola, o sea la parte española de Santo Domingo*. En él dedica párrafos junto con notas muy interesantes, a las costumbres dominicanas de la época, aludiendo al *bolero*:

“Las danzas nacionales españolas han sido señaladas por la mayor parte de los viajeros entre sus peculiaridades, y parecen fuera de imitación de otros pueblos, pues, a pesar de los intentos de nuestros teatros de Inglaterra, por

carecer de cierta asociación de ideas no pueden gustar a ningún auditorio o ser representados por otros autores que no sean los nativos. Nadie, aun en la misma España, ni siquiera el sosegado y serio castellano, goza exquisitamente con la gracia y animados movimientos de los bailes andaluces, aun cuando sean muchos los que se entreguen a sus danzas.

De todos los bailes, el más elegante, científico y peculiarmente característico es el Bolero. Proporciona a la mujer bien formada la más airosa exhibición de su persona, así como su destreza y agilidad de movimiento. Las bailadoras tocan las castañuelas con sus dedos al compás con sus pies, realizando varios e interesantes cambios y posiciones, al son de guitarras y cantos. El gran mérito en este baile es el bien parado o posición peculiar de la pareja, opuestos uno a otra, con los brazos extendidos y un pie en el aire; esta posición la toma súbitamente en el preciso momento en que terminan los diferentes cambios y en perfecto acuerdo con la última nota de la guitarra. Es entonces cuando más resuenan los aplausos de la concurrencia. El traje apropiado para este baile nacional es a lo majo, como se usa para la corrida de toros, y cualesquiera otros estarían fuera de tono". (17)

En 1857 tropezamos con una nueva crónica acerca del bolero en La Española, cuando en unos versos calzados con seudónimo (*Présago*) que se publicaron en *Eco del pueblo*, se dice:

*Del Ozama la corriente
un ligero barco hendía
y reinaba la alegría
a su bordo entre la gente.*

*En la popa de la nave
un gallardo marinero*

cantaba alegre un bolero...

La emigración cubana de tiempos de la guerra, trajo el bolero de aquella isla, en su nueva forma, y lo hizo harto popular. Ninguna otra forma de canto o de danza es más del gusto general. El bolero es la forma más difundida por nuestra América hispana.

Los dominicanos hemos tenido magníficos compositores de boleros, como Salvador Sturla, el feliz compositor de *Amorosa*.

OTRAS DANZAS

Numerosas danzas menos conocidas gozaron en otra época de singular aprecio. Algunas se oyen todavía de vez en vez, en espectáculos de rememoración folclórica. Pero la mayoría se sigue ejecutando en diversos parajes, según ha podido comprobar el infatigable investigador Lizardo.

Recordemos entre otras danzas: el *punto y llanto*, el *galerón*, la *tonada maguanera*, el *guarapo*, la *yuca*, la *tortuga*, el *carey*, el *sarambó* (que algunos confunden con el zapateo), los *cantos de hacheros*, de *piqueros* y los de *vela*.

Ramón Emilio Jiménez cita el *callado*, el *chenche matriculado*, el *guayubín* (72). Julio Arzeno cita: el *chuin*, el *baile del peje*, la *ventaja*, etc,

Los *cantos de hacheros* y *piqueros* son tonadas que se cantan en el desmonte. El ritmo se mide por los acompasados golpes que dan las hachas contra los duros troncos; uno lleva la tonada y el grupo de hacheros corea con una palabra que casi siempre es: *Ojó, ay ombe*, etc.

*Tan buen piquero
ay ombe,
como era yo,
ay ombe,
y ya no puedo,
ay ombe,*

*ni aisai la vo,
ay ombe.*

Los *chuines* o *cantos de vela* (*salves*) son canciones acompañadas que cantan los campesinos al son de guitarra, pandero y tambores, en loor a la Virgen, en altas horas de la noche, ante un rústico altar pleno de imágenes policromadas, flores y lamparitas sempiternas. Son *velaciones* en loor a la Virgen, y por eso los cantos son llamados *salves*. Su ritmo es tan movido que es propio para la danza, pero generalmente se le da sentido hierático y no se baila. Las letras son muy caprichosas y nosotros, en una velación de un pueblo fronterizo, oímos cantar esta copla en tiempo de *chuin*:

*¡Qué bonita Virgen
la de las Mercedes!
Los ojitos de ella
parecen claveles.*

A veces lo que se entroniza en el rústico retablo es la cruz. Esto ocurre en el mes de mayo —de la santísima cruz— y las canciones que se oyen son alusivas a este símbolo divinal de nuestra religión:

*Ay, palo, palo, palo bonito
palo, eh;
ahé, ahé,
palo bonito, palo e.*

*Santísima cruz
mi canto te digo
porque te pusieron
el cuerpo de Cristo.*

Entre las danzas raras que César Nicolás Pensón cita, se encuentra el *punto y llanto* y el *galerón*. Nicolás Ureña cita la *tortuga* y el *carey*, como bailes de San Juan de la Maguana.

A Peña Morel le parece que la *yuca*, lo mismo que el *zapateo montuno*, es descendiente directo del *zapateo español*.

Pero Ramón Emilio Jiménez, en su magnífica obra *Al amor del bohío*, estima que la *yuca* es pariente del *pericón* uruguayo. Dice:

“Curioso baile de figuras en el cual galanes y damas van formando en sucesivas y acompasadas actitudes de cambio, una cadena. Las parejas de bracete, se saludan y a la voz de ¡yuca! , rompen la sugestiva ondulación, el mixto encaje humano en que la dama va esquivando a la otra dama y entregando a diferente manos varoniles los lirios de sus manos. Los pies acentúan el compás en el polvo que se alza atraído por el movimiento y acaba por danzar también... El nombre de yuca lo debe el baile al ruido isócrono del blanco pan indígena (73) que va y viene sobre el guayo (74)... imitado en el roce del pie con el suelo, que la gente denomina escobillar. La industria cazabera le dió origen, y así reza la letra: “Guaya la yuca! A quemar cazabe!” Cuando vibra de nuevo la voz: iyuca! , nadie pierde un solo momento el compás y así continúa el baile entre el collar humano que se rompe y torna a nuevo empate, hasta que muere en medio de las exclamaciones de los espectadores”. (75)

El *sarambó*, incorporado con jerarquía a la suite de Rafael Ignacio, pertenece a la misma familia del *zapateo* y el *guarapo* y a veces se baila con tonadas de éstos.

Del *sarambó* dice Jiménez:

“Se distingue por la intensidad de la voz que es mayor en la última (sambó). Los aires agudos y el baile picado, rico en color y en movimiento, en que la pareja danzante se carmina de agitación, ebrias de mudanzas, al son del sarambó. En el guarapo no hay color encendido sino media tinta. La onda rítmica de los cuerpos no hace desprenderse una rosa presa en la altivez del moño, ni caer un cigarro

oculto en una trenza recogida, ni deshacerse un lazo en la flexibilidad de una cintura". (76)

En tanto que Julio Arzeno describe el *sarambó* de esta manera:

"Zapateado, pero más vivo en el repicar con los pies, y tan preciso en su ritmo que, cuando no hay buenos bailadores, suspenden por breves instantes la música que lo va ritmando para admirar las figuras de las parejas que hacen flores... Cuando esto sucede le llaman entonces un callao por el silencioso zapateado o escobillado" (77)

Algunas músicas que proceden directamente del africano, o propiamente haitiano, serán ulteriormente analizadas.

NOTAS DEL CAPITULO XXXIV

(1) Nicolás Sloninsky. "Música de América Latina". Ed. El Ateneo. Bs. As.

(2) Pedro Henríquez Ureña. "Música popular de América" Primer ciclo de conferencias. 1910.

(3) La "gayumba" es un arco musical de Santo Domingo, hecho con un trozo flexible de madera, con una cuerda atada a un tablón (generalmente un pedazo de yagua) que cubre un agujero practicado en el suelo. También es una danza antigua de los indios de Quisqueya.

(4) Pedro Henríquez Ureña. "Las corrientes literarias de Hispanoamérica". Buenos Aires-México.

(5) Fradique Lizardo, que busca lo negro africano hasta en el respirar de nuestra gente, niega todo hispanismo en una buena copia de nuestras danzas, haciendo esta tajante afirmación: "La realidad es que el folklore de origen africano en nuestro país se estrangula, pues basta que a cualquier elemento se le eche el sanbenito de 'cosas de negros', para que se convierta en tabú". No creo que haya esos prejuicios, que también nos endilga el historiador haitiano Price Mars, en nuestro híbrido país. La experiencia y los hechos nos dicen lo contrario.

(6) Flérida de Nolasco. "La música de Santo Domingo y otros ensayos". Santo Domingo.

(7) En el libro citado de Pedro Henríquez Ureña consta que en 1580 había en Santiago de Cuba dos o tres músicos tocadores de pífano: un tal Pascual Ochoa, natural de Sevilla, que todaba el violón y había llegado allí con unos frailes dominicos procedentes de Puerto Príncipe (Camagüey) y dos negras libres procedentes de Santo Domingo que eran hábiles tocadoras de bandolas: Teodora y Micaela Ginés.

(8) Citado por Pedro Henríquez Ureña.

(9) Laureano Fuente Matons. "Las artes en Santiago de Cuba". La Habana, 1893.

(10) Fuente Matons. Ob. cit.

(11) Este primer baile pudo ocurrir en La Vega, con la llegada de los virreyes a esa población, en 1510, para asistir a la primera misa del Padre Las Casas.

(12) Cita de Fray Cipriano de Utrera en "La inmaculada Concepción". Santo Domingo. 1956.

(13) Emilio Rodríguez Demorizi. "La pasión del baile" en "Música y baile en Santo Domingo", Colecc. Pensamiento Dominicano. 1971.

(14) Citado por Rodríguez Demorizi en la ob. cit.

(15) Documento hasta entonces inédito, citado por Rodríguez Demorizi.

(16) En Colombia existe un merengue y en Venezuela otro. El merengue haitiano se parece al dominicano, pero éste está escrito en modo mayor y el de Haití en modo menor.

(17) Nicolás Sloninsky. Ob. cit.

(18) Modalidad del baile efectuado bajo enramadas: las parejas van dándole la vuelta rítmicamente a la pista de baile.

(19) Perico ripiao: fiesta rústica donde se baila al son de tambora y güira y se toma ron. En algunos lugares del Sur le llaman pri-pri.

(20) Ob. cit.

(21) Rafael Vidal. "Música Vernácula". Citado por Julio Alberto Hernández.

(22) Emilio Rodríguez Demorizi. "Acerca de merengue" en la Ob. cit.

(23) Ob. cit.

(24) Ambos tienen un paseo.

(25) Esteban Peña Morell. "Notas críticas" Colección de artículos publicados en el Listín Diario.

(26) A la "habanera" Sloninsky le da origen inglés y afirma que va a desembocar en el "tango", según la siguiente cronología:

Country dance, Inglaterra	1650
Contradance, Francia	1700
Contradanza, España	1750
Danza habanera, Cuba	1850
Habanera	1875
Habanera de café	1900
Tango	1910

(27) Ob. cit.

(28) Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(29) P. Henríquez Ureña. Ob. cit.

(30) Juan Gómez es un paraje de la provincia de Monte Cristi.

(31) Julio Alberto Hernández. "Album musical". Santo Domingo. 1927.

(32) Parece que Emilio Arté fue quien le agregó el "paseo" al merengue, copiado de la danza antillana.

(33) Enrique Deschamps. "Directorio general de la República Dominicana". Barcelona. 19109.

(34) También se le ha llamado "mangolina".

(35) E. Peña Morell. Ob. cit.

(36) La mangulina "Derechito me voy", de Peña Morell dice: "Dicen que loco estoy/ eso sí puede ser;/ loco estoy por besar/ a una linda mujer. Como el loco no sabe/ si hace bien o hace mal/ en viendo una mujer/ derecho se va. Derechito me voy/ derecho me voy. Ayer tarde te di/ un hermoso clavel;/ por la noche lo vi/ deshojado a tus pies. Tengo un campo muy grande/ sembradito de arroz/ y un marrano muy gordo/ pa comerlo los dos/ en el nombre de Dios/.

(37) Ob. cit.

(38) En otra versión varía el último verso: "y si no se hubiera muerto/ viva andara todavía".

(39) Fradique Lizardo. "Danzas y bailes folklóricos dominicanos". Ed. Taller, Santo Domingo. 1975.

(40) Ob. cit.

(41) Hay un "punto" colombiano que no tiene nada de común con el cibaño. El "punto" panameño se compone de un paseo y un zapateado, pero tampoco se parece al punto cibaño.

(42) Gaillard. Finca situada a una legua de Santo Domingo. S. Rouzier. "Dictionnaire géographique et administratif universel d'Haiti" (París, tomo II, pág. 12)

(43) Ob. cit.

(44) F. de Nolasco. Ob. cit.

(45) Del mismo F. Lizardo, copiamos: "Hubo emigraciones de canarios de 1720 a 1764", cita a Sánchez Valverde: "En dicho tiempo llegaron a Santo Domingo justamente cuarenta barcos con un total de 483 familias, todas de 5 individuos, salvo 21 familias que pasaron dicho número".

(46) F. Lizardo. Ob. cit.

(47) Víctor Garrido. "San Juan de la Maguana". Panfilia. Santo Domingo. 1925.

(48) Citado por Rodríguez Demorizi.

(49) Ob. cit.

(50) Ob. cit.

(51) Ob. cit.

(52) Citado por Rodríguez Demorizi.

(53) Enrique de Marchena. "Del areito de Anacaona al poema sinfónico". Santo Domingo. 194.

(54) Ob. cit.

(55) Rafael Damirón. "De nuestro Sur remoto" Santo Domingo. 194.

(56) Nicolás Ureña, en su poema "El guajiro predilecto", dice: "En una noche de luna,/ libre el pecho de cuidado,/ de un tiple al son acordado/ cantaba la media tuna".

(57) La letra de la criolla "Dorila", de Alberto Vásquez, dice: "No creas, Dorila,/ mi dulce amada,/ prensa adorada/ del corazón,/ que olvidar pueda/ tus gracias bellas/ pues si son ellas/ grata ilusión. Ni creas tampoco/ que mis amores/ son cual las flores/ de tu pensil,/ pues ellas pierden/ color y aroma/ aunque las meza/ brisa gentil. No dudes nunca/ de mi cariño/ si como un niño/ soy para tí;/ siendo mi afecto/ puro y sincero/ cual el primero/ que yo te di: ¿Por qué me niegas/ Dora del alma/ quietud y calma,/ dicha y placer,/ si yo en tus labios/ beber ansío/ grato rocío,/ gotas de miel? ".

(58) Dice Sánchez de Fuentes, refiriéndose a la "criolla", que "Jorge Ankerman y Luis Casas... fueron los primeros en cultivarla con igual ritmo que, años atrás, Sindo Garay —nuestro genial trovador— había transcrito una guaracha dominicana y titulada "Dorila". Ob. cit.

(59) Ob. cit.

(60) Scanlan fue asesinado por el diputado Santiago Pérez, cuando el trovador vivía relaciones adúlteras con su propia esposa. "En un baile se encontraron Eduardo Scanlan y la mujer que fue principio, nudo y final del último drama de su vida tormentosa... Bailaron el mujeriego Scanlan y la Señora de Pérez y se produjo el flechazo. Más tarde, en la madrugada, oyeron una voz cantando dulce serenata:

*Dime hermosa, si llega a tu oído
mi ferviente suspiro de amor
o si vuela en la sombra perdido...*

Después escribió y cantó Scanlan muchas canciones"... "Confesó al marido, la Señora de Pérez, que no dejaba de amarlo a él; pero desde que veía a ese hombre u oía su voz, quedaba como embrujada. Santiago Pérez no era hombre manso. Pasaba Eduardo Scanlan, habitualmente, cuando iba a la Gobernación o regresaba, por el frente de la casa de la señora Pérez (la casa era de dos pisos) y llamaba con un silbo convencional. El esposo oyó el silbo, empuñó el rifle y salió al balcón, y con previo aviso o sin aviso, hizo disparar su arma. El trovador, herido, contestó con su revólver, que ya no podía tener certeza". Sócrates Nolasco "Vieja memoria". Véase supra.

(61) Del libro sobre Scanlan publicado por E. Rodríguez Demorizi.

(62) "Album de canciones" de Carlos Lebrón Saviñón.

(63) "Cancionero" de Porfirio Golivart.

(64) En la pág. 15 del "Album musical".

(65) Mariano Lebrón Saviñón. "Panorama folklórico dominicano" en "Luces del trópico". Ed. Americalee. Buenos Aires. 1946.

(66) Ram

(66) César Nicolás Penson. "Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo." 1892.

(67) Ramón Emilio Jiménez. "Al amor del bohío", 2 tomos. Santo Domingo. 1927.

(68) Julio Arzeno. "Del folklore dominicano". Santo Domingo.

(69) El "galerón" parece que era una tonada de origen venezolano, ciertamente popular en Santo Domingo.

(70) El "bolero" clásico español se escribe en compás de 3/4.

(71) Ob. cit.

(72) Ob. cit.

(73) Se refiere al cazabe, pan que hacían nuestros aborígenes de la yuca rallada y deshidratada, cocida, sobre una placa de barro, llamada burén, puesto al fuego.

(74) Guayo. Rallo o rallador.

(75) R. E. Jiménez. Ob. cit.

(76) Ob. cit.

(77) Ob. cit.

CAPITULO XXXV

CULTURAL MUSICAL Y MUSICOS DOMINICANOS

DESDE LA EPOCAL CONONIAL A LA REPUBLICANA



El español es uno de los pueblos mélicos por excelencia. Todo es canto en la Historia de sus mágicos heroísmos.

La música parece diluirse en el rumor de todas sus aguas, y salterios son las linfas de sus ríos saltando entre guijas que se hacen sonoras para la canción. El medioevo español se incendió de canciones. Cantaba el árabe andaluz, con guzlas célicas en la luminosidad de sus cármenes junto a los arcos alicatados y el henchido tazón de sus fuentes, que hacían perlar notas de arpas en sus surtidores.

Cantaba el español que empezaba a bordar el enorme tapiz de su epopeya a través de las refriegas de la Reconquista. Y cuando una ola de fealdad y de sombra va arrojando a la Europa, España enciende los candiles de sus *cantigas* y hace fecundo el terral de sus romances.

Al arribar el siglo XVI, siglo de oro de las grandezas españolas, porque era España la que ensanchaba el mundo con las quillas audaces de sus naves, vive España su Renacimiento musical, con sus vihuelistas de corte y sus maestros eclesiásticos. De modo que cuando los españoles vienen a regar por los caminos de América su triste sonrisa de Quijote, llevan en el fulgor de sus ojos la luz de sus grandezas y aprisionadas en sus gargantas, sartales de canciones que en América florecerán.

Santo Domingo, por mejor decir, La Española, es la cuna de la música europea en América. Desde los primeros días de la colonia, aun antes de que se iniciaran las primeras incursiones conquistadoras en los otros puntos del continente, se formaron en La Española las primeras agrupaciones que serían la base de la tradición musical del Nuevo Mundo.

Al erigirse la Catedral, con soberbio fasto arquitectónico y verdadero boato hierático, se instaló, con solemnidad histórica, que dejó deslizar por la bóveda sonora torrentes de música maravillosa, el primer órgano venido a América. Contó, entonces, con Chantre, organistas y coros y uno de los primeros organistas lo fue Cristóbal de Llerena, el primer músico americano y de cuyas habilidades y cultura ya nos hemos ocupado. (1)

Pero Llerena fue algo más que el primer músico nacido en las tierras recién descubiertas; fue el primer dramaturgo y uno de los hombres más cultos, aunque autodidacta, que produjo nuestra América en los primeros años de su estructuración. Durante más de cuarenta años fue Rector de la Universidad de Gorjón. El Arzobispo Andrés de Carvajal lo llamó "músico de tecla y voz". (2)

Por más de tres siglos, el centro artístico de La Española, con predominio de la música, fue la Catedral.

Pero es un hecho sabido que también los salones virreinales del Alcázar fueron centro musical, dándosele preferencia allí a la música de cámara.

Si Cristóbal de Llerena en el siglo XVII alcanzó tal preponderancia, y lo hemos llamado el primer músico europeo nacido en América, ya en el siglo XVI había músicos nativos que se pareaban con los llegados de Europa.

"Importancia preponderante en la colonia —dice el notable músico dominicano Juan Francisco García— tuvo también desde entonces el culto religioso de la música, pues ya desde el año 1512 había en los obispados existentes, el de La Vega y el de Santo Domingo, chantres, organistas y coros. Desde ese año hasta 1542 se citan los nombres de

Jorge Viguera, Juan Márquez, Alonso Pérez, Rodrigo Quezada, españoles, y Guillermo Domeque, dominicano, como excelentes músicos y cantores de capilla". (3)

Abundaron en los primeros años de la colonia y aun en el segundo siglo de colonización los músicos de voz y tecla, de los cuales el padre Fray Cipriano de Utrera nos da una larga lista de nombres, algunos de los cuales vamos a mencionar: (4)

Alfonso de Madrid, músico de la Catedral entre 1540 y 1581, del cual decía el obispo Fuenmayor en carta al Emperador de España "ques músico muy bueno y la capilla no vale sin él nada"; Pbro. Gonzalo Bravo, sochantre de La Vega en 1559; Guillermo Domeco, chantre en La Vega en 1576, quien cantaba en el coro; el maestro Clérigo Ribero (hijo de español y de india), criado en casa del obispo Bastidas, quien dijo de él, en misiva enviada al Rey de España: "Sé decir a V. M. para descargo de mi conciencia, y pues V. M. lo manda, que entre todos los beneficiados de esta Iglesia es el más hábil en leer y en cantar y en voz, y cuando él falta, padece gran detrimento el coro y el altar"; Juan Sánchez, cura de Santa Bárbara en 1575, "hombre de bien y hábil en el canto"; Sebastián Zaleta, quien en informe que de él se rinde en 1612 se afirma que "desde su niñez ha acudido a cantar punto de órgano en las fiestas principales de esta Santa Iglesia y a tañer el órgano de ellas"; Francisco Valdez, de quien se dice el 28 de agosto de 1620: "Item, si saben que el dicho Francisco Valdez, Presbítero, es cantor y gran músico de canto de órgano y persona importante por la voz y la música para el servicio de la dicha Santa Iglesia; y asimismo es un sacerdote virtuoso, buen cristiano, de buena costumbre...". A lo que se agrega en 1620: "ha servido más de veinte años, los seis de cantor y los demás de sochantre a satisfacción de los prelados". Otras recomendaciones más, y todas elogiosas, pueden leerse de este Francisco Valdez que el 13 de mayo de 1621 aparece como Vicario de Cotuí. El Pbro. Manuel González de Melo de quien el Arzobispo Oviedo dice el 24 de diciembre de 1624 que "sabe cantar muy bien y tiene voz

muy aventajada de buena"; el Lic. Antonio Trujillo, Vicario de Santiago en 1637, etc.

Las propias universidades fomentaron la cultura musical y su pasión, al crear la cátedra de música en ambos centros educaciones (las dos universidades de la ciudad de Santo Domingo) con el objeto de proveer a las capillas de buenos músicos. En 1792 se crea el curso canto llano en el Seminario de San Fernando. ¡Lástima grande que tengamos tan escasas noticias del ambiente musical de la colonia!

La llegada de hombres muy cultos, zahoríes en todos los aspectos de la cultura, que si bien nos traen con Geraldini las aguas renacentistas y con Tirso de Molina los aires del glorioso siglo español que da los primeros bermellones aurales, nos trae lo mejor de la música de España, pues el siglo XVI es también el de la plenitud musical hispánica, teniendo como vanguardista del quehacer mélico a hombres de la categoría de Cristóbal de Morales, Tomás Luis de Victoria, Juan Vásquez, Fernando de las Infantas, Francisco Guerrero, Pedro Alberto Vita, Antonio de Cabezón y otros.

En el siglo XVIII, siglo de tártagos, pesares y encendidas controversias, medra la música, no obstante sus tantas vicisitudes. Desde 1689 a 1795 aparecen muchos nombres de músicos dominicanos, siendo los más conocidos: Martín de Navas, Nicolás Fernández de Montedoca, Pedro Valdés, José Laja y Cordones, José Núñez de Cáceres (el polifacético genio desventurado de la independencia efímera), Juan José de Oropesa, Pedro Francisco del Prado y Tomás Heredia Girón.

El dominicano de este siglo, aferrado a su raíz hispánica, va estructurando su carácter y consolidando ya, con orgullo almenado, su dominicanismo. Aunque hombres de la talla de Juan Sánchez Ramírez, cotuisano genial, se vuelven contra el dominio del francés, para tornar a España, aunque este retorno signifique un lapso de quietismo y modorra que la Historia conoce con el nombre de la España Boba, hay ya gente, como Juan V. Moscoso y Núñez de Cáceres que sueña con una autonomía, es decir, una independencia de voluntad y acción, horro de rectorías onerosas.

Pero el temperamento hispánico se impone en el continuo danzar de que hemos hablado y en el guitarreo obsesionante que un inglés, Charles Mackenzie, describe prolijamente. Su descripción del ambiente es tan apasionante, que vamos a reproducir algunos de sus párrafos que translitera Rodríguez Demorizi. Al llegar a La Vega en el año 1830, apunta:

"... el cencerrear de las guitarras me recordaron la Península, y el monótono canto tan familiar para todos los que han visitado a España... Siempre que llega cualquier extraño de importancia, a quien se considera de rigor rendir honores, llega una orquesta compuesta por diversos músicos la cual toca mientras él quiera, esperando una espléndida propina de parte del agasajado. Tuve que someterme a esta ceremonia en La Vega, como tuve que hacerlo en los principales pueblos o ciudades que visité".
(5)

La misma impresión recogió Mackenzie en la ciudad de Santo Domingo. Aquí dice:

"El tintineo de la guitarra en las calles por la noche está asociado a tantos recuerdos gratos para muchos viajeros peninsulares que hasta en manos no preparadas para arrancar de sus cuerdas música elocuente, despierta sensaciones casi ligadas alas del montañés de Escocia con el sonido animador de la gaita. Comprendo que todo depende de las asociaciones con alguna realidad agradable o con alguna fantasía igualmente agradable, que ha influido en las canciones de "los primeros tiempos y de horas felices". Casi todas las noches esos sonidos continuaban hasta la hora habitual del reposo, las diez; y confieso que me eran agradables". (6)

Puede, pues, decirse, que La Española, como los otros pueblos de nuestra América, fue un verdadero emporio de músicos.

En tiempo de la dominación francesa había un piano en la ciudad de Santo Domingo, propiedad del Dr. Segura, y en la época de la España Boba se formaron varias orquestas. El primer piano en que se dieron conciertos en Cuba fue llevado allí por el Dr. Segura.

En los días de la dominación haitiana, el propio Juan Pablo Duarte tocaba guitarra, su instrumento favorito, y flauta.

El siglo XIX fue pródigo en músicos.

La música europea comienza a hacerse presente en sus diversas modalidades en este siglo. Grandes músicos, especialmente Mozart, gozan en Santo Domingo de tanta nombradía como en Viena o Berlín. En 1800 penetran, además de los muy difundidos aires españoles, danzas eslavas y germanas, especialmente la *varsovia*, que se bailaba en todas las fiestas sociales; la *polka*, que alcanzó carta de ciudadanía en algunos lugares de América, como el Paraguay, y el *vals*, la más popular de las danzas. Cuando el *vals* se adaptó a nuestro clima, perdió su introducción y sin desertar de su ritmo, se impregnó de un dejo tropical. Así explica Julio Alberto Hernández el *vals criollo*:

“Consta de dos partes y un trío: de esas partes, la primera, o motivo principal, se escribe casi siempre en tono menor. Lo que más caracteriza a este género de composiciones es el ritmo sincopado, que presenta a veces, en la forma pianística, una diversidad de ritmos tan raros entre ambas manos que ofrece serias dificultades para el ejecutante extranjero poco familiarizado con la música tropical”. (7)

El conocimiento de la música antillana siempre ha desconcertado a los músicos de otras latitudes, perdidos en la alucinación de sus ritmos. El gran músico y crítico de arte español Adolfo Salazar, posiblemente uno de los que mejor conocen la música moderna, dice al respecto:

“¡Cómo debe sonar esa manigua antillana! Cuba y Santo Domingo tienen una riqueza espléndida de música propia,

de un carácter y una originalidad potentemente acentuada, algunos de cuyos acentos no nos son desconocidos a las gentes de Europa... Ni Persia ni Arabia tienen seguramente más vivos colores, ni más sabrosas inflexiones, ni ritmos más insinuantes, ni timbres instrumentales más llenos de sugerencias". (8)

Aun en la agonía del siglo XIX las iglesias de Santo Domingo eran afectas a los cauces de sus antiguas tradiciones. Pedro Henríquez Ureña recuerda haber oído en el templo de Regina Angelorum los sonoros coros de la *Misa Brevis* de Palestrina, el *Magnificat* de Bach y coros de la *Ifigenia en Tauride* de Gluck. El oratorio *La muerte de Cristo* de José de Jesús Ravelo, se estrenó en la Basílica de Santa María la Menor el 7 de abril de 1939, y durante varios viernes santos se siguió cantando allí.

La pasión filarmónica de nuestro pueblo tuvo tal repercusión que a fines del siglo XIX y a principios del XX, era posible escuchar vendedores pregonando sus mercancías con arias de óperas y romanzas de zarzuela. *La donna e mobile*, aria del *Rigoletto* de Verdi, se cantaba con una parodia, en que, a manera de fisga, se quería remedar, en un amañado español, su texto italiano:

Maria Penchébide
se rompió un débide
con el cuchíbidee... etc.

Los trovadores cantaban, en tono menor y con nueva letra, la *Siciliana* de *La cavalleria rusticana* de Pietro Mascagni, así como romanzas de operetas, especialmente *La viuda alegre* y *Eva*, de Franz Lehar. (9)

Pero quien parece haber gozado de preferencia en el gusto fue Mozart.

En 1850 se cantaban coplas dominicanas, como aquella que empieza:

*Gabriel Recio se casó
con una dominicana...*

Cuya música era la melodía de un *adagio* de Mozart, y otra que decía:

*Comandante Julio
ya se acabó el gas;
como nos haremos
con la oscuridad...*

Se cantaba con la música del brindis de *Don Juan*, la ópera del mismo compositor. Y es que la música del genio de la fecundidad, el ilustre compositor de Salzburgo, notable por la precocidad de su genio y la amabilidad de su obra egregia, gozó de prestigio en nuestra patria desde época muy temprana del siglo XIX.

Posiblemente desde el 1801, cuando el padre Regalado pasó por Santo Domingo, rumbo a lo que era entonces la villa de Puerto Plata, se conocían algunas de las composiciones de Wolfgang Amadeo Mozart. Cuando murió el Arzobispo Valera en Puerto Plata, el 19 de julio de 1833, en sus funerales se ejecutó el célebre *Requiem* de Mozart. (10)

El poeta Eugenio Perdomo escribía en el periódico "Flor de Ozama", a mediados del pasado siglo, crónicas donde el nombre de Mozart relucía a cada instante.

Ya en este siglo XIX, entre los años 1817 y 1846, aparecen varios músicos dominicanos, que alternaban la música popular con el no siempre afortunado intento de darnos música de primera calidad.

Podemos citar a ESTEBAN VALENCIA (- 1892), profesor de música y canto, maestro de capilla ligado al movimiento independentista, junto con los trinitarios; el maestro JOSE GABRIEL DE COSTA, que durante un año, del 1826 al 27 ocupó el mismo puesto que Valencia y de cuyos hechos sabemos muy poco; el santiaguense ANDRES LOPEZ MEDRANO, que en los días de la independencia efímera ocupó

la Rectoría de la Universidad, reabierto por Núñez de Cáceres, y quien, teniendo que emigrar a Puerto Rico, entre los egregios dominicanos que huyeron de la invasión haitiana, allí escribió una *Canción con coro*. ANTONIO MENDOZA, maestro de música y compositor que fue quien enseñó al Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, a tocar la guitarra y la flauta; y por último, los compositores y patriotas Gavino Puello y Juan Mena y Cordero, que formaron sendas orquestas con las cuales en los días de la ocupación haitiana recorrían las poblaciones del país, aparentemente en viajes artísticos, pero en realidad para hacer campaña febrerista en favor de la noble causa de la independencia.

El más ilustre de todos estos compositores del pasado siglo lo es, sin dudas, JUAN BAUTISTA ALFONSECA DE BARI (1810-1875), llamado "el padre de la música dominicana", a quien se debe el *Himno de la independencia* y el poema sinfónico *La batalla de las Carreras*. Aunque con escasos recursos, circunstancia que le impidió darnos una obra de alta jerarquía, se empeñó en escribir música seria, encimándose por sobre el rimero de desventuras que hundían el país en la sombra enemiga de toda obra perdurable. Fue un verdadero patriota y de él hemos hablado más arriba, por lo cual no le hacemos más espacio aquí.

Detrás de Alfonseca vinieron otros que merecen citarse aunque sea de pasada: SEBASTIAN MORCELO, músico religioso, organista y flautista. JOSE REYES (1835-1905) discípulo de Alfonseca, de quien hemos hablado también y quien tiene la gloria de haber sido el autor del *Himno Nacional dominicano* (estrenado en el año 1883) de vibrantes notas marciales y declarado oficial mucho más tarde. En 1883 se estrenó otro *Himno Nacional*, del cual fue autor JOSE MARIA ARREDONDO (1840-1924), pero que no alcanzó la popularidad del de Reyes, por lo cual se rezagó. Pero Arredondo fue un músico de cierta habilidad, que escribió varias zarzuelas, algunas de las cuales llegaron a representarse con éxito en el Teatro de la Republicana.

MARIANO ANTONIO ARREDONDO (1854-1908), además de compositor fue violinista y desplegó gran actividad musical en la ciudad de San Pedro de Macorís.

INSTITUCIONES MUSICALES

En los primeros años de la República, cuando el país comenzaba a consolidar sus conquistas culturales, se fundó la Escuela de Profesores de Música vocal e instrumental. Ocurrió el 15 de julio de 1855, en uno de los turbulentos gobiernos del General Buenaventura Báez, y fueron sus fundadores los profesores José Francisco Quero y Fermín Bastidas. (11) Recibió el nombre de Ateneo.

En este establecimiento se enseñaba solfeo, canto, violín, viola, guitarra, flauta y violoncelo. Este Quero fue un hombre de múltiples actividades y marcado dinamismo y ya en el 1855 lo vemos presidiendo la Sociedad Filarmónica, instalada mediante concurso en la ciudad de Santo Domingo, y que inició sus actividades el 30 de septiembre.

El 12 de octubre de 1853 esta Sociedad presentó su primer concierto, en el cual figuraron los violinistas Quero y Fermín Bastidas. Bonelly, que era profesor de piano desde 1853, ejecutó admirablemente este instrumento. Fermín Bastidas, barítono de bien timbrada voz, cantó el aria de Fígaro de la ópera *El Barbero de Sevilla*, de Rossini (*Largo al factotum*). (12)

Esta Sociedad Filarmónica se mantuvo por algún tiempo y hasta hubo empeño de formar otra sociedad musical, con lo cual no estuvo de acuerdo Eugenio Perdomo, según leemos en el periódico "Flores del Ozama", donde publicó un artículo titulado *La música*, del cual son los siguientes párrafos:

"Nos parece muy erróneo el pensamiento que hubo en aquella época de establecer dos sociedades Filarmónicas, cuando una y otra se encaminaban a un mismo punto... Necesario se hace convenir con nosotros, en que el número con que contamos de aficionados a la música basta apenas

para componer una orquesta regular, y que la división en dos partes de este pequeño número de aficionados, trastorna el pensamiento progresista del fundador de la primera, o sea dicho, de la gran Filarmónica; entorpece el adelanto y desarrollo de sus miembros e impide el mérito y realce que unidas infaliblemente debieron alcanzar". (13)

Pronto desapareció la Filarmónica. Santana había consumado el crimen de la Anexión, ocupando de nuevo España, el territorio nacional.

Entonces, y desde el 1862, centró las actividades musicales del país la Capilla de la Catedral, con una orquesta que tocaba solemnemente en las grandes festividades religiosas. Músicos dominicanos y españoles unían sus esfuerzos mélicos para poner uno que otro fulgor de armonía en el ambiente viciado con el estruendo bélico con que españoles y dominicanos se destrozaban.

Después de la Restauración se fundan una serie de agrupaciones musicales que van a tener relieve especial en la Historia de la cultura dominicana. No hay tranquilidad política. Las contiendas fratricidas se suceden con desoladora frecuencia; pero aun así, personas dinámicas y superiores saltan por las murallas de tantos avatares y crean una época de oro en las bellas artes y en la literatura. La música, como las artes plásticas, marcha a la zaga, pero aún así, batalla contra viento y marea para dar sus pequeñas irradiaciones.

El 1 de septiembre de 1869, el Pbro. Francisco Xavier Billini (el bondadoso Padre Billini) funda en el Colegio San Luis Gonzaga una Academia de Música de acuerdo con los cánones de la Junta Filarmónica existente desde el 1868.

El 18 de marzo de 1872, el Ateneo Dominicano instala un Orfeón, especie de Conservatorio, donde se enseña a cantar y se educa. En *Aviso* que publicara su Secretario, Don Federico Henríquez y Carvajal, se advierte que el precio de la enseñanza es de cincuenta céntimos al mes, pago del que quedaba eximido todo el que probase que era pobre y tuviere al mismo tiempo buena voz y buen oído.

En 1879, Juan Francisco Pereyra reorganizó la Sociedad La Filarmónica y su orquesta, a la que puso el nombre de *La Quisqueyana*.

El 26 de febrero se fundó una Academia de Música, nada menos que en el Baluarte de El Conde. Aunque resultaba insólita esta aparente profanación a lo que ulteriormente se bautizó como el Altar de la Patria, su creación se rodeó de cierta solemnidad, en virtud de que apareció como parte de los festejos con que el país celebró el 35 Aniversario de la independencia nacional.

En 1903 se formó el *Orfeón dominicano* y, por la misma época, la *Agrupación artística* y el *Cuarteto clásico*, que formaron Pedro E. Ravelo, como primer violín; Abraham Curiel, segundo violín; Cándido Castellano, viola, y Juan de la Cruz Alfonseca hijo, violoncelo. La música de cámara tomó, entonces, un gran impulso con este noble cuarteto donde figuraba el maestro Castellano, virtuoso español, que fue huésped de nuestro país con una de las tantas compañías de zarzuelas que nos visitaban, y aquí se quedó.

Otros extranjeros —antes que Casal Chapí, que fue el gran impulsador de la música dominicana a partir de la década del 40 del presente siglo— merecen recordarse aquí, proque sus pasos por el país fueron fecundos y creadores. Vamos tan sólo a recordar, y es cosa que agradecemos a ese gigante de la historiografía que se llama Emilio Rodríguez Demorizi, al cubano FRANCISCO DE ARREDONDO Y MIRANDA quien dio clases de música desde el 1879 y fundó en 1885 el Orfeón de la Escuela Normal para el que compuso la música del *Himno Normalista* cuyos versos, escritos por Félix Evatisto Mejía, dicen:

¡Hosanna, normalistas!

Cantemos a la escuela

que rauda el alma vuela

de suave giro en pos.

¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Cantemos sin demora

*que ya llegó la hora
de levantar la voz.*

El 4 de noviembre de 1904, el maestro José de Jesús Ravelo fundó el *Octeto del Casino de la Juventud*, de fecunda labor dentro de las actividades culturales del país. Este octeto se convirtió en la *Orquesta de la sociedad de conciertos* que centró, por un buen lapso, todo lo que de música se conoció entonces. Desplegó una labor realmente valiosa: movió el alma hacia las melodías exquisitas y hacia la música de los grandes maestros.

El octeto nació por iniciativa de Juan Bautista Alfonseca (14) y él la puso bajo la dirección de Ravelo, considerado entonces el primer músico dominicano. Formaron el octeto: Juan de la Cruz Alfonseca, violoncelista; Cleodomiro Arredondo, violinista; Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, José Gabriel Guerrero y Miguel de Reyna, pianista; Manuel de Jesús Lovelace, flautista; Alfredo Nivar, contrabajista y Miguel A. Ravelo, clarinetista. Al convertirse en orquesta, al grupo se integraron doce personas de apellido Ravelo.

En 1906, el maestro José Ovidio García fundó en Santiago de los Caballeros la *Orquesta del Centro Lírico Rafael Idelfonso Arté*, que estrenó obras de alta jerarquía como la *Quinta sinfonía*, de Beethoven; la *Sinfonía inacabada*, de Shubert y la *Sinfonía militar*, de Haydn. (15) Tanto el octeto de la capital como este magnífico conjunto santiaguense se disolvieron en 1922.

En 1912 funcionaba en Puerto Plata el Centro Musical, con la orquesta y coro que dirigió el maestro José Rodríguez Arresón.

Las bandas militares solían ejecutar, desde principio de siglo, interesantes conciertos en los parques públicos, los cuales atraían multitudes ávidas de escuchar las obras de los grandes maestros, cuyos programas eran previamente publicados en los periódicos.

Ya en el siglo XX se hicieron cinco creaciones que son verdaderos hitos: el Liceo Musical de San Cristóbal; la Orquesta

sinfónica Nacional, el Conservatorio Nacional de Música y Declamación y la Escuela Elemental de Música.

El *Liceo Musical* de San Cristóbal se inauguró el 9 de enero de 1939 y lo dirigió desde su fundación el profesor Pablo R. Campos; en él se enseñaba solfeo, piano, violín, viola, violoncelo y contrabajo.

El primer centro de enseñanza musical es el *Conservatorio de Música y Declamación*, derivado del antiguo Liceo Musical de Santo Domingo, que dirigió el maestro José de Jesús Ravelo. En el Conservatorio se dan las siguientes asignaturas: solfeo, canto, canto coral, arpa, piano, violín, viola, violoncelo, contrabajo, flauta, oboe, clarinete, fagot, trompa, trompeta, trombón, percusión, armonía, contrapunto, fuga, formas musicales, composición y orquestación, historia de la música y declamación.

ORQUESTA SINFONICA NACIONAL

Uno de los hechos fundamentales de la historia musical del país, fue la fundación de la *Orquesta Sinfónica Nacional*, el 13 de febrero de 1932. Fue formada por un grupo de músicos y personalidades amantes de la música, que reunidos en la calle 27 de febrero (hoy El Conde) No. 115, formó una agrupación musical que se denominó *Orquesta Sinfónica Nacional*, cuyo primer consejo directivo se organizó como sigue:

Presidente: Lic. Roberto Mejía Arredondo.

Primer vicepresidente: Br. Enrique Mejía Arredondo.

Segundo vicepresidente: Julio Alberto Hernández.

Secretario de correspondencia: Lic. Enrique de Marchena, hijo.

Secretario de actas: Ernesto A. Leroux Nolasco.

Tesorero: Br. Petronio Mejía. (16)

Vocales: Br. Benjamín Pichardo, Lic. León Herrera, Guido Despradel Batista y Sr. Manuel Veloz Rivas.

Gobernador: Guillermo Jiménez.

Director técnico y Presidente honorario: Prof. Cándido Castellanos. (17)

Este conjunto musical empezó a rendir una labor magnífica. Hija del esfuerzo personal, su labor resalta más si se conocen los grandes sacrificios realizados por sus componentes para volver a despertar en el dominicano su vieja pasión por la música.

"La casa No. 115 de la calle 27 de febrero —dice Rueda— donde se reunió la orquesta por primera vez y siguió desarrollando sus actividades hasta el final, era el hogar del maestro español, radicado entre nosotros, Cándido Castellanos, quien en un gesto altruista brindó su saber, y cooperando con el naciente movimiento, llegó a crear una escuela para instrumentistas de cuerdas. Se beneficiaron de ella los mismos componentes de la orquesta en la cual era primer cellista. Asombra el desinterés con que el Maestro se entregaba a esa labor pedagógica siendo un verdadero padre y guía para todos". (18)

Admirado de esta labor tan encomiable, el Padre Eliseo Pérez Sánchez obsequió, en un gesto de notable significación simbólica, un trozo de caoba procedente del desaparecido altar de la iglesia de San Nicolás, para que se confeccionase la primera batuta, obra que realizó Napoleón Hernández, que alternaba sus aficiones musicales con la ebanistería.

La labor de la sinfónica sobrepasó a lo esperado y se recuerda como un acontecimiento la presentación, con la orquesta, del violinista Bogumil Sykora.

Hacia 1940 la pequeña sinfónica silenció.

Poco después el Gobierno, bajo la iniciativa del poeta Víctor Garrido, entonces Secretario de Educación, y de Rafael Díaz Niese, Director de Bellas Artes, aprovechando la presencia en el país del gran músico español Enrique Casal Chapí, recién graduado en el Conservatorio de Madrid, se decidió a fundar una gran sinfónica que quedó instalada el 5 de agosto de 1941. Dos meses después, el 3 de octubre, ofreció su primer concierto, que integró solamente obras dominicanas, según Programa que reproducimos a continuación:

Obertura	Luis E. Mena.
Romanza en la menor	José Dolores Cerón.
Scherzo clásico	Juan Francisco García.
Sinfonía en la mayor No. 1	Enrique Mejía Arredondo.
Rapsodia dominicana No. 1 para piano y orquesta	Luis Rivera

Solista Elila Mena

Scherzo all'antico	José de Jesús Ravelo.
Suite folklórica	Rafael Ignacio.

La labor de Casal Chapí fue fecunda, tanto al frente de la Sinfónica Nacional, como en el asesoramiento de los músicos dominicanos en la difícil técnica de la composición.

En 1945, el maestro español abandonó el país. Para sustituirlo vino el maestro mexicano Abel Elsenberg (1946-1951), a quien sustituyó el músico italiano Roberto Caggiano (1951-1956), y desde el 1959 hasta nuestros días ocupa la dirección el maestro dominicano Manuel Simó.

En sus primeros veinticinco años, que se cumplieron en 1966, la orquesta ha tenido inúmeros directores huéspedes y ha acompañado a connotados solistas dominicanos y extranjeros, en maravillosos conciertos.

MUSICOS DOMINICANOS DEL SIGLO XX

“En los anales de la música nativa —dice Nicolás Sloninsky— se conservan los nombres de dos hermanas nacidas en la República Dominicana. Una, Julieta Licairac Abreu (1890-1945), escribió música para piano de carácter más bien chopiniano. La otra, Lucila, niña prodigio, nació el 12 de febrero de 1895 y murió el 21 de noviembre de 1901, a la edad de seis años y nueve meses. Sus ingenuas improvisaciones fueron reunidas y publicadas por la familia”. (20)

En el Album de Lucila Licairac, que poseemos en nuestra biblioteca, hay un retrato de la niña sentada en el taburete frente al piano; las piernas cuelgan y apenas llegan a la mitad de la distancia a los pedales.

La historia de estas dos niñas —nótese que Julieta murió a los veinticinco años— es prodigiosa y la hemos obtenido de uno de sus familiares. Julieta era enferma, castigado su cuerpo por un mal hado de la naturaleza; pero su alma había recibido un prodigio regalo. Además de componer piezas sencillas chopinianas, de una gracia admirable, tocaba el piano con destreza. Reñía dulcemente con su hermanita Lucila, de apenas cuatro años de edad, porque deseaba tocar el piano. Un día se oyó en la casa un torrente de notas inexplicables. “¿Quién toca?”, preguntó Julieta a su madre. “No sé —repuso ésta— aquí no ha venido nadie”. Corrieron a la sala y allí estaba la pequeñita acariciando el piano con sus pequeños dedos. Para dar las octavas sus manos saltaban, como palomas asustadas, de una tecla a otra, pues sus manecitas no las abarcaban. La ciudad se volcó hacia aquel hogar enriquecido por la gloria de las armonías, pero condenado a contemplar la temprana muerte de estos dos prodigios.

Lucila tocaba ingenuas improvisaciones y decía que dentro de la cabeza tenía una maquineta de música. En su Album, poetas y escritores del país escribieron breves poemas e impresiones. Uno de ellos dijo que era una delicia y una angustia

verla tocar, pues daba la impresión de que al final de cada pieza caería sobre el teclado apagada como una vela del cielo.

Su corazoncito resultó frágil para tan alto legado de emociones, y día se desplomó sobre el piano.

El núcleo más destacado de músicos que forman eslabores entre el último cuarto del siglo XIX y el XX lo forman: José Reyes, José de Jesús Ravelo, Manuel de Jesús Lovelace, José María Rodríguez, Alfredo Máximo Soler, Gabriel del Orbe, José Ovidio García (padre e hijo), Carlos Manuel García, Ramón Emilio Peralta, Emilio Arté, Augusto Vega, José Feliú hijo, Arístides Rojas, Emilio Guzmán, Esteban Peña Morel, Juan Francisco García, Juan B. Espinda, Luis E. Mena, José Dolores Cerón y Rafael Ignacio. (21)

Entre los primeros de este grupo encontramos a quien pudiera ser llamado el Maestro, por haberlo sido de generaciones de músicos y cantantes: JOSE DE JESUS RAVELO (1876-1951), de quien podemos decir que es el músico más destacado de su generación. Pertenece a una familia en la que casi todos sus miembros (los médicos, los abogados, los artesanos) son músicos. Sus hijos, hermanos y sobrinos tocan diversos instrumentos y solían, en el recato familiar, celebrar largas y fecundas veladas musicales: cuartetos, tríos, música de cámara orquestal, que resonaban en este hogar mélico, donde ellos mismos eran severos jueces de lo ejecutado.

El maestro Ravelo apenas recibió unas pocas lecciones de Juan Francisco Pereyra, quien le enseñó los rudimentos necesarios para emprender aventuras musicales. Y el muchacho quedó como desamparado en un ambiente musical magro, donde estaba condenado a torrarse las alas con el sol de la decepción.

Pero una chispa de ingenio quemaba sus entrañas. Con pertinacia se dedicó a estudiar, hundiéndose, durante largos lapsos de insomnio, en las partituras de los grandes maestros. Particularmente le apasionaba Giuseppe Verdi, cuyas huellas pueden encontrarse en sus composiciones más caracterizadas. Le preocupaban los secretos de la composición, de la armonía y de la orquestación.

Su entrenamiento como director de conjuntos musicales lo hizo al frente de la Banda El Pacificador, a la que ingresó como conductor en 1894.

En 1904 pasó a dirigir el famoso Octeto del Casino de la Juventud. Y en 1908 el presidente Ramón Cáceres le confió la dirección del Liceo Musical, cantera, durante muchos años, de formación de músicos, y del que no se puede desvincular el recuerdo del Maestro Ravelo.

Si no fue revolucionario en la música, a la manera que lo fuera Domingo Moreno Jimenes en la poesía y Jaime Colson en la pintura, ocupa el mismo escaño que éstos en la importancia creadora.

Del temperamento musical del maestro Ravelo y de su sinceridad al juzgarse hablan elocuentemente las diversas historias que de él se cuentan. He aquí una de ellas:

Ravelo había escrito un magnífico cuarteto para cuerdas que había obtenido la aprobación de los más exigentes, sobre todo por el perfecto *andante*, escrito con refinada técnica e inspiración. Cuando escribió un segundo cuarteto pidió la opinión de sus hijos, que eran sus primeros admiradores. Al obtener algunas pequeñas críticas y reparos decidió que su obra, que le había costado prolijas jornadas de trabajo, no valía la pena, y la rompió. Y lo hizo sin cólera ni soberbia, convencido de que sus jueces filiales habían sido sinceros. (22)

También se recuerda la vez que dirigió frente a una compañía lírica española la zarzuela *La bruja*, por súbita enfermedad del director de la orquesta, sin previo ensayo, ante la admiración de aquellos músicos exóticos que sumaron sus aplausos a los del público en general. (23)

Entre las obras del maestro Ravelo merecen destacarse: el *Cuarteto de cuerda* —famoso por su *andante*—; los oratorios *La muerte de Cristo* y *La resurrección de Cristo*; dos misas, una *Misa de Requiem* y *Las siete palabras*.

El oratorio *La muerte de Cristo*, publicado por Schirmer, lleva el número de *opus* 144. Se estrenó el 7 de abril de 1939 en la Basílica de Santa María la Menor, con la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por el propio maestro Ravelo. En aquella

ocasión actuaron como solistas el barítono Rafael Félix Gimbernard, como Relator; Julieta Otero Damirón, como María Magdalena; Belisa Otero Damirón, como María; Manuel Cabral, como Jesucristo y Máximo Zorrilla, como Pilato.

También escribió una elegante *Cantata* ejecutada por la Sinfónica y dirigida por Carlos Piantini y el Coro Nacional.

La copiosa obra del Maestro Ravelo, entre religiosa y profana, pasa de 200 piezas de las cuales se recuerdan: 8 tandas de vales para piano, 36 motetes, 2 marchas fúnebres, 20 marchas procesionales, 7 vales para piano, 21 pasodobles, 20 danzas para piano, 23 himnos, 16 cantos escolares, 26 melodías para órgano, 6 misas, 3 plegarias, una serenata, un intermezzo, un scherzo, un cuarteto para cuerdas, mazurkas, cuadrillas, romanzas, minuetos y dos grandes oratorios.

Fue pues, un fecundo compositor, y aunque en el Catálogo de sus obras aparecen poco más de 200, esto se debe a que era exigente consigo mismo y solía destruir lo que no le satisfacía.

Otro compositor, JOSE OVIDIO GARCIA VILA (1888-1918) es autor de un concierto para orquesta y piano, que fue la primera obra de tal magnitud escrita en Santo Domingo.

Más notable es el folclorista ESTEBAN PEÑA MOREL (1897-1938) quien fue el primero en alcanzar fama internacional, pues pasó gran parte de su vida, hasta su muerte, en Barcelona, donde gozaba de gran consideración. Fue en su temprana juventud soldado del Batallón Ozama (24), donde sólo llegó a ser sargento; pero el ejército le ofreció la oportunidad de entrenarse en composición y estrenar sus primeras obras, primeros pinitos de un futuro compositor. Alternó la música con la investigación folclórica, publicando, en 1920, interesantes trabajos que han servido de base para conclusiones interesantes en este campo. Viajó mucho. Fue músico de la Orquesta Filarmónica de La Habana, en la que tocaba el fagot.

Antes que nada Peña Morel era un bohemio. Su presencia y su alegría concitaban admiración y aprecio. Ningún género popular le era desconocido. Escribió el poema sinfónico

Anacaona, donde describe la vida de la desventurada indígena cantora de *areitos*, que encontró muerte infame después de la matanza de Jaragua, y una *Sinfonía bárbara*, para banda militar, en la cual emplea especiales efectos de percusión.

LUIS EMILIO MENA (1895-1960) es uno de los músicos más inspirados de nuestro país y con su delicadeza y elegancia contribuyó a elevar el nivel musical de los dominicanos. Era músico por vocación y tocaba la flauta, el violoncelo, el piano, el oboe y el fagot. Entre sus composiciones se distinguen: *Sinfonía de juguete*, basada en motivos infantiles; dos danzas sinfónicas, una *Sinfonía jocosa* (también con recuerdos de infancia), *Suite para flauta y orquesta de cuerdas*, un magnífico capricho para piano titulado *Elila* (25), publicado por Alpha Music Corporation de New York, *Intermedio andaluz y zapateado* y *Tres preguntas*, para piano y orquesta.

La primera virtud de Mena es la inspiración. Sus composiciones son de una alabada sencillez, pero de gran belleza, también. Incorpora a su música nuestro folclor y así vemos como aparece en su suite *Recuerdos de infancia*, (grabado por la Sinfónica Nacional), que compuso en 13 partes, algunas canciones de rondas infantiles, la mangulina y el carabiné.

Con motivo de esta obra, Flérida de Nolasco le escribió una epístola al compositor donde le dice:

"Ha cogido usted de la boca del pueblo sus motivos, y, sin embargo, su creación es muy personal en el sentido de que ha trabajado sobreponiéndose a cualquier preocupación de orden ideológico y porque no ha tenido lo que llaman los versados en cierta sutileza del espíritu, 'el demonio del respeto humano', es decir, no se ha avergonzado, bajándose a recoger florecillas que otros orgullosamente pisan sin detenerse a mirarlas siquiera". (26)

JOSE DOLORES CERON (1897-1970), médico y abogado, además de músico, es autor de dos sentidos poemas sinfónicos que recogen el significado de sendas fechas

históricas.: *Enriquillo* y *Las vírgenes de Galindo*. También escribió una sinfonía y *Tres preludios*. (27)

En la generación de los nacidos en el siglo XX podemos mencionar a JULIO ALBERTO HERNANDEZ (1900), activo folclorista y autor de valsos ligeros, así como de una *Suite romántica* para orquesta. (28)

RAMON DIAZ (1900), clarinetista y fagotista de primera línea, autor de una suite orquestal titulada *Escenas bíblicas*, y también del poema sinfónico *Evocación* y la obertura *Hispaniola*.

LUIS RIVERA (1902) es un folclorista muy apegado a la forma, tal como podemos apreciar en sus rapsodias para piano y orquesta, la primera de las cuales se estrenó el 23 de septiembre de 1941, con la orquesta sinfónica y la pianista Elila Mena como solista. Para esta rapsodia Rivera hizo unas variaciones de un merengue y un aire de bolero. (29) También escribió un *Poema indio* para orquesta, barítono y narrador, ejecutado por la Orquesta Sinfónica Nacional el 29 de julio de 1942.

ENRIQUE MEJIA ARREDONDO (1901-1951) es el autor de una notable sinfonía de alta calidad musical. Tuvo egregios maestros, entre los que se cuentan José de Jesús Ravelo, quien le instruyó en armonía y contrapunto, Casal Chapí, en composición y Willy Kleinberg, ex director de la Orquesta Sinfónica de Santo Domingo y logró resonante éxito dirigiendo la Orquesta Sinfónica de México en el Palacio de Bellas Artes de aquella ciudad, con grandes elogios de la crítica. (30)

Su *Sinfonía en la mayor* ejecutada por la Orquesta Sinfónica Nacional el 22 de octubre de 1942, fue una revelación. Esta sinfonía fue escrita para exaltar la epopeya restauradora de 1863. Es en realidad un homenaje al Mártir del Cercado, Francisco del Rosario Sánchez. El primer movimiento, *tranquilo allegro con brío*, canta en tono marcial y soberbio, con claro predominio de los metales, la lucha del pueblo dominicano en la búsqueda de su emancipación de la impuesta tutela española. El segundo movimiento, *adagio molto andante*, se torna patético, en el canto continuado de los violoncelos, para recordar el fusilamiento de Sánchez y sus compañeros. El

tercero, tiene un ritmo de alegría en el *allegro scherzando*, con aires de nuestro folclor, como un recuerdo de las tradiciones y alegrías populares en los días de la anexión. Y el cuarto movimiento, *finale-allegro vivace*, es la exaltación de la victoria final.

Esta magnífica sinfonía, obra de alta calidad de un experto sinfonista, fue estrenada por la Orquesta Sinfónica de la N.B.C., bajo la batuta del maestro Frank Black, ocasión en la que el gran crítico de música Adolfo Salazar dijo: "Mejía Arredondo es, indudablemente, un maestro y su sinfonía, una de las más notables en su género en Hispanoamérica".

Su *Segunda Sinfonía, Luz*, dedicada a su madre, es de corte esencialmente romántico. Se inicia con una lenta introducción que atacan los violines a los que hacen contracanto las violas y los violoncelos, con respuestas de los contrabajos, para pasar al *allegro*. El segundo movimiento es el *andante cantabile* y el tercero: *scherzo molto allegro y allegro con brío*.

También Mejía Arredondo escribió un poema sinfónico que tituló *Renacimiento* en el que describe el catastrófico huracán del 3 de septiembre de 1930 y la ulterior reconstrucción de la Ciudad Primada.

El elemento folclórico es introducido por Mejía Arredondo en su suite de tres piezas *Evocaciones*, una de las cuales es *En el templo de Yocari*, que fue ejecutada por las orquestas de la N.B.C. y la C.B.S.

El estilo de este músico no es vanguardista sino tradicional, pero componía con absoluta seriedad y un altísimo concepto de los valores musicales.

NINON LAPEIRETTA DE BROWER (1907) fue discípula del maestro Casal Chapí y escribió música de cámara. Entre sus obras se destaca la *Suite Arcaica*, para cuarteto de cuerdas, que estrenó el Cuarteto Blech de Londres, el 27 de febrero de 1944.

También ha escrito *Dos caprichos* para instrumentos de viento. Tiene escrito, con texto del poeta Héctor Inchaustegui Cabral, una pieza notable para canto y orquesta, *Abominación de la espera*.

MANUEL DE JESUS LOVELACE (1871-19..) realizó estudios de música en Estados Unidos de Norteamérica (Conservatorio Peabody de Baltimore) y Francia. Es autor de la suite sinfónica *Escenas dominicanas*, pero se ha distinguido más como crítico musical, siendo asaz conocidos sus análisis del Oratorio *La muerte de Cristo*, de Ravelo.

Son especialmente folcloristas en sus producciones, Juan Francisco García y Rafael Ignacio.

Pocos dominicanos conocen la técnica de la composición como JUAN FRANCISCO GARCIA (1892-197..). Escribió cuatro sinfonías y una fantasía sinfónica. La primera sinfonía llamada *Quisqueyana*, fue estrenada por la Orquesta Sinfónica Nacional bajo la batuta del maestro Casal Chapí, el 21 de marzo de 1941. En esta sinfonía de tan sólo tres movimientos, los aires folclóricos se escuchan con magnificencia inesperada. El primer movimiento, *Lento no muy aprisa en tiempo de merengue*, presenta en la introducción una especie de *paseo*, que transcurre lento, hasta que irrumpe el *allegro*, con dos *merengues*, en los cuales aparece el *jaleo*. Al final del *lento*, el merengue se inicia con un canto de los violines, tema del *allegro*. El *lento* del segundo movimiento es el *andante de la media tuna*, donde esta arcaica melodía suena con insólita dulzura entretejida con otros aires folclóricos. El otro movimiento es el *rondó...* y así se describe este alegre final sinfónico: "después de la introducción libre, se inicia con el estribillo *Todas las mujeres tienen mala maña*, prosiguiendo con los cuplés formados con los cantos populares *Por ahí María se va* y *Más caracoles*, este último cantado durante las festividades de San Juan de la Maguana y Santiago de los Caballeros, cuando era costumbre esconder la imagen del santo, para que el pueblo emprendiera su búsqueda". (31)

Esta fue la primera composición sinfónica dominicana en la que se oyeron canciones populares.

Posteriormente García compuso la fantasía sinfónica *Simastral* y la *Fantasia concertante* para piano y orquesta, en las cuales no aparecen los temas criollos. La *Simastral* se ha escuchado en México, Italia y Estados Unidos.

Juan Francisco García ha hecho labor didáctica y tiene un folleto, *Panorama de la música dominicana*, que es una de las fuentes de consulta para este importante capítulo de nuestra cultura. Su arraigado dominicanismo lo llevó a incorporar nuestros aires vernáculos a la música seria. El lo explica así:

"Siempre tuve la tendencia a considerar con especial interés la música de color local expresada por las capas más humildes de nuestro pueblo, no sólo con el fin de introducirla en muchas de mis composiciones, dándole así relieve de artista, sino también para divulgar e infundirle estímulo a los músicos de categoría vernácula y a compositores académicos para que continuasen, unos cultivando la música nativa, los otros fijando su atención en ella con propósitos analíticos para su aplicación en obras de factura culta". (32)

RAFAEL IGNACIO (1897) ha sido calificado como compositor nacionalista, por la complacencia con que ha llevado nuestros aires al pensamiento egregio. Su obra más conocida es la *Suite folklórica*, dividida en tres partes: *Al son de los atabales*, *Canción bucólica* y *Zarambó*. (33)

He aquí las notas que el propio Ignacio escribió para su Suite:

"Primer movimiento: El primer movimiento, Al son de los atabales, es una danza ritual que se baila en las festividades del espíritu Santo en los campos del Cibao y del Este. En esta danza, que se canta y baila, predomina un marcado ritmo en los palos (atabales), persistente y gracioso en compás de 3/8.

Segundo movimiento: El segundo movimiento, Canción bucólica, está basado en melodías que se cantaban en noches de velación en las festividades de Nuestra Señora de las Mercedes. Entre los grupos usuales está el de la porfía amorosa entre mozas y mozos— sopranos y tenores—

donde dan soltura a sus endechas amorosas cantando lindas coplas; esta sentimental porfía la termina paternamente el Patriarca de la casa, que en esta partitura está representado por los bajos.

Tercer movimiento: El zarambó es una danza que se baila zapateando con un ritmo muy acentuado, haciendo el galán diversas figuras de cortesía a la dama insinuándole cómo debe bailar y requiriéndola de amores; ésta corresponde con donairoso coquetería, zapateando con gracia y esquivando los requiebros amorosos. Esta agitada danza se bailaba en los campos del Cibao hace varias décadas". (34)

·El maestro Ignacio tiene escrita una *Misa dominicana* y el zarambó *En la enramada*.

El impresionismo musical en la República Dominicana está representado por ENRIQUE DE MARCHENA (1908), escritor, diplomático y músico. Además de haber escrito obras musicales, a él se deben algunos muy bien ponderados juicios críticos sobre músicos y música. (55)

Su estilo es romántico con toques impresionistas. Además de numerosas piezas para piano escribió un poema sinfónico, *Arco iris*, que fue premiado en el Concurso Musical del Centenario de la República, en 1944. Escribió obras de gran importancia, tal un *Concierto para violín y orquesta*. Su *Suite de imágenes* en tres movimientos, donde emplea, muy estilizado, el folclor nativo, lo estrenó la Orquesta Sinfónica Nacional el 29 de abril de 1942. Tiene además escrito un *Concertino para flauta y orquesta*, una colección de *Preludios* para piano, que han sido grabados en discos gramofónicos y muchos trozos para piano, violín y violoncelo.

De Slonmsky copiamos:

"En 1943 realizó una jira de conferencias por los Estados Unidos. En su libro Del areito de Anacaona al poema sinfónico (1942), Marchena traza la historia de la música

folklórica en Santo Domingo desde los días de la legendaria reina Anacaona hasta la actualidad. La partitura orquestal de la Suite de imágenes de Marchena, figura en la Colección Fleitcher de Filadelfia". (36)

La música de vanguardia tiene su representante en MANUEL SIMO (1916), director de la Orquesta Sinfónica Nacional. Su maestro fue Casal Chapí y de él aprendió el manejo del contrapunto. Ha escrito muchas piezas para piano y una composición sinfónica: *Pastoral*.

Margarita Espaillat y Manuel María Miniño son dos jóvenes compositores de avanzada.

UN MAESTRO DEMAESTROS

Cuando ENRIQUE CASAL CHAPI (1909) llegó a la República Dominicana, como músico casi desconocido, su nombre evocaba el de su ilustre abuelo, Ruperto Chapí. Y eso tan sólo.

Venía desde Madrid, ciudad de su nacimiento, arrojado a nuestras playas por el trágico turbión de la guerra española —lo mismo que Constancio Bernaldo Quirós, el otro ilustre español que vino a enriquecer, con su acervo, nuestra patria y, como éste, penetró por Puerto Plata.

Había realizado estudios en el Conservatorio de Madrid, graduándose en 1936, después de haber recibido clases de composición de Conrado del Campo. Prestó su servicio al Gobierno de la República española, colaborando con los leales, circunstancia que le obligó a apurar la agria potación del exilio cuando el triunfo de Franco desató una caravana de fugitivos hacia tierras extrañas. Se dice que el viaje hasta la frontera con Francia lo hizo a pie.

Llegó a Puerto Plata el 21 de abril de 1940. Pero allí el ambiente le fue, no hostil —que nunca hubo en Santo Domingo hostilidad o desdén para el refugiado español— pero, por lo menos, indiferente. Y se explica: era un desconocido, un refugiado más.

Entonces se trasladó a la Capital, donde la música languidecía con los estertores agónicos de la Orquesta Sinfónica, que iba muriendo por falta de recursos.

Casal Chapí se puso en contacto con los músicos dominicanos, quienes de seguida empezaron a conocer la fuerza del genio y “escucha los últimos desalentados ensayos de la Orquesta Sinfónica de Santo Domingo, elogia la Sinfonía Quisqueyana de Juan Francisco García, y comienza a impartir clases a los músicos deseosos de perfeccionamiento, siendo su primer alumno Enrique de Marchena”. (37)

El ambiente musical se renueva. Casal Chapí ha causado verdadera conmoción. Los músicos dominicanos reconocen la superioridad del joven español que con gran dinamismo derrama torrentes de didactismo musical. Pero hay algo más: viene de la Europa revolucionaria, donde los movimientos musicales de vanguardia (atonalismo, disonancias, etc.) están en pleno furor triunfante.

“Enrique Casal Chapí —dice Rueda— escandaliza a los más viejos, para quienes sus partituras eran extraños jeroglíficos inejecutables, a pesar de que él, bastante buen pianista, las ejecutaba sin mayores esfuerzos. Para los que conocían dichas partituras, aquellas audiencias plagadas de disonancias y de textura contrapuntística, constituían un enigma y en ciertos corrillos se aseguraba que tales extravagancias no podían caber en el pentagrama. Sin embargo y analizadas desde nuestra posición actual, las composiciones del maestro español son relativamente conservadoras dentro de las nuevas tendencias y el uso de técnicas que causaron escándalo y asombro a comienzos del siglo es en extremo sobrio y moderado”. (38)

El 5 de agosto de 1940 es nombrado director de la Orquesta Sinfónica Nacional, ya con apoyo del Gobierno, con beneplácito de todos. Le imprime dinamismo al conjunto y fuerza interpretativa. Los músicos van poco a poco

descubriendo un mundo de posibilidades en los instrumentos. Mientras va afinando la orquesta, Casal Chapí alienta a los músicos para escribir composiciones, culminando esta actividad con el primer concierto de la nueva Sinfónica Nacional, el 23 de octubre de 1941, con ocho piezas de otros tantos compositores dominicanos, que incluía una sinfonía, una rapsodia y una suite.

Su salida del país, movido por otras urgencias, fue un golpe para la música dominicana. Fue el maestro de todos y el amigo.

El 30 de noviembre de 1942 estrenó una *Obertura* que compuso al estilo de vanguardia, notable por su maestría técnica.

INTERPRETES.

Durante mucho tiempo la desaparición de los teatros "La republicana" y "el Colón" fue causa de desaliento para buenos cantantes que como Susano Polanco, Manuel Hernández y Julieta Otero Damirón debieron sentirse frustrados en un ambiente huérfano de las manifestaciones del teatro lírico. Al fin la construcción del Teatro Nacional, moderno y elegante, ha puesto de relieve las altas calidades vocales de nuestros cantantes. Aun así, desde el pasado siglo se ha notado una gran inquietud entre nuestros vocalistas por exaltar los espectáculos líricos.

Entre nuestros cantantes, algunos incorporados a la vida social, había quienes sólo cantaban en ocasiones especiales, perdiéndose, para la fama, muchos auténticos valores de nuestro país.

En un concierto efectuado el 18 de noviembre de 1855, la Sociedad Filarmónica preparó un programa lírico musical que se inició con uno de los ya famosos vales de Straus y continuó con un concierto de Rode, interviniendo el tenor Arístides Bonelly (que era también compositor de canciones) y el barítono Fermín Bastidas. Este último cantó una de las arias de "El barbero de Sevilla", en tanto que Bonelly la emprendió nada menos que con el aria final de la ópera *Lucía de*

Lammermoor, aquella en la que Edgardo, en el cementerio del condado, ve llegar el cortejo fúnebre de Lucía, y se suicida.

Bonelly también cantó la composición *Lamentos*, con música suya y letra de Manuel de Jesús Heredia. En el mismo concierto el violinista José Agüero ejecutó las variaciones de *El carnaval de Venecia*.

Este mismo Fermín Bastidas aparece en otro concierto, el 12 de octubre de 1856, cantando el *Largo al factotum* de la ópera de Rossini "El barbero de Sevilla".

En concierto ejecutado por el virtuoso alemán, el violinista Luis Moeser, intervino también el tenor Arístides Bonelly, y en la crónica de "El Progreso" de Santo Domingo, fechada 12 de junio de 1853, le dedican el siguiente párrafo:

"El joven Arístides Bonelly, invitado por varios amigos, se puso al piano después de terminada la función y cantó La favorita, con voz tan tierna que penetraba hasta el alma y la llenaba de una dulce melancolía. A cada instante era interrumpido por estrepitosos aplausos, quedando el auditorio sumamente complacido de la condescendencia y de las buenas disposiciones que manifiesta para el canto este joven aficionado". (39)

Otros dominicanos se han destacado por su voz. La afición se inclina por proclamar el primero a Eduardo Brito (40), famoso por su cálida voz de barítono, diáfana, natural, sin artificio. Después de triunfar en los escenarios antillanos y estadounidenses con canciones populares de todo género, se fue a España, y en Barcelona ganó fama cantando, con admirable disposición artística, zarzuelas. Principalmente se le recuerda en la ciudad colonial por su impecable interpretación del indiano en la zarzuela del maestro español Jacinto Guerrero, *Los gavilanes*. En Viena y otras ciudades europeas conmovió a las muchedumbres con sus interpretaciones de operetas. Otro cantante de la época, Antonio Mesa, gozaba de admiración por su timbrada voz de tenor, aterciopelada y melodiosa. Malgastó sus dones cantando canciones y boleros en un conjunto popular

(41). Un día, mientras cantaba una romanza, que se grababa, el Director de la empresa, el maestro Lacalle, ordenó que en lo adelante, se le calificara como tenor en el sello de los discos.

Salvador Heredia fue un barítono formado en la Scala de Milán, que oímos en muy pocas oportunidades.

Pero nosotros entendemos que la voz más depurada entre nuestros cantantes es la del tenor Rafael Sánchez Cestero, un verdadero maestro que se distinguió en los teatros de Estados Unidos por sus interpretaciones operáticas, especialmente en el Alfredo de Germont de *La traviata*. Sus esfuerzos por montar óperas en el país fueron ímprobos, pues tuvo que luchar, en ausencia de un teatro, con la dejadez, y aun lá hostilidad, del medio; pero no obstante esto, logró magníficos montajes de *La traviata* y *Caballería rusticana* (42).

Otra gran voz es la de doña Julieta Otero Damirón, privilegiada por obra de los dioses. Su voz alcanzaba modulaciones solamente comparables a las de una Renata Tebaldi.

En la interpretación de la *Novela Sinfonía* de Beethoven, bajo la dirección de Casal Chapi en el 1944, figuraron como solistas: Gloria Mieses, soprano; Luisa Mieses de Panochia, mezzo soprano; Rafael Castro Félix, tenor, y Manuel Hernández, barítono.

Napoleón Dhimes —tenor dramático de dulcísima voz— ha cantado en conciertos magníficos, arias de “Aida” y “Rigoletto”, de Verdi; de la “Cavallería Rusticana” de Pietro Mascagni, y “La bohemia” y “Madame Butterfly” de Puccini.

Teresa Montes de Oca es una cantante de coloratura, con buenas actuaciones en la Scala de Milán; ha cantado entre nosotros arias de “La Bohemia” de Puccini, de la “Carmen” de Bizet, la “Aida” de Verdi y *Cantares* de Turina.

Aida Lugo Caamaño, mezzosoprano, cantó *Oración de la novia*, del músico dominicano Manuel María Miniño, acompañada por una orquesta de cuerdas que el propio autor dirigió.

Sánchez Cestero estrenó con su gran voz de tenor *La abominación de la espera*, de Ninón Lapeiretta y letra del poeta Héctor Inchaustegui Cabral.

En otro concierto memorable cantaron arias de *El Mesías*, de Haendel, la soprano Olga Azar; la mezzo soprano de voz excepcional, Ivonne de Haza y el tenor Arístides Inchaustegui.

Entre las voces que hoy se destacan, y que bajo el impulso de Arístides Inchaustegui imponen las canciones y romanzas dominicanas, vamos a mencionar a: Arístides Inchaustegui, tenor, de una tersa voz y gran potencia a pesar de su mélica dulcedumbre. Su talento le ha llevado a sostener un programa de música de los grandes maestros, de carácter educativo, donde hace sabias y orientadoras explicaciones y divulga grabaciones de las mejores voces del mundo. A él se le deben los más grandes esfuerzos por imponer la música vocal dominicana. Henry Ely, tenor lírico de bellísima voz, a la que une sus facultades histriónicas, que hacen de él un magnífico actor. Frank Lendor, barítono con un grave profundo, y buen actor en el movimiento operático y Fausto Cepeda, uno de los grandes barítonos que ha tenido nuestro país.

Entre los destacados solistas dominicanos son dignos de mención: los violinistas Gabriel del Orbe, Carlos Manuel García, Morito Sánchez, América Sánchez, Luis Beltrán, Sully Bonelly, hijo; Pedro Ravelo, Petronio Mejía, Luis Rivera, María Eloísa Espaillat, Nidia Miseses, Carlos Piantini, Jacinto Gimbernard, Florencio Reyes, Generoso Núñez y Julio de Wind Pichardo.

El más destacado de todos como concertista lo fue GABRIEL DEL ORBE (1882-19..) el cual se inició como niño prodigio que a muy temprana edad iba por los pueblos de nuestra patria dando conciertos que eran verdadera sensación, por su técnica y dominio del instrumento. Niño aún, fue condecorado en Venezuela. Sus aptitudes asombrosas decidieron al Gobierno dominicano que entonces presidía el General Ramón Cáceres, a otorgarle una beca para realizar estudios en el Conservatorio de Leipzig. Fue su profesor, entre otros, Henry Maltot. Terminados sus estudios con altos galardones, se dedicó a dar conciertos que fueron medrando su

fama. Además de excelente violinista, Del Orbe fue un fecundo e inspirado compositor que escribió numerosas obras para violín y piano, así como 30 canciones con versos del poeta Fabio Fiallo.

Morito Sánchez fue un temperamental violinista que dominaba a perfección la técnica de este instrumento, pero, paradójicamente, nunca tomó muy en serio la música ni le importó cabalgar en pos del éxito. Su dejadez posiblemente frustró a quien estaba destinado a ser uno de los primeros violinistas de nuestro país.

Otros, como Luis Beltrán, Pedro Ravelo y Petronio Mejía, aunque no son concertistas, toman muy en serio la música, siendo destacados violinistas orquestales.

En las nuevas generaciones, dos que fueron niños prodigios han saboreado la miel del triunfo por su mantenida dedicación a la difícil práctica del violín: JACINTO GIMBERNARD, concertino de la Orquesta Sinfónica Nacional y gran divulgador de la música seria a través de su programa *Música de los grandes maestros* (43) y CARLOS PIANTINI, triunfador en escenarios internacionales. Se ha dedicado últimamente a la dirección de orquesta, y ha sido director huésped de algunas de las mejores orquestas del mundo.

Entre los flautistas: Bienvenido Ravelo, Pedro Echavarría Lazala, Alfonso Aguayo, Manuel Pla Cocco y Perfecta Pérez.

BIENVENIDO RAVELO forma parte de la constelación de los Ravelo, que han sentido siempre gran pasión por la música. Para él la flauta era una entretención, y sólo tocaba en orquestas, pero lo hacía tan impecablemente que concitaba admiración. En cambio, Pedro Echavarría Lazala (1892-19..) ha sido considerado el primer flautista dominicano y dominó de tal manera el instrumento, que se le llamó el *Ruiseñor dominicano*. Su fama fue internacional y en muchos salones de América se presentó como solista de afamadas orquesta.

Entre los clarinetistas son destacables Julio Monción, José María Bustamante, Miguel Angel Ravelo y Federico Camejo.

MIGUEL ANGEL RAVELO, tuvo fama de poseer una embocadura tal, que le permitía hacer fáciles los pasajes más

difíciles. En cambio, Bustamante es considerado el primer clarinetista dominicano actual por el timbre dulce y firme que la arranca a este instrumento.

Los oboístas más destacados del país, Generoso Castillo y Francisco Bello Cairo pertenecen a las últimas promociones de ejecutantes. Entre los grandes trompetistas: Emiliano Espinal, José Feliú y Juan Francisco García, el más destacado de todos, a pesar de que dejó la ejecución para dedicarse a la composición.

Entre los bombardinistas: Gabriel del Castillo, Pedro Bustamante, Rafael Veloz, Luis Cristian y Bruno García.

EMILIO ARTE y RAMON GUERRERO son los magos de la guitarra de concierto. Arté fue el primer virtuoso en este instrumento, y paseó su arte de concertista por muchos países de América. Guerrero aunaba a la habilidad, la delicadeza, pero no hizo de su arte su régimen de interés, por lo cual pocos públicos gozaron de su virtuosismo.

Entre los violoncelistas podemos mencionar a Cándido Castellano, Manuel Mará del Orbe, hijo, y Juan Francisco García.

CANDIDO CASTELLANO merece párrafo aparte en estas notas. Aunque no era dominicano, vivió en nuestro país una larga etapa de su vida y aquí murió. Se había graduado de violoncelista y violinista en el Conservatorio de Madrid. Fue maestro de numerosas generaciones de dominicanos y fundó la primera Orquesta Sinfónica Nacional. Entre sus discípulos podemos mencionar a Luis Beltrán, violinista; al también violinista Víctor Benjamín Pichardo; el violista Ernesto Leroux y los violinistas Petronio Mejía y Luis Cernuda, este último también guitarrista.

La más densa constelación de ejecutantes la vamos a encontrar entre los pianistas. He aquí una lista muy reducida de nuestros virtuosos del piano: Manuela Jiménez (hija de dominicano y alemana), graduada en Berlín, excelente pianista y profesora de una buena copia de nuestros ejecutantes del piano. José Ovidio García Vilá, a quien se le considera en Santiago de los Caballeros un virtuoso del piano (como su hermano Carlos Manuel García Vilá lo fue del violín), y quien

viajó por algunos países de América dirigiendo orquestas de teatro; Enrique Zafra, Mercedes de Zeller, Josefa Vidal, Flérida García, Blanca Mieses, Fe Messina, Patricia Sánchez, Julio Alberto Hernández, Matilde Espailat Carrón, Elila Mena, una de las más delicadas virtuosas del piano en nuestro país, condición que legó, aun sahumada, a su hijo Oscar Luis Valdez Mena; Mary Siragusa, Vicente Grisolia, uno de los más sobresalientes y modestos; Aida Bonelli, René Rodríguez, Carmen Tavarez, Manuel Rueda, polifacético, excepcional, virtuoso, grande en todo, y, por último, FRANCISCO AYBAR LEPERVANCHE, joven pianista de increíble habilidad de ejecutante, que triunfa ruidosamente en todas las latitudes.

No podemos poner punto final a estas notas sin mencionar a la bellísima arpista Mirla Salazar, admirable por la elegancia de su arte.

NOTAS DEL CAPITULO XXXV

(1) De Cristóbal de Llerena decía el Arz. López de Avila, en carta que enviara a Felipe II en 1588: "Hombre de rara habilidad porque sin maestro lo ha sido de sí mismo y llegado a saber tanto latín que pudiera ser catedrático de prima en Salamanca, y tanta música que pudiera ser maestro de música en Toledo".

(2) Se les llamaba en los siglos pasados "música de tecla y voz", a los que eran cantantes y organistas. Algunos eran sólo organistas, otros sólo cantores.

(3) Juan Francisco García. "Panorama de la música dominicana". Opusc. Santo Domingo. 1947.

(4) La lista que reproducimos es de Rodríguez Demorizi, quien a su vez dice tomarla del Padre Utrera. Algunos figuran en "La música en Santo Domingo y otros ensayos", de Flérida de Nolasco.

(5) Charles Mackenzie. "Notas sobre Haití". 1830.

(6) Julio Alberto Hernández. "Album musical". Santo Domingo. 1927.

(7) Ob. cit.

(8) Julio Alberto Hernández. "Música y músicos de hoy". Madrid. 1929. Capítulo "El problema de América: indigenismo y europeización". Citado por Pedro Henríquez Ureña.

(9) De la opereta "Eva" se hizo el himno de combate del equipo de beisbol Licey.

(10) De la reseña de los funerales del Arz. Valera, dice, el Padre Regalado: "Mi capilla de música ejecutó en este día, con admirable destreza, la famosa misa de Requiem, composición del Sr. Mozart, y una "sequentia de difuntos" en extremo tierna.

(11) Estaba situada en la calle de El Hospital, hoy Las Mercedes.

(12) E. Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(13) En el mismo artículo de Eugenio Perdomo hay el siguiente elogio para Juan Bautista Alfonseca: "Y en efecto, los imparciales de todos los países conocen y admiran el gran mérito de la "Obertura a grande orquesta", composición lírica del Sr. J. B. Alfonseca, y el "Vals de Estrada" compuesto por el joven S. Marcelo.

(14) Manuel Rueda. "Una mirada retrospectiva". En la Memoria de los 25 años de la Orquesta Sinfónica Nacional. Santo Domingo. 1956.

(15) Generalmente sus conciertos se celebraban los lunes, pero la orquesta ensayaba hasta los domingos después de misa, en casa de su director García.

(16) Petronio Mejía, ulteriormente, rechazó la tesorería.

(17) Los socios fundadores fueron: Cándido Castellanos, Petronio Mejía, Roberto Mejía, Ernesto Leroux, H. García Alardo, Guillermo Jiménez, Ninón Lapeiretta de Brower, Manuel Veloz Rivas, León Herrera, Enrique S. Mejía, Enrique de Marchena hijo, Viriato Alberty, Julio A. Hernández, Jaime Marchena, Guido Despradel Batista, Freddy Coronado, Francisco Carvajal, Héctor Ricardo, Bolívar Núñez, Prudencia Baquedano, Guillermo Piantini, Alcides Pérez y José Defilló.

(18) M. Rueda. Ob. cit.

(19) "El maestro Casal Chapí ofreció 39 conciertos, en 11 de los cuales compartió la dirección con el subdirector, maestro Enrique Mejía Arredondo. El maestro Eisenberg dirigió 41 conciertos, compartiendo la dirección el subdirector Mejía Arredondo en 7 de ellos.

Enrique Mejía Arredondo dirigió 14 conciertos, más 18 en los que compartió la dirección con los maestros Enrique Casal Chapí y Abel Eisenberg.

El maestro Roberto Caggiano estuvo en el podio en 106 conciertos. Manuel Simó, como director interino, en 4 conciertos; como subdirector en 17 y como titular en 83, hasta la fecha. Total 100. Más la ópera Cavallería Rusticana, grabada para ser presentada por Radio Televisión Dominicana", Manuel Rueda. 1966.

(20) N. Sloninsky. Ob. cit.

(21) He aquí la lista exhaustiva que nos da Juan Francisco García: "Se destacan algunos concertistas, solistas y cantantes, entre los cuales adquieren brillante sonoridad, Gabriel del Orbe, Carlos Manuel García, Morito y América Sánchez, Luis Beltrán, Sully Bonelly, hijo, Pedro Ravelo, Petronio Mejía, Luis Rivera y María Eloisa Espaillat, violinistas; Bienvenido Ravelo, Pedro Echavarría Lazala, Alfonso Aguayo, Perfecta Pérez, y Manuel Pía Cocco, flautistas; Julio Monción, José María Bustamante, Miguel Angel Ravelo y Federico Camejo, Clarinetistas; Emiliano Espinal, José Feliú hijo y Juan Francisco García, cornetista; Gabriel del Castillo, Pedro Bustamante, Rafael Veloz, Luis Cristián y Bruno García, bombardistas; Floripe Mises, Julieta y Belisa Otero, Rosa de Nouel Henríquez, Susano Polando y Narciso Alonso, cantantes; Emiliano Arté, guitarrista; Rafael Almánzar, mandolinista; José Ovidio García, Enrique Zafra, Mercedes C. de Zeller, Josefa Vidal, Férida García, Blanca Mises, Fe Messina, Patricia Sánchez, Julio Alberto Hernández y Matilde Espaillat Carrón, pianista; Cándido Castellanos, Luis Roig, Manuel María del Orbe hijo y Juan Francisco García, violoncelistas". Ob. cit. A esta lista pueden agregarse algunos nombres como el de Puján, un extraordinario flautista, ya desaparecido, que fue considerado virtuoso de este instrumento en los principales salones de Europa, etc.

(22) Esta historia se la oí al patólogo Mario Ravelo Barré, lo que confirma su verdad.

(23) La misma fuente de la nota 22.

(24) Luchó en la revolución de 1817 y fue herido siete veces.

(25) Nombre de su hija Elila Mena, una magnífica pianista que legó sus virtudes de ejecutante a su hijo Oscar Luis Valdez Mena.

(26) Carta personal al compositor.

(27) Es autor de la música del Himno de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, con letra de Mariano Lebrón Saviñón.

(28) Pocas canciones son tan bellas y de tan delicadas melodías como la "Serenata en la" del prof. Julio Alberto Hernández.

(29) El merengue "Compadre Pedro Juan" de Luis Alberty y el boletó "Maibá" de Diógenes Silva.

(30) Entre otros han elogiado la obra de Mejía Arredondo: Adolfo Salazar, Otto Muyer Serra, Rodolfo Hulffer, Manuel Medina Alvarado, Salomón Kaham, José Barrios Sierra y otros...

(31) Elila Mena, Catálogo de la grabación.

(32) Ibid.

(33) Fue escrita originalmente para banda, en 1939, con el título de "Quisqueya lírica"; en 1941 hizo su versión a orquesta y posteriormente le adaptó el coro.

(34) Citado por Elila Mena.

(35) Fue durante mucho tiempo crítico de arte del "Listín Diario" y ha escrito ponderados artículos acerca del folclor dominicano.

(36) Ob. cit.

(37) M. Rueda. Ob. cit.

(38) Ob. cit.

(39) Citado por E. Rodríguez Demorizi.

(40) Su verdadero nombre era Eleuterio Brito. Eduardo era su nombre artístico.

(42) Las óperas que se presentan actualmente en el Teatro Nacional se escenifican en grande. En ellas alternan nuestros cantantes con los internacionales.

(43) Jacinto Gimbernard es, además, escritor e historiador.

CAPITULO XXXVI

MOVIMIENTO PICTORICO EN LA REPUBLICA DOMINICANA.

INFLUENCIAS Y CREACIONES



TODO lo que pueda decirse de la pintura dominicana debe referirse al siglo XX. No tenemos una tradición plástica anterior.

El arte taíno fue algo que no trascendió: sus toscas tallas tienen valor meramente histórico.

Por otra parte, los españoles de la colonia apenas nos dejaron algo que podríamos decir influyente en las corrientes plásticas del país.

Cuando en septiembre de 1943 tuvo lugar la primera exposición de Eugenio Fernández Granell, el atormentado español que convivió con nosotros, hubo un desconcierto casi general que culminó en una explosión hilarante. La beocia rió a mandíbulas batientes; los más conservadores se conformaron con un imperceptible remilgo, mientras otros grupos —los de siempre— estallaron en una sarta de improperios soflamados de indignación. ¿Y por qué todo esto? Porque era la primera exposición pictórica novedosa que se hacía en el país por un largo lapso (1); porque el pintor que traía el alma desgarrada por una lacerante angustia, de un humano dolor desesperante, la había abierto dejando que de ella brotaran todos esos informes materiales de dolor y hermosura que poblaron los meandros de sus ríos oníricos (2). Fernández Granell descubría a los ojos expectantes un nuevo mundo de color y misterio, deformado

por un temblor incontrolable, pero de indudables bellezas. Y una amaurosis de incomprensión lo dejó solitario y rebelde en ese enriquecido orbe de su fantasía.

Mas, cuando alguien dijo: "Lo malo del arte modernista es que desconcierta al público, el cual no sabe qué cuadros comprar después"; él respondió: "Veamos: eso no es lo malo del arte, eso es lo malo del negocio. (Lo dicho en cuanto a lo primero). En cuanto a lo segundo: nada desconcierta al público; el público ya está desconcertado; por eso es público". (3)

Porque, y todavía escuchamos a Granell:

"No es misión de la música reproducir en la orquesta los sonidos confusos y atrabiliarios que pueblan el cotidiano vivir. Esos sonidos ya están producidos sin necesidad de orquesta. Por eso, reproducir la naturaleza —sean pinos o narices— no puede ser tampoco misión de la pintura, tan arte como la música. Igual que aquélla, ésta tiene por objeto la invención". (4)

Llegamos el quid de la cosa: la invención. La palabra es bien fea; llamémosle mejor la creación.

Años antes se había levantado una voz, la de Pedro René Contín y Aybar, quien había dicho desde la tribuna del Ateneo Dominicano:

"Por regla general las personas creen que el arte es algo para deleitarles. No consideran que un artista realice una labor de educación, una labor de verdad, una labor fecunda. Creen, objetivamente, en un arte fácil, ligero, muy de acuerdo con sus pasioncillas, con el pequeño alcance de sus cerebros no ejercitados. Suponen que un artista es quien los divierte, quien trae el regalo de una lámina, de una cancioncita, de un biscuit, a sus moradas, para regocijo de sus cabezas a pájaros, fritas con tonterías de toda intención y atiborradas de falsos conceptos. No realizan en ellos la razón del artista. Quiero decir, o le tienen como a loco o se figuran que no es sino cuando hace

cosas que a ellos les parece bien. Desde este punto de vista, no se recibe, entre nosotros, por ejemplo, la pintura de un Jaime Colson, ni la música de un Andrejullo Aybar, ni la filosofía de un Osvaldo García de la Concha". (5)

Es con este criterio con el que el público va a las galerías de Bellas Artes, buscando en cada cuadro lo anecdótico, la evocación de un momento de su vida en dos rostros que se besan o la excitación gastronómica en el pez frito o la gallina colgante del bodegón.

Hace poco tuvo lugar en la Galería Nacional de Bellas Artes una exposición de unas magníficas copias del Greco. (6) Unos se detenían frente a un cuadro y después de mirarlo, observaban: "¡Oh, qué bello! ¡Que hermoso! ¡Cuánto color!" "¡Qué genio!", exclamaba otro con visibles aspavientos. Colson trataba de explicarnos, con términos sencillos, la depurada técnica y los problemas de estética que había resuelto el magnífico pintor cretense en *El entierro del Conde de Orgaz*. Como llegara un crítico, lector de catálogos, y le interrumpiera para explicar: "En ese cuadro están pintados algunos de los personajes célebres de la época: el de allí es Cervantes, el de acullá Cellini, el mismo Dominico Theotocopuli se autorretrató, mírelo, es aquél que mira de frente..." etc.; nos alejamos, dejando al critiquillo en su facundia histórica, en tanto que el distinguido pintor nos decía:

"Nunca se dicen tantos disparates como frente a un cuadro. La gente se ha hartado de hablar de la sonrisa de la Gioconda y no hay tal sonrisa. Grandes multitudes han desfilado por el Louvre para ver esa sonrisa, y pocos se han fijado en lo mejor: en el maravilloso paisaje del fondo, en las magníficas manos, en el óvalo facial perfecto. ¿Qué sonrisa? En su boca está sólo el sello de Leonardo que se encuentra en todos sus cuadros. Tanto se pedanteó con la sonrisa de La Gioconda, que le tomé aversión al cuadro. Pero un día me detuve a observarlo y encontré esas maravillas: el sello inconfundible de la personalidad de

Leonardo da Vinci, en todo menos en la decantada sonrisa". (7)

El verdadero pintor no es el que nos da trozos convencionales de una naturaleza deformada; si no transmite algo de su alma, si no magnifica la naturaleza que copia y si no lleva un mensaje de eternidad, es obra perdida. *La vaca* de Mirón se extraviará en el rebaño y las *uvas* entre los picos de los gorriones. Aludimos al cuentecito de la célebres cerezas, tan bien pintadas que atrajeron a los pájaros: "¿Acaso no demuestra este hecho que las cerezas están bien pintadas?". "De ninguna manera —respondió Goethe—. Más bien puede significar que aquellos inteligentes animalitos eran unos verdaderos gorriones". (8)

Ya lo saben. Sean para los gorriones las cerezas de púrpura; para los artistas, la pintura.—como la poesía y la música— es la consolación de un estado de gracia, de un momento estelar. Ante Van Gogh decía Gauguin: "La pintura es un arte para consolar los corazones maltrechos".

Y todavía Van Gogh:

"Imaginaos que estoy pintando el retrato de un amigo mío, un artista agitado por grandes sueños, que trabaja como canta un ruiseñor, porque ello está justamente en su naturaleza. Este hombre ha de ser rubio. Y he de poner en la pintura todo el afecto que yo siento por él. Al principio lo pinto como es, tan firmemente como me resulte posible; esto no es más que el comenzar. Con ello no queda la pintura terminada. Después comienzo a colorear arbitrariamente. Exagero el rubio del cabello; le pongo cromo, anaranjado, un amarillo limón mate. Detrás de la cabeza, en vez de la trivialidad de la pared, pinto el infinito. Hago un fondo simple con el azul más vivo que puedo, el más fuerte que la paleta pueda procurarme. Por esta sencilla superposición, la rubia cabeza luminosa sobre el rico azul del fondo aparece tan llena de misterio como una estrella sobre el éter oscuro". (9)

La pintura dominicana moderna está a la altura de los tiempos. Todas las escuelas de vanguardia han repercutido aquí con más o menos fuerza.

Puede decirse que la pintura en la República Dominicana se caracteriza por un predominio de lo abstracto y universal. La ausencia de figuraciones o anécdota en gran parte de nuestra pintura nos obliga a caminar con tiento en el momento de valorarla. Pero fuerza es ponderarla en su justo valor.

“Si la Naturaleza es una hipótesis”, según el entender de Duffy, que cada quien se recree con ella a su antojo siempre y cuando dé su irrealidad magnificada. Grunewald confería a sus Cristos doble estatura sobre los demás personajes y con ello daba notación de la grandeza del Hombre-Dios.

¡Crear! A despecho de todo y más que nada de la crítica.

Esta liberalidad, de espaldas siempre a una tradición pictórica, este mantenido afán de novedades, ha estado a punto de dar al traste con muchos talentos que pudieron haber intentado modos mejores para sus creaciones.

ESCUELAS PICTORICAS

Uno de los primeros pintores dominicanos de quien se tiene noticia es ALEJANDRO BONILLA (1820-1901), tímido con el color y con el dibujo, pintor de cuadros patrióticos —como el sueño de Duarte, con un Padre de la Patria pintado sin modelo, con el sólo evocar de sus recuerdos— que fue un astro solariego y pobre en la noble pasión creadora.

Detrás de él viene LUIS DESANGLES (1862-1937) y detrás, LEOPOLDO NAVARRO, apasionado europeizante, de cuadros cargados de romanticismo dentro de las corrientes tradicionales. Desangles, por su parte, muestra una tendencia más bien impresionista.

Ninguno de estos tres precursores dejó escuela ni allegó, siquiera, discípulos.

ENRIQUE GARCIA GODOY, creador de una obra de soledad en el apartamento de La Vega, fue, en cambio, el

primer instructor de Darío Suro, un coloso del arte pictórico dominicano.

El primer artista que deja una obra de perfiles nacionales, es ABELARDO RODRIGUEZ URDANETA (pintor, escultor, dibujante y fotógrafo). Firme en el dibujo, sus paisajes parecen europeos. Están pintados con gusto, con pasión; milagro del amor creador, porque fue un autodidacta. Alguna vez se le consideró el mejor fotógrafo del país. Era la época del retoque y manejaba el lápiz con gran habilidad.

Como escultor ha producido dos de las obras de perennales vigencias en el país: una de ellas es el *Caonabo encadenado*. En esta vigorosa escultura aparece el cacique rebelde de pie, en cadenas, con un gesto pugnaz de cólera dolorosa. Las líneas de su musculatura son recias y la escultura, de tamaño heroico, es una verdadera obra de arte. La otra escultura se llama *Uno de tantos*; es un guerrillero herido en el suelo, medio incorporado, con la mano en el pecho ensangrentado y el fusil en el suelo. (10)

Aunque Abelardo Rodríguez Urdaneta fue un maestro, sus discípulos desmayaron, no persistieron en el esfuerzo, de modo que no se vieron los frutos de su cosecha didáctica. (11)

La primera maestra en arte pictórico fue CELESTE WOSS Y GIL, y, casi junto con ella, se formó en La Vega otra escuela que dirigía Enrique García Godoy.

Discípulos de Woss y Gil fueron: Elsa Grunning, Gilberto Fernández Diez y Delia Weber. Mientras tanto, en Santiago, hacen obras de tipicismo criollo, Federico Izquierdo y el más alto representante del criollismo pictórico: Yoryi Morel.

De los primeros en hacer pintura de vanguardia —ausente Colson en Europa, donde realiza una obra de valores imponderables—, aun antes de que el revolucionario español Fernandez Granell realizara su exposición surrealista, es Darío Suro, personaje principal, junto con su hermano, el poeta Rubén Suro, del grupo de Los Nuevos, de La Vega.

Aquél realiza obras de insólitas audacias para la época y su ambiente. Sus *Caballos bajo la lluvia*, su *Autorretrato* con un insecto en la facies, no sólo asombran por sus revolucionarias

concepciones, sino que auguran una evolución que es confirmada a su regreso de México, donde sus contactos con los grandes creadores de la pintura hispanoamericana le imprimen a su obra un hondo contenido indigenista. Suro, aunque joven, tenía entonces, como ahora, una impresionante personalidad. Su ejemplo va a alentar a todos los pintores de su generación.

El gran impulso, sin embargo, que recibieron las artes plásticas en Santo Domingo, se debió a la creación de la Escuela Nacional de Bellas Artes, aparecida en momento en que se encontraba en el país una buena copia de connotados artistas europeos que el turbión de la guerra había arrebatado de sus lares, llegando, en penoso peregrinar, a nuestras playas. Esos profesores fueron: el gran retratista austríaco George Hausdorf y el notable pintor hispano, de arte abstracto, José Gausachs. Junto con ellos también impartieron enseñanza, Ernesto Lothar, José Fulop, Manolo Pascual, Antonio Prats Ventós y José Vela Zanetti.

Fue providencial la presencia en el país de estos artistas, porque ellos desbrozaron las malezas, abriendo trochas para nuevas aventuras revolucionarias, trayendo aires de todas las renovadas tendencias posibles en las realizaciones plásticas.

Esta Escuela de Bellas Artes fue la verdadera impulsadora de las nuevas generaciones de artistas que formaron en aquella década del 40 una verdadera constelación de grandes pintores.

PINTORES MODERNOS DOMINICANOS

En un primer plano, presidiendo una primera constelación, vamos a encontrar a Jaime Colson y Darío Suro.

En un segundo plano, proveniente de la influencia decidida de Suro, en parte, y perfeccionados en la Escuela Nacional de Bellas Artes, vamos a encontrar a Yoryi Morel, Gilberto Hernández Ortega, Alvarez Delmonte, Clara Ledesma y Marianela Jiménez.

En un tercer plano, aunque casi contemporáneos de los anteriores: Noemí Mella, Silvano Lora, Eligio Pichardo, Domingo Liz y Rafael Faxas.

Y, por fin, en un último plano, los más jóvenes al concluir la década del 50: Elsa Di Vanna, Peña Defilló, Mariano Eckert, José L. Alvarez, Aida Roques, Liliana García y Paul Giudicelli.

Cándido Botello, Nidia Sierra, Guillo Pérez y Aquiles Azar, forman otro grupo que merece especial atención.

De todos los mencionados, el maestro indudable es el mago del *neo humanismo*, esto es, JAIME COLSON.

Comentando la exposición de Colson en México, (12) en 1936, Xavier Villaurrutia, después de invitar a los pintores mexicanos a aprovechar "la preciosa oportunidad de recibir, de cuerpo presente, esta lección de desnudo, de probidad, de ordenación" que ofrece Jaime Colson, apunta:

"En las figuras de otros pintores —desde los primitivos— hay un instante de reposo, algunas veces mórbido... en las figuraciones de Colson el reposo es inviolable". (13)

Pero lo que es quietismo, estática plasmación en ciertas figuras de su arte *neo humanista*, tórnase dinámico, móvil, inquietud de inesperado temblor en su *cubismo*, al que vuelve de vez en vez.

Colson vivió con hondura de vida, las diferentes etapas de transformaciones pictóricas, desde la época del cubismo hasta nuestros días. Con fuerza creadora indudable, sintió las diversas influencias impresas en su obra, no transicionalmente, sino con plena conciencia. Así, una colección de sus obras nos presentaría el panorama global del drama maravilloso de la pintura, hasta su síntesis de hoy, esencialmente *neohumanista*, es decir, el final de su búsqueda angustiante, su cima creadora.

El hombre, desde la infinitud del tiempo, ha querido volcar sus emociones exteriorizándolas en la inerte quietud de una roca, un muro o un lienzo. Volcar hacia afuera sus propias emociones y su angustia. El terror pudo llevarlo a crear arte inconsciente en su rupestre hogar, y la angustia pudo aguijar las creaciones expectantes de etapas ulteriores en la evolución del hombre. Porque si el hombre es aparente realidad y sueño, el

sueño ha sido acuciante inquietud de su vida que ha tenido que exteriorizar para liberarse de la carga de sus imposiciones oníricas.

Por eso, la naturaleza que pinta el surrealista viene de su adentro, del intraser.

Cuando Jaime Colson hizo su primera exposición en Santo Domingo, en 1950, después de su regreso de Europa, ya su obra europea traía una muestra evolutiva. Era sorprendente cómo había podido captar, con ojos zahoríes, las esencias egregias de las nuevas tendencias plásticas. Su obra neohumanista estaba cuajada de experiencias post picassianas y tendía a una reproducción sincera de la verdad, acorde con la expresión de nuestro tiempo. El maestro Picasso había influido —de manera poderosa— en su obra, sin que la imitación la desmejorara.

“La experiencia picassiana —dice Valldeperes— que trascendía de aquella pintura de Colson parecía condensar en él una posición neohumanista y neoclásica a la vez, con la incorporación de todos los elementos derivados del cubismo. Su pintura era neohumanista por su contenido, por su concepción intrínseca; neoclásica por la forma, resultado de las sustanciales experiencias sumadas a su arte que nos presenta al desnudo en su obra, depurada por la suma de valores de que se nutre la evolución y que están presentes en la pintura de Colson”. (14)

En su obra ulterior, Jaime Colson no ha hecho sino confirmar y superar su trayectoria inicial. Reflejos de las contingencias de la vida patria, de sus propios triunfos o infortunadas frustraciones —posibles en un mundo que da al exótico lo que niega al nativo, y adorna al ignaro de las gracias con que despoja al egregio— ha sido el mensaje que ha dejado, siendo su obra transmisión ideal de los fenómenos sociales de la vida humana.

El, que era —con la notable excepción de Suro— uno de los pintores más cultos y que mejor conocían los secretos del arte, ha dicho: “Yo, en mi caso personal, puedo asegurar que los

elementos que pudiéramos denominar materiales del arte, con toda su complejidad, sólo me sirven para el inicio de lo que, a fin de cuenta, considero la verdadera gran aventura". Y agrega: "Antes que pintor, soy hombre, alguien que pertenece a una especial raza humana y a una determinada latitud geográfica".

Se retrata, pues, como hombre, aunque creador, lo que lo coloca de lleno en la cima luminosa y florida de lo que es el arte moderno. Y es esa la razón por la cual, no obstante lo revolucionario de su arte, éste emerge, humanamente ordenado, dándole alientos poderosos a sus maravillosas figuraciones.

Dentro del arte moderno dominicano, fuera de la perfección de su técnica y la destreza del dibujo —es uno de los mejores si no el mejor dibujante dominicano—, sin tomar en cuenta su dominio absoluto en el equilibrio de los colores, expone, con sus altibajos inexorables, la angustia del hombre. Un realismo lógico hubiera hecho de esta angustia un drama vulgar; por eso la estilización casi divina de sus figuras, en su mayor parte desnudas en una mutua expectación, embellece y jerarquiza el cuadro. Menos que drama: en sus figuras —no obstante la obsesión cubista de una etapa de su trayectoria— se preocupa menos del movimiento que de la iluminación.

Tampoco hay fascinación de colores. El mundo de luz de Colson no es radiante sino hecho de esplendores tenues, aunque su maestría en el uso de los colores nos haga pensar lo contrario.

No son telúricas sino cósmicas sus concepciones. Y a veces, sin llegar al desbordamiento onírico de los surrealistas, plasma una metafísica mágica que hace más irreal, pero más grande, su obra.

En su última etapa, Colson se impuso un proceso de estilización y de síntesis. Es una muestra exquisita de idealidad y la vastedad de sus posibilidades se comprenderán mejor cuando se sepa que Jaime Colson dominó por igual el caballete y el fresco.

En España se le conoció como un fresquista admirable, aun cuando en su país no aparece ni un fresco ni un mural calzado con su firma. El pintó frescos en el Oratorio de "Cala Murta", de Mallorca.

He aquí lo que al respecto dice Miguel Dolc, citado por Darío Suro: (15)

"Ignacio Rotgen encargó la decoración del Abside de la Capilla al prestigioso pintor dominicano Jaime Colson, harto conocido en los núcleos culturales de París, México y Barcelona. Sin duda esta creación, por su magnitud y su maestría, va a definir la madurez artística de Colson". (16)

Sus murales son magníficos y fueron objeto de general admiración:

"En las obras de Colson —dice Manuel Valdeperes— no se trata nunca de presentar una perífrasis metafísica, sino de revelar lo que hay de inenarrable en las profundidades del ser. Esta tendencia obliga al pintor a una exaltación del concepto pictórico logrado a base de deformaciones y síntesis, puesto que una parte de su visión especulativa generada en el éxtasis no tiene relación con lo natural. Colson se sitúa al borde de la realidad y trata de descubrir sus misterios a través de las revelaciones del alma. Y lo hace con optimismo. Pero dentro de tal optimismo están, inquietantes y sugeridoras, las hondas interrogaciones del artista. De ahí que la dominicanidad aparezca, en su obra, a base de reflejos espirituales".

Otro de los primerísimos pintores dominicanos, ya lo hemos dicho, es Darío Suro.

DARÍO SURO, como Colson, es dueño de una poderosa personalidad. Cuando empezó a pintar en La Vega, en plena efervescencia del movimiento de *Los Nuevos*, que centraba su hermano Rubén, sus cuadros, aunque figurativos, expresaban ya la inquietud pictórica de quien llegaría a ser uno de los primeros pintores de nuestro país. Entonces se deleitaba con captar el paisaje de su Cibao, con ojos zahoríes, imprimiéndole a su nacionalismo un sello de profunda melancolía. Pintaba unos caballos corriendo en el risueño paisaje del valle, (17) pero no

un paisaje encendido de colores, evocador de trópico luminoso, sino un paisaje otoñal, de lluvia quieta. Era entonces Darío Suro el pintor de la lluvia: paisajes con lluvia, caballos bajo la lluvia; bohíos vistos con melancólica visión, a través del velo tenue de la lluvia franciscana, etc.

Pero Darío Suro fue un revolucionario desde cuando dio su primera pincelada.

Pronto sus óleos empezaron a escandalizar a los pacatos, en un mundo donde todavía predominaba el gusto tradicional. Sus paisajes se alejaban de la proyección fotográfica; había un gesto de temblor creador en los trazos de sus dibujos: tendía más a la simplicidad que a lo complicado.

Entonces partió para México: allí se empapó de los movimientos revolucionarios que se imponían a través del genio de sus altos pintores. Asistió a la Escuela de Artes plásticas de la ciudad de México (1946-1948) y recibió clases de composición, dibujo y pintura de Diego Rivera, Lazo y Guerrero Galván, y su personalidad medró hacia formas más revolucionarias y perfectas. Hoy podemos decir que Darío Suro es uno de los grandes pintores de nuestra América.

La raíz de su arte, gestado en su más valiosa floración lejos de su país, es la nostalgia, sensación que palpita en la vibración de sus cuadros. Su estilo, aunque personal, tiene resabios de primitivismo con claro entronque expresionista; pero su expresionismo jubiloso tiene claridades de trópico. Podríamos decir que se trata de un expresionismo tropical; esto quiere decir que su obra actual se caracteriza por la viveza de los colores, robados, con retina sabia, a la luz viva de su tierra. Por más progreso que haya alcanzado en su carrera ascensional, su mundo circundante es el pequeño ámbito donde creció. Su gloria es haberlo univerzalizado.

La última etapa de su obra, hasta donde la conocemos, es la abstracción, pero abstracción pura. Esta pintura abstracta es una reacción contra sus figuraciones precedentes y un afán de expresarse con sinceridad; de mirar el paisaje, no bajo el fulgor del cielo soleado, sino dentro de sí, en el cielo infinito de su alma.

Darío Suro es, además de todo lo dicho, un excelente crítico de arte. Sus artículos acerca de la pintura y los pintores (18) están escritos con mesura, ponderación de análisis y estilo claro. Por eso es, además de gran artista, un intelectual que honra su patria dondequiera que esté.

Más autóctonos, más inmersos en la realidad de su trópico están Gilberto Hernández Ortega y Clara Ledesma, aunque cada uno tiene un ventanal diferente para asomarse al paisaje.

GILBERTO HERNANDEZ ORTEGA (1923) está en el trópico, pero el trópico sombrero; porque no es el suyo un trópico de luz —solazo y bochorno— sino de luz y sombra. Para él las aguas tropicales cantan reflejando en sus colores la radiante realidad de las mañanas, pero también el umbroso frescor de las frondas. Su paleta se enriquece con los tonos oscuros y son éstos el soporte ideal de su fecunda imaginación. El mundo de su gracia imaginativa es poético, poemas que se plasman en el lienzo y cantan.

No es la suya pintura figurativa clásica, o por mejor decir, tradicional, aunque cuando quiere nos regala un retrato perfecto (como el su abuela), según las reglas del más depurado naturalismo.

Una mítica a veces teratológica, aquérrica a veces, da expresión a sus inspiraciones, y nosotros recordamos algunos de sus cuadros, como *Reunión de brujas* y *El espectro de la noche*, que traducen una inspiración que brota oportuna y enriquecedora. Y surge de nuevo el tema de la angustia creadora y la rica insatisfacción que da alas para vuelos más altaneros. Y, aunque queramos buscar, por mor de esta atormentada revelación, lo narrativo o explicable en sus cuadros, sólo encontramos lo pictórico, lo meramente pictórico: luz, color y gracia.

Se ha señalado en Hernández Ortega una propensión al debate, a la polémica, cosa no revelable en sus cuadros; éstos revelan tormenta del alma, temblor emocional, claridad de conciencia y, sobre todo, insatisfacción. Porque a diferencia de Colson y de Suro (19), en la vida de Hernández Ortega —en su vida, no en su obra— hay una bohemia que ilumina una extraña

vida romántica; podríamos llamarle el romántico de una pintura moderna.

La ponderación de la obra de Hernández Ortega nos viene desde Washington en la voz del pintor y crítico José Gómez Sicre, cuando dice:

“Hernández Ortega, desde la República Dominicana, se constituye en otro exponente de un arte del Caribe, sensual, imaginativo, a ratos feroz, siempre profundamente barroco, que trata de convertir una naturaleza exuberante y una luz indomable en un lenguaje plástico que, como el propio acento con que hablamos en estas tierras, sea un dominador común de nuestro origen geográfico”. (20)

Y en la revista “Visión” de New York (abril de 1952):

“... la pintura de Hernández Ortega llama poderosamente la atención por el hondo sentido dramático que la anima. Su pintura parte de una interpretación objetiva de la realidad —casi siempre la realidad dominicana— para imprimirle a todo cuanto le rodea un halo de misterio”. (21)

CLARA LEDESMA (1924) aparece más aferrada a su mundo que los ya estudiados y su mensaje, por tanto, es más personal. Exalta el concepto pictórico sin caer en lo grotesco.

Es una pintora temperamental que ha ido superándose desde que en 1950 realizara su primera exposición individual. Su imaginación tiende a la síntesis. Hay en su obra influjos de carácter universal que le han sido señalados. (22), Según Valldeperes, sus viajes por España y Francia han dejado huellas en su obra más reciente (23); huellas técnicas, no conceptuales, porque “en lo esencial la artista obedece a su raíz”. (24)

Lo que al principio era anécdota, narración, afán de interpretativas secuencias, desapareció ulteriormente; renunció a todo lo que era explicación, pero se quedó con la exuberancia del color, —única manera de exteriorizar los

cegantes fulgores de su trópico. Y acabó entregando en cada cuadro un poema; un poema vibrante y luminoso. Y todo, no obstante sus inobjetables influencias, entregando con un gran acopio de originalidad.

Para poder llegar a Clara Ledesma hay que seguir su evolución a través de su obra. De un cuadro a otro hay diferencias notables. Esto es claro si vemos, por ejemplo, su óleo *Jungla*, pintado en Madrid en 1953 y el que fuera Primer Premio en la Bienal de Santo Domingo de 1956, es decir, *Ozama*, que es el cuadro que anuncia su ulterior estilo caligráfico.

En Clara Ledesma hay un equilibrio entre lo figurativo y abstracto, siempre tendiendo hacia la difícil facilidad de la síntesis. Esta síntesis llega a su límite en su obra *Gaceta*, premiada en la Bienal de 1963.

De todas maneras, y búsquese lo que se busque, Clara Ledesma es un artista sincera y creadora.

Hernández Ortega y Clara Ledesma han introducido en la pintura dominicana el elemento humano.

Es lo mismo que ha hecho, pero con un contenido dramático inesperado ELIGIO PICHARDO (1930), con propensión a lo literario. Dentro de los movimientos modernos, se inclina a lo barroco, según su propensión natural a exteriorizar sus propias emociones nunca dormidas. A veces su expresionismo llega a lo caricaturesco sin desertar de su propia personalidad. Se queda en una gloriosa realidad de síntesis, en el punto medio entre lo real y lo irreal. Tal se puede ver en uno de sus mejores cuadros *El sacrificio del chivo*, Primer Premio de pintura en la Bienal de 1958, Pero en él está latente, por esa sinceridad que es norma de los pintores dominicanos, la patria. Sus primeros cuadros del 1950 mostraban ciertas vacilaciones que han ido desapareciendo con el tiempo.

Pichardo se dio a conocer muy joven y desde entonces ha mostrado una maravillosa vena de originalidad. En pocos pintores ha sido tan patente la fuerza creadora.

Lo interesante es que no se dejó asfixiar por un exceso de símbolos y se quedó en la síntesis, lo que le aseguró una

parenidad creadora. Y es cosa sabida que cada óleo suyo, es producto de una elaboración consciente, plena de arte.

DOMINGO LIZ, más escultor que pintor, y sobre todo, dibujante casi genial, pinta queriendo interpretar la realidad del hombre, pero con una tendencia hacia lo sico-patético.

JORGE NOCEDA SANCHEZ es la representación dominicana del auténtico surrealismo. Poco conocido en su país por haber realizado casi toda su obra en los Estados Unidos, ha merecido, sin embargo, mantenidos elogios de todos aquellos que han visto su obra valiosa y firme, de gran contenido onírico.

Con motivo de una exposición de sus óleos realizada en Tokio, la prensa de aquel país dijo:

"Sus óleos brillantes en color, ricos en matices que reflejan la luz... Sus princetonadas son exquisitas, hábiles, exactas... La obra de Noceda Sánchez exige meditación y estudio. Lo que él quiere expresar no se puede captar con voz y expresión, sino porque es sutil". (25)

Noceda ha expuesto en varias capitales del mundo, pero en su país apenas se le conoce. En 1957 expuso una muestra de sus obras en el Palacio de Bellas Artes de Santo Domingo, y la crítica dominicana se deshizo en elogios, deslumbrada por aquel surrealismo nuevo, o casi nuevo, y fresco.

Contín y Aybar dijo entonces:

"Forma original y personal que le permite darnos su yo íntimo y las clarividencias de su espíritu selecto de artista verdadero. Su irrealidad es lo real de su mundo de arte y, seguramente, lo más profundo de su clara inteligencia". (26)

Y Manuel Valdeperes, cuyo nombre no puede faltar al valorizar nuestros artistas, expresó:

"La línea onírica y la manera estética, la caligrafía y el color, son testimonios irrefutables de su unidad creadora y

de su convicción de que la revelación psíquica sólo puede obtenerse mediante imágenes, y que la lectura de las imágenes —su interpretación— sólo puede facilitarse al observador, mediante la restauración de la anécdota en el arte". (27)

De regreso a Estados Unidos, Noceda ganó premios en exposiciones (28) y logró ver expuestos sus cuadros en varias galerías internacionales.(29)

La sensibilidad de Noceda lo lleva a penetrar el alma y llenar sus cuadros con un noble contenido psicológico. Por eso plasma imágenes bellísimas, con mano maestra y colores firmes, trayendo a la exteriorización de sus inquietudes un mundo de sueños, pero no de pesadillas, sino de amables ensoñaciones.

Noceda es entre nuestros pintores la representación de un surrealismo vivo; es decir, de una realidad que se hace patente a través de la mágica exteriorización del arte.

Lo autóctono está representado en nuestra pintura por Yoryi Morel y Celeste Woss y Gil. Sus pinturas son figurativas tradicionales, pero ambos son símbolos de ponderación dentro del movimiento pictórico dominicano.

YORYI MOREL (1909) —perteneciente a la generación de Colson, es decir, la de 1900— hace en la pintura la misma labor, de honda raíz dominicanista, que su hermano Tomás en la poesía. Sólo que a diferencia de éste, que da lo folclórico puro, Yoryi pone un sello de indudable personalidad en su arte. Esto quiere decir que Yoryi Morel es un pintor de positiva fuerza creadora. Sus paisajes tropicales son vibrantes, vigorizados por la luz que apresan sus retinas: trazos de naturaleza viva y ardiente, que parecen estar en eterna vigencia de perfección.

Lo anecdótico, lo narrativo —una riña de gallos, una canastera con su carga plena de frutas policromadas, el rostro duro de un campesino sombreado por el sombrero de cana— se presenta con una seriedad solemne, por lo cual podemos decir que, aunque Yoryi Morel no ha sido corifeo de ninguna escuela su arte sigue siendo grato para nosotros y admirable mensaje de cibaenismo puro —porque él es santiaguense y el risueño y lle

del Cibao es su paraíso ideal— que nos transmite en cada uno de sus óleos.

El autodidactismo de Yoryi se enriquece con un ejemplo, según Suro:

“Tuvo como maestro la luz del trópico, y presumiblemente, las reproducciones de las pinturas de Sorolla que caerían en sus manos le impresionarían profundamente, en ese entonces, que para España, Norteamérica y Latinoamérica, Sorolla era ‘el dios Mayor’ de la pintura española de su tiempo, ignorando que había entre bastidores otro Dios Mayor que se llamaba Pablo Picasso”. (30)

Consciente o inconscientemente Sorolla le inspiró esos recios rostros de campesinos. Como muy bien dice Valdeperes:

“Su interpretación de la realidad abarca los dos polos del arte: la humildad y la grandiosidad, y su colorido es brillante siempre, pero de una sinceridad sugerente en la que se agota la capacidad objetiva del pintor”. (31)

CELESTE WOSS Y GIL ha sido maestra de generaciones de pintores dominicanos transmitiéndoles a sus alumnos lo que ella posee a cabalidad: sensibilidad y técnica. Entre sus obras ha preferido el paisaje y el desnudo, en el que los tonos neutros se hacen ricos. La precisión de su técnica la colocó en cimera posición, lo que la hizo respetable, aun para aquéllos más audaces. Porque entre otras cosas Woss y Gil es la modestia misma.

También es el tropicalismo lo que da la tónica de la pintura de MARIANELA JIMENES, joven pintora que, siendo discípula de Hausdorf, se caracteriza como una fervorosa retratista. Es pintora figurativa que se recrea en las montañas, los árboles, los cielos, pero sin nostalgia, con esplendores de colores vivos. Por eso sus paisajes son vívidos, pero no fotográficos, sino animados por un aliento singularmente artístico.

NOEMI MELLA (1929) trata de apartarse de la realidad y, desde luego, lo que mueve su arte es la invención. Temas negroides fragmentados con perspectivas de vitrales franceses, lleva al óleo esta gran mujer del arte con vigorosa personalidad.

Por el mismo camino vamos a encontrar a Nidia Sierra, Elsa Di Vanna y Nidia Sierra.

NIDIA SIERRA también se desempeña en el retrato y el paisaje dominicano, lo mismo que ELSA DI VANNA (1937), nacida en Italia, con hondo arraigo en nuestra patria, donde robó al trópico el mágico resplandor de su luz.

Otras mujeres se han sumado a la jerarquía de nuestros buenos pintores como ELSA NUÑEZ (1940) quien prefiere las mujeres para las figuraciones de sus obras, en las que la nota principal es el dramatismo, no la ternura, sino la fuerza trágica al servicio de una intuición maravillosa; o SOUCY PELLERANO, de bello dibujo y esencialmente acuarelista.

Pero entre las mujeres de la última generación ninguna imprime tanta fuerza de originalidad y el *élan* creador como ADA BALCACER, verdadero milagro de pertinacia y de imposición al destino (32). Lo sicológico, lo fisiológico, los ocultos recovecos del misterio, la gracia del enigma con fuerza dramática y sentimiento de honda rebeldía, surgen en los cuadros de esta admirable mujer que imprime virilidad a los trazos de sus dibujos:

"Basta ver un cuadro de esta artista —dice Darío Suro— para uno sentirse impresionado por una pintura que además de su originalidad es genuinamente orgánica, realizada en un clima de génesis fetales, y lograda con síntesis geometrizadas y pinceladas amplias, trazos fuertes y profundidad de observación". (33)

Como Clara Ledesma, Ada no le hace concesión al público y trabaja sus cuadros con gran sinceridad.

Entre los pintores más jóvenes, PAUL GIUDICELLI (1921-1965) fue un portento de creación. Al igual que

Hernández Ortega, nos ofrece una pintura personal, abstracta, llena de valores pictóricos.

Estuvo hasta la hora de su temprana muerte en constante evolución. Numerosos lienzos magníficos, maravillosos mosaicos forman una rica colección donde la evolución constante es evidente.

"En su más reciente obra —nos dice Valdeperes— nos ha sorprendido Giudicelli con experiencias plásticas en las que, sin abandonar totalmente su característico mosaico policromo geométrico, llega a inquietas irisaciones en las que la forma se quiebra en múltiples facetas que la enriquecen y en las que, dentro de una pretendida sensualización del concepto pictórico, el espíritu se manifiesta ennoblecido". (34)

De Giudicelli se decía que era sensual y cerebral. La verdad es que en sus abstracciones podía leerse una rara propensión a las elaboraciones mantenidas. Un mismo tema se repetía reiteradamente, pero como las variaciones musicales, en cada reiteración aparece distinto. La distinción sobre todo se aprecia en la firmeza del dibujo.

En lo que todos han estado contestes es en la afirmación de que Paul Giudicelli era un gran pintor, y sobre todo, tomaba demasiado en serio su arte. Pese a su decidida admiración por Pablo Picasso, no era picassiano; no se parecía a nadie. Giudicelli sólo se parecía a Giudicelli. (35)

Silvano Lora y Peña Defilló, dentro de las generaciones más nuevas, estructuran sus obras, siempre abstractas, con cuidadosa dedicación.

SILVANO LORA (1931) ha vivido grandes estadas en New York y París donde ha recibido elogios de la crítica. Su primera virtud es la inspiración. Su pintura, como hemos dicho, es abstracta de tipo "signográfica realizada con una espesa materia, arenosa y pictórica".

FERNANDO PEÑA DEFILLO (1928) es una de las juventudes más radiantes en la pintura hispanoamericana.

Formó con Ada Balcacer, Eligio Pichardo, Antonio Toribio, Domingo Liz y Silvano Lora la generación de los pintores y escultores del 1930 al 1940, una de las más ricas realidades de la pintura moderna en nuestro joven continente.

Peña Defilló pone en su pintura una técnica depurada y perfecta.

"Después de Colson, Hernández Ortega y Giudicelli —dice Darío Suro— es el pintor de más sólido soporte en la pintura dominicana actual". (36)

Desde luego que en el grupo faltó el autor de la cita.

Cada nuevo cuadro de Peña Defilló es una sorpresa y es posible afirmar que no ha tenido caídas y que ha concitado admiración en las numerosas galerías y bienales donde ha expuesto por esos mundos. (37)

Sus trazos son sencillos, su inspiración mantenida y una gran fuerza poética lo mantiene fijo en su mundo de colores.

Manuel Conde escribió en Madrid:

"Los cuadros de Fernando Peña Defilló son pintura porque están concebidos y realizados con mentalidad y mano de pintor, porque cada uno de ellos nos propone un clima poético definitivo, y porque su posible drama está expresado sin gritos, pero con la suprema elegancia de la voluntaria serenidad". (38)

A lo que agrego Darío Suro:

"A mi juicio, la pintura de Peña Defilló es sensiblemente rica y mística al mismo tiempo. Aparentemente sencilla, guarda en sí su más profundo secreto. Sin necesidad de trazos violentos, más bien con una técnica madura y segura, sacada del informalismo constructivo español, Peña Defilló nos traduce con ella el lenguaje de un mundo sosegado donde la materia, puesta sólidamente, está

equilibradamente controlada y deja huella plástica de la verdadera imagen de la creación". (39)

Silvano Lora y Peña Defilló siguen en viaje ascensional, no así RAFAEL FAXAS (1936-1964), valeroso muchacho muerto en la flor de su vida en acción guerrillera. Discípulo de Colson, copió lo mejor del maestro, hizo una magnífica exposición de su obra incipiente (40), ganó un premio valioso en la Bienal de 1950 y desapareció. Se tronchó un porvenir radiante de gloria pictórica.

OTROS PINTORES DOMINICANOS

Actualmente podemos mencionar muchos pintores dominicanos que están creando una obra verdadera, y entre ellos GUILLO PEREZ (1926) emerge como triunfador de interesantes certámenes pictóricos. Es un expresionista abstracto, espontáneo, serio y de una riquísima coloración. No gusta del drama sino de lo natural, y, según ha afirmado él mismo, la pintura geométrica no le atrae.

MARIANO ECKERT (1947) ha desarrollado su mejor labor en los Estados Unidos, donde se le conoce como retratista, situación que le ha permitido imponerse a través de sus varias exposiciones en diferentes ciudades (41) del mundo.

GILBERTO FERNANDEZ DIEZ, discípulo de Celeste Woss y Gil, es dueño de un estilo académico y tradicional. En el mismo camino encontramos a ELIAS DELGADO CASTRO (1924), PINA MELERO (1921) y RODOLFO RIJO (1928).

Otra cosa es CANDIDO BIDO (1936), quien a pesar de su juventud realiza una obra valiosa de tipo expresionista, donde el estilo lo muestra como una especie de Van Gogh tropical, aunque a valiosa distancia uno de otro.

Lo mismo que él, LEOPOLDO PEREZ (1938) es la traducción de un expresionismo dramático, con una cierta propensión hacia el abstraccionismo. En la misma línea podemos colocar a DIONISIO PICHARDO (1929).

JULIO SUSANA (1937) además de pintor es escultor y en esta disciplina ha descollado. En pintura es esencialmente cubista.

RAMON OVIEDO (1927) es también expresionista de trazos firmes en sus deformadas figuraciones que tienden hacia lo caricaturesco, con algo de Eligio Pichardo.

Muchos pintores se nos quedan en el tapete. La floración es gloriosa y en un futuro hablaremos de ella. Nosotros, por ahora, mencionaremos algunos de ellos: Noberto Santana, José Ramírez Conde, Félix Gontier, Angel Haché, José Cestero, José Severino, Enrique Ripley Rueda, etc.

TRES PINTORES DE LA UNPHU

Con ocasión de una exposición de pintura realizada en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña por tres jóvenes ligados a esta institución, hablamos, en una tarde memorable de octubre de 1977. Esos tres pintores son: Charito Chávez, Aquiles Azar y Thimo Pimentel.

CHARITO (1947) pinta retratos con viva luz, con una especie de idealización de la cara que pinta —como hizo nuestro genial Abelardo con el retrato de Duarte copiado de Bonilla— con tanto amor —arte es estética y estética es amor— que parece que de sus labios brotan lirios —perfume de su alma— como en la dulce niña del cuento de Perrault.

AQUILES AZAR (1932) es otra cosa. Es odontólogo, cuentista, poeta y dibujante, con verdadera aptitud para la plastia. Sereno, equilibrado. Su gracia singular es el dibujo. En esto es casi genial. Sin embargo, prefiere la pintura. Para Darío Suro, crítico de arte además de maestro de pintura, el lenguaje pictórico de Aquiles Azar es hondamente sincero. Y lo expresa así:

“Sin el menor esfuerzo podemos ver ese mundo cotidiano y ordenado de botellas y jarrones, los cuales han sido pintados por Aquiles Azar con toda la sabiduría técnica de

los últimos años de su producción pictórica con un profundo amor por los objetos tangibles, objetos que no dejan de tener una gran dosis de poesía, cuando ellos son traducidos con un lenguaje pictórico honesto y sincero como el de Aquiles Azar". (42)

Eso pinta Aquiles: pinta frascos, botellas retorcidas en dolorosa actitud de vidrio atormentado o barro sufriente, ánforas, cráteras y botellas otra vez. Los envidiosos dirán que sólo sabe pintar botellas, como acusaron a Velásquez de sólo pintar retratos. Pero Aquiles Azar pinta sus botellas con mano maestra, con bravía efervescencia creadora, con trazos firmes y, por encima de todo, con dibujos maravillosos. Y sus simples cuadros de botellas rotas o convulsionadas por un esfuerzo casi humano, ganan premios y admiración, como la cama misérrima o la pobre silla de la habitación pintada por Van Goth.

El bodegón es la trivialidad pintada, pero los holandeses hicieron de ellos jerarquizaciones insólitas, después que Caravaggio, en el siglo XVII, exaltara el puro naturalismo.

Y ahora hablemos de THIMO PIMENTEL (1941). Thimo es una hermosa realidad dentro de las artes plásticas dominicanas. Es un milagro de aceptación, de entusiasmos concitados, de vivencias plenas.

Trabaja la cerámica, al óleo, al creyón y en todo es exquisito. Es, no hay que dudarlo, una juventud triunfadora.

Es posible afirmar, después de todo lo dicho, que la pintura dominicana se levanta cimera dentro del ámbito de nuestra cultura.

NOTAS DEL CAPITULO XXXVI

(1) Reproducimos algunos párrafos de nuestro ensayo "Rafael Faxas, la preocupación por la estética", escrito con motivo de la primera exposición de este pintor, en mayo de 1956, e incluido en el Catálogo de su obra.

(2) Fernández Granell era surrealista y fue la suya la primera exposición de este tipo que se hacía en el país.

- (3) Eugenio Fernández Granell. "Arte, artistas y contables". La poesía Sorprendida. No. III. Santo Domingo. Dic. 1943.
- (4) Ob. cit.
- (5) Pedro René Contín y Aybar. "Federico García Lorca". Conferencia. Opusc. Santo Domingo. 1939.
- (6) Nosotros escribíamos estos párrafos en mayo de 1956.
- (7) Jaime Colson. De viva voz.
- (8) W. A. Goethe. "Sobre la verdad y verosimilitud del arte". Obras Completas. Ed. Aguilar.
- (9) Cartas de Van Gogh.
- (10) Ambas esculturas fueron vaciadas en bronce y colocadas en algunas de las ciudades principales del país.
- (11) Véase supra, donde hablamos exhaustivamente de Abelardo.
- (12) Colson exhibió sus cuadros en el Palacio de Bellas Artes de México, en las galerías Gáinet Maldoror de Bruselas; en Zurich (Taller Van Rees), en galerías de Barcelona; en la Berhein de París; en el Liceum de La Habana y en innúmeros salones de su patria.
- (13) En el Catálogo de la exposición.
- (14) Manuel Valldeperes. "El arte neohumanista y revelador de Jaime Colson". Testimonio. No. 4. Santo Domingo. Mayo 1964.
- (15) Darío Suro. "Arte dominicano" Colección Pensamiento y Cultura. Vol. 1. Santo Domingo. Agosto 1969.
- (16) Ibidem.
- (17) Para este cuadro escribió Franklin Mises Burgos su poema "Los caballos de Suro vienen volando".
- (18) Hemos leído infinidad de ellos en la revista "América" de la ONU.
- (19) Celeste Woss y Gil y el maestro Gausachs fueron quienes dirigieron sus primeros estudios.
- (20) Citado por D. Suro.
- (21) Citado por D. Suro.
- (22) Manuel Valldeperes. "Un mundo de figuras primarias está contenido en la pintura biológica de Clara Ledesma". Testimonio. No. 22 Santo Domingo. Julio de 1966.
- (23) Ob. cit.
- (24) Ob. cit.
- (25) Stuart Griffin. "The mainichi" 12-III-59. Tokio. Cortesía y traducción de Humberto Soto Ricart.
- (26) Pedro René Contín y Aybar, en "El Caribe". Cortesía de H. Soto Ricart.
- (27) Manuel Valldeperes. La Nación. Cort. de H. Soto Ricart.
- (28) Obtuvo el Primer Premio en la Exposición "Murray Hill Press" y el Gran Premio "Guimbacher".
- (29) Los cuadros de Noceda se exhiben en el Museo de Artes Contemporáneos, de Madrid; las galerías Hammer, Hamilton Granje, Cecil Walcott en New York; Museo VENO y Museos de Artes Modernas, Japón; Instituto Hispánico y Museo del Prado, en Madrid.
- (30) Ob. cit.
- (31) Manuel Valldeperes, en "El arte de nuestro tiempo", ya citado.
- (32) Ada Balcacer tiene amputado el brazo izquierdo.

(33) Ob. cit.

(34) Manuel Valldeperes. "Tres pintores dominicanos de hoy". El Caribe. Santo Domingo. 9-IV-61.

(35) Giudicelli mereció el elogio del crítico español Rafael Santos Torroella; el poeta norteamericano Archibald Mc Leisch y el crítico cubano José Gómez Sicre.

(36) Ob. cit.

(37) Estudió en la Academia San Fernando, de Madrid, con el maestro Vázquez Díaz. Ha expuesto en Madrid, Barcelona. Sao Paulo; en las galerías Abril, Bucholz, Redfern y Quatre Vents de Madrid, en Londres y en París.

(38) Citado por D. Suro.

(39) Ob. cit.

(40) Fue presentado en esta ocasión por Mariano Lebrón Saviñón.

(41) Ha exhibido en varias exposiciones de la Galería Corcorán y de la Walter Color National Show of Washington; en el Instituto Smithsonian de Washington; la Sociedad de Artistas de Pensylvania y en Sao Paulo.

(42) Ob. cit.

CAPITULO XXXVII

CAPITULO FINAL: LOS ESCULTORES DOMINICANOS



A escultura surge en Santo Domingo con ese genio autodidacta que se llama ABELARDO RODRIGUEZ URDANETA. Fue un maestro, pero no dejó escuela y solamente Ismael López Glass es digno de mencionarse entre él y las nuevas generaciones.

Como en la pintura, la gran hacedora de escultores en la República Dominicana fue la Escuela Nacional de Bellas Artes, bajo la orientación del gran escultor español Manolo Pascual. Fruto de esa escuela son Antonio Prats Ventós, Luis Martínez Richiez, Radamés Mejía y Antonio Toribio.

ANTONIO PRATS VENTOS (1925), aunque español (1), se formó en nuestro país y a él ha ligado sus creaciones. Su arte tiene un pulcro sabor dominicano y esencias entrañables de nuestras cosas. Ha trabajado con la singular ternura que esta tierra nos da, usando la caoba dominicana, que en opinión de muchos es la mejor del mundo, por las características de su veteadura; la teca y el duro guayacán, rebelde y terco para los golpes del cincel; el granito, el mármol rosa y hasta el ónix terso de Samaná. El hierro se torna flexible y maleable en sus manos y el barro cobra vida.

Tiende en la escultura a lo monumental, por lo cual ha cuajado en un estilo vigoroso, ágil, de gráciles líneas. Sus figuras son geométricamente estilizadas y obedecen a una

esquematación de alta calidad. Entre sus obras monumentales se cuentan su impresionante *Cristo*, modelado en teca, y sus *Orantes*.

En sus figuras abstractas, la monumental escultura se eleva y crea contrastes de sombra y luz, milagrosamente alcanzados.

Prats Ventós logra, también, verdaderas obras de arte religioso donde, sin hacerle concesiones al gusto general, llega a una verdadera atmósfera de misticismo, difícilmente superable.

Cuando aborda las esculturas figurativas —como el *Duarte joven* que se yergue en el Campus II de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña— le imprime un sello de estilización personal y admirable.

Prats Ventós es un escultor de altos quilates y, como dijo Manuel Valldeperes, con motivo de su exposición en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en 1967:

“Por otra parte, las masas se hacen elásticas en la escultura de Prats Ventós. Palpitantes en los sutiles adelgazamientos de las extremidades de sus figuras, alargándose dentro de la lógica estricta de éstas; macizas y vagamente orgánicas en la opulencia de sus figuras que multiplican sus apelaciones a la sensualidad, en los volúmenes que se desbordan en deslizamientos hacia incógnitas oquedades y anhelos de infinita fuga, vemos al espacio y la materia en la lucha permanente, creando ámbitos de inapreciable sugestión y de fuerza extraordinaria.” (2)

De la misma generación de Prats Ventós es RADAMES MEJIA (1925), quien esculpe como quien se recrea con la naturaleza, dándonos una obra donde las huellas de su maestro Pascual (3) son muy visibles. Se ha dedicado más a la pintura y a la escultura religiosa, y aunque anda en la búsqueda afanosa de síntesis, en sus esculturas hay hondura dramática y perfección casi clásica.

JOAQUIN PRIEGO (¿...?) se mantiene en la búsqueda de la perfección académica, esto es, clásica. Sus innumerables bustos se encuentran diseminados por todos los rincones del

país. Trabaja con prontitud, muy poco preocupado de los problemas de la estilística. Son notables sus estudios arqueológicos acerca de la cultura taína.

LUIS MARTINEZ RICHIEZ (¿...?), el escultor más conocido fuera de su ámbito natal, pertenece a la misma generación de Hernández Ortega, pero ha realizado lo mejor de su obra en París, donde reside desde 1952, lo que le ha dado vigencia internacional. Públicos de tres mundos se han deleitado con sus creaciones admirables. Martínez Richiez es dinámico, inquieto, pero menos sereno que Prats Ventós, por lo cual su escultura, aunque no es monumental, es siempre deslumbrante. Sus esculturas figurativas son mórbidas, macizas, sensuales, pero esa macicez está al servicio de líneas puras y curvas exquisitas. Crea desnudeces maravillosas sin aspavientadas exageraciones. Aunque vive en París, su obra no ha perdido el encanto tropical que lo hace especialmente agradable.

Uno de los primeros críticos franceses, Denys Chevalier, se expresó así de Martínez Richiez:

"Las tallas en madera y mármol de Martínez Luichy (4) me parecen indiscutiblemente mágicas, no tanto porque parezcan evocar tótenes o ídolos de los taínos o de los caribes, o porque parezcan participar secretamente de ejercicios de exorcismo y conjuración, sino porque son, muy sencillamente, irrefutables testimonios de una auténtica creación de vida (he dicho bien creación y no re-creación)". (5)

Martínez Richiez es reconocido a nivel mundial, pues sus esculturas han recorrido las principales ciudades del mundo. (6)

En Japón, en Asahi-Shimbum, se proclamó a Luichy "como uno de los 50 escultores contemporáneos más famosos y que están en el más alto nivel en el mundo de hoy".

Por eso fue invitado como artista y como escultor al Simposium Internacional de Escultura que se celebró en Quebec, Canadá, en 1966.

ANTONIO TORIBIO (¿...?), somete sus obras a un proceso completo de estilización y con ello logra la cabal definición de su personalidad. Aunque fue discípulo de Manolo Pascual, sus tallas en caoba y alabastro se alejan mucho del estilo del maestro. Toribio ha creado una nueva técnica del metal en estilizaciones originales con el hierro y el bronce. Al deformar sus realizaciones plásticas, buscando formas alargadas, éstas no surgen como grotescas deformaciones, sino con líneas gráciles, amparadas por la gracia de la creación. Los volúmenes se engendran siguiendo unas formas de curvas serenas, en las que lo superfluo se elimina. El logro final de la obra es el equilibrio y la creación. La crítica internacional y los premios ganados en bienales extranjeras avalan la calidad de este escultor.

La escultura metálica de Toribio, en cambio, es agresiva buscando sensación de espacio.

También este sentido espacial caracteriza la escultura de DOMINGO LIZ (1931), de quien dice Darío Suro que es "el único escultor en la historia de la escultura dominicana que se ha preocupado por trabajar y desarrollar una idea que tenga como fin específico la creación de un espacio propio". (7)

Es pintor y, esencialmente, un gran dibujante. Como escultor trabaja especialmente el metal, siendo dueño de una recia personalidad sincera y firme. Sus tallas revelan vida profunda y grandiosidad de idea.

En cambio, en GASPAR MARIO CRUZ (1929), primitivo e ingenuo, lo dramático se abre paso, con un sentido hierático, en grupos esculturales tallados en un solo tronco, con maestría. Es un escultor arraigado en la tierra, pero no en tierra ajena, sino en la suya. A pesar del dramatismo de sus grupos, hay candor en sus trazos, el que brota de su propia espiritualidad. Las obras de Cruz se ven con simpatía, pero no simpatía desinteresada, pues, a pesar de su primitivismo, Gaspar Cruz es un gran escultor.

Otro que se ha distinguido en la escultura es JULIO SUSANA (1937), arte en el cual es un primitivista, como Cruz, aunque menos dramático.

Para terminar este capítulo —que pone fin a la obra— queremos hacer mención de un escultor que va en rápida carrera ascendente, por su gran talento creador. JOSE ROTELLINI (¿...?) quien empieza a brillar con propia luz.

NOTAS DEL CAPITULO XXXVII

(1) Antonio Prats Ventós nació en Barcelona y allí se inició como escultor y pintor. La ola de fealdad que arropaba su patria lo trajo a la Rep. Dominicana en 1940, cuando apenas tenía 15 años de edad. Aquí se quedó y formó familia. Es un dominicano más.

(2) Manuel Valldeperes. "La naturaleza estimula la escultura imaginativa de Antonio Prats Ventós". El Caribe. Sto. Dgo. 27-V-67.

(3) Su maestro de pintura fue Yoryi Morel y de escultura Manolo Pascual.

(4) A Luis Martínez Richiez se le conoce como Luichy Martínez.

(5) En el Catálogo de la Exposición de la Galería Nacional de Bellas Artes, Santo Domingo. 1964.

(6) Ha exhibido en el Salón de Arte Libre de París (1953 y 1954) en el Salón de Otoño (1955) y la Realites Nouvelles (1957) y el Salón de Mayo (1966); la Galería Molton de Londres y la Dicennndt de Amsterdam.

(7) Darío Suro. "Arte dominicano". Colección Pensamiento y Cultura. Vol. I. Sto. Dgo. 1969.

INDICE ONOMASTICO*

- Abad Alfau, Antonio III. 91, 96 97, 111, 115.
Abad, José Maria - V. 173.
Abbes, Johnny - III. 51.
Abbot, William - V. 174-175.
Abreu, Eugenio - II. 187.
Abreu, Luis Armando - V. 95.
Abreu Licairac, Rafael - II. 119. 188.
Acab - II. 151. 186.
Acevedo, Jesús T. - V. 65
Acevedo, Octavio A. - III. 55. V 178.
Acevedo Hernández - I. 255
Acosta, Julio - II. 228.
Acosta, Jose - I. 126.
Acosta, Lorenzo - II. 188.
Acuña, Manuel - III. 58
Adames, Esteban - II. 138.
Adler, Alfredo - V. 40.
Adón, Ambrosio - II. 187
Adón, Marcos - II. 138. 187.
Adón, Santiago - II. 187
Affinge, J. R. - II. 228.
Aguado, Fray Pedro - I.126.
Aguado, Juan de - I. 92. 149-150.
Aguayo, Alfonso - V. 267. 270.
Agüero, José - II. 270. V. 264.
Aguiar, Enrique - III. 103. IV. 116. V. 28.
Aguiar, Mercedes Laura - II. 190. III. 273. V. 132. 134. 158.
Agustini, Delmira - IV. 111.
Ahr - IV. 338.
Ainete, Marino - III. 270.
Alamino Peña, Luis - III. 252.
Alarcón, Cipriano - III. 37.
Alba, Duque de - I. 80. 165. 173.

- Alba, Pedro - IV. 233.
 Albert, Juan Maria - II. 76.
 Alberti, Luis - IV. 410. V. 205. 271.
 Alberti, Rafael - III. 216. 248. IV. 69. 197. 211. 217. 221. 257.
 Alberty, Viriato - V. 270.
 Alberty y Bosch, Narciso - V. 179.
 Alacalá Zamora, Niceto - III. 246.
 Alcántara, Valentín - II. 70.
 Alcocer, Luis Gerónimo - I. 133-134. 71-105. 114. 127. V. 109.
 Aldana, Fray Cristóbal - I. 124.
 Alegría, Ciro - IV. 87. 118. V. 25.
 Aleixandre, Vicente - IV. 182.
 Alemar, Luis Emilio - V. 102-103.
 Alexevich, Constantin (V. Constantin Brusilof).
 Alfau, Joaquín Ulises - V. 195.
 Alfau Durán, Vetilio - II. 46. 57. 58. 61. V. 81. 95. 106-107.
 Alfau y Baralt, Antonio III. 273.
 Alfau y Bustamante, Felipe - II. 7. 57. 58. 119.
 Alfieri, Vittorio - V. 8. 57.
 Alfonseca, José Dolores - III. 49. V. 122.
 Alfonseca, Juan Bautista - II. 49. V. 122.
 Alfonseca, Juan Bautista - II. 53. 56. 62. 222. 267. 270. V. 208.
 210. 216. 243. 247. 270.
 Alfonseca, Iván - IV. 212. 237. 243.
 Alfonseca, Miguel - IV. 266.
 Alfonso XII - I. 238. V. 55.
 Alfonso el Sabio - V. 88.
 Alix, Juan Antonio - I. 252. III. 126. IV. 312. 356. 368-387. 388.
 414. V. 224.
 Alloza - III. 254.
 Almánzar, Rafael - V. 270.
 Almoína, José - III. 56. 57. 249. 252. 253.
 Almonte Victoria, Hilda Estela - IV. 351.
 Alone - IV. 178. 227.
 Alonso, Dámaso - III. 226. IV. 189. 216. V. 73.
 Alonso, Narciso - V. 270.
 Altamirano Peña, Luis - III. 249.
 Altolaguirre, Miguel - III. 248.
 Alton, William - V. 226.
 Alvarado, Diego - I. 105 - 135.

- Alvarado, Pedro - I. 82. 84. 85. 105.
 Alvarez, Aquiles - III. 11. 12. 52.
 Alvarez, Braulio - II. 186.
 Alvarez, Federico - V. 194.
 Alvarez, José L. - V. 280.
 Alvarez, Mariano - II. 97-100.
 Alvarez, Wenceslao - II. 166, 186. 188.
 Alvarez Blanco, Ramón - II. 251. - V. 150.
 Alvarez Chanca, Diego - I. 92. 98 - V. 171.172.
 Alvarez de Mendoza, Pedro - I. 133.
 Alvarez del Monte - V. 279.
 Alvarez Perelló, José de Jesús - V. 182-186.
 Alvarez Piñeyro, Armando - IV. 388.
 Alzugaray, Senador - II. 109.
 Amarante, Aniceto - IV. 356.
 Amechazurra de Pellerano, Isabel - II. 254.280.
 Ameghino, Florentino - I. 45. 46.
 Amiama, Luis Manuel - IV. 266.
 Amiama, Manuel Antonio - III. 225. - V. 28, 139, 145, 148, 156,
 158, 159.
 Amiama Gómez, Francisco Xavier - V. 95. 144.
 Amiama Tió, Luis - III. 56.
 Ampíes, Beatriz de - I. 106.
 Anacaona - I. 50, 52, 53, 67, 120. 161, 167, 177, 178. - II. 196. -
 V.15, 233, 255, 260, 261.
 Anderson, Alejandro - II. 181.
 Anderson Imbert, Enrique - IV. 41, 117, 123, 140, 150, 235. - V.
 63, 64, 94, 166 195.
 Andrade, Manuel José - IV. 413.
 André, Mouni - III. 260.
 Andriev, Leonidas - V. 39.
 Andueza, José María - I. 275.
 Andújar, Alejandro - II. 273.
 Anguita, Eduardo - IV. 144.
 Angulema, Duque de - V. 49.
 Angulo, Juan - I. 119.
 Angulo Guridi, Alejandro - I. 273. - II. 129. - V. 44, 128, 142, 143,
 159.
 Angulo Guridi, Javier - I. 273. II. 195, 227. - V. 17, 44, 50, 54, 143,
 144.

Angulo Guridi, Los - II. 183.
 Ankerman, Jorge - V. 274.
 Antoñanza, Julio - III. 277.
 Antuña, Francisco - III. 250-277.
 Añes Bergés, Rafael - V. 62.
 Aparicio, Emilio - V. 62.
 Apollinaire, Guillaume - IV. 237.
 Aquiles - IV. 35. 36.
 Aquino, Santo Tomás de - I. 123.
 Aquino Rodríguez, Tomás - II. 110.
 Ará, Francisco - II. 187.
 Aragón, Carlos - I. 96. 123.
 Aragón, Luis - IV. 70, 118. 237.
 Arana, Diego de - I. 66.
 Araujo y Riviera, Fernando - I. 133.
 Arce de Quirós, Joan - I. 108.
 Arcedo Díaz, Miguel - III. 251.
 Arcos, de - V. 126.
 Archambault, Pedro María - II. 111, 132. V. 9, 99, 149.
 Ardowin, Beanbrum - I. 200. 205.
 Arévalo, Carlos - II. 276.
 Argilos, Francisco - II. 274.
 Argüelles Bringás, Norberto - II. 274.
 Arias, Desiderio - III. 8, 20, 28, 30, 33, 52, 54. 55.
 Ariosto, Ludovico - I. 133.
 Aristóteles - III. 209. - IV. 310. - V. 162.
 Ariza, José del Carmen - III. 55.
 Armando Oscar (v. Armando Oscar Pacheco)
 Arredondo, Clodomiro - V. 247.
 Arredondo, José María - II. 228, 268. 271. - V. 243.
 Arredondo, Tomás de - I. 275.
 Arredondo y Pichardo, Gaspar - I. 195, 198, 205. 219.
 Arredondo y Miranda, Francisco - V. 246.
 Arrieta, Emilio - III. 260.
 Arroyo, Manuel María - II. 51.
 Arté, Emiliano - V. 210, 232, 252, 268, 270.
 Arté, Rafael Ildelfonso - II. 271. - V. 247.
 Arteaga Artuño - I. 89.
 Artiles, Julian - V. 148.
 Arzeno, Julio - I. 248. 257. - IV. 410. - V. 225. 228. 231. 234.

- Asdróver de Cibrán Belkis - II. 261. 262. 264. 280.
 Asdrover Mercadal, Frank - II. 260.
 Ashton, E. H. - V. 107.
 Asturias, Miguel Angel - V. 25.
 Atajerjes - II. 176.
 Atienza Simarra, Pedro - III. 251.
 Auerbach, Leopoldo - IV. 234.
 Ayala, Maria Belinda - III. 278.
 Aybar, Adriana - III. 138
 Aybar, Andrejulio - III. 103. 273. - IV. 116. 237. 388 - V. 138. 275.
 Aybar José Gabriel - I. 220. - IV. 414.
 Aybar, Juan Esteban - II. 85. - IV. 414.
 Aybar, Luis E. - V. 191.
 Aybar, Manuela - (V. La Deana)
 Aybar Lepervanche, Francisco - V. 269.
 Ayuso, Juan José - IV. 266.
 Avelino, Andrés - III. 140. 147. 148. 205. 206-210. 224. 225. 226.
 227. 248. - V. 161-165. 178. 195.
 Avilés Blonda, Máximo - IV. 241. 246. 256-257. - V. 59-60.
 Azaña, Manuel - III. 245.
 Azar, Aquiles - V. 280. 295-296.
 Azar, Olga - V. 266.
 Azola, Nicolás - II. 282.
 Azorín - V. 72.
- Babel, Isaac - IV. 234.
 Babcock, Orville E. - II. 152. 153. 186.
 Bach, Juan Sebastian - V. 88. 199. 241.
 Báez, Buenaventura - II. 14. 54. 63. 75. 76. 78. 83. 85. 87. 89. 90.
 91-94. 95. 131. 137. 139. 141. 142. 166. 167-169. 171.
 176. 183. 185. 186. 188. 223. 224. 278. - III. 22. - IV. 269. 350.
 354. 355. - V. 33. 116. 117. 127. 143. 181. 244.
 Báez, Cayo - III. 36.
 Báez, Laito - III. 32.
 Báez, Matilde - IV. 356.
 Báez, Muni - III. 138.
 Báez, Pablo Altagracia - II. 175. IV. 355.
 Báez, Ramón - III. 22. 54. 55. - V. 159. 181. 192.
 Báez Báez, Carmen Mireya - V. 158.
 Báez Figueroa, Carlos - II. 175.

- Baeza Flores, Alberto - II. 221. 227. 242. 279. - III. 68. 79. 135.
 136. 138. 139. 140. 141. 142. 150. 193. 194. 204. 206.
 208. 211. 224. - IV. 14. 42. 111. 116. 120. 121. 122. 123. 124-135.
 138. 140. 143. 144-150. 151. 157. 175-180. 200. 202.
 216. 218. 234. 235. 236. 244. 253. 255. 256.
 Baigüez, Pilar - III. 266.
 Baillo, Consuelo - III. 266.
 Balaguer, Joaquín - I. 78. 79. 87. 89. 216. 220. - II. 23. 59. 60.
 76-80. 121. 122. 124. 133. 192. 200. 226. 230. 279.
 - III. 50. 51. 102. 103. 112. 120. 125-126. 137. 138. 232. - IV. 368.
 376. 414. - V. 62. 63. 82. 87. 88-89. 95. 98. 99.
 114. 115. 118. 122. 123. 195. 196. 221.
 Balbuena, Bernardo de - I. 77. 132-133.
 Balcácer, Ada - V. 291. 293. 297.
 Baldemora, Manuel - II. 106.
 Baldorioti de Castro, Román - II. 231. - III. 236.
 Ballagas, Emilio - I. 209. 219. 220. - IV. 121. 136. 137. 144.
 Ballerán - V. 48.
 Ballester, Miguel - I. 156. 157.
 Balmaceda - III. 273.
 Balmis, Francisco Xavier - II. 281.
 Baquero, Gastón - IV. 144.
 Baquedano, Prudencio - V. 270.
 Baralt, Rafael María - II. 93. 130. - III. 244.
 Baranis, Cecilia - II. 57.
 Barba Jacob, Porfirio - III. 137.
 Barceló, General - III. 245. 274.
 Barinas Coiscou, Sócrates - IV. 266.
 Barojas, Ricardo - III. 261.
 Barón, Jacques - IV. 237.
 Barra, Eduardo de la - III. 60.
 Barré - V. 48.
 Barriento, José - II. 110.
 Bassano - I. 41.
 Bastidas, Fermín - II. 269. - V. 244. 263. 264.
 Bastidas, Obispo Rodrigo de - I. 77. 85. 126. - V. 237.
 Bastidas, Rodrigo de - V. 105. 123.
 Batista, Antonio - II. 110. 131.
 Batista, Ramón - III. 52.
 Batista del Villar, Guarocuya - IV. 246. - V. 192.

- Baudelaire, Charles - III. 82. 144.
Baul - II. 183.
Bayo, Ciro - I. 238. 257.
Bazil, Osvaldo - III. 66. 67-71. 112. 136. - IV. 116. - V. 95.
Bazin, Henry - I. 42.
Bécquer, Gustavo Adolfo - II. 209. - III. 67. 71. 73. 75. 77. 105.
127. 151. - IV. 142. 211. 216. 217. 290.
Beethoven, Ludwid Van - II. 220. - V. 73. 88. 247. 265.
Bejarano, Lázaro - I. 77. 106-107. 121. 235. 249.
Belén, Secundino - II. 142.
Bellegarde, Dante - I. 186. 188.
Bello, Andrés - II. 197. - V. 71. 195. 268.
Belliard, Eugenio - II. 110.
Beltrán, Luis - II. 264. - V. 266. 267. 268. 270.
Beltrán Heredia, Vicente - I. 102. 125.
Benavente, Jacinto - III. 264.
Bencosme, Ciprián - III. 20. 55.
Bencosme, Sergio - V. 193.
Benedicto XIV - I. 105.
Benítez Vda. Valera, Concha - IV. 110. 117.
Berceo, Gonzalo de - I. 36. - III. 60. - IV. 214.
Berchet - II. 46.
Berdola Pardo, Lorenzo - III. 251.
Bergson - III. 209. - V. 162.
Beriot - II. 270
Berlanga, Tomás - I. 105.
Berlioz, Héctor - V 73.
Bermúdez, Federico - III. 81-85. 139. 156. 222. - IV. 116. 182.
Bermúdez, Luis Arturo - V. 149. 150.
Bermúdez Avila, Manuel Maria - III. 245.
Bernal, Juan - II. 277. 278.
Bernal Muñoz, José Antonio - I. 217
Bernard, Antonio (V. Toni)
Bernard, José Maria - II. 217. 220. - III. 138. - V. 148.
Bernard Vásquez, Leonte - V. 178.
Bernardo de Quiroz, Constanancio - III. 249. 251-252. 253. 277. - V.
139. 261.
Berroa, Quiterio - III. 224.
Berruguete, Alonso - I. 41.
Berstein - V. 183.

- Betances, B. - IV. 410.
 Betances, Demetria - V. 134.
 Betances hijo, Luis - II. 279.
 Betances, Luis Eduardo - V. 153.
 Betances, Luis Manuel - V. 180-181. 190. 191.
 Betances, Ramón Emeterio - III. 233. - V. 130. 145.
 Betancourt, José del Carmen - V. 128.
 Betancourt, Rómulo - III. 51.
 Betanzos, Domingo - I. 105.
 Biassou, George - I. 90. 191.
 Bidó, Cándido - V. 294.
 Billini, Agustín - II. 187. 188.
 Billini, Emilio - III. 55.
 Billini, Epifanio - II. 57.
 Billini, Francisco Xavier - II. 141. 172. 179. 162. 265-267. 281. - III.
 141. 172. 179. 235. 273. 276. - V. 128-129.
 157. 245.
 Billini, Maria Nicolasa - III. 238. - V. 129.
 Billini, Padre (V. Francisco Xavier Billini)
 Billini y Aristy, Francisco Gregorio - II. 64. 78. 173. 178. 183. 187.
 188. 245. - III. 229. - IV. 16. - V. 9. 18. 54
 128. 129. 145. 146.
 Bismark - II. 154.
 Bisonó, Sergio - V. 190.
 Bizet, George - V. 265.
 Bjorkmann, Goran - III. 136.
 Black, Frank - V 257.
 Blake, William - IV. 162. 197. 208.
 Blanco, Luis - III. 264.
 Blanco Fombona, Horacio - III. 55. 173. 224. 245. - V. 81. 156.
 Blanco Montes Vda. Aparicio, Antonia - V 57.
 Blocquet, André Joseph - V. 141.
 Boabdil - I. 35.
 Bobadilla, Francisco - I. 148. 163. 164. 166. 177.
 Bobadilla, José Maria - I. 220. 229.
 Bobadilla, Gerardo - II. 164.
 Bobadilla, Tomás - II. 14. 17. 23. 58. 60. 64. 65. 66. 67. 69. 78. 84.
 86. 99. 100. 188.
 Bobadilla hijo, Tomás - II. 105.
 Bobeá, Pedro Antonio - II. 8. 53. 57. 61. 183. 228. - V. 41.

- Bobeá Billini, Mario - IV. 114.
 Bohechio - I. 49. 50. 53.
 Bolívar, Simón - I. 206. 213. 217. - III. 244. - V. 98. - V. 119. 121.
 Bolívar, Simón - I. 75.
 Bonaparte, José - I. 218.
 Bonaparte, Napoleón - I. 193. 194. 221. - III. 179.
 Bonelly, Aida - V. 269.
 Bonelly, Aristides - II. 270. - V. 244. 263. 264.
 Bonelly, Sully - V. 266. 270.
 Bonilla, Alejandro - II. 51. 259. - V. 277. 295.
 Bonilla, José Antonio - II. 16. 17. 59. 188. 280.
 Bonilla, Pedro Pablo - II. 57. 188. - V. 135.
 Bonó, Pedro Francisco - II. 131. - IV. 362. - V. 204.
 Borbón, Condestable de - II. 42.
 Borbón y Peralta, Marcelino - V. 128.
 Bordas Váldez, José - II. 22. 104.
 Borges, Jorge Luis - I. 256. - III. 149. - V. 76.
 Borgella, Maximiliano - II. 8.
 Borrás - III. 266.
 Boscán, Juan - I. 39. - III. 164. - IV. 220.
 Bosch, Juan - III. 53. 138. - IV. 237. 288. - V. 22-24. 25. 37. 39. 156.
 Botello, Cándido - V. 280.
 Botello Barros, Angel - III. 257.
 Bouckman - I. 187. 189.
 Boyd - V. 185.
 Boyer, Jean Pierre - I. 187. 202. 213. 216. 263. 264. 270. 271. - II.
 10. 14. 71. 276. - V. 110.
 Boyl, Fray Bernardo - I. 66. 92. 149.
 Boyrie de Moya, Emilio - I. 58. - V. 179.
 Bracale - III. 265. 268.
 Brache, Elías - III. 55.
 Braque, George - III. 257.
 Brau, Salvador - V. 208.
 Bravo, Gonzalo - V. 237.
 Bravo, Juan José - III. 270. - V. 55.
 Brea, Antonio - V. 128.
 Brea, Simón - II. 186.
 Brenes, José de Jesús - II. 282.
 Brenes Pérez, Rafael Andrés - III. 226.
 Brens, Bienvenido - V. 213.

Brentano, Clemente - III. 77.
Bretón, Andrés - IV. 144.
Brindis de Salas, Claudio - II. 249-253.
Brito, Eduardo - V. 264. 271.
Brito, Eleuterio (V. Eduardo Brito)
Brouard, Augusto - V. 127.
Brower, Pompilio - IV. 351. - V. 177. 180.
Brown, Jonhatan - I. 205.
Brusilof, Constant - III. 261.
Buceta, Brigadier - II. 107. 111. 113. 132. - V. 101.
Buckalow, Mayor - III. 36. 39.
Buda (V. Gautama)
Bueno, Alejandro - II. 110.
Buesa, José Angel - III. 127. 271-272.
Burger, Godofredo Augusto - III. 77.
Buitrago, Damián - V. 126.
Bustamante, José Maria - V. 267. 268. 270.
Bustamante, Pedro - V. 268.
Bustos, César - III. 149.
Byron (V. Arturo Pellerano Castro)
Byron, Lord - I. 42. - IV. 117.

C., Monsieur - V. 111.
Cabelo, José - II. 271.
Cabeza Altamirano,, Fray Juan de las - I. 126.
Cabezón, Antonio de - V. 238.
Cabón, Adolphe R. P. - I. 185. 188.
Cabral, Eulogio Carlos - IV. 388.
Cabral, José María - II' 70. 77. 78. 93. 94. 99. 105. 109. 126. 132.
137. 138. 139. 141. 142. 144. 147. 149. 150. 151.
155. 156. 158. 160. 164. 165. 169. 178. 181. 185. 186. 187. 278. -
V. 128.
Cabral, Manuel - V. 254.
Cabral, Manuel del - IV. 10. 43. 50. 107. 116. 117. 118. 121. 193.
194. 218. 227. 232. 245.
Cabral, Marcos A. - II. 170. 171.
Cabral, Mario Fermín - III. 42.
Cabral, Máximo - III. 31.
Cabral, Melchor - II. 187.

- Cabral, Milady - III. 138.
 Cabral, Salustiano - II. 187.
 Cabral Bernal, Francisco - II. 186.
 Cabral Ramírez, Atala - V. 138.
 Cabral y Báez, José María - III. 55.
 Cabrera, Alonso de - I. 126.
 Cabrera, Eliseo - III. 12. 13. 52. 53.
 Cabrera, José - II. 110. 188.
 Cabrera, Raul - III. 13. 53.
 Cáceres, Jorge - IV. 144.
 Cáceres, Manuel Altagracia - II. 142. 171. 189.
 Cáceres, Ramón - II. 182. 262. - III. 13. 14-19. 20. 52. - V. 253. 266.
 Cáceres, Tunti - III. 56.
 Cáceres y Ovando, Alonso - I. 106.
 Cadilla de Martínez, María - I. 233. 234. 255.
 Caggiano, Roberto - V. 250. 270.
 Caillet-Bois, Horacio - III. 274.
 Calazán Carrasco, José - II. 188.
 Calderón de la Barca, Angel - II. 50. 85.
 Calderón de la Barca, Pedro - I. 39. 42. 130. - III. 59. 60. 156. - V.
 72. 90.
 Camarena Perdomo, Manuel de Jesús - V. 141.
 Cambiaso, Juan Bautista - II. 71. 77. 79.
 Cambiaso Sosa, Rodolfo - V. 179.
 Cambises - II. 176.
 Camejo, Federico - V. 267. 270.
 Caminero, José María - I. 271. - II. 14. 79. 84. - V. 110. 123.
 Camille, Roussan - IV. 144.
 Caminero, Fabiola - V. 158.
 Caminero, Luis - V. 128.
 Campoamor, Ramón de - II. 209. 211 - III. 89.
 Campos, Joaquín - II. 175.
 Campos, Pablo R - V. 248.
 Camprodón, Francisco - V. 54.
 Canal, Boisron - IV. 387.
 Canario de la Rosa, General - III. 15.
 Candelaria, Manuel de la - I. 220. - II. 229.
 Candelario Cotes, Matilde - IV. 345. 346. 348. 351.
 Canela Lázaro, Miguel - V. 177.
 Canó, Juan Matías - II. 273. 274.

- Canó, Tomás - II. 273.
 Cantor del Duey, El - IV. 356. 388.
 Cantor del Licey, El - IV. 356. 388.
 Cantor del Yaque (V. Juan Antonio Alix)
 Caonabo - I. 49, 50, 56. II. 196.
 Capellán, Alejandro - V. 187. 192.
 Carbajal, Miguel - I. 126.
 Carbia, Rómulo D. - I. 129.
 Cárcamo, Fruto - III. 277.
 Carilla, Emilio - II. 258. - III. 195. 226.
 Carlos I (V. Carlos V)
 Carlos II - I. 102.
 Carlos IV - I. 206.
 Carlos V - I. 37. 38. 39. 40. 93. 96. 169. 172. - II. 42. - V. 12.
 Carlos VIII - I. 146.
 Carlos Conuco (V. Carlos Urrtia y Matos).
 Carlino - II. 46
 Carmen Natalia - IV. 18. 111-144. 116. 117. 118. 138. 143.
 144-150. 206. 231. 241. - V. 61.
 Carmina Aguirre, Manuel - I. 220. 275. - II. 229.
 Caro, Nestor - V. 32.
 Caro, Pedro - IV. 266.
 Caro Alvarez, José Antonio - I. 58. - V. 179.
 Caro Oviedo, Francisco Xavier - I. 140.
 Carpeton - III. 54.
 Carranza, Victoriano - V. 202.
 Carrasco, Andrés - III. 10.
 Carrasco Andrade, Jorge - IV. 144.
 Carravagio - V. 296.
 Carricarte, Arturo R. - V. 95.
 Carrizo, Juan Alfonso - I. 227. 228. 255.
 Cartagena Portalatín, Aida - IV. 137. 140. 143. 150. 205-208. 237.
 240. 241. 266.
 Carvajal, Francisco - II. 187. - V. 270.
 Carvajal, Miguel - II. 236
 Carvajal, Regla - II. 187.
 Carvajal y Campofrío, García de - I. 136.
 Carvajal y Rivera, Fernando - I. 89. 144.
 Carvalho, Ronald D. - IV. 144. 237.
 Carvalho, Orrego - IV. 222.

- Casal Chapi, Enrique - III. 250. 259. - IV. 143. - V. 246. 250. 256.
257. 258. 261-263. 265. 270.
Casal, Julián de - III. 57. 58. - V. 71.
Casás, Luis - V. 234.
Casaús, Francisco - I. 167.
Cascales - III. 59.
Casimiro, Pedro Antonio - II. 187.
Casó, Antonio - III. 237. V. 65. 167. 169.
Casona, Alejandro - V. 55
Castelar, Emilio - V. 119.
Castellano, Cándido - V. 246. 249. 268. 270.
Castellano, Conrado - III. 273.
Castellano, Francisco - I. 85. 86.
Castellano, Juan - I. 77. 107-108. 126.
Castellano, Rafael - V. 122.
Castellano Pichardo, Iosé - I. 204. - II. 188.
Castillo, Benigno del - II. 187.
Castillo, Blas - II. 187.
Castillo, Damián del - I. 138.
Castillo, Gabriel - V. 270.
Castillo, Generoso - V. 268.
Castillo, José Justino - V. 147.
Castillo, José Pantaleón - V. 131. 132.
Castillo, Luis Conrado del - V. 122. 154.
Castillo, Lucía - V. 57.
Castillo, Manuel de Jesús - III. 9.
Castillo, Manuel Maria - II. 187.
Castillo, Melitón - V. 190.
Castillo, Pantaleón - III. 236.
Castillo, Pedro - V. 268.
Castillo, Pelegrín - III. 14. 273. - V. 135. 194.
Castillo, Rafael Justino - III. 43. 55. - V. 150.
Castillo, Ramón - II. 175.
Castillo, Rosendo - II. 187.
Castillo, Tomás - II. 187.
Castillo de Aza, Zenón - V. 65.
Castillo Lendón, Luis - V. 65.
Castillo Márquez, Francisco X. - III. 169.
Castillo y Jovellanos, Juan del - II. 94.
Castorp, Hans - V. 165.

- Castro, Ana de - I. 86.
 Castro, Emilio - III. 269.
 Castro, Jacinto R. de - II. 78. 171. III. 42. 55. 225. 276. - V. 122.
 135.
 Castro, José Santiago de - V. 128. 131.
 Castro, Julio César - III. 226.
 Castro, Lorenzo - II. 187.
 Castro, Victor Manuel - II. 133.
 Castro hijo, Pedro - V. 207.
 Castro Félix, Rafael - IV. 234. - V. 265.
 Castro Noboa, Héctor B. - IV. 212.
 Catalina - I. 88.
 Catón - V. 103.
 Catrain, Comandante - III. 10.
 Cátulo - IV. 139.
 Cátulo (V. Nicolás Ureña).
 Cavioto, Alfonso - V. 65.
 Cayacoa - I. 49.
 Cayemite, General - V. 206.
 Caznau, General - II. 152.
 Cedeño, Pedro Livio - III. 56.
 Celimene - I. 99.
 Celso - IV. 321. V. 100.
 Cellini, Benvenuto - V. 275.
 Cepeda, Fausto - V. 266.
 Cepeda y Cepeda, Osvaldo - IV. 266.
 Cerezano Camarena, Antonio - I. 220. - II. 229.
 Cernuda, Luis - V. 268.
 Cernuda, Luis - IV. 142.
 Cerón, José Dolores - V. 250. 252. 255-256.
 Cervantes y Saavedra, Miguel - I. 39. 42. - V. 7. 16. 72. 86. 275.
 Céspedes, Carlos - II. 181.
 Cétina, Gutiérrez de - I. 106.
 Cessaire, Aimé - IV. 197.
 César, Julio - II. 182. - IV. 192.
 Cestero, Florentino - II. 186.
 Cestero, José - V. 295.
 Cestero, Mariano Antonio - II. 120. 123. 186 - III. 52. 56. - V. 144.
 Cestero, Tulio Manuel - II. 265. III. 37. 55. 66. - V. 19-21. 37. 95.
 129. 147.

- Cid Campeador - II. 171. - IV. 179. 213.
 Cieza, el Ciego - I. 121. 122. 248. 249.
 Cifré Navarro, Ramón - IV. 244. 245. 246. 251. 266.
 Cifuentes, Oscar - IV. 123.
 Cifuentes Herrera, Gabriela - IV. 144.
 Ciro - II. 177
 Cisnero, Amador - II. 274.
 Cisnero, Francisco Jiménez de - I. 34. 40. 97. 169.
 Clariana, Bernardo - IV. 143.
 Claudel, Paul - IV. 197.
 Claudio, Pablo - I. 86. - II. 269. - V. 44. 55.
 Clavijo, José - I. 136. 137.
 Clayton, Secretario - II. 86.
 Clerveaux - I. 194.
 Cobo, Bernabé - I. 126.
 Cocco, Manuel - II. 251.
 Cohen, Rafael A. - V. 191.
 Coiscou, Barón - III. 273.
 Coiscou Carvajal, Rodolfo - III. 273. - V. 181. 182.
 Coiscou Henríquez, Máximo - I. 220. - V. 71. 103. 138. 170
 Coiscou Guzmán, Grey - IV. 241. 246.
 Coiscou Weber, Rodolfo - IV. 121. 234. 246.
 Col y Vehi - III. 59.
 Colín, Eduardo - V. 65.
 Colón, Bartolomé - I. 53. 67. 80. 88. 152. 154. 162. - V. 53.
 Colón, Cristóbal - I. 49. 54. 63-67. 87. 88. 91. 146. 147. 148. 149.
 150. 151-166. 167. 177. 224. 225. - II. 195. - III. 244.
 - V. 89. 104. 170. 171. 195.
 Colón, Diego - I. 66. 80. 157. 163.
 Colón, Diego (Virrey) - I. 67. 68. 74. 75. 78. 80. 90. 92. 121. 165.
 166. 180. 248. - V. 12. 16. 33. 123. 202.
 Colón, Dueño - V. 209.
 Colón, Fernando - I. 80. 247. 257.
 Colón Toledo, Cristóbal - I. 90.
 Colón Toledo, Juana - I. 90.
 Colón Toledo, Luis - I. 82-87. 90. - V. 33.
 Colón Toledo, Isabel - I. 90.
 Colón Toledo, Maria - I. 90.
 Colson, Jaime - V. 169. 195.
 Colson, Jaime - III. 253. 254-255. 257. - IV. 8 - V. 253. 275. 278.

279. 280—283. 285. 289. 293. 294. 297.
 Coluccio, Félix - I. 223. 255. 256. - IV. 332. 349.
 Comte, Augusto - V. 73. 167. 195.
 Conard, Sr. - II. 162.
 Concepción, Mario - IV. 114.
 Concha, Jacinto de la - II. 7. 8. 57.
 Concha, Manuel Maria de la - V. 128.
 Concha, Tomás de la - II. 37. 43. 46. 48. 57. 76.
 Conchillos, Lope de - I. 96.
 Conde, Manuel - V. 293.
 Constanzo, Pilar - V. 140.
 Contín y Aybar, Margarita - IV. 11. 12. 116.
 Contín y Aybar, Pedro - II. 237. 279. - III. 63. 66. 94. 103. 104. 112.
 136. 137. 142. 150. 157. 161. 171. 194. 224. 225. 248. 249.
 279. - V. 7—32. 38. 111. 116. 117. 122. 142. 161. 166. 196. 210.
 211. 217. 234. 236. 240. - V. 61. 83. 94. 95. 156. 159. 274.
 283. 297.
 Contreras, Darío - V. 190.
 Contreras, Hilma - IV. 240. - V. 32.
 Contreras, José E. - II. 105.
 Contreras, Juan - II. 116. 133. - III. 102.
 Contreras Ramos - V. 95.
 Coppe, Francois - III. 82. 83.
 Coradin, Alejandro - III. 37-38.
 Cordero, Armando - III. 125. 138. 209. 227. - V. 77. 79. 94. 95. 161.
 162. 164. 195.
 Cordero, Casimiro - II. 260. 280.
 Córdoba, Francisco de - I. 93. 94. 95. 105.
 Córdoba, Fray Pedro - I. 93-97.
 Corina - II. 201.
 Corneille, Pedro - I. 42.
 Corneille, Tomás - I. 42.
 Corrporán, José - II. 106.
 Coronado, Enrique III. 234. - V. 145. 159.
 Coronado, Freddy - V. 270.
 Corpeño, José D. - V. 95.
 Correa y Cidrón, Bernardo - I. 211. 218. 219. - II. 229.
 Corredor, Juan Fernando - II. 260.
 Cortés, Donoso - III. 244.
 Cortés, Hernán - I. 82. 98. 105. 164. 227. - III. 274.

- Cortina, Profesor - V. 65.
 Cosa, Jua de la - I. 92. 123. 126.
 Costa, Jos Gabriel - I. 92. 123. 126. - II. 56. - V. 242.
 Creales, Luis - III. 277.
 Cremer, Victoriano - III. 278.
 Crespo, Milagro - III. 268.
 Cristián, Luis - V. 268.
 Cristo, Jesús del - II. 188.
 Cristóbal, Henry - I. 187. 194. 195. 197. 201-202. 263. 264. - II. 73. 74.
 Cromwell, Oliverio - I. 138. - V. 107.
 Crosley - III. 54.
 Cruz, Gaspar Mario - V. 302.
 Cruz, San Juan de la - I. 39. 42. 112. 229.
 Cru, Sor Juana Inés de la - I. 109. 135.
 Cruz, Manuel de la - III. 272.
 Cruz, Pedro María - III. 219. - IV. 237.
 Cruz Alvarez, Arquímedes - III. 137. 138.
 Cruz, Jua de la - II. 110. - III. 106.
 Cruz Fuente, José de la I. 249.
 Cruzado, Américo - II. 279. 280. - III. 262. 263. 264. 265. 266. 278.
 Cucurullo, Oscar - V. 140.
 Cucurullo hijo, Oscar - V. 177.
 Cuéllar, Maria de - I. 86. 87. - V. 16. 44.
 Cuello, Andrés - II. 187.
 Cuello Fafá, Francisco Xavier - III. 277.
 Cuervo, Rufino José - I. 224.
 Cuevas, Beatriz de la - I. 82.
 Cuevas, Fermín - V. 129.
 Cuevas, Maldonado - I. 115.
 Cuneo, Michele de - I. 92.
 Curiel, Abraham - V. 246.
 Curiel, Homero - V. 157.
 Curiel, Julián Belisario - II. 126. 143.
 Curiel, Ricardo - II. 147.
 Curiel, Samuel - II. 265.
 Chacón y Calvo, José Maria - IV. 233. - V. 295.
 Chalas, F. - II. 188.
 Chamizo, Luis - III. 88.
 Chanlatte, Antoine - I. 265.

Chanlatte Baik, Luis - I. 62. - V. 179.
Chapi, Ruperto - III. 262.
Chapusseaux, Negrito - V. 62.
Cherlevoix, Francois Xavier - I. 143. 188.
Chasseriau, Theodore - I. 272.
Chateaubriand, Francisco Renato - V. 11. 49.
Chatt, Mr. - II. 24.
Ch-avez, Charito - V. 295.
Chazotte, Pierre Entienne - I. 199.
Cheri Victoria, Juan - III. 138.
Chernier, André - II. 217.
Chevremont d'Arbigny, Napoleón Guy - V. 110. 127.
Chinchina - IV. 98. 100. 102.
Chopin, Federico - III. 232. - V. 88.
Churriguera, José - I. 40.

D'Annunzio, Gabriel - III. 79. - V. 20. 73. 74. 82.
Dalmau, José - II. 76.
Daquilh, Eufemia - V. 214.
Damiirón, Rafael - I. 256. - III. 52. 88. - IV. 116. 388-390. 413. V
19. 21-22. 44. 60. 62. 220. 233.
Damiirón, Simó - V. 62.
Daniel - I. 139.
Daniels - III. 35.
Darío, Rubén - II. 217. 218. 240. - III. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 64.
66. 67. 69. 70. 71. 72. 77. 78. 79. 80. 88. 128. 131.
136. 148. 165. 166. 176. 207. - IV. 66. 88. 96. 117. 221. 257. - V.
21. 71. 72. 83. 150. 165.
Dávalos, Balbino - V. 65.
David - II. 220.
Da Vinci, Leonardo - III. 79. - V. 275.
Dávila Fernández de Castro, Felipe - I. 274.
Dávila Padilla, Agustín - I. 144.
Dawson, Mr. - III. 53.
Debussy, Claudio - III. 89.
Deana, La - II. 52. - IV. 353. 354.
Dee, John - III. 252.
De Grass, Silvia - V. 56. 62.
De la Cruz, Miguel - IV. 356.

- De la Cruz Alfonseca, Juan - V. 246. 247.
 De la Cruz Alvarez, José - II. 110.
 De la Maza, Antonio - III. 56.
 De la Maza, Fray Diego- I. 102. 123. 125.
 De la Serna, Ismael - II. 146.
 De la Torre, Duque - II. 108.
 De los Rios, Fernando - III. 248. - V. 310.
 De los Santos, Andrés - II. 187.
 De los Santos, Carlos - III. 52.
 De los Santos Noboa, Gladys - III. 137. - V. 158.
 De Poincy - I. 181.
 De Soto, Néstor Julio - I. 62.
 De Windt Pichardo, Julio - V. 266.
 De Windt Lavandier, Julio - III. 137. 138.
 Defilee - I. 205. 273.
 Defilló, Fernando Alberto - IV. 351. - V. 177-178. 190. 192. 196.
 Defilló, José - V. 270.
 Deive, Carlos Esteban - IV. 328. 338. 351.
 Del Campo, Conrado - V. 261.
 Delacroix, Eugenio - I. 272.
 Delanoy, Oscar - V. 153.
 Delfín Madrugal, Antonio - II. 56. 96. - V. 142.
 Delgado, Angel - II. 186.
 Delgado, Milcíades - II. 281.
 Delgado, Pedro Antonio - II. 266. 273. 275. 276. 282.
 Delgado Castro, Elías - V. 294.
 Deline y Figueroa, Gastón Fernando - I. 86. 127. - II. 209-221. 226.
 237. 259. 265. 269. - III. 61. 64. 66. 139. 140
 148. - IV. 116. 356. 388. - V. 44. 45. 55. 69. 70. 129.
 Deline y Figueroa, Rafael Alfredo - II. 209. 225. 226. 246. 265. -
 III. 66. - V. 55. 69. 129. 150.
 Del Monte, Félix Maria - I. 257. - II. 8. 18. 22. 53-54. 56. 57. 93.
 145. 183. 189. - III. 66. 275. 276. - IV. 375. 363-368. - V. 49.
 62. 100. 128. 141. 142. 212.
 Del Monte, Joaquín - II. 90. 91. 99. 115. 186.
 Del Monte, Mercedita - IV. 368. 414.
 Del Monte, Raul - III. 267.
 Delmonte y Tejada, Antonio - I. 184. 188. 193. 194. 208-209. 232. -
 IV. 232. - V. 97. 98.
 Del Orbe, Gabriel - V. 252. 266-267. 270.

- Del Orbe hijo, Mnuel Maria - V. 270.
 Del Risco, René - IV. 266
 Dellunde, Ulpiano - II. 278.
 D'Emilia, Monseñor - III. 276.
 Denys Chevalier - V. 301.
 Desangles, Luis - II. 259-260. - V. 277.
 Deschamps, Eugenio - V. 119-121.
 Deschamps, Enrique - III. 66. 239. - V. 83.95. 148. 152. 211.232.
 Desescourtitz, M. E. - I. 198.
 Desgrotte, Entienne - II. 123. 277.
 Desnos, Robert - IV. 208. 214. 218. 220. 234. 237.
 Despradel, Fidelio - II. 251. - V. 150.
 Despradel, Lorenzo - III. 224.
 Despradel Batista, Guido - II. 273. 282. - V. 107. 190. 249. 270.
 Dessalines, Jean Jacques - I. 187. 194. 195-201. 208. 263. 264. 273.
 - II. 72. 73. 74.- V; 213.
 Dhimes, Napoleón - V. 265.
 Dhormys, Paul - V. 218.
 Di Vanna, Elsa - V. 280. 291.
 Díaz, Ezequiel - II. 143.
 Díaz, Héctor J. - III. 126-129. 131. 274.
 Díaz, Juan - I. 102.
 Díaz, Juan Tomás - II. 56.
 Díaz, Miguel - I. 88. 163.
 Díaz, Modesto - III. 56.
 Díaz, Ramón - V. 256.
 Díaz, Valentina - V. 132.
 Díaz Arrieta, Hernán (V. Alone).
 Díaz de Stern, Maria - IV. 395. 398.
 Díaz del Castillo, Bernal - I. 255.
 Díaz Díaz, Dolores Aminta - V. 158.
 Díaz Grullón, Virgilio - V. 37.
 Díaz Mendoza, Fernando - III. 264.
 Díaz Mirón, Salvador - II. 211. - III. 148. 177.
 Díaz Nieves, Rafael - IV. 239. - V. 92-93. 250.
 Díaz Plaja, Guillermo - IV. 189.
 Díaz Ordoñez, Virgilio - III-120. 138. - IV. 12. 116. 182. - V. 139.
 Díaz Paez, Domingo Enrique - I. 275.
 Díaz Solís, Jun - I. 126.
 Dicenta, Joaquin - III. 262.

- Diderot - I. 260.
 Díez Burgos, Ramón - V. 115.
 Diego, Eliseo - IV. 144
 Diego, Gerardo - IV. 221.
 Diego, José de - V. 120.
 Díez, Juan E. - II. 143.
 Díez de Duarte, Manuela - II. 12. 17.
 Díez de Leiva, Fernando - I. 135-137.
 Dioscórides - IV. 321.
 Dobal, Pedro - II. 275.
 Dolc, Miguel - V. 283.
 Domínguez, Franklin - V. 57.
 Domínguez, Francisco Ulises - III. 226.
 Domínguez, José - V. 140.
 Domínguez Charro, Francisco - III. 206, 219, 224. - IV. 12. 13. 90.
 91. 116. 117. 118.
 Domeneque, Guillermo - V. 237.
 Dominique - IV. 387.
 Donatello - I. 44.
 Donizetti, Gaetano - II. 270.
 D'Oregón, Bertrand - I. 186.
 Dorse, Mr. - II. 281.
 Dorsin vill, Dr. - I. 188.
 Doucoudray, Félix Servio - IV. 12.
 Doyle, Mr. - III. 20.
 D'Sola, Otto - IV. 142.
 Dragón, Juan - II. 106.
 Duarte, Enrique - II. 17. 25.
 Duarte, Juan José - I. 270. - II. 12.
 Duarte y Díaz, Francisca - II. 12. 17.
 Duarte y Díez, Juan Pablo. - I. 221. - I I. 7. 8. 9. 10. 11-47. 51. 56.
 57. 58. 60. 78. 83. 84. 116. 118. 119. 122. 167.
 230. 259. 260. 262. 280. - III. 101. 104. 240. 272. 273. - IV. 98.
 241. - V. 49. 89. 96. 98. 99. 104. 106. 108. 113. 114.
 118. 127. 134. 240. 243. 277. 295. 300.
 Durte y Díez, Manuel - II. 12. 17.
 Duarte y Díez, Rosa - II. 12. 15. 17. 18. 37. 58. 59. 259.
 Duarte y Díez, Vicente Celestino - II. 10. 12. 17. 25. 57. 59, 64. 65.
 Dubreil, Abelardo - II. 186.
 Dubeau, José - II. 251. - V. 131. 132.

- Duboc, Pedro Eduardo - V.123.
 Dubroca, Luis - I. 198.
 Ducasse, Isidore (V. Conde Lautremont)
 Duffy, Paul - V. 277.
 Dujarric, Luis Felipe - II. 186.
 Dulce, Domingo - II. 109.
 Dumas, Alejandro - V. 40. 45.
 Duncan, Elena - IV. 143.
 Durán, Manuel - II. 189. 276. V. 190.
 Duque de Ribera, Pedro - I. 126.
 Durochese, Juan - II. 186.
 Duvergé, Antonio - II. 37. 54. 67. 69 70. 73. 76. 92. - III. 102. - V.
 49. 62. 89. 102.
 Echavarría, Encarnación - II. 183.
 Echavarría, Mariano - II. 84.
 Echavarría Lazala, Pedro - V.267. 270.
 Echevoyan, Juan de - I. 106.
 Echenique, Manuel Joaquín - III. 10.
 Eckert, Mariano - V. 270. 294.
 Edmunds, Senador - II. 155.
 Eggers, Enrique Francisco Alejandro, Barón de - V. 172-173. 195.
 Eguren, José Maria - IV. 177.
 Einstein, Alberto - V. 178.
 Eisenberg, Albert - V. 270.
 Ekman, Erik Leonard - V. 174, 176.
 Eliade - IV. 238.
 Eliodoro - V. 207.
 Eliot Morrison, Samuel - I. 123.
 Elmúdesis, Elías - II. 282.
 Esenberg, Abel - V. 250.
 Eluard, Paul IV. 214. 218. 220. 234. 237.
 Ely, Henry - V. 266.
 Elliot, Mr. - II. 91.
 Elliot, T. S. - IV. 23. 40. 43.
 Encina, Juan de - III. 60. 164. - IV. 275.
 Enrique - II. - I. 124.
 Enrique Cristobal (V. Henry Christopher)
 Enriquillo - I. 77. 81. 89. 93. 123. 171. 177. 188. - IV. 142. -V. 12. 15.
 16. 17. 19. 44. 125. 169. 256.

- Erasmus de Rotterdam - I. 106.
Erazo, Juan - II. 106.
Ercina Chevalier, Luisa - V. 88.
Escipión el Africano - II. 110.
Escobar, Diego - I. 177.
Escobosa, General - V. 10.
Escoto Gómez, Luis - III. 277. - IV. 35. 217.
Escovar Miranda, Félix - IV. 333, 351.
Escovar Hurtado de Mendoza, Fernando - V. 158.
Escuder Ramírez, José - IV. 246.
Espaillat, Eliseo - III. 43.
Espaillat, Emilino - II. 274.
Espaillat, Leopoldo - II. 179. 180.
Espaillat, Margarita - V. 261.
Espaillat, Oscar - V. 187.
Espaillat, Pedro Ignacio - II. 106.
Espaillat, Santiago - II. 75. 168.
Espaillat Carrón, María Eloisa - V. 266. 269. 270.
Espaillat Q., Ulises Francisco - II. 20. 63. 68. 78. 79. 95. 126. 131.
138. 170-171. 183. 189. 203. - IV. 414. - V. 90. 91.
97. 98. 100. 144. 208.
Esperati Piñeiro, Emm Susana - I. 256.
Espinal, Emiliano - V. 268. 270.
Espinal, Fray Alonso - I. 96.
Espinal, Juan B. - V. 252.
Espinal, Nicolás - IV. 381.
Espinal, Zacarías - III. 145.
Espínola, Juan - V. 210.
Espinosa, Alonso de - I. 114.
Espinosa, Aurelio M. - I. 233. 255.
Espronceda, José de - II. 26. 30. 31. 32. 50. 199. - III. 171. 229.
Esquivel, Juan de - I. 105. 178.
Estay, José - II. 175.
Estévez, Nicolás - I. 140.
Estrella, José - III. 22.
Estrella Sadhalá, Salvador - III. 56.
Estrella Ureña, Rafael - III. 49. - V. 122.
Evangelista, Esteban - II. 11. 143.
Evangelista de Peña, Lucas - II. 110.

- Fabens, Josphs W. - II. 148. 152. 186.
 Fabela, Isidro - V. 65.
 Fábregas, Virginia - II. 280. - III. 264.
 Faubert - I. 197.
 Faxas Canto, Rafael - III. 255. - V. 279. 294. 296.
 Febles, Miguel - II. 122.
 Federico II. - V. 8.
 Felipe II. - I. 38. 40. 101. 114. 119. 173. 246.
 Felipe III. - I. 144.
 Felipe V. - I. 183. 188.
 Felipe el Hermoso - I. 37.
 Felipe, León - III. 248. - IV. 32. 38. 39. 70. 142. 192. 193.
 Feliú, Quírico - III. 13. 52.
 Feliú hijo, José - V. 252. 268. 270.
 Félix, Juan - II. 273.
 Félix Gimbernard, Rafael - V. 254.
 Feltz, Leonor María - II. 190. - III. 273. - V. 132. 133. 158.
 Feriere, Delacrohy - III. 252.
 Fernández, Agustín - V. 131.
 Fernández, El Ciego - IV. 253.
 Fernández, Manuel (V. El ciego Fernández).
 Fernández Coronel, Pedro - I. 92.
 Fernández de Castro, Baltasar - I. 135. 145.
 Fernández de Castro y Guridi, y Francisco - I. 275.
 Fernández de Enciso, Martín - I. 126.
 Fernández de la Varga, Juan - I. 75.
 Fernández de Montesdra, Nicolás - V. 238.
 Fernández de Navarrete, Domingo - I. 144.
 Fernández de Oviedo y Valde, Gonzalo - I. 50. 53. 61. 68. 74. 77.
 106. 172. 180.
 Fernández Diez, Gilberto - II. 264. - V. 278. 294.
 Fernández Fierro, Francisco - III. 277.
 Fernández Granell, Eugenio - III. 250. 254. 256. 257. - IV. 123. 137.
 140. 144-150. 208-209. 266. - V. 273-274. 278.
 296. 297.
 Fernández Junco, Manuel - V. 81. 95.
 Fernernánde Lizardo, José Joaquín - V. 8.
 Fernández Mc. Gregor, Genaro - V. 65.
 Fernández Mejía, Abel - IV. 246.
 Fernández Moreno, César - III. 224.

- Fernández Peix, Manuel - II. 261.
 Fernández Simó, Alfredo - V. 32.
 Fernández Spencer, Antonio - III. 150. 155. 225. - IV. 38. 43. 64.
 118. 136. 137. 138. 140. 141. 150. 181-194. 213. 227.
 235. 237. 239. 241. 251. 258-266. - V. 36. 45. 63. 89. 95. 96. 170.
 Fernádo el Católico - I. 35. 36. 38. 92. 146. 155.
 Fernando V. - I. 168.
 Fernando VII - I. 140. - II. 42.
 Ferrand, Marie Louis - I. 197. 202. 210. - V. 47. 62. 112.
 Ferrer y Vásquez, Fidel - V. 107.
 Fiallo, Fabio - III. 35. 36. 37. 39. 40. 41. 54. 55. 66. 68. 71-73. 108.
 121. 127. 136. 156. 177. 207. - IV. 116. 220.
 237. - V. 20. 28. 60. 147. 267.
 Fiallo, Lucio - III. 55
 Fiallo, Viriato - V. 138. 190.
 Fiallo Bonetti, Julia Amelia - V. 158.
 Fiallo Cabral, Aristides - III. 273. - V. 122. 150. 179-180. 192.
 Fidias - V. 87.
 Figueroa, Wenceslao - III. 7. 52.
 Figueroa, José Antonio - II. 106.
 Figueroa, José del Carmen - II. 69.
 Figueroa, Fray Luis de - I. 171.
 Figueroa, Rodrigo de - I. 106.
 Filmore, Millard - II. 88.
 Finguerit, Marcos - IV. 143. 235.
 Flaubert, Gustavo - V. 171.
 Florens Lozano, Luis - III. 249. 256.
 Flores Cabrera - III. 40.
 Fonseca, Juan - I. 160. 165.
 Font Bernard, Alberto - V. 122.
 Fouché - IV. 355. - V. 113.
 Foxá, Francisco Xavier - I. 272.
 Francasci, Amelia - V. 18. 19.
 France, Anatole - V. 188.
 Franco, Luis - V. 154.
 Franco Bahamonde, Francisco - III. 246. 247. 249. - IV. 8
 Franco Bidó, Armando - V. 152.
 Franco Bidó, Juan Luis - II. 77. 131.
 Franco de la Fuente, Tomás - I. 121.
 Franco de Medina, Agustín - V. 123.

- Franco de Torquemada, Francisco - I. 134.
 Francois, Jean - I. 189. 191.
 Franck, Dr. (V. Francisco Carlos Ortea).
 Franklin, Benjamín - IV. 96. - V. 90.
 Franz Grijalva, Manuel - III. 250.
 Freeman, Benita - III. 268.
 Freud, Sigmund - V. 40.
 Fuenmayor, Alonso de - I. 69. 106. 121. 122. 126. - V. 137. 237.
 Fuentes, Francisco - III. 263.
 Fuentes y Matos, Laureano - I. 258. - V. 201. 202. 232.
 Fuerte, Miguel - V. 174. 176.
 Fulop, José - III. 260. - V. 279.s,

 Gabriel y Galán, José Maria - III. 88. - V. 12. 73.
 Gagneaux - V. 48.
 Galíndez, Jesús - III. 51. 56. 249. 252. 253. 277.
 Galindo, Beatriz - I. 36.
 Galván, Manuel de Jesús - I. 80. 86. 90. 177. - II. 174. 183. 189. 195.
 226. 266. - III. 25. 52. 270. - V. 10. 17. 44. 69. 70.
 90. 140. 149. 207.
 Galván, Rafael - III. 276.
 Galvani, Francisco - II. 281.
 Gallardo - I. 139.
 Gallego, Juan Nicasio - II. 200.
 Gallego, Rómulo - V. 22. 25.
 Gámez, Pedro. - I. 177.
 Gandía, Enrique de - I. 148. 151. 152. 177. 179.
 Garay, Francisco de - I. 74. 75. 81. 125. 177.
 Garay, Sindo - V. 220. 234.
 García, Alardo - V. 270.
 García, Bruno - V. 268.
 García, Carlos Manuel - III. 136. - V. 252. 266. 270.
 García, Celito - V. 129.
 García, Federico - II. 132.
 García, Federico de Jesús - II. 78. 128. 141.
 García, Flérida - V. 269. 270.
 García, Florentino - II. 111.
 García, Juan Francisco - II. 62. 269. 281. - IV. 413. - V. 210. 236.
 250. 252. 258-259. 270.

- García, Juan Pablo - III. 251.
- García, José Gabriel - I. 52. 54. 181. 184. 197. 203. 207. 209. - II. 131. 141. 160. 161. 168. 187. 188. 279. - III. 66. - IV. 353. - V. 97-99. 124. 128. 149. 262. 268. 269.
- García, Joaquín - I. 192.
- García, José Ovidio - III. 136. - V. 247. 252. 254. 270.
- García hijo, José Ovidio - V. 252.
- García, Iván - V. 62.
- García, León - II. 106.
- García, Liliana - V. 280.
- García, Matilda - V. 35.
- García, Manuel de Jesús - II. 229.
- García, Ramón - IV. 246.
- García Aybar, José Ernesto - V. 76. 77. 80. 94. 95.
- García de la Concha, Osvaldo - III. 206. - V. 140. 178. 275.
- García del Barrio - III. 250.
- García Godoy, Emilio - III. 138.
- García Godoy, Enrique - III. 264.
- García Godoy, Federico - II. 265. - IV. 15. - V. 10. 19. 69. 89-90. 95. 153. 168-169. 277. 278.
- García Godoy, Dr. Federico - V. 195. 196.
- García Guerrero, Amado - III. 56.
- García Gutiérrez, Antonio - I. 272.
- García, Joaquín - II. 269.
- García Infancon, Juan - I. 102. II. 243.
- García Lorca, Federico - I. 232. - III. 110. 132. 216. 248. 261. - IV. 7. 8. 9. 10. 11. 46. 48. 78. 98. 142. 202. 217. 263. 264. 303. 315. - V. 56. 58. 72. 297.
- García Lluberres, Alcides - II. 46. 60. - V. 99.
- García Lluberres, Leonidas - V. 99.
- García Marruz, Fina - IV. 144.
- García Márquez, Gabriel - V. 40.
- García Mella, Arístides - III. 273. - V. 137. 140.
- García Naranjo, Nemesio - V. 65.
- García Solano, Andrés (V. Andrés Avelino)
- García Vásquez, E. R. - III. 36.
- García Vilá, Carlos Manuel - V. 268.
- Garcilaso de la Vega - I. 39. - III. 164. 182. - IV. 157. 213. 220.
- Garibaldi, José - II. 224.
- Garnerey, Simón - V. 48. 49.

- Garrido, Juan - II. 252. 253.
 Garrido, Luis Emilio - V. 148.
 Garrido, Miguel Angel - II. 218. 220. - III. 274. - V. 44. 92. 95. 150.
 152.
 Garrido, Tomás - III. 276.
 Garrido de Boggs, Edna - III. 137. - IV. 411.
 Garrido Puello, E. O. - III. 49. 55. 137. - V. 115. 155.
 Garrido Puello, Víctor - III. 94-103. 137. - IV. 116. 410. 415. - V.
 115. 138. 215. 233. 250.
 Garrido Ramírez, V́ctoria Eugenia - V. 138.
 Gatón Arce Freddy - IV - 137. 140. 143. 144-150. 151. 157.
 194-200. 236. 237. 266. - V. 257.
 Gauguin - V. 276.
 Gaussach, José - III. 253. 354. 256. - V. 279. 297.
 Gautama - IV. 73. 90. 97.
 Gautier, Manuel Maria - II. 90. 100. 146. 147. 153. 160. 170. 183.
 270. - V. 142.
 Gautier, Salvador Bienvenido - V. 181. 182. 192.
 Geffrard, Fabre - II. 78. 96. 99. 100. - IV. 387.
 Genin, Francois - I. 244.
 Geraldini, Alesandro - I. 99-100. 171. - V. 118. 238.
 Germosén, Cayetano - II. 132.
 Gibbes, Lucas - II. 265. - III. 273. - V. 131.
 Gide, Andrés - IV. 50. 117. 197.
 Gil, Rafael - V. 56.
 Gil Aróstegui, Malaquías - III. 249. 251. 252.
 Gil de Zárate, Antonio - III. 59. - V. 73.
 Gil Hernández, Emilio (V. El Cantor del Licey)
 Gilbert, Gregorio Urbano - III. 32. 54.
 Gimbernard, Bienvenido - IV. 117. - V. 154.
 Gimbernard, Jacinto - III. 56. - V. 107. 266. 267. 271.
 Ginebra, Luis - III. 32.
 Ginés, Micaela - I. 249. 250. - V. 201. 231.
 Ginés, Teodora - I. 249. 250. - V. 201. 231.
 Ginés de los Ríos, Bernardo - III. 250.
 Girardoux, Jean - III. 250.
 Giró, Valentín - II. 217. 218. 220. - III. 64-66. 112 136. 270. - IV.
 116. - V. 150.
 Girón de Castellano, Antonio - I. 135.
 Giudicelli, Paul - V. 280. 291-292. 293. 298.

Glass Mejía, José Manuel - IV. 138. 140. 150. 228-230.
Gluck, Christop Willibald - V. 200. 241.
Goethe, Johan Wolgan - II. 181. - III. 52. 226. 233. - V. 73. 74. 276.

297.

Goico Alix, Juan - III. 138.
Goico Castro, Manuel de Jesús - V. 93. 95. 114.
Goico Evangelista, Félix - V. 192.
Golivart González, Porfirio - IV. 413. - V 159. 212. 222. 234.
Gómez, Ana - V. 57.
Gómez, Caridad - III. 138.
Gómez, Carlos - II. 69.
Gómez, Divina - V. 55-56. 62.
Gómez, Esteban - I. 125.
Gómez, José Nicolás - II. 71. 112.
Gómez, Fray Juan - I. 120.
Gómez, Juan Vicente - III. 245.
Gómez Correa, Enrique - IV. 144.
Gómez de la Serna, Ramón - III. 195. 226.
Gómez de Read, Ernestina - V. 45.
Gómez Dubreil, José Manuel - V. 61.
Gómez Rodríguez, Gilberto - V. 186.
Gómez Sicre, José - V. 286. 298.
Gómez y Báez, Máximo - II. 180. 243. 244. 245. - V. 96. 105. 119.

123.

Gómez y Moya, Manuel Ubaldo - V. 9. 135.
Góngora y Argote, Luis - I. 39. 42. 135. - III. 59. 60. 89. 96. 164. -
IV. 156. 203. 204. 224. 227. 250. 251. 273. - V. 41. 72. 73.
Gontier, Félix - V. 295.
González, Ignacio María - II. 78. 163. 164. 169-170. 171. 175. - III.
7. 234. - V. 141. 144. 145.
González, José María - II. 78. - IV. 357. - V. 142.
González, M. de J. - III. 136.
González, Raul - I. 121. 248.
González, Ruy - I. 81. - V. 202.
González Carrasco, Francisco - I. 220. 229.
González Dávila, Gil - I. 125
González de Mendoza, Juan - I. 126.
González de Melo, Manuel - V 237.
González Martínez, Enrique - III. 80. 136. - V. 71.
González Massenet, Abel - V. 193.

- González Peña, Carlos - V. 65.
 González Robelo, Ricardo - V. 65.
 González y Jiménez, Benito - II. 7. 8. 57.
 Gorbea, José de Jesús - V. 131.
 Gorjón, Hernando de - I. 88. 100. 104. - V. 126.
 Gorki, Máximo - IV. 234.
 Gorvolán, Ginés de - I. 172.
 Grandjerard, Eugenio - II. 187.
 Grant, Ulises - II. 148. 149. 150. 152. 153. 155. 158. 159. 160. 165.
 166. 167. 185.
 Greco, El - I. 41. 275.
 Green, Benjamín - II. 87. 89.
 Gregore, Henri - V. 127.
 Grieg, Edvard - V. 73.
 Griffel, Prudencia - III, 264, 278,
 Grijalva, Juan de - I. 86. 87. 126.
 Grijalva, Juan - V. 16. Gris, Joan - V. 257.
 Grisolfá, Vicente - V. 269.
 Gross, Alejandro - II. 161. 164.
 Grullón, Arturo - III. 273. - V. 131.
 Grullón, Eliseo - II. 257.
 Grullón, Manuel A. - III. 54.
 Grullón Cordero, Francisco - V. 56.
 Grunewald, Matias - V. 277.
 Grunning, Elsa - II. 264. - V. 278.
 Guacanagarix - I. 44. 66. 87. - II. 108. 197.
 Guadalupe y Téllez, Francisco - I. 129.
 Guadalupe y Téllez, Pio - I. 135.
 Guaicabanié (V. Juan Mateo)
 Guarionex - I. 49. 154.
 Guaroa - I. 49. 178.
 Guarocuya (V. Enriquillo)
 Guatiguaná - I. 49.
 Güell, Ricardo - III. 267.
 Guerrero - I. 139.
 Guerrero, Francisco - V. 238.
 Guerrero, Jacinto - V. 264.
 Guerrero, José Gabriel - V. 247.
 Guerrero, Manuel Maria - II. 262. - V. 169.
 Guerrero, Maria - III. 264.

Guerrero, Ramón - V. 268.
Guerrero, Wenceslao - II. 102. 103. 282.
Guerrero Avila, Jaime Antonio - V. 158.
Guerrero Galván, Jesús - V. 284.
Guerrero Peynado, Miguel Antonio - V. 158.
Guerrier, Philippe - II. 11. 69.
Guevara, Hernando de - I. 161. 165. 177.
Guicaipuro Pardo, Francisco - II. 195.
Guido Spano, Carlos - II. 195.
Guillén, Jorge - IV. 143. 213. 221. 266. 277.
Guillén, Nicolás - I. 220. - III. 248. - IV. 121. 237. 414.
Guillén de Castro - I. 42.
Guillén, Marcelino Gregorio - IV. 333. 351.
Guillermin, Gilbert - V 108.
Guillermo, Cesareo - II. 78. 171. 173. 177. 180. 189.
Guillermo, Pedro - II. 115. 139. 142. 171.
Guimerá, Angel - III. 262.
Güiraldes, Ricardo - V. 25.
Guirao, Ramón - IV. 121. 144. 233.
Guizot, Mr. - II. 79. 84.
Gutiérrez, Fray Juan - I. 130.
Gutiérrez de Ruvalcaba, Joaquín - II. 96.
Gutiérrez Nájera, Manuel - II. 211. - III. 58.
Guydon, Conde de - II. 130.
Guzmán - III. 10.
Guzmán - Diego - I. 108. 126.
Guzmán, Emilio - V. 252.
Guzmán, Joan - I. 108. 126.
Guzmán, Max - III. 125. - V. 221.
Guzmán Blanco, Antonio - III. 245.
Guzmán Carretero, Octavio - IV. 91.
Guzmán, Diego de - I. 108. 126.

Haché, Angel - V. 295.
Haendel - V. 266.
Haggard, Howard W. - IV. 333.
Harding, Warren G. - III. 47.
Harmont, Edward W. - II. 148. 149.
Harrison, Burton U. - II. 160.

- Hartman - III. 209 - V. 162.
Hartzembuch, Juan Eugenio - I. 273.
Hasbún Roedán, Jorge - IV. 217.
Hata, Carlos Alberto - III. 52.
Hatch, Senador - III. 156. 187.
Hatuey - I. 49. 178. - V. 120.
Hausdorf, George - III. 259-260. - V. 279. 290.
Haydn, Joseph - V. 247.
Haza del Castillo, Ivón - V. 266.
Hedouville, General - I. 192. 204.
Hedegger, Martin - III. 209. - V. 162. 165.
Heine, Enrique - III. 71. 73. 75. 77.
Henein, George - IV. 214. 237.
Henneguy - V. 181.
Henríquez, Adolfo - III. 269.
Henríquez, Altagracia - II. 190
Henríquez, Enrique - II. 235-243. 279. - III. 11. 55. 104. 105. 139.
149. 224. 229. - IV. 220. 237. - V. 95. 156.
Henríquez, Enrique Apolinar - V. 156. .
Henríquez, Enriquillo - III. 55.
Henríquez, Ildefonso - II. 186. 281.
Henríquez, Manuel - II. 186.
Henríquez, Puchungo (V. Rafael Américo Henríquez)
Henríquez, Rafael Américo - III. 206. 224. - IV. 18. 126. 137. 150.
151. 160. 161. 200-205. 237. 244.
266. - V. 156.
Henríquez, Rafael David - V. 158.
Henríquez Almánzar, Adolfiná - V. 138.
Henríquez Coiscou, Altagracia - III. 273. - V. 132. 133. 158.
Henríquez Gratereaux, Federico - V. 170.
Henríquez Ureña, Camila - II. 201. - V. 94.
Henríquez Ureña, Max - I. 126. 131. 137. 144. 219. 220. 254. 258. -
II. 50. 61. 194. 201. 226. 244. 245. 280. - III. 37.
59. 62. 66. 73. 94. 123. 135. 136. 229. 231. 232. 234. 236. 270.
272. 273. - IV. 237. 398. - V. 10. 17. 44. 63. 65. 66. 71.
76. 81. 91. 94. 95. 96.
Henríquez Ureña, Pedro - I. 58. 61. 77. 88. 89. 94. 99. 100. 115.
123. 127. 129. 133. 134. 144. 145. 235. 238. 239. 241.
243. 244. 250. 255. 256. 257. 258. - II. 191. 195. 196. 201. 207.
209. 211. 226. 227. - III. 37. 62. 64-66. 135. 149.

236. 244. 252. 258-273. 274. - IV. 14. 15. 218. 233. 240. 304. 305.
 349. 350. 351. 359. 398. 411. - V. 7. 11. 44. 60.
 63-76. 78. 79. 81. 88. 94. 95. 124. 134. 135. 137. 138. 149. 154.
 158. 159. 160. 163. 166-168. 170. 193. 195. 199. 200.
 206. 210. 213. 231. 232. 241. 269. 271. 300.
 Henríquez y Carvajal, Federico - II. 112. 183. 188. 243. 245. 246.
 248. - III. 37. 66. 239. 248. 273. - IV. 388. - V. 62.
 91. 92. 95. 96. 128. 132. 144. 149. 153. 156. 157. 216. 245.
 Henríquez y Carvajal, Francisco - II. 201. 276. - III. 25. 33. 34. 37.
 48. 235. 273. - V. 78. 94. 131. 132. 133. 146. 149.
 Herard Rivier, Charles - II. 10. 11. 15. 64. 68. 69. 70. 84. 188. 276. -
 III. 101. - V. 209.
 Hereaux, Ulises - II. 61. 63. 64. 78. 137. 141. 171-182. 188. 189.
 190. 204. 215. 243. 250. 252. 253. 260. 266. 281.
 - III. 7. 14. 22. 23. 25. 50. 54. 238. 39. 274. 275. 276. - IV. 369. -
 V. 44. 80. 87. 92. 119. 131. 142. 149. 150. 151. 159.
 Hereaux hijo, Ulises - III. 76. 137. - V. 19. 44. 45.
 Heredia, Francisco Javier - II. 143.
 Heredia, María de la Merced - I. 219.
 Heredia, Manuel de Jesús - II. 270. - V. 207. 264.
 Heredia, Salvador - V. 265.
 Heredia Girón, Tomás - V. 238.
 Heredia y Girard, José María - I. 219.
 Heredia y Heredia, José María - I. 207. 219.
 Heredia y Mieses, Domingo - I. 219.
 Heredia y Mieses, José Francisco - I. 219.
 Herminia (V. Salomé Ureña de Henríquez)
 Hermosilla - III. 59. - V. 73.
 Hernández, Antonio - III. 12.
 Hernández, Gaspar - II. 230. 279. - V. 127. 128.
 Hernández, José - IV. 64.
 Hernández, Juana A. - IV. 356. 388.
 Hernández, Julio Alberto - III. 87. 136. 137. - V. 210. 220. 222.
 224. 232. 240. 248. 256. 269. 270. 271.
 Hernández, Luis - V. 196.
 Hernández, Manuel - V. 263. 265.
 Hernández, Miguel - III. 248. - IV. 185.
 Hernández, Napoleón - V. 249.
 Hernández, Pedro - I. 21. 248. - III. 38.
 Hernández, Pipí - III. 51.

- Hernánde Aquino, Luis III. 226 - IV. 144.
 Hernández Brea, Luis María - III. 10.
 Hernández de Córdoba, Francisco - I. 126.
 Hernández Franco, Tomás Rafael - III. 194. 206. 216-219. 224. 226.
 - IV. 117. 118. 237. 239. - V. 28.
 Hernández Melgarejo, Alonso - I. 249.
 Hernández Ortega, Gilberto - V. 279. 285-286. 287. 291. 293. 301.
 Hernández Portocarrero, Alonso - I. 227.
 Hernández Rueda, Lupo - III. 142. 224. - IV. 172. 227. 230. 236.
 237. 240. 241. 242. 244. 246. 247. 248-253. 266.
 Heródoto - I. 58. 209. - II. 168. - V. 97.
 Herranz, Francisco Javier - I. 101.
 Herrera, Alonso - I. 89.
 Herrera, César - IV. 107. - V. 70.
 Herrera, Fernando - I. 39. 42. 109.
 Herrera, Juan de - I. 40.
 Herrera, León - V. 249. 270.
 Herrera, Nilo - V. 193.
 Herrera, Porfirio - III. 103. 105-111. 137. 138. 271.
 Herrera, Primitivo - III. 137.
 Herrera, Rafael - V. 148.
 Herrera Ayllón, Vicente - III. 249.
 Herrera Fritot - I. 58.
 Herrera Mejía, Francisco - V. 158.
 Herrera y Reissig, Julio - III. 119. 131. 132. 145. - IV. 66. 67. 135.
 Hidalgo, Gladio - III. 131-135. 138. 145. - IV. 90. 91. 116. 260.
 Hidalgo Rafael (V. Gladio Hidalgo).
 Higuemota - I. 161. 165. 177. - II. 196.
 Hipócrates - V. 188.
 Hita, Arcipreste de - I. 36. - III. 60.
 Hitler, Adolfo - III. 246.
 Hillyer - III. 252.
 Hoare, General - I. 138.
 Hoepelman, Antonio - III. 40. 55.
 Hoepelman, Marino - V. 56.
 Hoepelman, Virgilio - V. 93.
 Hoffman, Ernesto Teodoro - III. 77.
 Homero - III. 225.
 Hostos y Bonilla, Eugenio María - II. 179. 199. 208. 226. 244. 253.
 267. - III. 233-239. 273. - IV. 142. 233. -V. 71. 72

81. 95. 106. 113. 120-133. 134. 140. 145. 146. 157. 163. 166. 175.
 195.
- Howe, Sr. - II. 162.
 Hrdlicka, Ales - I. 246.
 Hugo, Vespéríde - V. 246.
 Hugo, Víctor - I. 87. 216. - III. 61. - V. 45. 100. 170.
 Huffer, Rodolfo - V. 271.
 Hughes, Charles Evans - III. 47. 48. 55.
 Huidobro, Vicente - III. 141. 148. 224.
 Hungría, José - II. 131.
 Hungría, José Antonio - II. 111.
 Husserl - III. 209. - V. 162.
- Ibarborou, Juana de - III. 149. - IV. 107. 111.
 Ibé, Alfonso - II. 76.
 Ibsen, Enrique - V. 55. 58. 73. 44.
 Icaza, Francisco de - I. 120. 127.
 Iglesias, Oscar - V. 56.
 Iglesias, Salvador - IV. 234. - V. 161. 166.
 Ignacio, Rafael - V. 230. 250. 252. 258. 259-260.
 Ignacio de Loyola, Fray Martín - I. 126.
 Illas, Juan José - III. 245.
 Imbert, José María - II. 64. 70. 71. 180.
 Imbert Barreras, Antonio - III. 56.
 Incháustegui, Arístides - III. 268. - V. 266.
 Incháustegui Cabral, Héctor - III. 138. 157. 204. 226. - IV. 8. 12. 13.
 14. 18. 32-43. 52. 90. 91. 115. 122. 143. 175. 193.
 237. 239. 245. - V. 6. 257. 266.
 Incháustegui Cabral, Marino - I. 50. 53. 56. 61. 123. 125. 180. - V.
 107. 123.
 Incháustegui Cabral, Sixto - V. 190. 196.
 Infantas, Fernando de las - V. 238.
 Ingenuo, El (V. Eugenio Perdomo)
 Ingres, Juan Augusto - I. 272.
 Inocencio - III - I. 89.
 Iranzo, Juan de - I. 106.
 Iris, Esperanza - III. 266-267. 269.
 Irwin, Carlos T. - III. 246.
 Isabel la Católica - I. 35. 36. 38. 89. 146. 155.

Isbel I. - I. 37. 173.
Isabel II - II. 96. 104. 105. 113. 129.
Izquierdo, Federico - V. 278.

Jáquez, Felipe - II. 270.
Jáquez, Vicente - II. 270.
Jasenski, Bruno - IV. 234.
Jean Francois - I. 190.

Jeannot - I. 190
Jenner, Edward - II. 271.
Jensen, Gerardo - V. 131.
Jerez, Rodrigo de - I. 224.

Jesurum - II. 146,
Jezabel - II. 151. 186.
Jiménez, Enrique - III. 43. 55. - V. 194.

Jiménez, Epifanio - II. 106.
Jiménez, Guillermo - V. 249. 270.
Jiménez, José de Jesús - V. 176.

Jiménez, José Maria - II. 228.
Jiménez, Juan Evangelista - II. 92.

Jiménez, Juan Isidro - II. 166. - III. 8. 22. 25-30. 52. 54.

Jiménez, Juan Ramón - III. 132. 148. 224. 248. - IV. 213. 217. 218.
- V. 23. 40. 72.

Jiménez, Manuel - IV. 356. 414.

Jiménez, Manuela - V. 268.

Jiménez, Marianela - V. 279. 290.

Jiménez, Manuel Maria - II. 73. 74. 78. 86. 87. 168. - IV. 354. -
V. 209.

Jiménez, Miguel Angel - V. 27.

Jiménez, Ramón Emilio - I. 256. - III. 85-90. 137. 182. - IV. 12.
116. 312. 349. 406-408. - V. 137. 139. 222. 225. 228. 230. 234.

Jiménez de Asúa, Luis - III. 251.

Jiménez Díaz, Carlos - I V. 321.

Jiménez Herrera, G. - IV. 408-409.

Johnson, Stuart - III. 26.

Jolly - V. 180. 181.

Jolv, Domingo - V. 185.

Jorge, Jaime - V. 190.

José, Antonio - I. 139.

José, Agapito - III. 38.
Joubert, Emilio C. - III. 273.
Jovellanos - V. 11.
Juan Buscón (V. Manuel de Js. Troncoso de la C.)
Juan del Pueblo - V. 165.
Juan, San - V. 165.
Juana la Loca - I. 37.
Juárez, Benito - II. 224.
Julia, Jaime Julio - III. 95. - V. 94.
Julian, Conde - III. 247.
Juliao, Aurea - V. 56.
Julio II - I. 99.
Juni, Juan de - I. 41.
Junyer, Joan - III. 259.
Justo, Carlos - I. 42.

Kaham, Salomón - V. 271.
Kant, Emmanuel - III. 209. 210. - V. 162. 163.
Kasse Acta, Emil - V. 192.
Kasse Acta, Rafael - V. 107.
Khayam, Omar - III. 117. 120. 208.
Kierkeggard, Sorel - III. 195. 208. - V. 162.
Kindelán y Oregon, Sebastián - I. 212.
Kirilou, Wladimiro - IV. 234.
Kirschow, Wladimiro - IV. 234.
Klinberg, Willy - V. 256.
Klitschow, Sergio - IV. 234.
Kliucv, Nicolás - IV. 234.
Knapp, H. S. - III. 33. 34. 35. 39.
Kolzov, Miguel - IV. 234.
Kornilov, Boris - IV. 234.
Korn, Alejandro - V. 169.
Kosciuzko, Tadeo - II. 50.
Kortia, Conde de - III. 77.
Krisnamurti - V. 165.
Kullish, Nicoas - IV. 234.

La Gándara, José - II. 97. 108. 114. 115. 118. 126. 128. 131. 132.

- Labat, Juan Bautista - V. 172.
 Lacalle, Maestro - V. 265.
 Lacay Polanco, Ramón - V. 35. 38.
 Laclaustre Dorse, Esther - II. 262. - III. 269.
 Laforgue, Jules - III. 226.
 Lafuente y Alcántara, Emilio - I. 228.
 Laja y Cordones, José - V. 238.
 Laguere, Enrique - V. 45.
 Lamarche, Angel Rafael - III. 224. - V. 31. 93.
 Lamarche, José - V. 193.
 Lamarche, Juan Bautista - III. 129. 138. 248. - IV. 9.
 Lamarche, Martha Maria - IV. 110. 116. 117.
 Lamartine, Alphonse - II. 30. 224.
 Lamedá, León - III. 245.
 Lamouthé, Juan Bautista - II. 282.
 Landestoy, Luis G. - IV. 399-401. 415.
 Lapeireta de Brower, Ninón - V. 257. 266. 270.
 Lara, Jacobito - II. 182.
 Lara, Juan Jacobo de - V. 115.
 Lara Cáceres, Jacobo - II. 182.
 Lara Cintrón, Rafael - IV. 232. 246. 266.
 Larrazábal Blanco, Carlos - II. 12. 58. 59.
 Larrea, Juan - IV. 142.
 Larreta, Enrique - II. 31. - V. 71.
 Las Casas, Bartolomé - I. 49. 53. 56. 61. 62. 64. 78. 81. 97. 105-120.
 123. 152. 176. 177. 178. 166-171. - III. 103.
 - IV. 42. 333. - V. 16. 44. 232.
 Las Casas, Padre (V. Bartolomé de Las Casas)
 Lautremont, Conde de - III. 145. - IV. 195. 196.
 Lavastida, Ignacio - V. 131.
 Lavastida, Miguel - I. 69. 103.
 Lawson, Peter - II. 148.
 Lázaro, Angel - III. 248. - IV. 8.
 Lázaro, Hipólito - III. 265. 268.
 Lazo, Agustín - V. 284.
 Le Sage, Alsín René - I. 42.
 Lebrón, Aurora - III. 138.
 Lebrón Morales, José - III. 241-244. 247. 277. - IV. 237. - V. 129.
 Lebrón Saviñón, Carlos - III. 121. 122. 123. 410. - IV. 237. - V. 129.
 Lebrón Saviñón, Mariano - I. 255. - III. 193. 194. 204. 248. 277.

278. - IV. 9. 12. 13. 14. 18. 37. 38. 116. 117. 121.
 122. 124-135. 136. 137. 140. 142. 143. 144-150. 151. 175.
 210-221. 234. 235. 237. 266. 350. 410. - V. 32. 61. 62. 89.
 94. 95. 96. 115. 190. 191. 195. 196. 197. 234. 271. 298.
 Leclerc, Carlos Víctor Manuel - I. 193. 194. 203. - II. 76. 84.
 Lechsman - Nische - IV. 413.
 Ledesma, Clara - V. 279. 285. 286-287. 291.
 Leger, Abel Nicolás - II. 77.
 Leger, José - II. 104. 131.
 Lehar, Franz - V. 241.
 Leonard, E. C. - V. 174.
 Leoncavallo, Ruggiero - III. 266.
 Lepervanche, René - V. 155.
 Leyba y Mosquera, Tomasina - I. 136. 137. 145.
 Lemonier-Delafosse, J. B. - I. 210. - V. 47. 48. 61.
 Lemos, Condesa de - I. 86.
 Lendor, Franck - V. 266.
 León, David - V. 266.
 León, Fray Luis de - I. 177. - IV. 136. 211. 225. - V. 16.
 León, Rudescindo de - II. 106.
 León Mera, Juan - I. 255.
 Leonardo (V. Leonardo Da Vinci)
 Leoni, Pompeo - I. 41.
 Leonidas - IV. 36.
 Leonidas (V. Benito González)
 Lermontov, Miguel - III. 261.
 Leroux Nolasco, Ernesto - V. 248. 268. 270.
 Letamendi V. 188.
 Levasserr, Cónsul - I. 181. - II. 84. 128.
 Leyba, Rafael E. - II. 126.
 Leyburn, James G. - I. 201. 205. 265. 274. 278. - II. 72. 79.
 Lezama Lima, José - IV. 144.
 Lherisson, Justin - I. 187. 189.
 Licairac Abreu, Julieta - II. 268. - V. 251.
 Licairac Abreu, Lucila - II. 268. - V. 251.
 Liendo, Francisco de - I. 108.
 Liendo, Rodrigo de - I. 69. 70. 71. 108.
 Lilis (V. Ulises Hereaux)
 Lima, Antonio de - III. 224.
 Linares, Deogracia - II. 187.

- Linares, Fray Tomás de - I. 140.
 Lince Pinillo, Carlos - II. 276.
 Lincoln, Abraham - IV. 86. 94. 97.
 Li—Po - III. 61. 101. 208.
 Lithgow, J. T. - IV. 401-402.
 Lithgow Ceara, Luis - V. 183.
 Litz, Frank - IV. 176.
 Liz, Domingo - V. 278. 288. 293. 302.
 Lizan, Jesús - V. 56.
 Lizardo, Fradique - IV. 413. - V. 212. 214. 218. 228. 231. 233.
 Limardo, Fradique - I. 256.
 Lobo Guerrero, Maria - III. 264.
 Lockward, Antonio - IV. 266.
 Lockward, Jaime - III. 128. - V. 96.
 Lockward, George - IV. 415.
 Logroño, Alvaro - III. 52.
 Logroño Cohen, Arturo - III. 285. - V. 62. 107. 122.
 Loi, Salvatore - II. 44. 46. 60.
 Lope de Avila - I. 246.
 Lope de Vega - I. 39. 130. - III. 59. 60. 109. 164. 196. - IV. 157.
 182. 214. 215. 216. 236. 251. - V. 72. 90. .
 López, Diego - I. 122.
 López, Fray Juan - I. 130.
 López; Ismael - III. 270.
 López, Jacinto - V. 95.
 López, José Ramón - III. 76. 232.
 López, Rafael - V. 65.
 López de Avila, Alonso - I. 114. 119. 120. - V. 269.
 López de Castro, Baltasar - I. 144. 175.
 López Glass, Isamael - V. 299.
 López Medrano, Andrés - II. 56. - V. 242.
 López-Penha, Elba - II. 138.
 López y Lora, José Ramón - IV. 380. 414. - V. 90. 153. 154.
 López Velarde, Ramón - IV. 66. 255.
 Lora, Carlos - II. 106. 113.
 Lora, Gregorio - II. 106. 113.
 Lora, Gregorio - II. 112.
 Lora, Silvano - V. 279. 292. 293. 294.
 Lorenzama, Cardenal - I. 142. - V. 8.
 Lothar, Ernesto - V. 279.

- Loti, Pierre - V. 44.
 Louis, Pierre - IV. 109.
 Louverture, Toussaint - I. 186. 190. 191. 192. 193. 194. 195. 198.
 203. 204. 205. 208. 264. 265. - V. 108.
 Lovelace, Ramón - II. 186.
 Loven - I. 53.
 Lo weski, Monzón - III. 224.
 Loyola, San Ignacio de - II. 238. 279.
 Lozada, Gonzalo - V. 66.
 Luciano, José Ramón - II. 110. 118.
 Lugo, Américo - I. 93. 115. 172. 173. 180. 187. - II. 133. 166. 167.
 173. 176. 188. 190. 215. 243. 245. 248. 265. 280. - III. 37. 41. 55. 76.
 136. 148. 149. 198. 244. 248. 273. - IV. 8. 116. 133. 135. 138. 233. - V.
 11. 28. 44. 60. 63. 68. 69. 70. 71. 81-87. 91. 95. 103. 104. 106. 123. 129.
 Lugo, Smuel - IV. 144.
 Lugo Caamaño, Aida - V. 265.
 Lugo Lovatón, Ramón - II. 131.
 Lugo Romero, Américo - V. 138.
 Lugones, Leopoldo - II. 88. 98. 99. 119. 132. 137. 176.
 Luis XIII - I. 181.
 Luis XIV - I. 183.
 Luis Napoleón - II. 134.
 Lully, Juan Bautista - V. 200.
 Luna, José Ramón - II. 275. 276. 282.
 Luperón, Gregorio - II. 78. 110. 111. 112. 113. 115. 116. 118. 123. 125.
 132. 133. 141. 142. 147. 149. 164. 165. 167. 169. 170. 171. 172. 173.
 178. 180. 187. 188. 189. 190. 223. 244. 278. - III. 233. 234. 238. - V.
 99-102. 103. 113. 123. 180.
 Luque, Ricardo - III. 262.
 Lustrino, Braulio - III. 270.
 Llanes, Manuel - III. 206. 212-216. 224 - IV. 16. 116. 137. 144-150.
 221-222. 237. 239.
 Llaverías, José - V. 128.
 Llenas, Alejandro - V. 173.
 Llerena, Cristobal de - I. 105. 114-120. 174 246. - V. 47. 199. 231.
 232. 251. 260.
 Llibre, Juan - V. 56.
 Llorens Castillo, Vicente - I. 113. 127. - III. 249. - V. 139.
 Llorens Torres, Luis - I. 61.
 Llovet, Juan Jose - III. 229. 239-241. - IV. 237. - V. 95.

- Lluberes, Félix Mariano - II. 144.
 Lluberes, Manuel de Jesús - II. 55.
 Lluberes, Mario - I. 58.
 Lluberes, Rafael - II. 188. - V. 128.
- Mac Despradel, Luis - IV. 114. 118.
 Maceo Grajales, Antonio - II. 245.
 Machado, Antonio - II. 242. - III. 111. 248. IV. 9. 11. 178. 182.
 236. 277.
 Machado, José - I. 255.
 Machado, Manuel - III. 87. - IV. 99. 277.
 Machado González, Manuel Arturo - III. 55. 138. - V. 82. 92. 95.
 121. 149.
- Mackandal - I. 187. 189.
 Mackensie, Charles - II 55. - V. 239. 269.
 Madiou, Thomas - II. 79.
 Madrid, Alonso de - I. 121. - V. 237.
 Maeterlinck, Mauricio - IV. 109. - V. 73.
 Magallanes, Hernando de - I. 125.
 Magloire hijo, Clement - IV. 144.
 Mahoma - V. 41.
 Maikovski, Vladimiro - IV. 234.
 Maireni - II. 210.
 Makarov, Iván - IV. 234.
 Malagón Barceló, Javier - III. 249. 251.
 Malagón Díaz, Ambrosio - IV. 143.
 Maldonado, Alonso - I. 248.
 Maldonado, Melchor - I. 92.
 Maldonado, Rodrigo Claudio - I. 136.
 Mallarme, Stephane - II. 221. - III. 226.
 Mallol, Domingo - II. 125. 131.
 Mallot, Henry - V. 266.
 Mandelstan, Ossip - IV. 234.
 Maniocatex - I. 154.
 Manrique, Jorge - III. 165.
 Manso de Contreras, Alonso - I. 175.
 Manuel, Señor - IV. 356.
 Mantovani, Juan - V. 168.
 Manzueta, Eusebio - II. 104. 131. 138. 143.

- Mará del Orbe, Manuel - V. 268.
 Marañón, Gregorio - V. 188.
 Marcano, Eugenio de Js. - V. 177.
 Marcelo, S. - II. 62. - V. 243. 270.
 Marchena, Enrique de - I. 247. 255. 257. - IV. 234. 410. - V. 219.
 233. 248. 260-261. 262.
 Marchena, Eugenio Generoso - II. 174. 175. 190. - III. 20. 23.
 Marchena, Jaime - V. 270.
 Marchena de Leiva, Amelia Francisca (V. Amelia Francasci)
 Marchena, Pedro - V. 192.
 Marchena hijo, Enrique - V. 270.
 Marco Aurelio - V. 8.
 Marco, Santiago - III. 269.
 Margarite, Monsen Pedro - I. 92. 149.
 Marfa (V. Ulises Francisco Espailat)
 Marlowe, Christopher - V. 92.
 Marrero Aristy, Ramón - I. 61. 62. 153. 162. 177. 180. 181. 205.
 274. - II. 68. 73. 79. 80. 130. 133. 188. - III. 15. 53. - IV. 143. 237. - V
 24-27. 37. 38. 103. 155. 157.
 Marinetti - III. 141.
 Marín, Rodrigo - I. 232.
 Maritain, Jean - III. 208. 209. 210.
 Márquez, Juan - V. 237.
 Márquez Juvel, Manuel - I. 274. - II. 186.
 Marsilio - III. 233.
 Marte, Roberto - IV. 266.
 Marten, Dora - III. 261. 278.
 Martí, José - I. 177. - II. 30. 179. 180. 243. 244. 245. 260. - III. 58.
 70. 164. 166. - IV. 236. - V. 12. 16. 44. 71. 81. 87. 91. 96.
 Martí Ripley, Enrique - V. 178.
 Martín, Andrés - I. 164.
 Martín Moya - III. 49.
 Martín Sierra, Ricardo - III. 249
 Martínez, Aniceto - II. 187.
 Martínez, Benito - II. 71.
 Martínez, Carlos - II. 271.
 Martínez, Francisco - II. 106.
 Martínez, Fray Diego - I. 135. 136. 145.
 Martínez, José - IV. 266.
 Martínez, Julio César - V. 157.

Martínez, Luichi (V. Luis Matfne Richiez)
 Martínez, Manuel - II. 222. 228.
 Martínez, Mario - III. 248. 249. - IV. 10. 243.
 Martínez, Osvaldo - III. 270.
 Martínez, Pedro - II. 187.
 Martínez, Vicente - II. 187.
 Martínez Bonilla' Carmen Natalia (V. Carmen Natalia)
 Martínez Casado, Luisa - III. 262.
 Martínez de la Rosa, Francisco - I. 273. - II 8.
 Martínez de Porras, Francisco - I. 141.
 Martíne Reyna, Virgilio - III. 137. 138.
 Matfne Richiez, Luis - III. 258. - V. 299. 301. 303.
 Martínez y Mosquera, Miguel - I. 136.
 Martir, Segundo - II. 106.
 Martir de Anglería, Pedro - I. 36. 48. 87. 92.
 Marty, Dundún - III. 276.
 Mascagni, Pietro - III. 266. - V. 244. 265.
 Mascaró, Josefa - III. 136.
 Massenet, Emil Frederick Jules - III. 232.
 Mata, Andrés - III. 245.
 Mata Monción, Juan de - II 110.
 Mata Tejada, Juan de - I. 219.
 Matamoros, Mercedes - II. 195.
 Mateo, Juan - I. 93.
 Matilla Jimeno, Alfredo - III. 249. 251.
 Matilla Jimeno, Aurelio - III. 249.
 Matisse, Enrique - III. 257.
 Matorrel, Ozet Ramón - III. 249.
 Matos, Estervina - IV. 110-111.
 Matos Franco, Eduardo - V. 150.
 Matos Paoli, Francisco - IV. 144.
 Mauclair, Camille - IV. 176.
 Maupassant, Guy - III. 77.
 Maurois, Andrés - I. 174. 181.
 Mayer, Nouel - IV. 236.
 Mayobanex - I. 49. 154.
 Mayol, José - II. 75.
 Mazzei, Angel - V. 67.
 Mazzini, Giusseppe - II. 31.
 Mc. Cormick, Senador - III. 38.

- Mc. Kay, Isaac - II. 276.
 Mc. Leish, Archibald - IV. 144. - V. 208.
 Mc. Intyre, General - III. 20.
 Mc. Millan - III. 252.
 Medina Alvarado, Mancel - V. 271.
 Medrano hijo, Wenceslao - V. 190.
 Medrano, José - II. 85.
 Mejía, Abigail - II. 201. - V. 27. 90.
 Mejía, Enrique - V. 270. 271.
 Mejía, Félix Evaristo - III. 55. 273. - V. 95. 131. 140. 145.
 Mejía, Gisela - II. 281.
 Mejía, Luis F. - III. 31. 32. 54.
 Mejía, Manuel - II. 187.
 Mejía, Pedro Maria - III. 52.
 Mejía, Petronio - V. 249. 266. 267. 268. 270.
 Mejía, Radamés - III. 258. - V. 299. 300.
 Mejía Arredondo, Enrique - IV. 243. - V. 248. 250. 256-270.
 Mejía Arredondo, Roberto - V. 248.
 Mejía Ricart, Gustavo Adolfo - III. 248. - IV. 8 - V. 95. 107. 139.
 169. 194.
 Mejía Solier, Juan Tomás - III. 54. 137. 138. 271. - V.
 128.
 Melenciano, José - II. 187.
 Meléndez Bazán, Antonio - I. 141.
 Melgarejo Ponce de León, Francisco - I. 136. 137.
 Mella, Noemí - V. 279. 291.
 Mella Chavier, Próspero - IV. 234.
 Mella Castillo, Ramón Matía - II. 8. 10. 15. 23. 50. 57. 97. 99. 103.
 105. 109. 115. 167. 178 - IV. 241. - V. 102.
 Mena, Elila - V. 250. 256. 269. 271.
 Mena, Gerardo - V. 129.
 Mena, Luis Emilio - V. 216. 250. 252. 255.
 Mena, Miguel Antonio - V. 128.
 Mena y Cordero, Juan - II. 57. - V. 208. 243.
 Mena y Portes, Pedro Tomás de - V. 128.
 Mencía - I. 7. 177. 180. - V. 12. 16.
 Mendes, Adolphe - II. 146.
 Méndez Nieto, Juan - I. 106. 122. 248.
 Mendiburru, Manuel - I. 114.
 Mendoza, Antonio - II. 56. - V. 243.

- Mendoza, Familia - I. 40.
 Mendoza, Fray Domingo de - I. 93. 105.
 Mendoza, Elvira de - I. 109. 110.
 Menéndez, Pedro - I. 126.
 Menéndez Pelayo, Marcelino - I. 110. 126. 127. 132. 133. 135. 145.
 254. 257. - II. 191. 200. 226. - III. 60. 244. - V. 72. 113.
 Menéndez y Pidal, Ramón - I. 179.- V. 66. 72.
 Menessés, Gaspar - I. 124.
 Meneses y Bracamonte, Bernardino (V. Conde de Peñalba)
 Mera, Juan Leon - V. 10.
 Mercenario, Félix - II. 84.
 Merkle, Capiitán - III. 36. 39
 Mercedes Sebastián - II. 57.
 Meriño, Fernando Arturo de - II. 63. 102. 103. 105. 131. 140.
 141. 172. 174. 177. 183. 184. 190. 204. - III.
 66. 234. - V. 11. 9. 90. 115-119. 127. 128. 130. 146. 147.
 Meriño, Juan Hilario - II. 186.
 Meriño, Valentín - II. 187.
 Mesa, Antonio - III. 87. 137. - V. 264.
 Meso, Mónica - I. 250-252. - IV. 353.
 Messina, Fe - V. 269. 270.
 Mestre, Pedro Celestino - II. 273.
 Meza, Julio - II. 181. - IV. 235.
 Meza, Zoilo - II. - 186.
 Michel, Luis - II. 124.
 Miches, Eugenio - II. 143. 181.
 Mieses, Angel - II. 263.
 Mieses, Blanca - V. 269. 270.
 Mieses, Gloria - V. 265.
 Mieses, Nidia - V. 266.
 Mieses, Lorenzo - II. 71.
 Mieses, Pedro - V. 270.
 Mieses Burgos, Franklin - III. 110. 128. - IV. 12. 18. 38. 43. 91. 117.
 122. 137. 140. 142. 143. 236. 144-150. 151-175. 182. 205. 208. 223.
 227. 237. 240. 241. 242. 258. 266. - V. 61. 297.
 Mieses de Panochia, Luisa - V. 265.
 Miguel Angel - I. 41
 Miguet, A. - V. 172.
 Mikirov, Iván - IV. 234.
 Milá y Fontanals - III. 60.

- Milhoz, Oscar Lubicz - IV. 234.
 Milton, Juan - II. 167.
 Mill, Stuart - V. 167.
 Miller, Freddy - IV. 138. 143.
 Miller, Jeannette - IV. 246.
 Millsbaugh, Carlos Federico - V. 174. 195.
 Miguel Pérez, Isidro de - V. 158.
 Miniño, Manuel Maria - V. 61. 261. 265.
 Mir, Pedro - III. 95. 248. - IV. 8. 9. 13. 14. 18. 36. 37. 38. 43-50.
 116. 117. 118. 241. 245.
 Miranda, Francisco de - V. 119.
 Miranda Johnson, Rafael - I. 59. 62. 270. 281. 282. - V. 107. 181.
 186. 189-190. 191. 192. 196.
 Mirasol, Conde de - II. 85.
 Miró, Baltasar - III. 259. - V. 157.
 Miró, Gabriel - IV. 201. 202.
 Miró, Joan - III. 257.
 Mirón - V. 276.
 Mistral, Gabriela - IV. 50. 111.
 Miura, Francisco Javier - II. 279.
 Miura, Ricardo - IV. 254.
 Moesser, Luis - V. 264.
 Moliere - I. 42. - V. 60. 112.
 Molina Morilla, Rafael - V. 157.
 Monclús, Miguel Angel - IV. 399. 415. - V. 28. 93.
 Monción, Benito - II. 110. 111. 112. 189. - V. 99.
 Monción, Julio - V. 267. 270.
 Monet, Claude - III. 96.
 Mónica, Manuel (V. Meso Mónica)
 Montalvo, Juan - V. 11. 71. 86. 95.
 Montás, Ulises (V. El Cantor del Duey)
 Monte, José Joaquín - I. 271.
 Monte, Manuel Joaquín - I. 271. - II. 14.
 Monte de Oca, Teresa - V. 265.
 Monteflores Waxman, Manuel - V. 95.
 Monteforte Toledo, Mario - IV. 144.
 Montemayor, Juan Francisco - I. 133.
 Montero, Romualdo - II. 106.
 Montes, Concepción - III. 264.
 Monstesinos, Fray Anton - I. 77. 93. 94-97. 166. 167. 168.

- Montesquieu, Carlos de Secondat - I. 260.
 Monteverde y Bello, Manuel de - I. 275.
 Montolío, Andrés Julio - V. 149. 150.
 Montolío y Sánchez, José Florentino - I' 275.
 Monzón y Martín, Bienvenido - II. 271.
 Moore, Thomas - II. 29. 192. 200.
 Mora, Cristóbal José de - II. 131.
 Morales' Alberto - III. 266.
 Morales, Angel - III. 50.
 Morales, Cristóbal - V. 238.
 Morales, Fernando de - I. 81. - V. 102.
 Morales Alvarado, Luis - IV. 144.
 Morales Languasco, Carlos - III. 12. 13. 14. 20. 53. - V. 151.
 Moratin - V. 73.
 Morbán Laucer, Fernando - V. 179.
 Moreau de Saint-Mery, Medric Louis Elie - I. 186. 188. 266. 274. -
 V. 108. 203.
 Morel, Emilio - III. 90-94. 139. - IV. 13. 116. - V. 60.
 Morel, Tomás - III. 88. - IV. 116. 390-391. - V. 289.
 Morel, Yoryi - II. 264. - IV. 390. - V. 278. 279. 289-290. 303.
 Morel de Santa Cruz, Pedro Agustín - I. 141.
 Moreno, Carlos - II. 84.
 Moreno, Francisco - II. 187.
 Moreno, Laudelino - III. 249. - V. 139.
 Moreno, Josefa - III. 190.
 Moreno Jimenes, Domingo - III. 68. 141. 142. 146-203. 204. 205.
 206. 208. 212. 219. 221. 224. 225. 226. 227. 248. - IV. 8. 12. 13. 17. 18.
 32. 33. 42. 50. 52. 66. 67. 82. 87. 88. 90. 116. 118. 122. 123. 124-135. 139.
 143. 151. 161. 220. 234. 235. 237. 245. 258. 388. - V. 69. 70. 95. 156.
 253.
 Moreno del Christo, Gabriel Benito - II. 105. 183. - III. 230-232. - V.
 95.
 Moreno Villa - V. 72.
 Morfa, Juan de - I. 138.
 Morillas, Francisco - I. 138.
 Morillas, José Mria - I. 275.
 Morillo, Vitelio - III. 270.
 Moris Pacheco, Felipe - III. 39.
 Morisset - II. 70.
 Morris Morris, Julián - II. 106.

- Morrison, Mateo - IV. 266.
 Morton, Oliver - II. 150. 151. 186.
 Moscoso de Sánchez, Anacaona - III. 238.
 Moscoso, Juan Vicente - I. 211. 218. 221. - V. 238.
 Moscoso Garrido, Juan - II. 229.
 Moscoso hijo, Juan Elías - V. 145.
 Moscoso Puello, Francisco - V. 4. 45. 190.
 Moscoso Puello, Rafael María - V. 172. 174. 175-176. 195.
 Moscoso Sánchez, Anacaona - V. 135.
 Mosquera, Juan - I. 85.
 Mosquera Montiel, María - I. 85. 135.
 Mota, Antera - V. 134.
 Mota, Félix - II. 106. 222.
 Mota, José - II. 142.
 Mota, Juan - III. 276.
 Mota, Luis A. - III. 226.
 Mota, Manuel Regla - II. 89. 90. 94.
 Mota, Mercedes - V. 134.
 Mota Medrano, Fabio A. - III. 77. 136. 270. 278. - V. 139. 161.
 165-166. 192.
 Moya, Casimiro Nemesio de - II. 172. 181. 189. 277. - III. 10.
 Moya, Dionisio - II. 183.
 Moya Pons, Frank - V. 115.
 Mozart, Wolfgang Amadeo - I. 42. - II. 56. - III. 240. 241.
 Mujica, Adrián - I. 161. 162 y 177.
 Mujica, Lorenzo - I. 258.
 Munarriz, Juan - II. 274.
 Muñoz, Felipa de - V. 108.
 Muñoz del Monte, Francisco - I. 209, 210 y 219.
 Muñoz de Molinuevo, Altagracia Consuelo - V. 158.
 Murillo, Bartolomé Esteban - I. 41.
 Musset, Alfredo de - III. 75 y 103.
 Mussolini, Benito - II. 246 y 248.
 Muyer Serrá, Otto - V. 271.

 Nadal, Pablo - !V. 266.
 Nanita, Abelardo R. - V. 95 y 155.
 Nanita, Freddy - V. 56.
 Navas, Martín de - V. 238.

- Narváez, Pánfilo - I. 105. 168.
 Navagiero, Andrés - I. 39.
 Navarrette, Arz. - II. 279.
 Navarro, Andrés - III. 52.
 Navarro, Leopoldo - II. 260. 261. 265. - V. 277.
 Nebrija, Antonio de - I. 36. 224.
 Neco, Emilio - III. 270.
 Nerón, Juan - I. 89.
 Neruda, Pablo - III. 108. 149. 248. - IV. 7. 50. 217. 218.
 Nervo, Amado - III. 119.
 Nicomedes, Darío - V. 56.
 Nicuesa, Diego de - I. 126.
 Nietzsche - V. 169.
 Nieves, Rosa - V. 208.
 Nikilenko, Iván - 234.
 Nimer, Aquiles - V. 139.
 Nino (V. José María Pichardo)
 Niño, Andrés - I. 126.
 Niño, Pedro Alonso - I. 105. 126.
 Nísida (V. Nicolás Ureña)
 Nissage, Saget - IV. 387.
 Nívar, Alfredo - V. 247.
 Nívar Ramírez, Consuelo - V. 125. 129. 135. 136. 137. 157.
 158.
 Nívar de Pitaluga, Amada - IV. 107-109. 117.
 Noceda Sánchez, Jorge - V. 288-289. 297.
 Nolasco, Félix María - V. 63. 87-88. 94.
 Nolasco, Flérida García de - I. 255. - III. 150. 154. 165. 166. 197.
 225. - IV. 15. 227. 273. 349. 410-411. - V. 200. 211. 214. 231. 233. 255.
 269
 Nolasco, Pedro - II. 185.
 Nolasco, Rosaura - IV. 356.
 Nolasco, Sócrates - I. 273. - V. 18. 27-28. 44. 106. 234.
 Norbel Rusiñol (V. Mariano Lebrón Saviñón)
 Nordaux, Max - III. 136.
 Normandía, Roberto de - V. 233.
 Nouel, Carlos - III. 128.
 Nouel Henríquez, Rosa de - V. 270.
 Nouel y Bobadilla, Adolfo Alejandro - II. 190. 262. - III. 20. 22. 43.
 54. 55. 138. - V. 91. 121-122. 135. 147.

- Noel y Bobadilla, Bienvenido Salvador - III. 136. 271.
Noel y Pierret, Carlos Tomás - II. 160. 161. 183. 187. 188. - V.
105.
Novaho - V.- 185.
Núñez, Bolívar - V. 270.
Núñez, Elsa - V. 291.
Núñez, Generoso - V. 266.
Núñez, George - II. 281.
Núñez, Juan Evangelista - II. 189.
Núñez, Juan Nepomuceno - II. 189.
Núñez Cabeza de Vaca, Alvar - I. 125.
Núñez de Arce, Gaspar - II. 211. - III. 89.
Núñez de Balboa, Vasco - I. 105. 125.
Núñez de Cáceres, Joosé - I. 203. 211-218. 220. 221. 263. 264. 270.
272. - II. 96. 119. 229. - V. 99. 101. 126. 140. 169. 238. 243.
Núñez de Cáceres, José - I. 218.
Núñez de Cáceres, Pedro - I. 218. 220. 229.
- Ocampo, Sebastián - I. 126.
Ocaña, Antonio - III. 277.
Ocaña hijo, Antonio - III. 277.
Ochoa, Eugenio - II 8.
Ochoa, Pascual - I. 249. - V. 231.
O'Donell, Leopoldo - I. 96. 99. 108. 109. 126.
Ogando, Andrés - II. 187. 188.
Ogando, Timoteo - II. 147. 149. 187.
Ogé, Vicente - I. 191.
Ojeda, Alonso de - I. 92. 105. 126. 160.
Olave - I. 139.
Olivares, Juan de - I. 89.
Oliver de Germán, Consuelo - V. 158.
Olmedo, Bartolomé - I. 98. 105.
Omendi, Manuel - V. 152.
Oreschin, Pedro - IV. 234.
Orlov, Víctor - IV. 234.
Ornes, Germán - IV. 405-406.
Oropeza, Juan José - I. 258. - V. 238.
Orozco, María de - I. 82-87.
Ortea, Juan Francisco - II. 227.

- Ortea y Alella' Virginia - III. 76
 Ortega, Augusto - IV. 404-405.
 Ortega del Castillo, Roberto - II. 228.
 Ortega de Mendoza, Liliana - II. 228.
 Ortega Frier, Julio - I. 104. 105. - IV. 399. 415. - V. 135.
 Ortiz, Fernando - I. 274.
 Ortiz, Pedrito - IV. 356.
 Ortiz, Tomás de - I. 105. 126.
 Ortiz, Vicenta (V. Vicenta la Manila)
 Ortiz de Zarate, José - III. 268.
 Ortori Díaz, Blanca - IV' 116. 234.
 Osler - V. 188.
 Ossorio, Ana de - IV. 353.
 Ossorio, Antonio - I. 76. 110. 129. 130. 134. 138. 174. 175. 183. 192.
 Ossorio, Gustavo - IV. 144.
 Ostrand, Dr. - III. 43.
 Otero Damirón, Belisa - III. 270. - V. 254. 270.
 Otero Damirón, Julieta - III. 270. - V. 254. 263. 265. 270.
 Otero Nolasco, José - V. 149.
 Ovalle - I. 110. 138.
 Ovando, Frey Nicolás - I. 53. 67. 72. 75. 78-81. 89. 90. 97. 100
 147. 166. 175. 178. 180. - V. 16.
 Ovando, Leonor de - I. I. 109-113. 127. - IV. 107. 252.
 Ovando, Zenón - III. 11. 13. 15. 52.
 Oviedo (V. Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdéz)
 Oviedo, Fray Pedro de - I. 132. 144. - V. 237.
 Oviedo, Ramón - V. 295.
 Oviedo Valvueda, Pedro - I. 132.
 Ovidio Nasón - III. 144.

 Pachano, Jacinto Regino - III. 245.
 Pacheco, Armando Oscar - IV. 117. 138. - V. 60.
 Pacheco, Fray Alonso de - I. 114.
 Pacheco de Baeza, Elsa - IV. 144.
 Padilla Bisonó, Juan - IV. 138. 143. - V. 94.
 Padilla D'Onis, Luis - I. 48
 Padilla Guardiola y Guzmán, Juan - V. 123.
 Páez, José Antonio - I. 217. - V. 100. 119. 122.
 Paggi, La - III. 265. 266.

- Paiewonski, Alberto - V. 187.
 Palacios, Antonio - III. 268.
 Palé Matos, Luis - IV. 121. 194.
 Palestrina - V. 241.
 Palm, Elwin Walter - I. 68. 72. 73. 76. 88. 89. 143. 262. - III. 261. -
 V. 95.
 Palma, Ricardo - I. 234. - II. 234.
 Pamiés, Pedro de - V. 127.
 Pane, Fray Ramón (o Román) - I. 59. 92. 93. 105. 223.
 Paniagua, Manuel - IV. 412.
 Pantaleón, José - II. 228.
 Papillón - I. 190.
 Paradas, Juan Bautista - II. 145 V. 117.
 Paredes, José de Jesús - II. 106.
 Parisián, Ramón - II. 181.
 Parra, Manuel de la - V. 65.
 Pasamonte, Miguel de - I. 95. 262.
 Pascual, Manolo - III. 254. 258. - V. 279. 299. 300. 302. 308.
 Pascual Real, Brigadier - I. 212.
 Pastor, Francisco - I. 281.
 Pastoriza, Roberto - III. 56.
 Patín Maceo, Manuel Antonio - IV. 310. 312. 350. - V. 222.
 Patín Veloz, Enrique - II. 23. 60. - V. 115. 169.
 Patiño, Arístides - II. 179. III. 52.
 Patiño Ureña, Dolores - V. 158.
 Pattee, Ricardo - I. 181. 188. 192. 199. 204. 206. 263. 273. 274. -
 II. 11. 57. 58. 79. 81.
 Paulo III - I. 101. 103. 125.
 Paz y Mateo, Alberto - III. 259. - IV. 143.
 Pedro, Valentín de - I. 127.
 Pedro el Cruel, Don (V. Pedro I de Castilla)
 Peguero, Alberto - V. 189. 190. 196.
 Peguero, Miguel A. - III. 127. 129-131 - IV. 260.
 Peguero, Pedro José - I. 141.
 Peláez de Campomares, Antonio - II. 96. 97. 107. 131.
 Pelé, José - III. 268.
 Pellerano, Eva - III. 238.
 Pellerano, José Francisco - II. 188. - V. 54.
 Pellerano, Juan Francisco - II. 227. 279.
 Pellerano Alfau, Arturo J. - V. 153.

Pellerano Castro, Arturo Bautista - II. 219. 246. 253-259. 280. 281. - III. 88. 138. 139. 156. 157. 271. - IV. 12. 16. 116. 356. 388. - V. 54. 60. 69. 83. 95. 129.

Pellerano Castro, Eva - V. 133. 134.

Pellerano de Henríquez, Luisa Ozema - II. 190. - III. 238. - V. 132. 133. 134. 158.

Pelletier, Pedro Eugenio - II. 71.

Pendleton, General - III. 31.

Penn, William - I. 138.

Pensador Mexicano, El (V. Joaquín Fernández Lizardo)

Penson y Tejera, César Nicolás - II. 172. 232-234. - III. 66. - V. 54. 107. 111. 112. 132. 145. 146. 147. 225. 229. 234.

Peña, Alfonso de - I. 74.

Peña Batlle, Manuel A. - I. 175. 181. 192. 204. 273. - II. 66. 78. - III. 258. - IV. 233. - V. 95. 105-106. 169. 195.

Peña Cifré, Manuel de Jesús - III. 10.

Peña de Bordas, Virginia - V. 17-18. 44.

Peña Lebrón, Juan Alberto - IV. 244. 246.

Peña Defilló, Fernando - V. 280. 292-294.

Peña y Morell, Esteban - IV. 413. - V. 208. 210. 211. 213. 225. 230. 232. 233. 252. 254-255.

Peña y Reynoso, Manuel de Jesús - II. 245. - III. 189. - V. 44. 130. 143 144.

Peñalosa, Francisco - I. 92. 167.

Peñalba, Conde de - I. 138.

Pepe Cándido (V. Rafael Deligne)

Pepín, Ercilia - V. 134-135.

Pepín, Pedro - II. 190. - III. 9. 11. 52.

Pepín, Perico (V. Pedro Pepín)

Peralta, Federico - II. 131.

Peralta, Ramón Emilio - V. 252.

Perdomo, Apolinar - III. 108. 120-125. 127. 178. 271. - IV. 116. - V. 60.

Perdomo, Eugenio - II. 62. 106. - V. 128. 207. 242. 244.

Perdomo, Miguel - V. 20.

Perdomo y Heredia, Josefa Antonia - II. 227. - III. 138.

Perpiñán, Jenaro - II. 189.

Pereña, Helena - III. 251.

Pereyra, E. - II. 188.

Pereyra, Carlos - I. 71. 180.

- Pereyra, Isidro - II. 175.
 Pereyra, Juan Francisco - II. 228. - V. 246. 252.
 Pereyra, Manuel M. - II. 188.
 Pérez, Alcides - V. 270.
 Pérez, Alonso - I. 227. - V. 237.
 Pérez, Andrés - III. 55.
 Pérez, Bartolomé, Olegario - II. 227. - V. 148.
 Pérez, Carlos Federico - I. 91. 99. 100. 112. 123. 124. 127 - III. 112.
 117. 138. - I V. 243. - V. 28-31. 93. 115.
 Pérez, Chipi - III. 17. 18.
 Pérez, Federico - II. 186.
 Pérez, German - III. 250.
 Pérez, Guillo - V. 280. 294.
 Pérez, Joaquín M. - II. 186. - V. 128.
 Pérez, Josefa Antonia - II. 7.
 Pérez, Leopoldo - V. 294.
 Perez, Leticia - III. 138.
 Pérez, Pedro A. - III. 55.
 Pérez, Perfecta A. - V. 267. 270.
 Pérez, Rosa - III. 138.
 Pérez, Santiago - II. 54. 61. 175. - III. 274-275. - V. 234.
 Pérez, Valentín - V. 10.
 Pérez, Vicente - II. 186.
 Pérez, Yo - II. 177.
 Pérez Alfonseca, Ricardo - III. 67. 77-81 271 - IV. 116.
 Pérez Bonalde, Juan Antonio - III. 245.
 Pérez Cabral, Arquímedes - III. 206. 248. - IV. 10. 35. 36.
 Pérez Cisnero, Guy - IV. 144.
 Pérez de la Paz, Juan Isidro - II. 7. 8. 10. 15. 16. 17. 21. 50-51. 57.
 282. - V. 114.
 Pérez Escrich - V. 19.
 Pérez Galdós, Benito - V. 80.
 Pérez Jacome, Ambrosio - I. 220. 226.
 Pérez Ortiz, Ramón - III. 226.
 Pérez Perdomo, Armando - III. 55.
 Pérez Reyes, Héctor - IV. 240. 257. 266.
 Pérez Sánchez, Eliseo - V. 249.
 Pérez y Matos, José Joaquín - I. 127. 275. - II. 30. 183. 188.
 191-200. 209. 226. 227. 244. 245. 246. 270. - III. 62. 66 95. 157. - IV.
 14. 16. 116. - V. 69. 70. 93. 128. 129. 144. 148.

- Perozo, José Luis - III. 226.
 Perrault, Hnos. - V. 295.
 Persel, P. - I. 180.
 Petion, Alejandro - I. 187. 192. 195. 197. 199. 201. 202. 264. 265.
 273.
 Peynado, Aida - III. 138.
 Peynado, Francisco José - III. 18. 43. 48. 55. 273. - V. 131.
 Peynado, Jacinto Bienvenido - II. 143. - III. 50. 55. - V. 159.
 Pezuela, Gobernador - V. 209.
 Phister, Dr. - II. 274.
 Pi y Margall, Francisco - I. 60.
 Pia Cocco, Manuela - V. 270.
 Piantini, Carlos - III. 268. - V. 254. 266. 267.
 Piantini, Guillermo - V. 270.
 Piantini Morales, Miguel - I. 223. 255. - V. 161.
 Picasso, Pablo - III. 257. - V. 281. 290. 292.
 Picón Salas, Mariano - I. 100. 124.
 Pichardo, Benjamín - III. 52. 53. 54. - V. 249. 268.
 Pichardo, Bernardo - II. 113. 118. 132. 133. 134. 142. 183. 185.
 189. 190. - III. 9. 12. 19. 138. - V. 102.
 Pichardo, Dionisio - V. 294.
 Pichardo, Eligio - V. 279. 287. 288. 293. 295.
 Pichardo, Godofredo - IV. 356.
 Pichardo, José Francisco - II. 183. 227.
 Pichardo, José Furcy - III. 103. 137. - IV. 116.
 Pichardo, José María - V. 28. 131.
 Pichardo, Lucas - IV. 13. 117.
 Pichardo, Miguel Andrés - II. 180. 189. - III. 10.
 Pichardo, Nicolás - V. 193.
 Pichardo y Tapia, Esteban - I. 219.
 Pierce, Franklin - II. 91.
 Pierre, José - II. 112.
 Pieter Bennet, Heriberto - I. 146. - V. 92. 186-189. 192. 196.
 Pierrot, Jean Louis - II. 11. 58. 64. 70. 79. 85.
 Pilniak, Boris - IV. 234.
 Pimentel, Bernardino - II. 188.
 Pimentel, Pedro Antonio - II. 78. 110. 111. 128. 134. 135. 137.
 138. 141. 142. 165. 169. 187. 188.
 Pimentel, Thimo - V. 295. 296.
 Pina, Arístides - III. 226.

Pina, Ildefonso - V. 128.
Pina, Juan Pablo - II. 186.
Pina, Pedro Alejandrino - II. 7. 8. 10. 15. 16. 52. 57. 105.
Pina Melero - V. 294.
Píndaro - II. 201.
Pineda, Antonio Maria - I. 211. 229. - V. 141.
Pinedo, Rafael - IV. 234.
Pinel, Felipe - II. 266.
Pintero, Arthur Wing - V. 73.
Pino Saavedra, Yolando - IV. 142.
Pinzón, Martín Alonso - I. 126.
Piña, Manuel - III. 276.
Piñera, Virgilio - IV. 144.
Piñeyro, Antonio - III. 276.
Piñeyro, Julio A. - III. 138. 271.
Piñeyro, Pedro - II. 275. 282.
Piñeyro Boscán, Domingo - II. 106.
Pío V - I. 124.
Pitagoras - IV. 97.
Pizarro, Francisco - I. 105. 164.
Pla Cocco, Manuel - V. 267.
Platón - I. 46.
Plumer, Carlos - V. 172. 173.
Plutarco - V. 100. 123.
Plutón (V. Aniceto Amaranta)
Poe, Edgar Allan - II. 240. 242. - III. 77. 152. 245.
Polaco, Giorgio - III. 268.
Polanco, Claudio - IV. 356.
Polanco, Gaspar - II. 126. 128. 132. 135. 137. - V. 101.
Polanco, José Onésimo - III. 138.
Polanco, Juan Antonio - II. 110. 111. 112. 113. 165. 188.
Polanco, Susano - V. 263. 270.
Poli Raudaci, Tina - III. 268.
Pomerene, Senador - III. 39.
Ponce de León, Juan - I. 92. 105.
Ponce de León, Santiago - III. 245.
Pontieux, Alcuis - V. 111. 123.
Pontieux, Artidor - V. 111. 112. 123.
Pontieux, Entienne - V. 123.
Portalatín, Juan - II. 181. 188.

Portes, Simón de - I. 217. 221. - V. 127.
Portes de Infante, Tomás de - I. 17. - V. 127.
Portuondo, Manuel - II. 251.
Pou, Catalina - II. 190. - V. 132. 133. 158.
Pou, Francisco - II. 17.
Pou, Stella - III. 136.
Pou y Arvelo, Catalina Francisca - II.
Poveda, Fray Ignacio - I. 140.
Power, Mr. - III. 53.
Poy, Catalina Francisca - III. 273.
Pozo y Vicioso, Octavio del - II. 276. - V. 181. 182. 192.
Prado, Pedro Francisco del - V. 238.
Prampolini, Santiago - III. 149. - V. 70.
Prats Ramírez, Francisco - IV. 138. - V. 139. 155. 156.
Prats Ventós, Antonio - III. 254. 258-259. - V. 279. 299-300. 301.

303.

Prestol Castillo, Freddy - V. 32.
Price-Mars, Jean - I. 263. 270. 273. 274. - V. 28. 105. 106. 194. 231.
Priego, Joaquín - V. 179. 300-301.
Prud'homme, Pedro - II. 166.
Prud'homme y Maduro, Emilio - II. 53. 172. 222. 273. - V. 131.

132.

Puccini, Giacomo - V. 265.
Puello, Ana Josefa - II. 190. - V. 132. 133. 158.
Puello, Gavino - II. 56. 69. - V. 243.
Puello, José Joaquín - II. 69. 70. 85. 86.
Puello, Josfa - III. 273.
Pujan - V. 270.
Pujol, Francisco - I. 140.
Pujol, Pablo S. - II. 84. 126.
Pujol Chancet, Pablo - II. 18.
Puigbert, Juan - V. 204.
Pumarol, Pablo - II. 172. 227. - IV. 356. - V. 146.
Pumarol, Rosalía - III. 138.
Purcell, Henry - V. 200.
Pyrel-Chapuis - V. 58.

Quero, José Francisco - II. 269. - V. 244.

Quevedo y Villegas, Francisco - I' 39. 42. - III. 161. 164. 195. 226. -
IV. 157. 215. 250. 251. 273.

Quezada, Rodrigo - V. 237.
Quintana, Manuel José - I. 79.. - II. 197. 200. 202. - V. 11.
Quintana y Valera, José Gregorio - I. 219.
Quiroga, Camila - III. 264.
Quirós, Arce de - I. 108. 126.

Rafael - III. 79. - V. 171.
Raful, Toni - IV. 266.
Ramakrishna - V. 41. 45.
Rameau, Jean Philip - V. 199. 200.
Ramírez, Braudilio - IV. 412.
Ramírez, Diego - I. 105. 106. 114.
Ramírez, José del Carmen - III. 20. 52.
Ramírez, Tomás - II. 234.
Ramírez Báez, Valentín - II. 105. 164. 170. 171. 188.
Ramírez Conde, José - V. 295.
Ramírez de Fuenleal, Sebastián - I. 88. 100. 147. 171. 176. - V. 14.

125.

Ramírez Garrido, Juan - I. 220. 229.
Ramírez Pereyra, Héctor - IV. 143.
Ramón Francisco - IV. 232. 246.
Rankraw, Richard - V. 174.
Ranvier - V. 182.
Ravelo, Bienvenido - V. 267.
Ravelo, José de Jesús - III. 136. - V. 241. 247. 248. 250. 252-254.

256. 258.

Ravelo, Juan - IV. 414.
Ravelo, Juan Nepomuceno - II. 7. 14. 57.
Ravelo, Miguel Angel - V. 247. 267. 270.
Ravelo, Pedro E. - V. 246. 266. 267. 270.
Ravelo Barré, Mario - V. 186. 187. 191. 196. 270.
Ravelo de la Fuente, José de Jesús - V. 196.
Ravelo Marchena, Mario Emilio - V. 186.
Read Barrera, Héctor - V. 179. 181.
Read Barré, Horacio - V. 31. 45. 196.
Rebolledo, Efrén - V. 65.
Redish, Meta - III. 268.
Regalado, Padre - V. 242. 269.
Regla Mota - III. 39.
Regla Mota, Manuel de - II. 78.

- Reid Cabral, Robert - V. 189.
 Rembrand, Hermenz van Ryn - II. 263.
 Renard, Rosita - IV. 122.
 Requena' Andrés Francisco - III. 51. 55. - IV. 237. - V. 81.
 Reverdy, Pierre - IV. 234.
 Rey, Apolinar - III. 32.
 Reyes, Adam - V. 178.
 Reyes, Alfonso - I. 241. - V. 65. 66. 71. 73.
 Reyes, Florencio - V. 266.
 Reyes, Ignacio - II. 112. 188.
 Reyes, José - II. 57. 222. 228. 267. - V. 243. 252.
 Reyes, José Ignacio - II. 132.
 Reyes, Luis - III. 267.
 Reyes, Manuel Maria - II. 145.
 Reyes, Pablo - II. 110.
 Reyes, Próspero - II. 259.
 Reyes, Ramón Emilio - V. 36-37. 45.
 Reyna, Miguel - V. 247.
 Reynoso del Orbe, Serapio - I. 195.
 Rhode - II' 270. - V. 263.
 Ribera, José - I. 41.
 Ribero, Clérigo - V. 237.
 Ricardo, Héctor - V. 270.
 Ricart, Consuelo - III. 138.
 Ricart, Elpidio - II. 282. - V. 190.
 Ricart Lluberes, Elpidia Veronesa - V. 158.
 Ricart y Torres, Pedro - II. 97. 119.
 Riché, Jena Baptiste - II. 11. 71.
 Richelieu - I. 181.
 Riego, Santiago del - I. 127.
 Rieux - V. 181.
 Rigaud, Andrés - I. 186. 192. 265.
 Rijo, Baldemaro - III. 138.
 Rijo, José - III. 247. 248. - V. 32. 56.
 Rijo, Rodolfo - V 294.
 Rilke, Rainer Maria - III. 176. - IV. 142. 162. 215. 221. 234. 235.
 265.
 Rimbaud, Arthur - IV. 142. 234.
 Rincón, Juan Gregorio - II. 106. 234.
 Rincón, José Maria - III. 37.

Rio Ortega - V. 181.
 Ripley, Geo (V. Enrique Ripley Rueda)
 Ripley Rueda, Enrique - V. 295.
 Riquelme, Pedro - I. 156. 177.
 Risueño, Diego - I. 249.
 Rivas, Duque de - I' 273. - II. 26. 31. 42.
 Rivas, Julián - II. 188.
 Rivas, Segundo - II. 110.
 Rivera, Eustaquio - V. 25.
 Rivera, Diego - V. 284.
 Rivera, Luis - V. 256. 266. 270.
 Rivera, Micaela - II. 122.
 Rivera, Papito - I. 256. - IV. 413. - V. 213.
 Rivera, Pedro - III. 38.
 Rivera González, José (V. Papito Rivera)
 Rivero, Juan Luis - II. 71.
 Rivero Gil, Francisco - II. 258.
 Rivero y Lemoine, Felipe - II. 107. 110. 114.
 Rivet, Paul - I. 46.
 Robinson, Samuel - III. 47.
 Robiou, Teté - V. 35-36. 37. 38.
 Robles, Miguel - I. 202.
 Robles Toledano, Oscar - V. 139. 170.
 Roca Fridheim, Franck - V. 94.
 Rocha, Mercedes de la - II. 266.
 Rocka, Pablo de IV. 144.
 Rochambeau, General - I. 195.
 Rodionov - IV. 234.
 Rodó, José Enrique - V. 60. 71. 86. 93. 170.
 Rodríguez, Alonso - I. 69. 71. 73.
 Rodríguez, Aquiles - III. 9. - V. 19.
 Rodríguez, Bienvenida de - II. 184.
 Rodríguez, Gayetano Armando - III. 55. - V. 61. 108.
 Rodríguez, Clemente - II. 187.
 Rodríguez, Demetrio - II. 181. - III. 9. 13. 52. 53. 232. - IV. 388. -
 V. 9.
 Rodríguez, Doroteo - III. 20.
 Rodríguez, Elías - V. 128.
 Rodríguez, Fidel - II. 186.
 Rodríguez, José Maria - II. 132. 251.

- Rodríguez, Manuel de Jesús - V. 54.
 Rodríguez, Manuela (V. La Deana)
 Rodríguez, René - V. 269.
 Rodríguez, Santiago - II. 110. - V. 99.
 Rodríguez Arrezón, José María - V. 150. 247. 252.
 Rodríguez Demorizi, Emilio - I. 121. 127. 144. 195. 198. 205. 220.
 224. 247. 248. 250. 255. 256. 257. 274. - II. 8. 9. 10. 16. 24. 29. 31. 44.
 50. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 78. 79. 131. 227. 249. 250. 270. 280. - III. 62.
 135. 136. 274. 276. - IV. 14. 249. 269. 275. 349. 353. 354. 356. 368.
 383. 384. 399-410. 414. 415. - V. 32-33. 45. 47. 49. 61. 62. 71. 94.
 108-114. 123. 124. 133. 157. 208. 209. 216. 232. 233. 234. 239. 246.
 269. 271.
 Rodríguez Demorizi, Silveria de - II. 208.
 Rodríguez de Sosa, Tomás - I. 129. 134-135. 185.
 Rodríguez Gautier, Herminia - III. 138.
 Rodríguez Montaña, Domingo - V. 131.
 Rodríguez Montaña, Manuel de Jesús - II. 227.
 Rodríguez objío, Manuel - II. 59. 118. 126. 143-146. 184. 222-225.
 228. 232. 278. - V. 100. 128. 144.
 Rodríguez Oca, Enriqueta - III. 138.
 Rodríguez Peguero, José Rafael - V. 158.
 Rodríguez Urdaneta, Abelardo - II. 259. 260-264. - V. 278. 295.
 297. 299.
 Rodríguez Xuárez, Fray Cristobal - I. 144.
 Roig, Luis - V. 270.
 Roig Padró, Jaime - III. 250.
 Rojas, Arístides - III. 244. - V. 252.
 Rojas, Benigno Filomeno de - II. 94. 128. 131.
 Rojas, Carlos - II. 182.
 Rojas, José María - III. 244.
 Rojas Abreu, Enriquillo - IV. 256.
 Rojas Paul, Juan Pablo - III. 245.
 Roldán - I. 75.
 Roldán - IV. 126.
 Roldán y Jiménez, Francisco - I. 148. 150. 161. 166.
 Román, Alejandro - II. 186. 279.
 Román Fernández, J. R. - III. 56.
 Román Hernández, José - V. 190.
 Romero Matos, Eduardo - V. 154.
 Romero Solano, Luis - III. 250.

Rondón, Francisco de - I. 76.
Rondón, José Lorenzo - I. 220. 229
Rondón Dorsuna, Ignacio - I. 140.
Rooselvert, Franklin Delano - IV. 97. 98. 118.
Rooselvert, Teodoro - IV. 118. - V. 121.
Roques, Aida - V. 280.
Rosemblat, Angel - I. 186. 225. 235.
Rossini, Joaquín - II. 270. - V. 244. 264.
Rossó, J. A. - II. 273.
Rostand, Edmundo - III. 264.
Rotron, Juan de - I. 42.
Rotterdam, Ersmo de - IV. 96.
Rousseau, Jean Ignace - I. 260.
Rossemblat, Enrique - IV. 144.
Rotellini, José - V. 303.
Rotgen, Ignacio - V. 283.
Rouviere - V. 177.
Rouzier, S. - V. 213. 233.
Rovira, José - III. 254. 257-258.
Roy Herard, C. R. - IV. 144.
Rubens - V. 171.
Rubio, Palacio - I. 169.
Rueda, Fernando - V. 210.
Rueda, Matilde - III. 264. 267.
Rueda González, Manuel - I. 244. 246. 256. 257. - III. 142. 224. -
IV. 138. 140. 150. 228-230. 240. 251. 266. 270. 272. 314. 315. 320. 337.
349. 411-413. 416. - V. 58-59. 62. 249. 262. 269. 270. 271.
Ruiñeñor Dominicano, El (V. Pedro Echavarría Lazala)
Ruiz, Félix María - II. 7. 57.
Ruiz, Francisco Javier - V. 138.
Ruiz, Juan Bautista - III. 55.
Rui de Alarcón, Juan - I. 39. 42. 109. - V. 71.
Rulfo, Juan - V. 40.
Rull, Carmen - V. 57. 62.
Russel, Bertrand - III. 252.
Russel, Willim W. - III. 28. 54. 55.

Saavedra, Angel (V. Duque de Rivas)
Saavedra, Isabel de - I. 82.

- Sabat, Escarty - IV. 7. Sabrás Guerra, Amós - III. 249.
 Sabrazés - V. 181.
 Saco, José Antonio - I. 219.
 Saget, Nissage - II. 149. 165. 185.
 Saint Andrés - II. 94.
 Saint-Denys, Juchereau de - II. 65. 66. 78. 84. 128. - V. 203.
 Saint-Saenz, Camilo - V. 73.
 Saint Pierre - I. 87.
 Sainz Ruiz, Fernando - III. 249. 252. - V. 139.
 Salado y Mota, José - III. 276.
 Salamanca, Diego de - I. 158.
 Salazar, Abel - V. 65.
 Salazar, Adolfo - V. 72. 240. 257. 271.
 Salazar, Joaquín - IV. 116. - V. 114. 169.
 Salazar, Mirla - V. 269.
 Salazar de Alarcón, Eugenio - I. 108-109. 110. 111. 112. 125. 126.
 127.
 Salcedo, Francisco Antonio - II. 70. 71. 131. 134. 135.
 Salcedo, José Antonio - II. 111. 116. 126. - V. 99.
 Salcedo, Pepillo (V. José Antonio Salcedo)
 Saldaña, Raudo - II. 194. - III. 270.
 Saldaña Sepúlveda, Luz del Alba - V. 158.
 Sales, Elisa - III. 251.
 Salinas, Pedro - IV. 143.
 Salnave, Silvain - II. 149. 151. 165. 185. - IV. 387.
 Salvador, Joseph - V. 111.
 Samaint, Albert - V. 82.
 Samuels, Samuel - II. 160.
 San Gervi, Pbro. - II. 24.
 San Martín, Francisca de - I. 82.
 Sn Martín, José de - V. 119.
 San Mézquita - II. 110.
 San Miguel, Hernando de - I. 172.
 Sanabia, Rafael Emilio - III. 37. 41. 55.
 Sanabia, Francisco - V. 153.
 Sánchez - I. 139.
 Sánchez, América - V. 266. 270.
 Sánchez, Eladio - III. 55.
 Sánchez, Florencio - V. 56.
 Sánchez, Francisco del Rosario - II. 8. 10. 13. 14. 16. 18. 22. 23. 48.

50. 57. 58. 68. 84. 94. 99-106. 121. 122. 130. 132. 167. 178. - III. 101. 273. - IV. 241. - V. 102. 256.
- Sánchez, Juan - V. 237.
- Sánchez, General Juan - II. 187.
- Sánchez, Juan Francisco - III. 55.
- Sánchez, José María - II. 145.
- Sánchez, Juan José - V. 122.
- Sánchez, María Trinidad - II. 68. 69. 121.
- Sánchez, Mary - V. 57.
- Sánchez, Morito - V. 266. 267. 270.
- Sánchez Patricia - V. 269. 270.
- Sánchez, Socorro del Rosario - V. 129.
- Sánchez Cestero, Rafael - III. 268. - V. 265. 266.
- Sánchez de Carvajal, Alonso - I. 92. 155. 156. 158. 177.
- Sánchez C., Rafael - IV. 409.
- Sánchez Fuentes - V. 220. 226. 234.
- Sánchez Lamouth, Juan - IV. 232. 257-266. 267.
- Sánchez Lustrino, Ricardo - V. 156. 159.
- Sánchez Mejías, Ignacio IV. 116.
- Sánchez Paredes, Pedro - I. 127.
- Sánchez Ramírez, Juan - I. 202-202. 210. 270. - II. 133. - V. 49.
108. 226. 238.
- Sánchez Valverde, Antonio - I. 141-142. 145. 146. 262. 263. 268.
- Sánchez Valverde, Manuel María - V. 128.
- Sánchez Valverde, Meliton - I. 275.
- Sánchez y Sánchez, Carlos - I. 101. 124. 125. 273. - V. 106. 139.
- 169-170. 194. 196.
- Sánchez y Sánchez, Juan Francisco - V. 158. 161. 165.
- Sandino, Augusto César - III. 54.
- Sandoval, Bernabé - II. 70.
- Sandoval, Tomás - IV. 165.
- Sanjurjo, José - III. 246.
- San Miguel, Hernando de - V. 12-15.
- Sannon, H. Paulus - I. 205.
- Santaesmeses, Miguel María - III. 251.
- Santana, Manuel - II. 94.
- Santana, Norberto - II. 295.
- Santana, Pedro - I. 206. 270. - II. 15. 25. 37. 49. 50. 56. 60. 63. 64. 65. 66. 67-68. 78. 79. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 90. 92. 93. 95. 125. 126. 129. 130. 131. 133. 139. 142. 156. 167. 168. 197. 223. 270. 275. 276. -

- IV. 270. 353. 354. 355. 388. 414. - V. 9. 19. 49. 93. 98. 101. 112. 113.
 114. 116. 128. 141. 142. 143. 203. 209. 245.
 Santna, Pedro - I. 206. - II' 133. 145.
 Santana, Rafael - II. 187.
 Santana, Rafael - I. 206. - II. 122.
 Santillana, Marqués de - I. 228. 239. - II. 32.
 Santín, Raymundo - II' 187.
 Santini, Carmelita - III. 136.
 Santoni Calero, Rafael - V. 190.
 Santo Domingo, Fray Bernardo de - I. 93.
 Santos, Felipe de los - II. 260.
 Santos Chocano, José - III. 110 136. 148.
 Sanz, Miguelito - III. 269.
 Sanzio, Rafael (V. Rafael)
 Sarmiento, Domingo - II. 173. - IV. 233. - V. 71. 90. 165.
 Saviñón, José Angel - III. 247. 248. 250. - V. 32. 148. 155. 156.
 Saviñón Saviñón, Altagracia - III. 62-63. 64. 68. 135. - III. 117. - V.
 150.
 Sanz Lajara, J. M. - V. 28.
 Scanlan, Eduardo - II. 61. 175. - III. 245. 274-276. - V 20. 221.
 234.
 Scott, T. - II. 160.
 Scott, Walter - III. 77. - V. 111.
 Schoerich, Otto - I. 86. 90.
 Schult de Mantovani, Freya - IV. 143.
 Seghers, Pierre - IV. 236.
 Segovia, Andrés - IV. 77.
 Segovia, Antonio Maria - II. 89-93. 129.
 Segura y Mieses, Bartolomé - I. 275. - V. 202. 240.
 Selgas, José - IV. 260.
 Sellén, Francisco - II. 195.
 Seraphin, General - II. 70.
 Serra, José Maria - II. 78. 25. 51. 53. 57. 61. 228. 259. - V 141.
 Serrador, Maria - III. 264.
 Serrano, Francisco - II. 96. 99.
 Serrano Poncela, Segundo - III. 150. 250. 251. 259. - I V. 143. 233.
 Severini, Jesús - V. 295.
 Severini, Maria - III. 268.
 Shakespeare, William - III. 226. 238. 262. 264. - IV. 286. - V. 65. 74.

92.

Shaw, Bernard - V. 73. 74.
Shubert, Franz Peter - V. 92.
Sierra, Nidia - V. 280. 295.
Sierra, Vicente D. - I. 165. 177. 228. 255. 256.
Sigaldi, Miguel - III. 268.
Sila - II. 176.
Silié Gatón, Fernando - V. 140.
Silva, Diógenes - V. 271.
Silva, José G. - V. 187.
Silva, José Asunción - III. 58' 173. - V. 71.
simón (V. Felipe Alfau)
Simón, Ismael - II. 251.
Simonó Guante, Gavino - II. 106.
Siragusa, Mary - V. 269.
Skelton - V. 171.
Sloninsky, Nicolás - I. 120. 127. - V. 199. 231. 232. 251. 260.
Snowden, Tomás - III. 39. 40. 42. 43. 47.
Sobá, José G. - V. 187.
Sócrates - II. 229. - V. 71. 158.
Sófocles - V. 61.
Sol, El Rey (V. Luis XIV).
Solá, José Narciso - III. 269. 270. - V. 55.
Solá Monina - III. 278. - V. 57.,
Solano, José - I. 115.
Solano, Rafael - V. 213.
Soler, Alfredo Máximo - II. 228. 268. - V. 60. 252.
Soler, Angel Maria - V. 194.
Soler, Aurora - III. 136.
Soler, Félix - III. 63.
Soler, Florentino - II. 79.
Soler, Juan F. - II, 22.
Soler y Meriño, Mariano Antonio - II. 227. 245.
Solís, Andrés - V. 126.
Solís, Luciano - II. 106.
Solito - II. 183. - IV. 295. 350.
Soria, Fray Diego de - I. 130.
Soria, Juan - I. 74.
Soriano, Germán - V. 122.
Sorolla, Joaquín - V.290.
Sosa, Julián - II. 188.

- Sotero, Blam - II, 110.
 Soto, Luis - III. 254.
 Soto, Ramón M. - II. 276. 282. - V. 107.
 Soto Ricart, Humberto - V. 208.
 Sotorra, Pedro - III. 266.
 Solastre, Dorvo - I.
 Soulouque, Faustino - II. 71. 72. 74. 78. 80. 81. 86. 87. 95. - V.
 112. 217.
 Spencer, Herbert - II. 167.
 Spendler - V. 67.
 Stella, Ramón - V. 155.
 Sturla, Salvador - III. 269 - V. 228.
 Suárez, Francisco - V. 166.
 Suárez, Vicente - II. 270.
 Suárez Picallo, Ramón - III. 250.251.
 Suazo, Alonso - I. 106.
 Suazo, Mercedes - III. 138.
 Suero, José - I. 105. 112. - V. 101.
 Suero, Rudescindo - II. 187.
 Summer, Charles - II. 151. 153. 155. 156. 157. 159. 166-167. 186.
 187.
 Summer Welles, Benjamín - II' 81. 84. 90. 129. 132. 166. - III. 39.
 54. 55.
 Susana, Julio - V. 295. 302.
 Supervielle, Jules - IV. 214. 237.
 Strauss, Johan - II. 270. - V. 49. 263.
 Surian, J. D. - V. 172.
 Suro García Godoy, Darío - I. 57. 62. - II. 264. - III. 253. - V. 114.
 243. - V. 278. 279. 281. 283-285. 290. 291. 295. 297. 298. 302.
 Suro García Godoy, Rubén - III. 88. - IV. 13. 14. 38. 114. 115-116.
 117. 118. 391-395. - V. 278. 283.
 Stalin, Joseph - IV. 120. 234.
 Steimberg, John - V. 25.
 Stoddard T., Lotrop - I. 198.
 Strauss, Richard - V. 73. 74.
 Suderman - V. 73.
 Svartz, Olaus - V. 172.

 Tablada, José Juan - V. 65.

- Tabside, Tiziano - IV. 234.
 Tagore, Rabindranath - IV. 109.
 Tait, Mr. - II. 151.
 Tallet, José Zacarías - IV. 121.
 Talleyrand - II. 179.
 Tarazov-Radionov, Alejandro - IV. 234.
 Tamayo - V 17.
 Tanacescu, Horia - III. 150. 261.
 Tarazona, Enrique - III. 270.
 Tavárez, Carmen - V. 269.
 Tavárez, Froilán - V. 194.
 Taveras, Juan - V. 193.
 Taylor, Capitán - III. 36. 39.
 Taylor, Norman - V. 174.
 Taylor, Zachary - II. 86. 87.
 Tebaldi, Renata - V. 265.
 Tejada, Apolinar - III. 136. 138. - V. 105.
 Tejada, Huascar - III. 56.
 Tejada, Luis - III. 17. 18.
 Tejera Pol, Clara - IV. 234.
 Tejera Pol, Victor - IV. 234.
 Tejera y penson, Emiliano - I. 54. 88. 89. - II. 12. 59. 60. 183. 282. -
 III. 19. 20. 40. 47. 53. 55. 66. V. 11. 95. 103-105. 123. 128. 144. 157.
 Tejera y Tejera, Juan Nepomuceno - II. 52-53. 57.
 Telemaque - II. 70.
 Téllez, Fray Gabriel (V. Tirso de Molina).
 Temístocles (V. Juan Isidro Pérez)
 Temple Hood, Martín - II. 94.
 Ten, Ildefonso - V. 127.
 Tenares - II. 116. 133.
 Teresa de Jesús, Santa - I. 113. 229.
 Terrero, Pedro - I. 92.
 Theotocopoulus, Domenico (V. El Greco)
 Thompson, Carlos - V. 95.
 Thorman, Blanca - III. 136.
 Thorman, Olimpia - III. 136.
 Tiburcio, Nolberto - II. 187.
 Tiburcio - IV. 356.
 Tiburón, Duque de - II. 77.
 Tintoretto, Jacobe Rosetti - I . 41.

- Tirado, César - V. 157.
 Tirso de Molina - I. 39. 42. 129-132. 225. - V. 72. 88. 90. 238.
 Tirteo - II. 46.
 Tiziano - V. 171.
 Toledo, Maria de - I. 74. 79. 81. 90. 121. 165. 170. 248. - V. 12. 16.
 33. 202.
 Tolentino, Andrés - II. 71.
 Tolentino Rojas, Vicente - IV. 240.
 Tolosa, Marcio - II. 276.
 Tolstoj, Leon - V. 73. 74.
 Toni - III. 254. 258.
 Toribio, Antonio - III. 258. - V. 293. 299. 302.
 Toruño, Juan Felipe - IV. 144.
 Torres, Antonio de - I. 92.
 Torres, Facundo de - I. 144.
 Torres, Francisco - II. 274.
 Torres, Juan H. - II. 188.
 Torres, Luis - I. 224.
 Torres, Luis Alfredo - V. 244. 246. 256.
 Torres, Tomás V. 206.
 Torres Bodet, Jaime - III. 149.
 Tostado de la Peña, Francisco - I. 105. 108. 109.
 Toussaint, General - I. 186.
 Tetriakov, Sergio - IV. 234.
 Travieso, Francisco - II. 186.
 Tristán - III. 226.
 Tristán, Diego - I. 92.
 Troncoso de la Concha, Mnuel de Jseús - II. 234. - III. 50. 55.
 225. - V. 107-108. 135. 139. 163. 193. 247.
 Troncoso de la Concha, Parmenio - V. 135.
 Troncoso Sánchez, Jesús Maria - III, 226. - V. 139. 163. 195.
 Troncoso Sánchez, Pedro - III. 234. 235. 273. - V. 114. 139. 161.
 163-165., 195.
 Troyano de los Rios, Rafael - III. 250.
 Trujillo, Antonio - V. 238.
 Trujillo Molina, Héctor Bienvenido - III. 50. 51.
 Trujillo Molina, Rafael Leonidas - I. 263. - I. 49. 50-52. 54. 56.
 247. 248. 250. 251. 253. 255. 277. - IV. 8. 36. 115. 120. 240. 241. 266. -
 V. 30. 31. 45. 54. 88-95. 135. 137. 138. 142. 148. 151. 153. 155. 157.
 196.

Tur, Justo - III. 250.

Ucko, Enrique - III. 261.

Ugarte, Manuel - IV. 50. 99. 117. - V. 86. 95.

Ugarte, Maria - III. 261.

Ugetti, Marina - III. 268.

Uhlandi, Luis - III. 77.

Unamuno, Miguel - II. 217. 218. 219. 220. - III. 77. 195. - IV. 143. -
V. 72.

Urbán, Ignatz - V. 174.

Urbina, Luis G. - III. 105. - V. 65.

Ureña, Narcisa - II. 262.

Ureña de Mendoza, Nicolás - I. 115. - II. 53. 227. - III. 66. - IV.
357-362. - V. 94. 142. 159. 226. 229. 238.

Ureña de Henríquez, Salomé - I. 127. - II. 172. 174. 191. 195. 200-08.
209. 226. 227. 232. 244. 276. 279. - III. 66. 236. 237. 238 273. - IV. 107.
116. 206. 257. - V. 78. 87. 94. 131. 132. 133. 134. 136. 157.

Urraca, Felipe - II. 276.

Urrutía y Matos, Carlos - I. 216. 253.

Urteaga, Juan - IV. 413.

Urueta, Jesús - V. 65.

Utrera, Fray Cipriano de - I. 71. 76. 124. 125. 127. 144. 260. - V.
105. 123. 202. 232. 237. 269.

Vadillo, Juan D. - I. 106.

Vadillo, Pedro - I' 180.

Valbuena, Bernardo (V. Bernardo de Balbuena)

Valderrama, Fray Domingo - I. 144.

Valdez, Francisco - V. 237.

Valdez, Luis Heriberto - III. 232. - V. 156. 190.

Valdez, Pedro - V. 238.

Valdez, Tirso A. - IV. 409.

Valdez Mena, Oscar Luis - V. 269. 271.

Valdivieso - III. 264.

Valencia - I. 139.

Valencia, Esteban - II. 56. - V. 242.

Valencia, Manuel Maria - I. 45. 53. 61'65. 222. - IV. 353. 356. - V.
141.

- Valenti, Ruben - V. 65.
 Valenzuela, Fernando - I. 180.
 Valenzuela, José E. - V. 65.
 Valera, Juan - IV. 236.
 Valera Benítez, Rafael - IV. 241. 246. 247. 251. 256-256.
 Valera Jiménez, Pedro - I. 210. 211. 218. - II. 56. 57. - V. 242. 269.
 Valerio, Eugenio - II. 187. 188.
 Valerio, Fernando - II. 64.
 Valerio, Manuel - IV. 38. 138. 143. 151. 230-232. 266,
 Valery, Paul - IV. 214. - V. 93.
 Valladares, Leda - IV. 143.
 Vallejo, César - III. 201. 277. - IV. 7. 70. 99. 118. 264.
 Vallejo de la Concha, L; - IV. 409.
 Valverde, José Desiderio - II. 78. 94. 131. - V. 143.
 Valverde, Manuel Maria - II. 13. 274.
 Valverde, Pedro - II. 84. 94. 138. 186.
 Valverde, Melitón - II. 188.
 Valverde, Sebastián Emilio - V. 152.
 Vallalet, Luis - II. 263.
 Valldeperes, Manuel - II. 264. 281. - III. 252. 254. 256. 258. 259.
 277. 278. - IV. 40. 43. 117. 143. - V. 281. 283. 286. 288. 290. 291. 297.
 298. 300. 303.
 Van Gogh - III. 96. - V. 276. 294. 296. 297.
 Van Tieghen, Paul - I. 39. 42.
 Vandercook, John W. - I. 190. 201.
 Varbrugh - I. 42.
 Vargas, Carlos de - II. 114.
 Vargas, Juan Luis - V. 9.
 Vargas, Matías - V. 9.
 Vargas, Solito (V. Solito)
 Vargas, Talala - V. 35.
 Vargas Vila, José Maria - III. 143.
 Varona, Enrique José - V. 164.
 Vasconcelos, José de - V. 66.
 Vasiliev, Flavel - V. 234.
 Vasioly, Artian - IV. 234.
 Vásquez, Alberto - V. 233.
 Vásquez, Jesús - III. 38. 39.
 Vásquez, Juan - I. 197. 207. 208. - V. 237.
 Vásquez, Lina - IV. 266.

- Vázquez Díaz - V. 298.
 Vázquez Gautier, Gracita - III. 138.
 Vázquez Jiménez, Ramón - IV. 246.
 Vázquez y Ayllon, Lucas - I. 106. 125.
 Vázquez y Lajara, Horacio - II. 182. - III. 7. 8. 11. 12. 15. 16. 20.
 26. 48. 54. 55. 239. - V. 136. 151. 152.
 Vedrines, Julio - III. 142.
 Vega, Augusto - V. 252.
 Vega, Carlos - I. 255.
 Vega Batlle, Julio - V. 33-35.
 Vehí, Adelina - II 262. - III. 266.
 Vela Zanetti, José - II. 254. 255-256. 278. - V. 279.
 Velásquez, Cayetano - II. 143.
 Velásquez, Diego - I. 41. 87. 105. 168. 178. - V. 16. 296.
 Velásquez, Juan - V. 128.
 Velásquez y Hernández, Federico - III. 14. 15. 16. 17. 18. 20. 43.
 49. 50. 53. 55. 273. - V. 135.
 Vélez de Mendoza, Alonso - I. 126.
 Velilla, San de - III. 172.
 Veloz, Felix Maria - II. 132.
 Veloz, Livia - IV. 107. 116. 117.
 Veloz, Rafael - V. 268.
 Veloz Maggiolo, Marcio - III. 82. 136. - IV. 256. - V. 37-43. 45. 179.
 Veloz Rivas, Manuel - V. 249. 270.
 Venables, General - I. 138.
 Verdi, Giuseppe - III. 265. 268. - V. 241. 252. 265.
 Verlaine, Paul - II. 217. - III. 60. 226.
 Vesioly, Artiom - IV. 234.
 Vespuccio, Américo - I. 126.
 Vicenta la Manila - IV. 356.
 Vicini, Juan Bautista - I. 262. - III. 48. 55.
 Vicioso, Abelardo - IV. 241. 246. 253-255.
 Vicioso, Horacio - V. 194.
 Vicioso, Genoveva - III. 138.
 Vicioso, Victoriano - II. 161. 166.
 Victoria, Alfredo - III. 20.
 Victoria, Eladio - III. 20.
 Victoria, Tomás Luis - V. 238.
 Vidal, Luis Felipe - III. 20.
 Vidal, Josefa - V. 269. 270.

Vidal, Rafael - V. 154. 156. 232.
Vidal, Guiteau - II. 185.
Vidal Pichardo, Comandante - II. 106.
Viera, Manuel - III. 226.
Vigil Díaz - III. 140. 141-145. 205. 206. 224. 226. - IV. 116.
Vigel Díaz, Otilio (V. Vigil Diáz)
Vigny, Alfredo de II. 30.
Viguero, Jorge - V. 237.
Villaespesa, Francisco - III. 278.
Villanueva, José Eugenio - II. 131.
Villapando, Jesús - V. 65.
Villasirga, Alonso de - I. 107.
Villaurrutia, Antonio de - I. 141. 142.
Villaurrutia, Jacobo de - I. 141. 142-143. - V. 8.
Villaurrutia, Xavier - V. 280.
Villegas, Esteban Manuel - II. 222.
Villegas, L. E. - V. 95.
Villegas, Victor - IV. 246. 247-248.
Viriato - I. 171. - III. 52.
Virgilio - III. 226.
Viso, Alonso del - I. 75. 110.
Vitier, Cintio - IV. 144.
Viviant - V. 48.
Vitier, Medardo - IV. 233
Vizardi, Ligio (V. Virgilio Díaz Ordóñez)
Vizcarrondo, Carmelina - IV. 144.
Volta, Joaquín - II. 143.
Volta, Telesforo - II. 145.
Voltaire - I. 260. - V. 146.
Voronski, Alejandro - IV. 234.

Walsh, Robert M. - II. 80.
Wagner, Ricardo - III. 76. - V. 73. 74.
Walker, William - III. 79. - V. 73. 74.
Walshburne - III. 252.
Weber, Luis A. - III. 273. - V. 108. 150.
Weber, Delia - IV. 109-110. 117. 121. 234. - V. 278.
Webster, Daniel - II. 80. 89.
Weed, M. - III. 23.

Wells, Charles W. - III. 23.
Wester, F. N. - II. 274.
Whitehead - III. 209. - V. 162.
Whitman, Walt - III. 144. 198. - IV. 33. 38. 39. 40. 97.
Wiener - V. 182.
Wilde, Oscar - IV. 7. 24. - V. 73.
Wildelbrand - III. 209. - V. 162.
Wilson, Woodrow - III. 26. 33. 34. 35. 39. 42.
Wilmore, James W. - III. 54.
Willis - I. 181.
Winberg, Harding - V. 183.
Worfe, Bertrand D. - I. 285.
Wood, Fernando - II. 156. 157. 187.
Woss y Gil, Alejandro - II. 78. 173. 279.- III. 11. 12. 229-230.
Woss y Gil, Celeste - II. 264. - III. 272. - V. 278. 289. 290. 297.

Ximpa - III. 254.

Yaege, Cónsul - II. 114.
Yepes, José Ramón - I. 195.
Yerasimov, Miguel - IV. 234.
Yaege, Cónsul - II. 114
Yepes, José Ramón - II. 195.
Yerasimov, Miguel - IV. 234
Yesenin, Sergio - IV. 234.
Young, Edward - IV. 29.
Yusti González, Pablo María - IV. 158

Zafra, Alberto - V. 131. 132.
Zafra, Enrique - V. 269. 270.
Zaleta, Sebastián - V. 237.
Zaragoza, Ángel - V. 65.
Zarzuela - III. 15.
Zayas, Remigio - III. 9.
Zayas, Miguel - II. 275.
Zea, Clemente - V. 100.
Zeller, Mercedes - V. 269. 270.

- Zola, Emilio - IV. 16.
Zorda, Clara - III. 264. 268
Zorrilla, Blas - II. 187.
Zorrilla, Julián - III. 10.
Zorrilla, Máximo - V. 254.
Zorrilla, Pedro - II. 106.
Zorrilla , Rafael Augusto - III. 148. 204. 205. 210-212. 226. - IV.
235.
Zorrilla de San Martín, Juan - II. 195.
Zumárraga, Fray Juan de - I. 123.
Zurbarán, Francisco - I. 41.

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en noviembre de 1982. Composición tipográfica: Félix Santiago Núñez y Domingo Abréu; Diagramación: Nelson Henríquez, Máximo García y Apolinar Cuevas; Fotomecánica: Francisco Tavarez y Jose Altagracia Bussi; Impresión: Nelson Veloz, Máximo Saldaña a y Rafael Socorro Mendoza; Compaginación y Encuadernación: Roberto Pol, Israel Ferreras, José María Díaz, Héctor Santana, Santiago Ortiz, Agustín Batista y Eury Antonio Hernández.

